

SEBASTIAN FITZEK

Autor de *Terapia y Noah*



EL PASAJERO 23

Lectulandia

Martin Schwartz, psicólogo de la policía, perdió hace cinco años a su mujer y a su hijo durante unas vacaciones en el crucero *Sultan of the Seas*. Nunca se supo con certeza lo ocurrido. Martin no ha logrado recuperarse y busca refugio en su trabajo como agente encubierto en operaciones suicidas.

En el transcurso de una misión, recibe la llamada de una anciana dama algo extravagante, que se presenta como autora de novelas de suspense. La mujer afirma que existen pruebas relacionadas con la desaparición de la familia de Martin, y urge a este a que vuelva a embarcarse en el *Sultan*. Él, que había jurado no volver a poner un pie en un barco, acata sus indicaciones y se entera de que una niña desaparecida semanas atrás en el *Sultan* ha aparecido... con el osito de peluche del hijo de Martin bajo el brazo.

Un crucero es una pequeña ciudad en la que todos los años desaparecen decenas de pasajeros: el lugar para el crimen perfecto.

Lectulandia

Sebastian Fitzek

El pasajero 23

ePub r1.0

Titivillus 21.12.15

Título original: *Passagier 23*
Sebastian Fitzek, 2014
Traducción: Nuria Villagrasa Valdivieso

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

En recuerdo de mi madre, Cbrista Fitzek.

¡Café después!

Desde el año 2000, al menos 200 pasajeros y miembros de la tripulación han caído por la borda en cruceros y ferris.

«Desaparecidos sin rastro»,
Der Tagesspiegel

25 de agosto de 2013

Un crucero es como una pequeña ciudad. Pero [...] en una ciudad nadie se cae por la borda sin que jamás se vuelva a saber de él.

CHRISTOPHER SAYS,
congresista estadounidense,
The Guardian (Londres), 2010

Récord de pasajeros: Las compañías de cruceros revientan la marca de los veinte millones. [...] Las compañías celebran un crecimiento del diez por ciento, y el potencial aún se mantendrá por mucho tiempo.

Der Spiegel Online,
11 de septiembre de 2012

Prólogo

Sangre humana:

- 44 por ciento de hematocrito.
- 55 por ciento de plasma.
- Y un ciento por ciento de cochinidad cuando sale a chorro y sin control por una vena puncionada.

El «doctor», como le gustaba llamarse aunque nunca había cursado el doctorado, se pasó el dorso de la mano por la frente. Es verdad que así se limitó a extender las salpicaduras que le habían alcanzado, lo que quizá resultaba bastante asqueroso, pero al menos esta vez no le había caído nada de ese caldo en los ojos; como el año anterior durante el «tratamiento» a la prostituta, tras el cual se había pasado seis semanas con miedo de haberse contagiado el VIH, hepatitis C o cualquier otra porquería.

Detestaba que las cosas no salieran según lo planeado. Cuando se administraba la dosis equivocada de anestesia. O cuando los «elegidos» se resistían en el último segundo y se arrancaban la vía del brazo.

—Por favor, no... no —balbuceó su «cliente». El «doctor» prefería esta denominación. «Elegido» era demasiado rimbombante, y «paciente» en cierto modo le sonaba incorrecto, pues en realidad solo unos pocos de los que trataba estaban realmente enfermos. También el tipo de la mesa estaba sanísimo, aunque en ese momento parecía como si se hallase conectado a una línea de alta tensión. El atleta negro puso los ojos en blanco, echó espumarajos por la boca y arqueó la espalda mientras tiraba desesperadamente de las ataduras que lo mantenían tumbado. Era un deportista, estaba en forma y, a los veinticuatro años, en el punto culminante de su rendimiento. Pero ¿de qué sirven todos los años de duros entrenamientos cuando un narcótico circula por las venas? No era suficiente para desactivarlo por completo, pues se había arrancado la vía, pero de todos modos bastó para que el doctor pudiera volver a empujarlo contra el catre sin esfuerzo una vez pasado el peor ataque. Además, la sangre dejó de salpicar después de que lograra ponerle un vendaje compresivo.

—Chitón, chitón, chitón... —dijo para tranquilizarlo, y le apoyó al hombre la mano en la frente. Advirtió que tenía fiebre y el sudor brillaba bajo la lámpara halógena—. ¿Y ahora qué le pasa?

El cliente abrió la boca. El miedo se asomó a sus ojos como una navaja. Apenas se podía entender lo que decía.

—No... quiero... mor...

—Pero estábamos de acuerdo —dijo el doctor con una sonrisa tranquilizadora—. Todo está preparado. No se me eche atrás ahora, tan cerca de la muerte perfecta.

Miró de reojo por la puerta abierta que daba a la habitación contigua a la mesa del instrumental con los escalpelos y la fresadora de huesos eléctrica que ya colgaba lista y enchufada.

—¿Acaso no se lo he explicado con claridad? —preguntó, suspirando. Claro que lo había hecho. Durante horas. Una y otra vez, pero por lo visto este imbécil desagradecido sencillamente no lo había pillado—. Resultará muy desagradable, por supuesto. Pero solo puedo permitirle morir de este modo. No funciona de otra forma.

El atleta gimio. Tiró con violencia de las correas, pero con mucha menos fuerza que antes.

Satisfecho, el doctor percibió que ahora la anestesia sí estaba produciendo el efecto deseado. Ya no faltaba mucho, y podía empezar el tratamiento.

—Verá, podría interrumpir todo aquí —dijo con una mano todavía en la frente del deportista. Con la otra, se colocaba bien la mascarilla—. Pero después su mundo solo consistiría en miedo y dolores. Dolores inimaginables.

El negro parpadeó. Su respiración se calmó.

—Le he mostrado las fotos. Y el vídeo. Lo del sacacorchos y el medio ojo. Usted no quiere algo así, ¿no?

—Ay —gimio el cliente como si tuviera una mordaza en la boca; después sus rasgos se relajaron y su respiración se volvió superficial.

—Lo interpretaré como un «no» —dijo el doctor, y con el pie soltó el freno de la camilla para desplazar al cliente a la habitación contigua.

«Al quirófano».

Tres cuartos de hora más tarde, había completado la primera parte del tratamiento, la más importante. El doctor ya no llevaba guantes de látex, ni mascarilla, y la bata verde de usar y tirar que había que atar a la espalda como una camisa de fuerza la había arrojado al cubo de la basura. No obstante, se sentía mucho más disfrazado con el esmoquin y los zapatos oscuros de charol que llevaba ahora que con su atuendo de quirófano.

«Disfrazado y achispado».

No sabía cuándo había empezado a tomarse una copa después de cada tratamiento exitoso. O diez, como ahora. Maldición, tenía que dejarlo, aunque jamás había bebido antes, sino siempre después. Aun así. El matarratas lo volvía descuidado.

Le daba ideas estúpidas.

Como, por ejemplo, llevarse la pierna.

Miró el reloj riendo entre dientes.

Eran las 20:33; debía apresurarse si no quería llegar demasiado tarde al segundo plato. El primero ya se lo había perdido. Pero antes de poder centrarse en la pintada

que había en el menú, debía deshacerse de una vez de los restos biológicos: las bolsas de sangre innecesarias y la pantorrilla derecha, que había serrado justo por debajo de la rodilla en un trabajo extraordinariamente limpio.

La pantorrilla estaba envuelta en una bolsa de plástico degradable que, de camino a la escalera, tenía que llevar con las dos manos porque era muy pesada.

El doctor se sentía achispado, pero no tanto como para no saber que, de haber estado sobrio, jamás se le habría ocurrido llevar consigo en público partes de cuerpos en vez de tirarlas sin más al incinerador de basura. Pero se había enfadado tanto con su cliente que ahora merecía la pena arriesgarse por diversión. Y eso era poco. Muy poco.

Había un aviso de tormenta. En cuanto hubiera dejado atrás los caminos sinuosos, el estrecho acceso por el que solo se podía pasar encorvado y recorrido el pasillo con los conductos de ventilación amarillos hasta el montacargas, con toda seguridad ya no se encontraría ni un alma.

Además, el lugar que había buscado para deshacerse de los restos no estaba al alcance de las cámaras.

«Quizás esté bebido, pero no soy tonto».

Había llegado a la última etapa, la plataforma en el extremo superior de la escalera que —llegado el caso— solo utilizaba la cuadrilla de mantenimiento una vez al mes y que daba a una puerta pesada con ojo de buey.

Un fuerte viento le golpeó la cara y le pareció que tenía que empujar una pared para salir al exterior.

El aire fresco le provocó una bajada de tensión. En un primer momento, se sintió mal, pero enseguida recuperó el control y el viento salobre empezó a reanimarlo.

Ahora ya no se tambaleaba por el alcohol, sino por la fuerte marejada que, a pesar de los estabilizadores, se percibía en el interior del *Sultan of the Seas*.

Avanzaba con paso vacilante. Estaba en la cubierta 8 1/2, una plataforma intermedia que existía por puros motivos ópticos. Vista de lejos, proporcionaba al crucero una parte trasera con líneas más elegantes, como un alerón en un coche deportivo.

Alcanzó la parte más externa del lado de babor de la popa y se inclinó sobre la barandilla. A sus pies rugía el océano Índico. Los faros orientados hacia atrás iluminaban las montañas de espuma blanca que el crucero dejaba tras de sí.

En realidad, le habría gustado pronunciar una frase hecha, algo así como «Hasta la vista, *baby*» o «Listo cuando usted quiera», pero no se le ocurrió nada divertido, por eso lanzó por la borda sin decir una palabra la bolsa con la pantorrilla.

«En teoría, de algún modo esto parecía mejor», pensó; lentamente recuperaba la sobriedad.

El viento soplaba con tanta fuerza en sus oídos que no pudo oír el impacto de la pantorrilla contra las olas cincuenta metros por debajo de él. Pero sí la voz a su espalda.

—¿Qué está haciendo ahí?

Se volvió.

La persona que le había dado un susto de muerte no era un empleado adulto, «gracias a Dios», o alguien del servicio de seguridad, sino una niña, no mayor que la pequeña a la que había tratado hacía dos años junto con toda su familia ante la costa occidental de África. Estaba sentada con las piernas cruzadas junto a la caja de un aparato de aire acondicionado o de un generador. Al doctor la tecnología no se le daba tan bien como los cuchillos.

Como la niña era tan pequeña y el entorno tan oscuro, no la había visto. E incluso ahora, con la vista clavada en la oscuridad, apenas lograba distinguir su silueta.

—Alimento a los peces —dijo satisfecho de sonar bastante más tranquilo de lo que se sentía. La niña no era una amenaza física, pero sin embargo no la necesitaba como testigo.

—¿Se encuentra mal? —preguntó ella. Llevaba una falda clara con medias oscuras y un anorak encima. Por precaución, se había puesto el chaleco salvavidas rojo que se encontraba en el armario de todos los camarotes.

«Buena chica».

—No —respondió con una sonrisa—. Me encuentro bien. ¿Cómo te llamas?

Poco a poco, los ojos se le acostumbraron a la penumbra. La niña tenía el pelo hasta los hombros y tenía orejas de soplillo, aunque no la desfiguraban. Al contrario. Apostaba a que, bajo la luz, se apreciaría la atractiva joven que un día llegaría a ser.

—Me llamo Anouk Lamar.

—¿Anouk? Ese es el diminutivo francés de Anna, ¿verdad?

La niña sonrió.

—Guau, ¿sabe eso?

—Sé muchas cosas.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿también sabe por qué estoy sentada aquí?

Su voz sonaba muy aguda porque tenía que alzarla debido al viento.

—Estás pintando el mar —dijo el doctor.

Ella apretó más el cuaderno de dibujo contra el pecho y sonrió.

—Esa era fácil. ¿Qué más sabe?

—Que hace rato que deberías estar en la cama. ¿Dónde se han metido tus padres?

La niña suspiró.

—Mi padre ya no vive. Y no sé dónde está mi madre. Suele dejarme sola en el camarote por la noche.

—¿Y te aburres?

Ella asintió.

—Regresa bastante tarde y apestando a tabaco y alcohol —dijo en voz baja—. Y ronca.

El doctor no pudo evitar reír.

—A veces los adultos hacen eso.

«Tendrías que oírme a mí». Señaló el cuaderno.

—Pero ¿has podido dibujar algo hoy?

—No —respondió la niña negando con la cabeza—. Ayer se veían estrellas bonitas pero hoy todo está oscuro.

—Y hace frío —puntualizó el doctor—. ¿Qué te parece si vamos a buscar a tu mamá?

Anouk se encogió de hombros. No parecía muy contenta, pero dijo:

—¿Por qué no? —Logró levantarse sin usar las manos—. A veces está en el casino —dijo.

—Oh, eso se encuentra fácil.

—¿Por qué?

—Porque conozco un atajo —respondió el doctor, sonriendo.

Echó un último vistazo al mar por encima de la barandilla, que en ese punto era tan profundo que quizá la pierna del atleta aún no hubiese llegado al fondo del océano; después cogió a la niña de la mano y la llevó de vuelta a la escalera por la que había llegado.

Berlín

La casa en la que debía celebrarse la fiesta mortal se parecía a la que había soñado una vez. Aislada, con un tejado de tejas rojas y un gran jardín delantero detrás de la cerca de estacas blancas. Allí habrían hecho barbacoas los fines de semana y, en verano, habrían instalado una piscina hinchable en el césped. Él habría invitado a amigos y se habrían contado historias sobre el trabajo, las manías de sus parejas, o se habrían echado sin más en la tumbona bajo la sombrilla mientras observaban los juegos de los niños.

Nadja y él habían ido a ver una casa así, justo cuando Timmy empezó a ir a la escuela. Cuatro habitaciones, dos baños, una chimenea. Con un enlucido de color crema y contraventanas verdes. No muy lejos de allí, en el límite de Westend en dirección a Spandau, a solo cinco minutos en bicicleta de la escuela infantil Wald, donde en aquel entonces Nadja daba clases. A tiro de piedra del centro deportivo en el que su hijo habría podido jugar al fútbol. O al tenis. O a lo que fuera.

En aquel entonces ellos no hubiesen podido pagarla.

En la actualidad ya no había nadie que pudiera mudarse a alguna parte con él. Nadja y Timmy estaban muertos.

Y el chico de doce años que se encontraba en el interior de la casa que contemplaban y que pertenecía a un hombre llamado Detlev Pryga, pronto lo estaría también si aún seguían perdiendo el tiempo ahí fuera en la furgoneta negra.

—Voy a entrar ahora —dijo Martin Schwartz. Estaba sentado detrás, en el espacio interior sin ventanas de la furgoneta, y arrojó a un cubo de plástico la jeringuilla cuyo contenido lechoso se acababa de inyectar. Entonces se levantó de la mesa de control, cuya pantalla mostraba la imagen exterior del objeto de la misión. Su rostro se reflejó en los cristales oscurecidos del vehículo. «Parezco un yonqui que se está desenganchando de las drogas», pensó Martin, y eso suponía una ofensa. Para todos los yonquis.

En los últimos años había adelgazado más de lo que se podría considerar saludable. Solo su nariz seguía siendo tan gorda como siempre. La nupia Schwartz con la que todos los miembros masculinos de la familia estaban dotados desde hacía generaciones y que a su fallecida mujer le había parecido *sexy*, lo que él había interpretado como la prueba definitiva de que, en efecto, el amor es ciego. En todo caso, el narizón le confería una expresión bondadosa y fiable; de vez en cuando resultaba que los desconocidos lo saludaban por la calle, los bebés le sonreían cuando se inclinaba sobre el cochecito (quizá porque lo confundían con un payaso) y las mujeres tonteaban con él abiertamente, a veces incluso en presencia de sus parejas.

Ahora, seguro que no lo harían, no mientras llevara esta ropa. El traje de cuero negro muy ceñido en el que se había enfundado soltaba un sonido desagradable con cada respiración. De camino a la salida, sonaba como si estuviera anudando un globo gigante.

—Alto, espera —dijo Armin Kramer, que estaba al mando del operativo y llevaba horas sentado frente a él ante la mesa del ordenador.

—¿A qué?

—A...

El teléfono móvil de Kramer sonó y este ya no pudo completar la frase.

El comisario, con algo de sobrepeso, saludó a quien llamaba con un elocuente «¿Sí?» y, en el transcurso de la conversación, no dijo mucho más que «¿Qué?», «¡No!», «¡Me estás tomando el pelo!». Y: «Dile al gilipollas que lo ha fastidiado que más le vale abrigarse. ¿Que por qué? Porque puede que haga un frío de cojones en octubre cuando se quede tirado delante de la comisaría durante horas una vez que haya acabado con él». Kramer colgó.

—Que te follen...

Le encantaba sonar como un poli yanqui de la brigada de narcóticos. Y también parecerlo: llevaba botas vaqueras desgastadas, tejanos agujereados y una camisa a cuadros rojos y blancos que recordaba a un trapo de cocina.

—¿Dónde está el problema? —quiso saber Schwartz.

—Jensen.

—¿Qué pasa con él?

«¿Y cómo puede dar problemas ese tipo? Lo tenemos en una celda de aislamiento».

—No me preguntes cómo, pero el hijoputa ha conseguido enviar un SMS a Pryga.

Schwartz asintió. Arrebatos como el de su superior, que en ese momento se tiraba de los cabellos, eran nuevos. Con excepción de una inyección de adrenalina directa al corazón, no había casi nada que pudiera acelerarle el pulso. Ni siquiera la noticia de que un preso había conseguido hacerse con drogas, armas o, como Jensen, un móvil. La cárcel estaba mejor organizada que un supermercado, con una gran variedad y cómodos horarios de apertura. Incluso en domingos y festivos.

—¿Ha avisado a Pryga? —le preguntó a Kramer.

—No. El cabrón se ha permitido una broma que acaba siendo lo mismo. Quería hacerte caer en la trampa. —El comisario se restregó los lagrimales—. «Si yo quisiera enviarla por correo, tendría que enviarla como paquetito» había bromeado Kramer últimamente.

—¿Cómo? —preguntó Schwartz.

—Le ha escrito a Pryga que no debe asustarse si él aparece en la fiesta.

—¿Por qué iba a asustarse?

—Porque ha tropezado y se ha roto un incisivo. Arriba a la izquierda.

Kramer se tocó el lugar correspondiente en la boca con un dedo regordete.

Schwartz asintió. Jamás hubiera imaginado que ese perverso fuese capaz de desplegar tanta creatividad...

Echó un vistazo a su reloj de pulsera. Eran las cinco de la tarde pasadas.

«Las “demasiado tarde” pasadas».

—¡Maldición! —Furioso, Kramer golpeó la mesa del ordenador—. Tanta preparación y todo para nada. Tenemos que suspenderlo.

Se dispuso a pasar al asiento delantero.

Schwartz abrió la boca para replicar, pero sabía que Kramer tenía razón. Llevaban medio año trabajando para este día. Había empezado con un rumor tan increíble que durante mucho tiempo había sido considerado una leyenda urbana. Sin embargo, las *Bug Parties*, como se comprobó, no eran cuentos de terror, sino que existían de verdad. Se trataba de fiestas en las que infectados de VIH practicaban sexo sin protección con personas sanas. La mayoría de común acuerdo, lo que convertía esos eventos, en los que el riesgo de contagio aportaría un placer especial, más en un caso para los psiquiatras que para la fiscalía.

En opinión de Schwartz, los adultos podían hacer entre sí lo que les viniera en gana, siempre y cuando fuera por voluntad propia. Lo único que lo enfadaba era que, a causa de la conducta demencial de unos pocos, se reforzaran sin necesidad los estúpidos prejuicios que muchos seguían teniendo frente a los enfermos de sida. Pues era obvio que las *Bug Parties* eran la excepción absoluta, mientras que la inmensa mayoría de los infectados llevaba una vida responsable, muchos incluso organizados en la lucha activa contra la enfermedad y la estigmatización de sus víctimas.

«Una lucha que las suicidas *Bug Parties* estropean».

Sobre todo las de la variante psicópata.

La última moda del ambiente de la perversión eran los «eventos» en los que violaban a inocentes y los infectaban con el virus. En su mayoría menores de edad. Ante un público que pagaba. Una nueva atracción en la feria de atrocidades que en Berlín mantenía su carpa abierta las veinticuatro horas. A menudo en casas elegantes en zonas burguesas en las que jamás se esperaba algo así. Como ahora mismo en Westend.

Detlev Pryga, un hombre que en la vida normal vendía productos sanitarios. Era un socio apreciado del servicio de protección de menores, e incluso acogía bajo tutela con regularidad a los niños más difíciles. Casos de drogas, maltrato y otros casos problemáticos que habían visto más centros de menores que aulas. Almas perturbadas que, con frecuencia, no conocían otra cosa que poder pasar la noche en un sitio a cambio de sexo, y que no llamaba la atención si poco después volvían a largarse y, pasado un tiempo, volvían a recogerlos abandonados y enfermos. Eran las víctimas perfectas, alborotadores que evitaban a la policía y a los que raras veces les daban crédito si alguna vez intentaban obtener ayuda.

También a Liam, el niño de la calle de doce años que vivía en la casa de Pryga desde hacía un mes, volverían a echarlo a la calle muy pronto después de esta noche.

Pero antes se vería obligado a mantener relaciones sexuales ante los invitados presentes con Kurt Jensen, un pedófilo de cuarenta y tres años portador del VIH.

Pryga había conocido a Jensen en chats especializados de internet, y por eso había caído en las redes de la policía.

Mientras tanto, el pederasta llevaba dos semanas en prisión preventiva. Durante ese tiempo, Schwartz se había preparado para adoptar la identidad de Jensen, lo cual había resultado relativamente fácil, pues no se había producido intercambio de fotos entre Pryga y él. Solo tenía que llevar la ropa de cuero que Pryga quería para la filmación, y raparse la cabeza, porque Jensen se había descrito a sí mismo como alto, delgado, calvo y de ojos verdes. Rasgos que eran aplicables a Martin Schwartz después del rapado y gracias a las lentillas.

La mayor dificultad del camuflaje resultó ser la prueba de sida positiva que Pryga exigía. No por adelantado, sino directamente en la fiesta. Había anunciado que disponía de pruebas rápidas a través de una farmacia virtual holandesa. Una gota de sangre y el resultado aparecía en el visor de la tira a los tres minutos.

Schwartz sabía que lo habían escogido justo para esta misión debido a este problema de por sí insoluble. Desde la muerte de su familia, en los círculos policiales lo consideraban una bomba de relojería. Un investigador encubierto que, para su profesión, a sus treinta y ocho años, ya se dirigía con paso firme hacia la edad de jubilación y que carecía del factor más importante que mantenía con vida a él y a su equipo en caso de emergencia: la capacidad de sentir miedo.

Los psicólogos de la policía ya lo habían examinado cuatro veces. Cuatro veces ya habían concluido que no había superado el suicidio de su mujer... Y mucho menos el hecho de que antes hubiera acabado con la vida del hijo de ambos. Cuatro veces recomendaron que le dieran la jubilación anticipada, porque una persona que ya no le encuentra sentido a la vida asumiría riesgos irresponsables estando de servicio.

Cuatro veces habían tenido razón.

Y, sin embargo, volvía a estar en un vehículo de operaciones, no solo porque era el mejor en el trabajo, sino, sobre todo, porque nadie más quería dejarse inocular por voluntad propia anticuerpos del VIH en el torrente sanguíneo con el fin de manipular la prueba rápida. En realidad, habían eliminado los patógenos del suero que provocan el sida mediante un proceso especial de esterilización, pero el médico no había querido darle un ciento por ciento de seguridad, y por eso Schwartz tenía que iniciar una terapia farmacológica de cuatro semanas en cuanto terminara allí la denominada profilaxis postexposición, cuya abreviatura era PPE. Un procedimiento que ya había sufrido una vez después de que un drogadicto del parque Hasenheide le hubiera clavado una jeringuilla con sangre en el cuello. En el prospecto de la «pastilla de después» que había que tomarse como muy tarde al cabo de dos horas del riesgo de contagio se indicaba que debía contar con sufrir dolores de cabeza, diarrea y vómitos. Al parecer, Schwartz era más sensible que otras personas. Mucho más sensible. A decir verdad, ni había vomitado, ni había tenido que sentarse en el retrete más tiempo

de lo normal; en cambio, unos intensos ataques de migraña casi lo habían llevado al borde del desmayo. Y en parte más allá.

—Tengo que ponerme en marcha —le dijo a Kramer echando un vistazo al monitor. Hacía diez minutos que no entraba nadie en la casa.

Habían contado a siete invitados, cinco hombres y dos mujeres. Todos habían llegado en taxi. Práctico si no se quería que alguien anotara el número de matrícula de los coches aparcados.

—¿Y si Pryga ha tenido en cuenta todas las eventualidades y dispone de un sustituto para mí, en caso de que me echara atrás? —preguntó Schwartz. Era muy probable que los invitados estuvieran sanos. Con toda seguridad, no en el sentido espiritual, pero sí en el físico. Aunque, por supuesto, no lo sabían con seguridad.

Kramer negó con la cabeza.

—No hay tantos pedófilos infectados que estén dispuestos a algo así. Ya sabes cuánto tiempo tuvo que buscar Pryga a Jensen.

Sí. Lo sabía.

Sin embargo, el riesgo era demasiado alto.

Tampoco podían irrumpir en la casa, así sin más. No podrían alegar ningún motivo. La violación debía producirse en el sótano. Pryga tenía perros que anunciaban a cada visitante. Aunque actuaran con la rapidez de un rayo, no lograrían reventar las puertas y pillar a los delincuentes in fraganti. Y entonces, ¿por qué razón iban a detener a los presentes? No era un crimen encerrarse en un cuarto de calderas y colocar una cámara delante de un colchón. Aunque ahí estuviera tumbado un chico con el torso desnudo.

En el mejor de los casos, arrestarían a Pryga y a sus invitados durante unas horas. En el peor, se habrían limitado a poner sobre aviso a esos psicópatas enfermos.

—No podemos arriesgarnos a que un chico de doce años sea violado e infectado por VIH —protestó Schwartz.

—No sé si antes he hablado demasiado rápido —dijo Kramer acentuando cada palabra con tanta lentitud que era como si se dirigiera a un retrasado—. No vas a entrar. Aún tienes todos los dientes.

Schwartz se frotó la barba de tres días. No podía decir con exactitud cuándo había dormido en casa por última vez.

—¿Y qué hay de Doc Malchow?

—¿Nuestro médico? —Kramer lo miró como si hubiera preguntado por un pañal para adultos—. Oye, ya sé que te falta algún que otro tornillo, pero ni siquiera tú puedes estar tan loco como para dejar que te saquen los dientes. Y aunque... —Kramer miró el reloj—. Malchow estará aquí como muy pronto dentro de veinte minutos, la anestesia dura otros tres, la operación cinco más. —Señaló al monitor en el que aparecía la fachada de la casa—. ¿Quién te dice que en media hora escasa la fiesta no habrá terminado ya?

—Tienes razón —dijo Schwartz, y exhausto se sentó en un banco acolchado de la

pared lateral.

—Entonces ¿abortamos? —preguntó Kramer.

Schwartz no respondió y metió la mano debajo del asiento. Sacó un petate verde militar que le acompañaba en cada misión.

—¿Y ahora qué? —preguntó el jefe.

Schwartz tiró al suelo las prendas que antes había cambiado por la ropa de cuero y hurgó en el petate.

Solo le llevó unos pocos segundos encontrar, entre rollos de cable y cinta adhesiva, baterías y herramientas, lo que buscaba.

—Por favor, dime que solo es una broma —dijo Kramer cuando Martin le pidió un espejo.

—Olvídalo —respondió Schwartz encogiéndose de hombros—. También se puede sin él.

Después apoyó las tenazas en el incisivo superior izquierdo.

Seis horas después

—Usted está completamente loco.

—Gracias por decírmelo con tanta delicadeza, doctora.

—No, en serio.

La joven dentista morena parecía querer abofetearlo. Enseguida le preguntaría si se creía Rambo, como ya habían hecho Kramer, el jefe de la unidad de operaciones especiales, los dos enfermeros de urgencias y media docena más desde que había acabado la misión.

La dentista —Dra. Marlies Fendrich, según el rótulo en la bata del hospital Charité— respiraba estresada a través de la mascarilla azul celeste de usar y tirar.

—¿Quién se ha creído que es? ¿Rambo?

Él sonrió, lo cual era un error, porque así llegaba aire frío al nervio que estaba al descubierto. Se había roto el diente justo por encima del hueso de la mandíbula, y pinchazos de dolor le atravesaban la cabeza cada vez que se tocaba los restos con la lengua.

La silla en la que estaba tumbado se hundía por la zona de la espalda. Una lámpara apareció sobre su cabeza y lo deslumbró.

—¡Abra la boca! —ordenó la dentista, y él obedeció—. ¿Sabe el esfuerzo que supone volver a restaurar el diente? —añadió.

Estaba tan cerca de su cara que podía verle los poros. A diferencia de él, daba mucha importancia al cuidado físico. Él se había hecho el último *peeling* hacía un año. En aquel entonces los dos eslovenos lo habían arrastrado por el asfalto del área de servicio de la autovía.

Nunca era bueno que se descubriera el camuflaje.

—Apenas me ha dejado un milímetro de sustancia, demasiado poco para montar una corona encima —siguió quejándose Marlies—. Podríamos intentar una extrusión, es decir, sacar la raíz que sigue dentro del maxilar. Sería mejor una extensión quirúrgica de la corona, entonces quizás podríamos evitar un implante, aunque antes hay que limpiar a fondo el canal de la raíz. Después de lo que se ha hecho, seguro que no necesita anestesia si freso ligeramente el hueso...

—¡Doce! —La interrumpió Martin.

—¿Qué doce?

—Los años que tenía el chico al que habían encadenado a una hamaca. Llevaba una pinza que le mantenía la boca abierta para que no pudiera defenderse durante el sexo oral. Yo debía infectarle con el VIH.

—¡Dios mío! —El rostro de la dentista perdió una buena parte del bronceado de

las vacaciones. Schwartz se preguntó dónde habría estado. A mediados de octubre ya había que volar bastante lejos para poder tumbarse al sol. O tener suerte. Nadja y él la habían tenido una vez, hacía seis años. En su último viaje a Mallorca. Habían podido celebrar el décimo cumpleaños de Timmy en la playa, y él había sufrido una insolación. La última vez de su vida. Un año después, su mujer y su hijo estaban muertos, y él no había vuelto a irse de vacaciones.

—El delincuente esperaba a un calvo al que le faltaba un incisivo. Qué puedo decir... —Se palpó el cráneo pelado—. Mi peluquero estaba más o menos del mismo humor que usted.

La dentista forzó una sonrisa nerviosa. Se notaba que no sabía si Schwartz había hecho una broma.

—¿Se ha... quiero decir, el chico, se...?

—Él está bien —respondió. Al menos todo lo bien que puede estar un chico tutelado que volvía a encontrarse en un centro de menores poco después de haber sido liberado de las garras de unos locos perversos. Schwartz había esperado hasta que logró grabar la orden de Pryga de: «Metédsela al chico por todos los agujeros». La cámara del remache de su chaqueta de cuero captó la sonrisa expectante de todos los invitados, hacia los que se volvió antes de decir «tostadora», la palabra clave acordada para los de operaciones especiales. Junto con el supuesto positivo de VIH y el vídeo de la cámara fija casera de Pryga, tenían suficientes pruebas para meter entre rejas a esos cerdos durante mucho mucho tiempo.

—Con algo de suerte, incluso dos años y medio —había pronosticado Kramer cuando lo llevó a la consulta de Virchow, donde primero le entregaron la medicación para la PPE: tres pastillas diarias durante cinco semanas. Kramer tuvo que ocuparse del papeleo, por eso Martin se había dirigido solo a la clínica dental, donde ahora, tras otras dos horas de espera, por fin le había tocado el turno.

—Lo siento —se disculpó la dentista. Tenía una cara pequeña con unas orejas un poco demasiado grandes y unas pecas atractivas en la nariz.

En otra vida, Schwartz se hubiera preguntado si debía pedirle el número de teléfono para después no hacer nada, pues estaba casado. Ese era el problema con la vida. Nunca era el momento correcto. O bien se conocía a una mujer guapa y se llevaba un anillo en el dedo. O el anillo ya no estaba y cada mujer guapa recordaba lo que se había perdido.

—Lo único que me dijeron es que se había autolesionado estando de servicio. Que era usted un...

—¿Un chalado? —Schwartz añadió la parte de la frase que la dentista no se había atrevido a completar.

—Sí. No sabía qué...

—Okay, de acuerdo. Límitese a quitar el resto.

La doctora Fendrich negó con la cabeza.

—No es tan fácil. Seguro que quiere una reconstrucción...

—No. —Schwartz levantó la mano para defenderse.

—Pero no puede darle igual, así se desfigura...

—Si usted supiera todo lo que me da igual... —dijo en voz baja; entonces el móvil le vibró en el bolsillo del pantalón—. Un momento, por favor.

Tuvo que volverse un poco para poder hurgar en el bolsillo trasero. Quienquiera que lo llamara lo hacía desde un número oculto.

—Oiga, ahí fuera aún esperan más pacientes... —La dentista se volvió enfadada cuando Schwartz hizo caso omiso de su protesta.

—¿Sí? —No hubo respuesta. Solo una fuerte interferencia que le recordó los viejos módems y el anuncio de AOL de los años noventa—. ¿Hola?

Oyó el eco de su propia voz y un poco antes de cortar la conexión se oyó un *clac* en la línea, como si alguien jugara con unas canicas sobre una placa de vidrio. Entonces las interferencias se debilitaron, sonaron dos chasquidos intensos y de pronto pudo entender cada palabra.

—¿Hola? Me llamo Gerlinde Dobkowitz. ¿Me estoy dirigiendo a un tal señor Martin Schwartz?

Parpadeó alarmado. La gente que marcaba ese número no tenía motivo alguno para preguntar por su nombre. Solo había confiado el número secreto privado a unos pocos, y todos ellos sabían cómo se llamaba.

—¿Hola? ¿Señor Schwartz?

La voz desconocida tenía acento vienés y pertenecía a una anciana o a una dama joven con un grave problema con el alcohol. Schwartz apostó por la primera opción, tanto por el anticuado nombre de pila como por las expresiones pasadas de moda.

—¿De dónde ha sacado mi número? —quiso saber.

Aunque la dama fuera de la compañía telefónica, algo que no creía, no se hubiese dirigido a él por su nombre civil, sino por Peter Pax, el seudónimo con el que había solicitado ese número hacía años; era su nombre falso preferido, porque le recordaba a Peter Pan.

—Digamos que soy bastante buena investigando —dijo la mujer.

—¿Qué quiere usted de mí?

—Se lo explicaré en cuanto nos veamos. —Gerlinde Dobkowitz soltó una tos áspera—. Debe venir a bordo con la mayor rapidez que le sea posible.

—¿A bordo? ¿De qué está hablando?

Schwartz advirtió que la dentista, que estaba ordenando sus instrumentos en una mesa auxiliar, le lanzaba una mirada interrogativa.

—Del *Sultan of the Seas* —repuso la anciana—. En estos momentos navegamos a una jornada de Hamburgo rumbo a Southampton, en alguna parte del Canal de la Mancha. Debe reunirse con nosotros lo más rápido posible.

Schwartz se quedó de piedra. Antes, cuando se había plantado delante de Pryga, no había estado nervioso. Tampoco cuando lo pinchó en el pasillo de la casa con la aguja de la prueba rápida de VIH y tardó más de los tres minutos calculados hasta

que por fin apareció la segunda línea en el visor de la tira. Ni siquiera cuando había visto al chico desnudo en la hamaca y las puertas cortafuegos se cerraron tras él. Pero ahora se le había disparado el pulso. Y la herida de la boca palpitaba al ritmo del latido de su corazón.

—¿Hola? ¿Señor Schwartz? Usted conoce el barco, ¿no es cierto? —preguntó Gerlinde.

—Sí.

«Seguro».

Claro que lo conocía.

Era el crucero en el que hacía cinco años, durante la tercera noche de la travesía transatlántica, su mujer había trepado a la barandilla del balcón de su camarote y había saltado cincuenta metros al vacío. Poco después de haberle puesto a Timmy una manopla de baño empapada en cloroformo sobre el rostro dormido y, a continuación, lanzarlo por la borda.

Southampton
17 horas después

A Naomi le encantaban las novelas de suspense. Cuanto más sangrientas, mejor. Para la travesía en el crucero de lujo había cargado toda una carretada a bordo del *Sultan of the Seas* (a esos modernísimos lectores electrónicos aún no había podido acostumbrarse), y en un día bueno casi se acababa un libro entero, sin importar lo gordo que fuera.

O lo sangriento.

A veces no estaba segura de quién estaba más chalado, si el autor que se imaginaba esas tonterías enfermizas, o ella que incluso pagaba para poder ponerse cómoda junto a la piscina en compañía de psicópatas y asesinos, al alcance del camarero guapo que, entre capítulo y capítulo, le suministraba café, refrescos o cócteles según la hora del día.

En los siete años de matrimonio, antes de que Dios hubiera considerado que una urna en la chimenea le sentaría mejor que un anillo en el dedo, en cierta ocasión su marido le dijo que se preguntaba por qué había restricciones de edad para películas y videojuegos, pero no para libros.

Cuánta razón había tenido.

Había escenas que había leído hacía años y que no se quitaba de la cabeza desde entonces, por mucho que lo deseara. Por ejemplo aquella de *The Cleaner*, en la que Joe espera con regocijo una aventura sexual salvaje con su conquista en el parque y, en su lugar, la bruja chiflada le arranca un testículo con unas tenazas.

Se estremeció.

Después de esa descripción, cabría pensar que el autor era un perverso, aunque el libro gozaba de un éxito enorme y su autor, Paul Cleave, al que había visto en persona durante una lectura en un festival de novela negra, era encantador, guapo y divertido. Gracioso, como muchos trozos del libro.

Ni punto de comparación con *Hannibal* de Thomas Harris, que le había dado náuseas cuando el doctor Lecter se comía a cucharadas el cerebro de su adversario aún con vida directamente del cráneo abierto. ¡El libro tenía casi setecientas puntuaciones de cinco estrellas!

«Una locura».

Casi tanto como la historia de la mujer de treinta y siete años a la que su secuestrador mantiene encerrada en un pozo hasta que un día hace descender un cubo con un cuenco de arroz. En el cuenco aparecen escritas dos palabras que la mujer, doctora en Biología, apenas puede leer en la oscuridad: *Spirometra mansonii*.

El nombre en latín de un parásito que, sobre todo, se encuentra en el sudeste asiático y que crece a partir de cestodos imbricados semitransparentes del grosor de un cordón de zapatos y hasta treinta centímetros de largo. Mudan bajo la piel de las personas y se dirigen hacia el cerebro. O detrás de los ojos, como en el caso de la mujer de la historia, que tiene un hambre tan insoportable que, al final, decide comerse el arroz contaminado para no morir de forma tan vil.

Mierda, ¿cómo se llama ese libro?

Pensó en la estantería del invernadero de su casa, en los autores por orden alfabético, pero sin éxito.

Sí, ¿puede ser? No hace tanto tiempo que... ¡Ah, ya lo he recordado!

En el momento en el que el dolor la devolvió del breve sueño a la realidad, Naomi Lamar volvió a recordarlo:

No era un libro.

Sino su vida.

En alguna parte del *Sultan of the Seas*.

Y muy a su pesar, aún faltaba mucho para que acabara.

Martin Schwartz subió por las escaleras del *Sultan* con un petate al hombro, y se sintió mal.

Aborrecía ese barco, los revestimientos de las paredes en discretos colores pastel, los muebles de caoba o teca y las suaves moquetas en las que caminar era como pisar un césped. Aborrecía los ridículos uniformes de los empleados, que incluso los botones más sencillos llevaban como si estuvieran trabajando para la Marina y no en una especie de feria de turismo de masas. Aborrecía el discreto aroma a vainilla que se añadía a la climatización; aborrecía la mirada eufórica de los pasajeros con los que había subido a bordo por la escalerilla. Mujeres, hombres, niños, familias. Esperaban con alegría las siete noches de lujo, el bufé libre las veinticuatro horas, los tranquilos días de travesía en la cubierta o en el gran *spa* de dos mil metros cuadrados con un *Fitness Center*. Planeaban visitar los espectáculos del teatro musical más moderno del mundo mundial y tomar cócteles en uno de los once bares que se repartían por las diecisiete cubiertas. Querían dejar a sus hijos en el Club de los Piratas, subirse al tobogán acuático más largo que jamás se había construido en un barco, perder su dinero en el casino así como gastarlo en el centro comercial diseñado al estilo de una *piazza italiana*. Quizás algunos embarcaban con sentimientos encontrados, como en un avión, respetuosamente inquietos y preguntándose si la tecnología en cuyas manos se entregaban los llevaría sanos y salvos de A a B. Pero Martin estaba seguro de que ni uno solo de los tres mil pasajeros, de diferentes culturas y clases sociales, dedicaba un solo pensamiento al hecho de que, en los próximos días, vivirían en una pequeña ciudad, empezando por el personal que ganaba dos dólares por hora y trabajaba abajo en la lavandería, hasta los millonarios de las tumbonas con capota de la cubierta superior. Una ciudad en la que había de todo, excepto un guardián del orden. En la que, cuando se marcaba el 112, venía el servicio de habitaciones... y no la policía. Una ciudad en la que, en cuanto embarcabas, quedabas sometido a la legislación de la república bananera subdesarrollada bajo cuya bandera se había botado el barco.

Martin aborrecía el *Sultan*, a sus pasajeros y a la tripulación.

Pero sobre todo se aborrecía a sí mismo.

Se había prometido no volver a poner un pie en un crucero jamás en la vida. Mucho menos en ese. Y una única llamada de una jubilada a la que ni siquiera conocía le había hecho tirar por la borda todos sus propósitos.

Soltó una risotada cínica para sus adentros y un matrimonio mayor con mucho sobrepeso con el que se cruzó en la escalera le lanzó una mirada escéptica.

«Arrojar por la borda...».

Imposible expresarlo de un modo más adecuado.

Llegó a la cubierta 12 y estudió las indicaciones con los números de camarotes.

Para la *suite* 1211, tenía que dirigirse a babor.

Martin bostezó. Quizá se debía a que el día anterior la dentista lo había convencido de que aceptara una solución provisional; el dolor de dientes no le había permitido conciliar el sueño en toda la noche y, excepto una cabezada de diez minutos en el vuelo a Londres, no había disfrutado de un momento de descanso.

En el taxi de Heathrow a Southampton, el móvil lo había sacado de quicio. Primero, Kramer intentaba localizarlo, después el jefe en persona para gritarle que qué se había creído, que por qué no había asistido a la reunión sobre la operación. Si no se dirigía enseguida a la comisaría, podía ir recogiendo sus cosas.

—Además, gilipollas, has prometido acudir al médico con regularidad. La mierda que espero que te estés tomando puede provocar daños cerebrales, aunque dudo que, en tu caso, se note una diferencia.

En algún momento Martin había desviado los insultos al buzón de voz. No creía que pudieran prescindir de él. Como muy tarde en la próxima operación suicida, también se olvidarían de esta nota en su expediente personal. ¿O en realidad había tensado demasiado la cuerda reservando pasaje en el *Sultan* sin consultar a sus superiores ni solicitar vacaciones? En una *suite* de ciento cincuenta metros cuadrados en la cubierta 11 por dos mil euros la noche, incluido el vuelo de regreso de Nueva York a Berlín en clase *business*.

Aunque Martin no tenía previsto emprender la travesía. Solo quería hablar con Gerlinde Dobkowitz, ver sus supuestas «pruebas» y después desembarcar de inmediato. Pero esa anciana sin duda algo excéntrica se había negado a abandonar el barco por él. Como Martin había averiguado la noche anterior en una búsqueda en internet, Gerlinde Dobkowitz, de setenta y ocho años, era considerada una leyenda viva en los foros de cruceros. Con su pensión, se había permitido el lujo de ocupar de por vida uno de los pocos camarotes permanentes del *Sultan*.

Así que Martin tenía que subir a bordo a verla y, como no se podía acceder al *Sultan* sin identificación de pasajero, se había visto obligado a reservar un camarote. La *suite* con terraza en la popa del barco era la única que aún estaba disponible en línea en un plazo tan corto, por eso había pagado doce mil euros por una conversación de veinte minutos. En realidad, el tiempo de viaje estaba tan calculado que habría dispuesto de más de dos horas para la entrevista, pero en el trayecto de ida el taxista se había propuesto enseñarle todos los atascos del sur de Gran Bretaña.

Daba igual, ese precio ya no lo arruinaría.

Aunque su sueldo de detective no era excesivamente elevado, hacía años que apenas gastaba, y su cuenta estaba tan bien provista que hacía dos meses el banco incluso le había enviado una tarjeta de felicitación cuando cumplió treinta y ocho años.

Sin embargo, en ese momento, pulsando el timbre del camarote 1211, más bien se sentía con más de cincuenta.

Oyó sonar un discreto carillón. Solo pasaron unos pocos segundos antes de que la

puerta se abriera y se encontrara ante un muchachito amable y sonriente que llevaba frac y zapatos de charol. Martin recordó que el *Sultan* anunciaba que ponía un mayordomo a disposición de todos los huéspedes que reservaran una de sus carísimas *suites*.

El ejemplar que tenía delante aparentaba veintipocos años y llevaba el pelo negro, liso y corto con la raya en medio pegado a un cráneo más bien pequeño. Tenía ojos acuosos y barbilla prominente. «Valor» y «capacidad para imponer su voluntad» no eran las primeras palabras que se le ocurrieron al verlo.

—¡Que pase! —Oyó Martin gritar a Gerlinde Dobkowitz desde el interior de la *suite*, y el mayordomo se apartó.

Al cerebro de Martin le costó un gran esfuerzo procesar todas las impresiones que a continuación lo golpearon.

Como detective, sabía que con frecuencia la frontera entre un estilo de vida excéntrico y la locura que requiere terapia solo puede trazarse mediante un lápiz afilado. A primera vista Gerlinde Dobkowitz se movía a ambos lados de la frontera.

—Bueno, por fin —lo saludó desde la cama. Estaba inclinada contra un montón de cojines, entre periódicos y páginas de ordenador impresas en la cabecera del colchón. La cama sobrecargada ocupaba el centro de una habitación que los interioristas del astillero en un principio habían diseñado como salón. Pero habían hecho sus cálculos sin Gerlinde Dobkowitz. Al menos Martin no podía imaginarse que el papel pintado de flores color espuma de frambuesa, la alfombra de piel de cebra o los cuernos de ciervo artificiales sobre la rejilla de ventilación formaran parte del equipamiento básico de todas las *suites* de tres habitaciones del *Sultan*.

—Debería calibrar su velocímetro —dijo la vieja dama con la mirada puesta en un reloj de pie de madera situado en el espacio de entrada de la *suite*—. ¡Son casi las seis!

Con gesto malhumorado metió prisa al mayordomo para que fuera a un antiguo secreter forrado de terciopelo que se encontraba en ángulo recto con la pared medianera, bajo un óleo que a lo mejor había representado una vez al *Hombre del yelmo de oro* de Rembrandt, pero que ahora estaba cubierto de notas fijadas al lienzo con chinchetas.

La vieja dama le lanzó una mirada asesina a Martin.

—Ya pensaba que tendría que esperar hasta Nueva York para entregar mis *brownies* en la Casa Blanca.

Gerlinde cogió unas gafas enormes de la mesilla de noche. Martin se sorprendió al ver que no necesitaba ambas manos para colocárselas en la nariz. Los cristales estaban tintados de rosa pálido y eran tan gruesos como el fondo de un vaso de *whisky*, por lo que los despiertos ojos adoptaban tras ellos el tamaño de los de una lechuga. En realidad, al contemplar a Gerlinde la comparación con un pájaro no exigía mucha imaginación. Tenía dedos como garras y la nariz larga y corva sobresalía como un pico del pequeño rostro de corneja de la vieja dama, todo huesos

y piel.

—Espero que no vuelva a ser del tipo de papel de lija Z. Límitese a dejarlo junto a la basura orgánica y, después, adiós. —Hizo un ademán en dirección a Martin como si quisiera espantar una mosca molesta.

—Me temo que me confunde con otro —dijo él dejando el petate.

Gerlinde enarcó las cejas con expresión atónita.

—¿Acaso no es el hombre del papel higiénico? —preguntó, sorprendida.

Martin, al que poco a poco le iba quedando claro lo que había querido decir con «basura orgánica», «*brownies*», «papel de lija tipo Z» y la «Casa Blanca», se preguntó cómo podía haber sido tan idiota como para acudir allí. ¿Qué mosca le había picado para echar sal en esas heridas que jamás cicatrizarían? Era la esperanza de que, por fin, la tragedia tuviera un final. Y la esperanza, esa serpiente traicionera, lo había conducido a un callejón sin salida en cuyo fondo lo aguardaba una abuela tumbada en la cama.

Martin siguió la mirada atónita que Gerlinde le lanzó a su mayordomo.

—¿Quién demonios es este, Gregor?

Gregor, que había tomado asiento ante el secreter tras una máquina de escribir que hubiese significado un imán histórico para el público en el museo de Tecnología de Berlín, miró por encima del borde del papel con aire de desconcierto.

—Me temo que estoy tan desinformado como...

—¿Quién es usted? —preguntó Gerlinde, interrumpiendo el elegante tartamudeo.

—Me llamo Martin Schwartz, ayer hablamos por teléfono.

Ella se dio una sonora palmada en la frente.

—Oh, cielos, desde luego.

Gerlinde apartó una pila de papel y retiró el edredón de plumas bajo el cual se había tumbado calzada con zapatillas de deporte blancas como la nieve.

—Qué bien que haya venido. Sé lo difícil que debe de haberle resultado...

Desplazó sus piernitas por encima del borde de la cama. Gerlinde llevaba un chándal rosa en el que hubiese cabido dos veces.

—... Justo aquí, al *Sultan*, donde usted perdió a su mujer y su hijo...

—Por favor, disculpe mi impaciencia —la interrumpió Martin. No tenía ni tiempo ni energía para cortesías. Incluso la presencia del mayordomo le resultaba indiferente—. Por teléfono dijo que tenía pruebas de que mi mujer no se había precipitado al mar por voluntad propia.

Gerlinde asintió, en absoluto molesta por que él la había interrumpido, arrastró las piernas hasta una silla de ruedas aparcada junto a la cama y abrió el cajón de la mesilla de noche.

—No solo por eso, querido. No solo por eso. —Le dirigió una mirada de complicidad, y luego añadió—: Quizás incluso haya encontrado una prueba de que su familia sigue con vida.

Con esas palabras, le entregó a Martin un pequeño oso de peluche desgastado que

alguna vez había sido blanco y cuya piel ahora había adoptado el color de la arena sucia.

A Martin se le hizo un nudo en el estómago y notó un cosquilleo en la garganta. Sintió náuseas. No lograría abandonar este barco tan pronto.

Al viejo peluche que apestaba a sudor y lubricante, le faltaba un ojo y la pata derecha, pero las iniciales seguían en su sitio.

T. S.

Justo donde Nadja las había bordado hacía años con la máquina de coser, poco antes de que Timmy hiciera su primer viaje a la casa de campo con su clase.

A la misma hora, cubierta 5
Camarote 5326

Pérdida. Tristeza. Miedo.

En los últimos años, su vida tan a menudo había estado provista de trampillas que en el ínterin Julia Stiller había confiado que estaba preparada para esquivar los sótanos oscuros que la vida aún mantenía abiertos para ella. O que al menos la siguiente vez no volviera a caer en uno tan profundo. Solo lo suficiente como para poder salir mediante sus propias fuerzas apoyándose en los bordes de su pozo mental.

Pero se había equivocado.

Esta vez fue una llamada lo que le provocó una angustia mortal y le enseñó que no te puedes preparar para la guillotina del destino. Se produjo justo en el momento en el que, por fin, después de mucho mucho tiempo, volvía a sentirse feliz, allí, en el puerto de Southampton, en el *Sultan of the Seas*.

Ya habían pasado tres tristes años desde que su marido la había engañado, su círculo de amistades se había roto y su hija la había culpado por no seguir viviendo en la villa de Köpenick, sino en un piso de dos habitaciones de Hermsdorf. Pequeño y con estrecheces, pero aun así tan caro que se veía obligada a aceptar todos los turnos de noche de la clínica que podía conseguir como enfermera de la unidad de prematuros para poder llegar a fin de mes.

—Reaccionaste de manera excesiva. —Le habían dicho incluso sus padres. Como si hubiera buscado adrede la factura en el cubo de reciclaje del papel: dos billetes de avión, pero solo una habitación doble. A Capri, aunque Max le había contado algo de una formación en Dresde. Un billete estaba a nombre de él y el otro al de su secretaria. La de las extensiones baratas y los pechos turgentes hasta el ridículo. Julia no reflexionó. Bajó al sótano, cogió la cesta llena de ropa sucia, se dirigió con ella a la oficina en la que Max trabajaba de abogado y volcó la ropa sucia en el escritorio a la desconcertada amante con las palabras: «Puesto que ya se folla a mi marido, también puede lavarle los calzoncillos sucios».

Eso le había hecho sentirse bien. Durante unos veinte segundos.

—¿Dónde estás? —Oyó que preguntaba Tom Schiwy, y ya entonces empezó a enfadarse por haber cogido el teléfono. Había acordado con su hija que apagarían los móviles al comenzar las vacaciones, pero con la excitación de la partida debía de haberse olvidado. Y ahora Julia oía la voz de uno de los pasos en falso dados durante su soltería forzosa.

«Si bien uno de los más agradables».

—Ya te he dicho dónde pasamos las vacaciones de otoño —contestó, y sonrió a

Lisa, que acababa de pasar a su lado para atravesar la puerta que comunicaba ambos camarotes.

—Voy un momento a echar un vistazo al barco —le susurró su hija quinceañera, y Julia asintió conforme.

A Tom le dijo:

—Acabamos de subir a bordo.

—Mierda.

La voz del profesor de confianza de su hija era desacostumbradamente agitada, casi temerosa.

—¿Qué pasa? —preguntó Julia en tono sorprendido, y se dejó caer en la cama de colchón de muelles increíblemente confortable, que casi ocupaba todo el camarote.

«¿Por qué me llamas? ¿Acaso no habíamos acordado limitar el contacto a lo imprescindible?».

—Hemos de vernos. ¡Inmediatamente!

—Sí, claro.

Julia se tocó la frente. Por ningún hombre del mundo volvería a abandonar el *Sultan of the Seas*. Lisa estaba sufriendo toda la gama de problemas que pueden presentarse en la pubertad. Se negaba a comer junto con su madre, estaba cada vez más delgada, se había puesto un pendiente en la nariz, había arruinado con malas notas su media como mejor de la clase y se limitaba a quedar con amigas que vestían la misma ropa siniestra que ella. Desde que cumplió los quince, pasaba por una fase gótica en la que solo llevaba ropa negra de segunda mano, en lo posible desgarrada y tan agujereada que incluso las polillas se morirían de hambre en esas prendas. Era de suponer que una ley no escrita de su grupo dictaminaba que uno nunca reía y jamás le daba un beso a su madre. Una ley que Lisa había roto hacía diez minutos por primera vez desde hacía semanas.

—Es tan guay, mamá —había dicho en tono alegre cuando ambas salieron al balcón del camarote. Las lágrimas en los ojos de Lisa podían deberse al viento que soplaba desde el puerto hasta la cubierta 5, pero Julia prefería creer que se trataba de la alegría por el enorme transatlántico y el lujoso camarote exterior que ocuparían los próximos siete días. E incluso cada una el suyo.

En su situación actual, con sus ingresos como enfermera y siendo madre soltera, Julia no se hubiese podido permitir siquiera un camarote interior en el *Sultan of the Seas*. Pero Daniel Bonhoeffer, el capitán del *Sultan* en persona, las había invitado. Se conocían desde hacía años, casi décadas, y aun así habría tenido grandes problemas para describir su relación con Daniel a personas ajenas. Como amigos, no eran lo suficientemente cercanos; para ser simples conocidos, las relaciones familiares eran demasiado estrechas, al fin y al cabo Daniel era el padrino de Lisa. Sin ese vínculo, haría tiempo que hubiese perdido el contacto con él; Daniel no dejaba de ser un amigo de su marido desde la guardería, aunque Julia no había terminado de entender por qué su ex había mantenido durante tantos años la amistad con un hombre que, en

el fondo, solo se interesaba por una persona: él mismo. No pasaban cinco minutos en una conversación sin que Daniel lograra desviar el tema hacia sí mismo de algún modo. Debido a los exóticos destinos a los que había viajado, podía llegar a ser incluso divertido para el público ajeno. Para una amistad que aspirara a la reciprocidad, era demasiado poco para Julia. Además, ella siempre tenía la impresión de que su cortesía era forzada y que a los demás les seguía la corriente. Todo eso provocaba que, después de un encuentro con él, siempre se sintiera como si acabara de salir de un restaurante de comida rápida. En el fondo todo estaba bien, pero se quedaba con una sensación extraña en el estómago.

Ahora que estaba en su barco por primera vez, se preguntaba si no habría juzgado a Daniel con demasiada dureza. Al fin y al cabo, había demostrado una vez más cómo idolatraba a su ahijada. Lisa recibía cada año un gran regalo de cumpleaños, y este año era viaje en transatlántico a Nueva York.

—Agradéceselo a tu padrino —dijo Julia cuando su hija se echó en sus brazos en el balcón. Lisa olía a tabaco, y el maquillaje pálido había manchado las mejillas de Julia, pero eso le había molestado igual de poco que el collar de clavos que le presionaba la cara. Todo lo que le importaba a Julia en ese momento era por fin poder volver a abrazar a su hija. No recordaba cuándo fue la última vez que se sintió tan próxima a su pequeña.

—Esto es de ensueño —le explicó a Tom.

Habían trabado amistad en una reunión de padres a la que la habían convocado debido al menor rendimiento y a la escasa participación de su hija en clase. Cuando, al cabo de un mes, se enteró de que Lisa acudía con regularidad a la hora de visita de Tom, Julia acabó con la aventura. No se había sentido a gusto con la idea de mantener una relación con la única persona de confianza de su hija en la actualidad. Además, de todos modos no había funcionado tan bien; no solo por la edad —al fin y al cabo, con veintinueve años, Tom era diez años más joven que ella—, sino sobre todo por sus exigencias. Él había querido verla casi a diario y acostarse con ella todo el tiempo, y aunque a ella le halagaba el interés de un hombre tan joven y atractivo, esta llamada era una prueba más de que había tomado la decisión correcta.

¿De verdad pensaba Tom que solo tenía que llamarla y ella abandonaría las vacaciones de otoño con su hija?

—Ni por todo el oro del mundo me bajaría de este barco.

—Por todo el oro seguro que no, pero quizá sí por un vídeo.

Julia se incorporó.

—¿Qué clase de vídeo? —preguntó, y fue como si el entusiasmo de la última media hora amenazara con volver a abandonarla.

—Creo que ninguna madre debería ver algo así. —Oyó decir a Tom—. Pero es necesario. Te he enviado un enlace.

No pasó ni un minuto hasta que Julia Stiller sacó su pequeña tableta del bolso y la conectó al acceso *wifi* gratuito del barco. Antes, había cerrado las puertas del balcón del camarote y corrido las cortinas para que los rayos del sol vespertino no se reflejaran en la pantalla.

—Me das miedo —le dijo a Tom, y se sentó delante del tocador junto al televisor.

Abrió el *mail* que él le había enviado hacía pocos minutos, sin asunto y sin texto, solo con un breve enlace. Tocó con el dedo índice la línea de texto azul subrayada y, casi de inmediato, se abrió una página web de diseño sencillo. Parecía de aficionados, como el foro de tiroides organizado en privado en el que Julia de vez en cuando intercambiaba con otros los cambios de humor que sufrían por una hipofunción.

—¿Qué es? —preguntó.

—*Isharerumors* —respondió Tom—. La versión proletaria de Facebook. Muchos alumnos utilizan este portal para poner verdes a profesores o compañeros. Es muy popular, porque puedes registrarte de forma anónima y no hay ningún tipo de controles.

Julia pudo notar en su voz tomada lo incómoda que le resultaba la conversación. Y podía imaginarse la expresión que tenía en el rostro mientras estaba sentado ante el ordenador en su casa, igual que ella ahora delante del iPad de imitación que se había comprado en un supermercado de bajo precio.

Tom Schiwy tenía el don de transmitir afecto y compasión a quien tuviera enfrente tan solo con la mirada. No era un mal requisito para un profesor de confianza, aunque, con toda seguridad, en su etapa escolar Julia no se habría dirigido a un hombre tan atractivo para confiarle que en clase de gimnasia la habían apodado gordinflona. En la actualidad, su peso seguía estando por encima de la media alemana, aunque los años le habían sentado bien. La adolescente regordeta se había convertido en una mujer rellena pero bien proporcionada, que había aprendido a no molestarse por sus brazos y muslos robustos, el culo gordo y los mofletes de la cara, sino a aceptar los cumplidos que no pocos hombres le hacían: por sus ojos de mirada vivaz y resplandeciente, por sus labios carnosos y su pelo oscuro algo ondulado que le enmarcaba la cara ovalada como un cuadro caro, cuando no lo llevaba recogido como ahora mismo, destacando su frente ancha con el pequeño lunar sobre la ceja derecha.

—¿Y ahora?

Ante los ojos de Julia se había abierto una ventana de vídeo del tamaño de una postal.

—¿Qué es esto?

—Eso... eso... —Tom tartamudeó—. Es difícil de... Míralo, por favor.

—Me estás dando auténtico miedo —repitió, pero tocó la gran flecha en medio del archivo de vídeo.

La grabación que reprodujo tenía la típica calidad de las cámaras ocultas que conocemos por las series de telerrealidad en las que detectives aficionados quieren demostrar la culpabilidad de maridos infieles. Un código de tiempo en la esquina inferior de la imagen revelaba que la grabación se había realizado hacía cinco meses, es decir, en primavera de este año.

Primero, ni la iluminación ni el *zoom* estaban ajustados, en caso de que el aparato responsable de las imágenes movidas dispusiera de algo así. Solo un momento después Julia se dio cuenta de que alguien estaba filmando desde el coche en marcha. Estaba oscuro, caía una lluvia fina en el parabrisas, y por eso las luces traseras de un coche que circulaba por delante hacían de cortina ante la vista del espectador.

La cámara giró hacia el asiento del acompañante pasando por un salpicadero negro y captó la fachada de un edificio de viviendas de alquiler; un pecado de edificio de hormigón gris como los que se encontraban cada dos por tres en el viejo Berlín Occidental.

—¿Y por qué debo mirar esto? —preguntó Julia mientras el coche frenaba y pasaba lentamente por delante del aparcamiento de una tienda de coches de segunda mano.

—Por eso —respondió Tom en el momento en el que el coche se detuvo delante de una vía de acceso y desapareció la ventanilla con elevalunas eléctrico de la puerta del vehículo.

Primero, Julia no vio nada más que una hilera de árboles gruesos que apenas dejaban a la vista la zona de recreo que había detrás. Si allí había una farola, o estaba estropeada o bien estaba muy lejos, en todo caso ni siquiera había suficiente luz como para reconocer qué anunciaba el cartel que destacaba en una enorme valla publicitaria. Y también la mujer que de repente surgió de entre la turbia penumbra y se acercó al coche balanceando las caderas era poco más que una sombra. Ni siquiera cuando se inclinó hacia la ventanilla del acompañante y entonces entró en la luz de la cámara, Julia no pudo reconocer su cara, pues estaba pixelada cuando susurró a la cámara con una voz que pretendía sonar maliciosa: «Puedes hacer de todo conmigo, cariño, pero grabar cuesta más».

—Dios mío... —jadeó Julia apartándose un poco del tocador. Se volvió, pero Lisa había cerrado la puerta que comunicaba las habitaciones. Estaba sola en el camarote, y además su hija había dicho que quería echar un vistazo al barco.

«¿Acaso es...?».

La mujer de la imagen tenía la misma altura, el mismo cabello negro y la misma figura delgada. Y lo que era peor: tenía su voz.

—¿Es...? —jadeó Julia sin pronunciar el nombre de su hija.

«No, no puede ser. Es imposible».

La chica, que ahora había dado un paso atrás y giraba sobre sí misma para la

inspección visual de la carne, llevaba ropa que perfectamente podía estar colgada en el armario de Lisa: un vestido lencero, medias de rejilla, zapatos abiertos a topos. Había llevado cosas así antes de cambiar de *rockabilly* a la fase gótica sin transición.

«Pero sus voces tampoco eran tan parecidas», intentó convencerse Julia.

—Dime que no es mi hija —le suplicó a Tom, y entonces en la grabación hubo un corte y la perspectiva de la cámara cambió de forma radical.

—No... —gimió Julia en voz baja cuando vio el volante. El salpicadero oscuro. Y la cabeza de la chica que se movía de forma rítmica hacia arriba y hacia abajo con sonido gutural, mientras el hombre sin rostro en cuyo regazo estaba hundida la cabeza de ella gemía de placer.

—¿Es Lisa? —soltó Julia con voz ahogada.

Oyó que Tom soltaba el aliento.

—Difícil de decir. Es muy posible.

—«Posible» no es «seguro». Así que, ¿también podría ser otra persona? ¿Un engaño?

—Sí, quizás. No se ve ninguna cara.

—Cielos. —Se le escapó a Julia. Cerró los ojos, no quería plantearse el significado de lo que acababa de ver.

—Así que... así que... —Comenzó la frase tres veces antes de poder terminarla —: ¡No es ella!

«¡No PUEDE ser ella!».

—Yo tampoco estoy seguro —la secundó Tom—. Solo que, por desgracia, da igual lo que pensemos.

Le pidió que abriera la pestaña de comentarios debajo del vídeo. Julia sintió náuseas.

La pantalla reboseó con entradas repugnantes de usuarios que se ocultaban bajo seudónimos mientras mencionaban a su hija con nombre y apellido:

Easyseast: Tremendo. Lisa Stiller, ¿verdad?

Happybln85: Sí. Yo también la he follado.

Tao1: Esa lo hace todo por pasta.

Sventhebam030: Calidad de mierda. ¿Solo se la chupa, no se la mete?
Aburriido.

JoeGoehe: Bah, menuda zorra. ¡Pu\$%n!

Gast1: Sí, una sucia fulana. Detesto esas malditas putitas.

—¿Se puede borrar? —quiso saber Julia. Se sentía aturdida.

—Difícil. El servidor está en Togo. Y aunque lográsemos encontrar a los responsables, que lo dudo, todavía se puede encontrar en otra media docena de portales. Esta mierda se queda para siempre en la red.

—Es una locura. Tiene que desaparecer. Mi hija no hace esas cosas. ¡No es una

prostituta! Es... Ella...

Tom la interrumpió.

—Lo repito: que haga o no algo así resulta indiferente. Tu hija vive en un mundo en el que los rumores son más poderosos que la verdad.

—¿Cuánto tiempo lleva esta porquería en la red? —preguntó Julia con voz trémula.

—Unas seis o siete semanas, si la fecha en la que se subió el archivo es correcta. Pero no me he enterado hasta hoy en el recreo, por cómo los alumnos de su clase se pasaban el móvil para ver esta porquería.

—¡Eso lo explica todo! —dijo Julia agitada.

«Sus malas notas, por qué apenas come algo, su espantosa ropa».

Se golpeó la frente furiosa.

—¡Y yo que pensaba que eran excesos normales de la pubertad!

«O los efectos retardados de la separación. O las dos cosas. ¡Pero no eso!».

—No debes reprocharte nada —aconsejó Tom, pero eso no la ayudó. Max había tenido razón con su comentario cuando le habían concedido la custodia a ella.

«No he estado a la altura».

Una vez más, se sentía totalmente desamparada. El mundo a su alrededor se tambaleaba, tenía problemas de equilibrio. No era de extrañar: el suelo acaba de hundirse bajo sus pies. Nunca antes había sido tan consciente de que había fracasado como madre. En todos los aspectos.

—¿Entiendes ahora por qué tenéis que bajar de ese barco de inmediato? —oyó preguntar a Tom.

«Sí. Seguro. Eso significa...».

Los pensamientos se arremolinaban en su cabeza.

—No sé, Lisa parece encontrarse a gusto aquí, quizás...

—¡Claro que se siente a gusto! —protestó Tom.

—... Estas vacaciones serán buenas para ella.

—No. ¡En ningún caso!

—¿Cómo que no? Distraerse es precisamente lo correcto...

—¡No! —Tom casi gritó. En ese momento, sonó el primer estallido.

«¿Un disparo?».

Julia se estremeció y dirigió la mirada a la puerta del balcón. Las explosiones en el puerto se sucedían con rapidez cada vez mayor. Detrás de los cristales cerrados, la luz había cambiado. Fuera había destellos y rayos.

—Porque conozco a adolescentes que se han hecho daño por casos de ciberacoso mucho más inofensivos —dijo Tom, suplicando.

«¿Suicidio?».

Haciendo un esfuerzo, Julia se levantó del escritorio, abrió las puertas del cristal del balcón y contempló el mar de luces azules y doradas del cielo nocturno provocado por los fuegos artificiales de despedida que estaban disparando al aire.

—No puedo sacarla del barco. —Se oyó decir.

—Pero debes hacerlo ¡Si Lisa planeara quitarse la vida, no hay un lugar mejor que en un buque de crucero en alta mar! Basta con saltar. ¡Es el lugar perfecto para morir!

«No, por el amor de Dios».

Las lágrimas inundaron los ojos de Julia y, en su caso, estaba segura de que no era por el viento.

«Es demasiado tarde».

Notó las vibraciones que ahora eran mucho más fuertes que al embarcarse. Bajó la vista hacia la gente que saludaba con la mano en el muelle. Miró hacia abajo y buscó en vano la escalerilla por la que habían subido a bordo.

Desde el pasillo resonaba música a través de los altavoces de cubierta, un tema orquestal como en una película de Hollywood.

Y mientras el crucero se apartaba poco a poco del muelle, la voz de Tom anunciando desgracias se confundía con el susurro del agua, el sonido de la música de despedida y el zumbido profundo de la sirena antiniebla, que sonó seis veces antes de enmudecer por fin durante toda la travesía transatlántica.

Al igual que la ilusión de Julia ante unas vacaciones sin preocupaciones con su hija, de la que en estos momentos ni siquiera sabía en qué parte de este inmenso barco se encontraba.

Martin estaba en la terraza de la *suite* de Gerlinde Dobkowitz y apenas se daba cuenta de que la distancia entre el barco y el muro del muelle se ampliaba de forma constante.

El *Sultan* ya se había alejado unos cien metros del puerto y ahora viraba hacia un lado. Una inmensa grúa de carga desaparecía poco a poco de su campo de visión.

Un número excepcional de lanchas a motor flanqueaban el barco. La música de la cubierta superior, los fuegos artificiales de despedida, sustituidos por el zumbido de la sirena antiniebla, todo eso se encontraba fuera del alcance de sus sentidos.

Sus ideas giraban única y exclusivamente en torno al hecho apenas comprensible para él de que sostenía el peluche preferido de su hijo en las manos.

Timmy lo había llamado *Luke*, quizá porque poco antes había visto la primera película de *La guerra de las galaxias* y se había hecho un gran fan de Luke Skywalker. Quizá también por ninguna razón en concreto.

No todo en la vida tenía un sentido.

Hubo una época en la que Timmy y *Luke* eran inseparables. Timmy se lo había llevado a la cama, al colegio e incluso a la clase de natación, donde lo había guardado en la taquilla entre grandes protestas después de habérselo llevado a la ducha. Su interés por el muñeco había decaído algo poco antes de su desaparición, pero no tanto como para que *Luke* no hubiera tenido su sitio fijo en el equipaje también para el crucero. La comisión que investigaba la tragedia del *Sultan* no le había dado gran importancia al hecho de que ya no se pudiera encontrar a *Luke* en el camarote. Como tampoco al detalle que faltara una de las maletas de Nadja. Habían supuesto que la madre le había puesto el osito en las manos a su hijo inconsciente antes de lanzarlo por la borda. Pero eso era igual de extraño que la inexistente carta de despedida.

Nadja siempre le había hecho saber dónde estaba. Cuando él llegaba a casa, siempre se encontraba una nota; ya fuera en la mesa de la cocina o en la almohada, dependiendo de si solo había salido un momento (la mayoría de las veces a comprar) o más tiempo (la mayoría de las veces después de una discusión). ¿Y habría emprendido precisamente su último viaje sin una única palabra de despedida?

A fin de cuentas, Nadja no tenía el perfil del suicida. Seguro que eso afirmaban todos los allegados que no querían aceptar la realidad, pero lo cierto era que Nadja estaba a años luz de estar cansada de vivir. Era una luchadora. Eso ya lo había notado Martin un segundo después de conocerla en las urgencias de la clínica Virchow, donde esperaban a un compañero al que habían herido en una pelea a navajazos. Nadja se había sentado a su lado en la sala de espera con un ojo amoratado y le contó con franqueza que su novio le había dado una paliza. Por celos. No por otro hombre, sino porque el hijo que él había tenido en su primer matrimonio prefería acurrucarse

en la cama por las mañanas junto a la nueva novia y no junto a su padre. «Él quiere a su chico, nunca le haría algo. Por suerte ha descargado su rabia en mí», le había confiado a Martin y, cuando quiso manifestarle su compasión, ella le hizo un gesto negativo sonriendo: «Debería ver el aspecto que tiene ahora el muy mierda».

Esa misma noche se había mudado del piso de su exnovio. Un año después, se habían casado. Ni un solo día había estado deprimida. Nunca había notado un indicio de que tal vez huía de los problemas o de hacerse daño.

Y mucho menos a Timmy, su pequeño príncipe, al que adoraba, mimaba y achuchaba siempre que se lo permitía.

Martin hundió la cara en el osito para intentar encontrar entre la peste a moho un olor que le recordara a su hijo. En vano.

Se volvió hacia la puerta corredera que se abría a su espalda.

—Ah, así que aquí está —dijo Gerlinde Dobkowitz.

Con la frase «voy a quitarme un poco de mugre de la espalda» lo había dejado a solas con el mayordomo de expresión avergonzada y se había arrastrado al baño con un paquete de pañuelos de papel en la mano. Ahora que acababa de regresar, Martin pudo por fin hacerle la más importante de todas las preguntas:

—¿De dónde lo ha sacado?

Sostenía a *Luke* con ambas manos, como si temiese que el viento del *Sultan* pudiera arrancarle el osito de las manos y llevarlo volando al puerto.

—Lo encontré —respondió Gerlinde en tono lapidario, y sacó un mechero y un paquete de cigarrillos del bolsillo del chándal.

—¿Dónde?

—En la mano de una niña pequeña —dijo, y se puso un cigarrillo sin filtro en la boca—. Acompañeme. Se la enseñaré.

Camarote del capitán, cubierta 14 A

—¿Detener? ¿El barco?

Daniel Bonhoeffer se soltó de su abrazo y se rio a carcajadas.

Julia se sintió como una idiota y hubiera preferido largarse.

«Ha sido un error recurrir a él de inmediato».

Pero no había sabido qué hacer. Lisa no había vuelto a aparecer, quizá seguía ocupada explorando el barco, lo que en un crucero de lujo de esas dimensiones podía llevar días. Era irracional, lo más seguro era que todo estuviera en orden, pero desde que Julia había visto ese vídeo atroz todo su cuerpo parecía vibrar de preocupación, al igual que el barco bajo sus pies, que desde que había zarpado se mantenía en tensión. Aún apenas se notaba la suave marejada del Canal de la Mancha, pero por todas partes se oían crujidos, chasquidos y silbidos, los generadores diésel transmitían ligeras vibraciones a paredes y suelos y, desde el exterior, el rumor insonorizado de las olas se colaba en el interior del camarote a través de una gran pared acristalada.

—Ahora no te pongas dramática y primero nos tomaremos un café —dijo Daniel guiñándole un ojo—. En realidad, aún tendría que estar en el puente, pero por suerte tengo unos oficiales de guardia estupendos.

Acompañó a Julia al salón de su camarote de capitán que, si no se equivocaba, se encontraba a estribor bajo el puente. De camino hacia allí, se había desorientado un poco. No era de extrañar en un transatlántico que había que fotografiar a un kilómetro de distancia si uno quería obtener una imagen completa. De un extremo al otro, se recorrían tres campos de fútbol y, si estabas en la cubierta superior, podías mirar a la estatua de la libertad a los ojos al entrar en el puerto de Nueva York.

—Bueno, ¿te gusta mi reino? —preguntó Daniel.

—Bonito —dijo Julia sin prestar mucha atención.

Como en su camarote, dominaban las alfombras de color claro y los muebles de cuero oscuros en la habitación, solo que esta era mucho más amplia. Un mobiliario de lujo, pero totalmente impersonal. Perfecto para diez días de vacaciones, pero si Julia tuviera que vivir allí largas temporadas, haría tiempo que habría cambiado los cuadros triviales de las paredes por imágenes más personales.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que nos vimos por última vez? —preguntó Daniel mientras ponía dos tazas en una máquina de café automática que había en la estantería.

Mientras la máquina cobraba vida entre vibraciones, él se pasó la otra mano por el pelo rubio rapado de la nuca, que parecía algo más claro que el de las cejas, por lo que Julia se preguntó si ese color era de bote. El padrino de Lisa siempre había sido

muy vanidoso. No conocía a otro hombre que acudiera al peluquero con tanta frecuencia, a la manicura e incluso al centro de depilación para quitarse los pelos molestos del pecho, las piernas y otras partes del cuerpo en las que prefería no pensar.

—Las navidades pasadas fue la última vez que estuve en Berlín con un permiso de tierra, ¿no? —reflexionó en voz alta. Daniel sonrió nervioso y, de repente, Julia tuvo la sensación de que no era la única a la que algo le afligía.

El capitán estaba pálido, con un tono casi gris alrededor de la boca, como alguien que, tras una larga enfermedad, debe volver al aire libre con urgencia. Tan perdido como estaba en la habitación, delante de una estantería de pesada caoba que se extendía por encima de una puerta que era probable que condujera a su dormitorio, parecía un hombre a quien, a pesar de su considerable estatura, se le había quedado grande el uniforme blanco con las cuatro barras doradas en las hombreras. En las mejillas se le dibujaban unas finas venitas y la piel bajo los ojos cansados parecía de mármol. Al menos no estaban hinchados, una señal de que aún seguía sobrio.

En realidad, era un milagro que volviera a llevar la gorra de capitán. Hacía cinco años se había producido en el *Sultan* un incidente del que Daniel nunca quería hablar; también porque tal vez su contrato incluyera una cláusula de confidencialidad. Lo único que Julia sabía era que el suceso lo había afectado tanto que se había emborrachado casi hasta perder la cabeza por completo y lo habían suspendido de empleo durante un año. Tras rehabilitarse, no hubiese podido regresar siquiera a un carguero desvencijado si no fuera porque su jefe, el armador Yegor Kalinin, también era un alcohólico en abstinencia que predicaba el principio de la segunda oportunidad.

—Bien, ahora otra vez con calma —dijo Daniel. Apoyó las humeantes tazas de porcelana en la mesa de un tresillo. El aroma de los granos recién molidos se mezcló de un modo agradable con el del ambientador omnipresente a bordo.

—¿Qué has querido decir con que debía detener el *Sultan* y dar la vuelta? ¿Ya te estás aburriendo a bordo?

Sonrió inseguro al tiempo que tomaba asiento en el sillón de cuero con reposabrazos curvos. Julia se repantigó en el sillón y se preguntó cuánto debía contarle a Daniel para que se tomara en serio su preocupación. Optó por contarle toda la verdad y le habló con concisión y objetividad de su relación con Tom, de los problemas de Lisa. Y del vídeo.

—¿Y ahora te preocupa que tu hija pueda quitarse la vida en mi barco? —preguntó Daniel cuando ella acabó. Había confiado en que se burlara de ella, como antes al saludarla. Como si le hubiera contado que había visto fantasmas o alguna otra cosa que lo hubiese asustado. Pero se sorprendió cuando Daniel permaneció en silencio.

Sopló en la taza humeante que tenía delante y pasó el pulgar por el logotipo de la naviera, un oso rodeado de laureles dorados con una corona estilizada sobre la cabeza.

—No te preocupes —dijo por fin en tono curiosamente angustiado.

—Pero...

—Sé dónde está Lisa —dijo él, e interrumpió el titubeante intento de Julia de protestar.

—¿Sabes...?

Él asintió.

—Ya me ha hecho una visita, quería estar en el puente de mando al zarpar.

—Eso significa que ella está...

—A salvo y en buenas manos, exacto. La he dejado al cuidado de mi directora de hotel. Se ocupa personalmente de que Lisa, en estos momentos, disfrute de una visita guiada por el barco.

—Uf —exclamó Julia, y durante un breve momento cerró los ojos, aliviada. El pulso se le aceleró pero solo porque se había quitado un gran peso de encima. Le dio las gracias a Daniel, que parecía cansado.

—Lisa y suicidio... —dijo él sacudiendo la cabeza con una leve sonrisa, como si repitiera las gracias de una broma absurda; pero de pronto su sonrisa se congeló. Con una mirada que ahora era tan triste como la de un niño que acaba de enterarse de que su querida mascota ha muerto, dijo—: Quizá lo mejor sería que el que saltara fuese yo.

Julia parpadeó. De repente tuvo la sensación irreal de estar sentada frente a un extraño.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó ella.

Daniel respiró con dificultad.

—Estoy metido en problemas. En grandes problemas.

Julia reprimió el impulso de mirar el reloj. ¿Ya habían pasado cinco minutos, o esta vez Daniel había logrado desviar el tema hacia sus propios problemas con más rapidez?

El capitán suspiró, apartó la taza y dijo con voz exhausta:

—Maldición, en realidad no puedo hablar de esto con nadie. Pero de momento eres casi la única persona en este barco en quien puedo confiar.

—¿Qué pasa? —preguntó Julia confusa.

—No se lo puedes contar a nadie: tenemos un pasajero 23 a bordo.

Martin siguió a Gerlinde Dobkowitz desde el balcón hasta la *suite*.

—Si nos disculpa —dijo la anciana dama al mayordomo señalando la cama con un guiño—. El señor Schwartz quiere enseñarme una nueva postura del Kamasutra.

—Por supuesto —respondió Gregor sin pestañear, y se levantó del escritorio.

Gerlinde le lanzó a Martin una mirada como si fuera de su mayordomo de quien había que preocuparse por su estado mental.

—No tiene ningún sentido del humor —se disculpó en un susurro, aunque lo suficientemente sonoro como para que Gregor pudiera oírlo—. Pero me ayuda a completar la obra de mi vida, ¿verdad?

—Me alegra mucho poder serle de utilidad, señora Dobkowitz.

—Sí, sí. Cuando las ranas críen pelo.

Puso los ojos en blanco y se arrastró con la espalda encorvada hasta un globo terráqueo atornillado al suelo cuya tapa abrió para sacar una botella de licor de huevo. Volvió a meterse los cigarrillos en el bolsillo.

—Sé lo que se cuenta de mí —dijo después de que Martin hubiera respondido negativamente a su pregunta de si también quería beber algo.

Quería respuestas, no alcohol.

Gerlinde se llenó medio vaso y bebió un sorbo con gusto.

—La gente piensa que malgasto la herencia de mi marido navegando por los mares del mundo. Pero era yo la que tenía el dinero en la familia. Era mi empresa constructora. Se la traspasé al pobre idiota solo por motivos fiscales. ¿Sabe con qué eslogan nos promocionamos para construir carreteras? —Se rio incluso antes de la gracia—. Dobkowitz: ¡le ponemos piedras en el camino!

Martin permaneció impertérrito.

—Muy interesante, pero usted quería que yo...

—¿Y sabe también por qué estoy a bordo en realidad? —Gerlinde dio otro sorbo a la sustancia viscosa que Martin jamás se habría tomado debido a su color, idéntico al pus—. No para estar de vacaciones. No para malgastar los últimos días antes de que me metan en un pijama de madera. Sino para currar aquí. —Hizo un ademán con la mano derecha, señalando alrededor—. Gregor, dígame en qué trabajo.

—Tengo el honor de poder ayudarla a escribir un libro —contestó el mayordomo que parecía no estar seguro de si debía irse ahora o seguir respondiendo preguntas.

—¡Y no un libro cualquiera! —Gerlinde aplaudió con gesto triunfal con las manos adornadas con gruesos anillos—. Sino una novela de suspense sobre los crímenes encubiertos en alta mar. Por eso estoy tan bien informada. Por mis investigaciones. Tengo oídos en todas partes y cada noche realizo rondas de control. ¿O debería decir mejor «viajes de control»? —Señaló su silla de ruedas—. Sea como

sea... En realidad solo lo he visto por eso.

—¿Qué ha visto? —preguntó Martin. Entre tanto, se había puesto tan impaciente que hubiera preferido agarrar a la vieja por el cuello arrugado con las dos manos y sacarle la verdad sobre el hallazgo del oso de peluche.

—A la niña. Primero querían hacerme creer que solo era un saco de ropa sucia. Pero ¿desde cuándo lloran los sacos de ropa pasada la medianoche en la cubierta 3, además de estar tan pálidos como Jesús en Viernes Santo?

Dejó el vaso de licor de huevo sobre una cómoda y pasó junto a Martin en dirección a la habitación contigua a través de una cortina de hilo de color lila que separaba ambos camarotes de la *suite*.

Martin la siguió y se encontró de nuevo en una habitación que le evocaba la presentación de una película de suspense psicológico en la que el asesino cuelga recortes de periódico que informan de sus hechos en un *collage* en las paredes y le raspa los ojos de la cara a su próxima víctima con un cuchillo de tapicero.

—Esta es mi sala de investigaciones —declaró Gerlinde en tono lapidario.

La sala estaba dominada por un archivador negro que se encontraba en el centro del camarote como una isla de cocina moderna. Unas estanterías atiborradas de libros y archivadores ocupaban tres de las cuatro paredes. La otra pared estaba revestida de una lámina de pizarra verde en la que se podía escribir y que solo dejaba espacio para una ventana pequeña. En la pizarra había fotos, planos del barco, planos de los camarotes, artículos de periódico, notas adhesivas y anotaciones manuscritas que Gerlinde había garabateado con un rotulador blanco entre los documentos.

Martin vio flechas, rayas, la palabra «asesino» estaba rodeada con trazo grueso, al igual que «Cubierta de las Bermudas», que leyó tres veces.

Gerlinde abrió uno de los cajones superiores y cogió una delgada carpeta que estaba colgada. Sacó un artículo de periódico.

«Desaparecidas en alta mar», decía el titular de la *Annapolis Sentinel*, una revista local estadounidense.

—Uno de los accionistas de la naviera es un magnate de los medios de comunicación. Ha hecho de todo para que la historia no se pregonara a los cuatro vientos. Aparte de algunos blogs de internet, este es el único periodichucho que ha informado del caso.

Gerlinde señaló con el dedo índice la foto de una mujer con su hija poco antes de embarcar, al pie de la escalerilla donde todos los pasajeros del *Sultan* eran retratados para que luego pudieran adquirir una foto de sí mismos a precio de oro.

—¿Su mujer y Timmy desaparecieron hace cinco años durante la travesía transatlántica del *Sultan*? —preguntó Gerlinde.

Martin asintió como si estuviera en trance.

—Bueno, qué puedo decir. La ruta australiana tampoco es mucho más segura.

Volvió a señalar la foto del artículo de periódico.

—Naomi y Anouk Lamar se esfumaron en el aire hace apenas ocho semanas, tras

cuatro días de travesía desde la costa australiana.

Martin le quitó el artículo de la mano.

—¿Ha pasado otra vez?

«¿Otra vez una madre con su criatura? ¿Otra vez en el *Sultan*?».

La excéntrica anciana meneó la cabeza.

—No solo ha pasado. Sigue pasando.

Julia depositó la taza sin haber bebido ni un sorbo y miró a Daniel de reojo.

—¿Un pasajero qué?

El capitán sonrió con tristeza.

—No sabes de lo que hablo. Claro. Pero créeme, eso cambiará muy pronto. Entonces la expresión irá de boca en boca.

«¿Pasajero 23?».

—Espero que no sea contagioso. —Probó con una broma mala de la que ni siquiera ella quiso reírse.

—Para que puedas entender lo que ha pasado, tengo que sacar una cosa.

Agarró una maleta de piloto que había colocado bajo el banco. Julia oyó cómo se abrían los cierres de resorte y poco después puso delante de ella sobre la mesa una delgada carpeta de cartón negro. Soltó la goma elástica que sujetaba la tapa y la abrió.

—Sucedió hace dos meses en el tramo de la vuelta al mundo entre Freemantle y Port Louis —dijo mientras hacía girar la carpeta de forma que Julia pudiera ver la imagen en color del tamaño de una postal en la que aparecían dos rostros: una mujer de piel morena sonriente con un corte de cabello estilo paje que al parecer pasaba gran parte de su tiempo libre en el gimnasio y que no pisaba un supermercado sin una tabla de calorías. Cogía del brazo a una niña, también delgada, que a Julia le recordó a Lisa cuando tenía diez años: una cara seria pero sincera, con mejillas sonrosadas, cabellos lustrosos y sedosos agitados por el viento; cada mechón brillaba en un tono castaño natural diferente, pero ninguno era tan oscuro como los grandes ojos que atrapaban la mirada del observador. La niña tenía las orejas un poco despegadas de la cabeza y aún se «corregirían», por emplear un vocablo con el que ella intentaba tranquilizar a Lisa siempre que su hija descubría algo nuevo de su cuerpo que no le gustaba. Aunque por la seguridad que aparentaba ante la cámara, no parecía que la niña sufriera por esa imperfección.

—Estas son Naomi y Anouk Lamar —explicó Daniel—. Madre e hija. Treinta y siete y once años, de Estados Unidos. Las dos desaparecieron del balcón de su camarote en la noche del 17 al 18 de agosto.

Julia apartó la vista de la foto.

—¿Desaparecieron?

Daniel asintió.

—Igual que los otros.

«¿Los otros?».

—Un momento. —Julia le lanzó una mirada escéptica—. ¿Pretendes decirme que en el *Sultan* desaparecen personas?

—No solo en el *Sultan* —respondió Daniel, y dio unos golpecitos con el dedo

índice sobre la superficie de la mesa—. En todos los cruceros. Es un problema enorme acerca del que no encontrarás ni una palabra en ningún catálogo del mundo. No hay estadísticas oficiales, por supuesto, algo así no debe hacerse público, pero en la última comparecencia ante el Congreso de Estados Unidos la industria tuvo que bajarse los pantalones. Después de mucho ir y venir, admitimos la cifra de 177 pasajeros desaparecidos sin dejar rastro en diez años.

«¿177?».

—¿Tantos? ¿Adónde han ido todos?

—Se suicidaron —dijo Daniel.

El pulso de Julia se aceleró y tuvo la sensación de que le costaba más respirar.

—Al menos esa es la explicación oficial. Y en la mayoría de los casos, también es cierta. El profesor de confianza de Lisa tiene razón. No hay mejor lugar para un suicidio que un crucero. No se necesitan cuchilladas, ni cuerdas, ni pastillas.

A Julia se le hizo un nudo en la garganta.

«¿Entiendes ahora por qué debéis bajar de ese barco de inmediato?».

—Un salto por la borda y ya está. Sin cadáver, sin testigos. El lugar perfecto para quitarse la vida. Sin que lo adviertan en alta mar, mejor en mitad de la noche, no puede salir mal. Con apenas sesenta metros, ya te mata el golpe y, si no... —Daniel torció el gesto—, a disfrutar con las hélices del barco. Lo mejor: no hay que preocuparse por los parientes queridos a los que conmocionaría la visión del cadáver.

Julia echó un vistazo a la foto de Naomi y Anouk. Algo no cuadraba en las explicaciones de Daniel.

—¿Me estás contando que madre e hija saltaron por la borda juntas? —le preguntó.

—No de la mano, claro. En el camarote hallamos una manopla de baño empapada en cloroformo. Puede que la señora Lamar durmiera primero a su hija y saltara después de lanzarla por el balcón. No sería la primera vez que ocurre algo así.

Julia asintió. Se acordó de un documental de televisión sobre casos en los que los padres matan primero a sus hijos y después se suicidan, algo que por lo visto era tan habitual que en la medicina legal se conocía por su propio término con la denominación «suicidio ampliado». Intentó imaginarse por lo que tenía que pasar una madre que asesinaba a su propia hija, pero no lo consiguió.

—¿Ciento setenta y siete suicidios? —pensó en voz alta aún sorprendida por esa cifra increíblemente elevada.

Daniel asintió.

—Y esos solo son los que no logramos ocultar. Créeme, la cifra real es mayor. Mucho mayor.

—¿Cuántos?

—En todos los cruceros que surcan los mares del mundo en la actualidad, según nuestras estimaciones, cada año saltan por la borda un promedio de veintitrés personas.

«¡Pasajero 23!».

Ahora le quedaba claro a dónde quería ir a parar Daniel.

—¿Se os ha vuelto a perder alguien?

«¡Tenemos un pasajero 23!».

—No. —Daniel negó con la cabeza—. Eso no sería un problema. Estamos formados para encubrir algo así.

«¿Encubrir?».

—Déjame adivinar. En aquel entonces, ¿fue uno de estos encubrimientos lo que casi te costó el trabajo y la salud?

—Sí —admitió Daniel con franqueza—. Pero esta vez el lío es mucho más complicado aún. —El capitán señaló la foto de la niña mona con las orejas un poco sobresalientes—. Anouk Lamar desapareció hace ocho semanas. Detuvimos el barco, informamos a la guardia costera, pagamos ochocientos mil dólares por una búsqueda del todo absurda con barcos y aviones, la declaramos muerta, organizamos el entierro con un ataúd vacío y metimos la mano a fondo en la caja de los sobornos para que la historia se considerara un suicidio en los medios de comunicación hasta que, por fin, se archivó el caso.

Daniel sacó una segunda foto de la carpeta negra. Julia casi no habría reconocido a la pequeña: estaba muy mayor. No físicamente, sino mentalmente. La expresión de seguridad en sí misma de esos ojos hundidos en oscuras cuencas se había transformado en un vacío inquietante. La mirada de Anouk era tan apagada como su cabello. La piel era de una palidez enfermiza, como si no hubiera visto el sol en una eternidad.

—¿Cuándo se tomó esta foto? —preguntó Julia temerosa.

—Anteayer. —Los labios de Daniel dejaron entrever una sonrisa desesperada—. Has oído bien. La pequeña volvió a aparecer anteayer por la noche.

—¿Estuvo ocho semanas desaparecida?

Martin seguía sin poder comprenderlo.

Por supuesto que sabía que las personas desaparecidas en alta mar no eran una rareza.

En la época que siguió a la muerte de Nadja y Timmy, había estudiado al detalle cada uno de los casos de los últimos años, y eran docenas.

Había acudido a grupos de autoayuda fundados por parientes de las «víctimas de cruceros», había hablado con abogados especializados en procesos de indemnización por daños y perjuicios contra los responsables y había intentado responsabilizar al capitán en persona por el hecho de que la operación de búsqueda había sido igual de insuficiente que la protección de pruebas en el camarote de su mujer.

Hasta que perdió el proceso contra el capitán Daniel Bonhoeffer y la compañía naviera, años después de la desaparición de Nadja y Timmy, había seguido cada noticia sobre los crímenes en cruceros. Entonces comprendió que, con su campaña contra la naviera, solo buscaba alivio. Hiciera lo que hiciese, nada le devolvería a su familia jamás. Cuando hubo interiorizado esa conclusión dejó de seguir las noticias sobre personas desaparecidas en alta mar. Habían perdido todo el sentido para él, al igual que su vida. Por eso ahora oía el nombre de Anouk Lamar por primera vez.

—¿Y ahora de pronto vuelve a estar ahí? —repitió la frase con la que Gerlinde Dobkowitz acababa de terminar un largo monólogo.

—Sí. Lo he visto con mis propios ojos. Fue al final de mi ronda de control diaria, en la parte central del barco entre la cubierta 2 y la cubierta 3, acababa de doblar la esquina cuando esa cosa flaca salió corriendo hacia mí con la cabeza vuelta hacia atrás, como si huyera de alguien. Oí pasos rápidos, amortiguados por esta moqueta de más de un metro de alto en la que mi silla de ruedas siempre se queda hundida como si fueran arenas movedizas, pero da igual... Es mucho más importante que haya visto cómo Anouk se detuvo para tirar algo en un cubo de basura de latón que colgaba de la pared. —Al hablar, el rostro de Gerlinde se cubría de manchas debido al nerviosismo, el recuerdo parecía reanimarla—. Mientras ella no se movió del sitio, me oculté rápidamente, justo antes de que el capitán pudiera verme, detrás de uno de esos barreños de flores del tamaño de un elefante con los que han plantado los pasillos.

—¿El capitán?

—Ni idea de qué se le había perdido allí a esas horas, pero casi se topó de bruces con la niña. Aquí, ¡véalo usted mismo!

Gerlinde sacó el móvil del bolsillo del pantalón del chándal y le mostró una foto. Estaba oscura y movida.

—Sí, sí. No soy precisamente Helmut Newton con la cámara. —Gerlinde torció el morro—. Debería haber disparado con *flash*, pero no quería que me vieran. Además, tuve que contorsionarme para lograr tener algo ante la lente entre los arriates.

—¿Quién más sale en la foto? —preguntó Martin. Al lado de una niña pequeña y un hombre adulto, la foto mostraba a una tercera persona que se encontraba entre los dos. Apenas era más alta que Anouk y casi igual de delgada.

—Es Shahla, la buenaza. A veces también limpia en mi camarote. Shahla se tropezó con los dos después de haber recogido un montón de toallas llenas de vómito en la enfermería. Fue una noche espantosa.

Gerlinde imitó un barco zarandeándose con un movimiento de la mano derecha.

—Confieso que, en el momento de disparar la foto, yo no tenía claro quién era la niña en realidad. Solo me di cuenta cuando repasé mis notas de investigación y di con la foto de desaparecida de Anouk. En aquel momento lo único que sabía es lo siguiente: la pequeña necesitaba ayuda con urgencia. Al fin y al cabo, eran las doce y media de la noche, la niña no llevaba puestas más que una camiseta y una braga y estaba muy llorosa. No respondió cuando el capitán le preguntó si se había perdido y tampoco cuando le preguntó dónde estaban sus padres.

—¿Y usted oyó todo eso?

—¿Acaso cree que estoy sentada en una silla de ruedas porque estoy sorda? Las plantas me bloqueaban la vista, pero no las orejas. Aún oí cómo el capitán instaba a Shahla a que se lo dijera a alguien. Después, llevaron a la pobre criatura a la enfermería con la doctora Beck. Cuando todos se fueron, encontré esto en el cubo de basura.

Gerlinde señaló el peluche que Martin seguía sujetando con fuerza con la mano izquierda.

—¿Lo tiró ahí? —Martin se quedó mirando el osito que, al mismo tiempo, le resultaba tan curiosamente familiar y extraño.

—Se lo juro por el sudor de mis medias de compresión. —Gerlinde levantó la mano derecha—. Lo reconoce, ¿verdad? —Gerlinde solo siguió hablando cuando él la miró directamente a los ojos—. Es el osito de peluche que su hijo Timmy abraza en las fotos que en aquel entonces aparecieron en los medios de comunicación, ¿no?

Martin asintió. En sentido estricto, solo había sido una revista la que un año después de la tragedia también publicó un informe sobre el destino de su familia con el titular «Perdidos: ¿por qué en los cruceros desaparecen cada vez más personas sin dejar rastro?», y había reproducido la foto de Timmy.

Era asombroso lo bien informada que estaba Gerlinde.

—¿Y eso fue anteayer? —preguntó Martin.

—Sí. En el trayecto entre Oslo y Hamburgo.

—¿Ya se sabe dónde se ocultó Anouk todas esas semanas?

Gerlinde movió la mano huesuda como si sopesara la respuesta.

—No me lo puedo imaginar con lo agitado que estaba el capitán cuando le hice

una visita a la mañana siguiente. —La anciana sonrió con picardía—. Primero lo desmintió todo e intentó convencerme de que los betabloqueantes que tomo me habían provocado alucinaciones. Después, cuando vio la foto, el capitán se cagó y echó a correr a la *suite* de Yegor.

—¿Yegor Kalinin? ¿El armador? ¿Está aquí a bordo?

—Hace catorce días, en Funchal, ocupó la *suite* dúplex. ¿Lo conoce?

Martin asintió. Se lo había encontrado una vez en los tribunales. Como era un antiguo miembro de la legión extranjera de origen germano-ruso, la mayoría se imaginaba a un gigante recio. En realidad, el millonario hecho a sí mismo de cincuenta y siete años, propietario de la segunda mayor flota de cruceros, parecía más bien un profesor universitario, un intelectual. Postura encorvada, gafas sin montura sobre una nariz afilada y entradas que le llegaban hasta las orejas.

«¿Qué hacía él aquí a bordo?».

—De hecho, gracias a él tengo su número de móvil —afirmó Gerlinde.

—¿Qué?

—Yegor pasó por mi camarote en persona y me contó un cuento chino acerca de lo dañino que podía ser un rumor falso sobre pasajeros que desaparecían y reaparecían. Quería meterme miedo y me dio el expediente del proceso que usted llevó contra él, con la advertencia de que seguro que yo no querría sufrir como usted el mismo naufragio, señor Schwartz, con sus falsas acusaciones. —Gerlinde le lanzó una sonrisa maliciosa—. Pero resulta que pasó por alto que su número secreto aparecía en las notas del proceso. Una vez visto, él y el cortito de Bonhoeffer me dieron la idea de ponerme en contacto con usted...

—¿Bonhoeffer? —La interrumpió Martin horrorizado—. ¿Daniel Bonhoeffer?

«¿El criminal que ni siquiera consideró necesario dar la vuelta?».

—Sí. ¿Por qué de pronto se ha puesto tan pálido?

Eso era imposible. En efecto, Martin había perdido el pleito, pero no obstante a Bonhoeffer le habían suspendido después de los acontecimientos.

—Sí, Daniel Bonhoeffer. El capitán.

Era como si un rayo atravesara el cráneo de Martin, como si alguien le hubiera atravesado el cerebro con una aguja caliente.

—Ay, Dios mío, ¿acaso no sabía que lo habían readmitido? —preguntó Gerlinde, consternada.

Martin no se despidió. Ni de ella, ni del mayordomo en la habitación contigua. Cogió su petate, metió el osito de peluche en uno de los bolsillos exteriores y, con la misma rapidez con la que los dolores se extendían por su cabeza, se precipitó fuera del camarote.

—No tenemos ni la más remota idea de dónde ha estado Anouk —respondió Daniel a la pregunta que Julia le acababa de hacer—. La pequeña no pronuncia una palabra. Está completamente muda.

—¡Es increíble! —dijo ella.

Tan increíble que se preguntó por qué aún no había oído nada de este caso espectacular en las noticias. En el vuelo de Berlín a Londres, había hojeado todos los periódicos. Ni uno solo había informado sobre una niña-Jesucristo que había resucitado de la muerte en un crucero.

—El mar estaba agitado y, al terminar mi turno, quería ver si todo iba bien en la enfermería, y entonces me topé con la pequeña. Primero pensé que la niña se había perdido por la noche, pero me resultaba extrañamente familiar. También era curioso que no tuviera la pulsera que todos los niños llevan en la muñeca a bordo, una pulsera de plástico rosa con un pequeño microchip. Con ella pueden abrir la puerta de la zona reservada para niños y comprar refrescos, dulces o helados en los bares.

—¿Y por eso se guardan los datos personales en el chip? —preguntó Julia sin desviar la mirada de la foto de Anouk que Daniel le había entregado. Fue tomada en una habitación iluminada con luz artificial, y al fondo vio un armario blanco con una cruz roja.

—Exacto. Pero en la enfermería logramos confirmar su identidad con rapidez, incluso sin la pulsera, y cuando se la llevé también la doctora Beck pensó al instante en Anouk Lamar, y una comparación con una foto de hace dos meses confirmó la certeza.

—Increíble —dijo Julia, y resopló.

—¿Y qué ha sido de su madre? —preguntó.

—Sigue desaparecida.

—¿Y el padre?

—Murió hace tres años de cáncer. Solo queda un abuelo cerca de Washington.

—¿Cómo ha reaccionado a la noticia de que su nieta aún está viva?

—¿El abuelo? No lo ha hecho. No se lo hemos dicho.

Julia frunció el ceño, incrédula.

—¿Cómo es eso?

—Por el mismo motivo por el cual tampoco todavía no hemos hablado con las autoridades.

—¿Así que aún no han avisado a la policía?

—No. Ni a las autoridades de Alemania, y tampoco a las de Inglaterra o Estados Unidos. Si lo hubiéramos hecho, no estaríamos ahora de camino a Nueva York.

—Un mooomento —dijo Julia arrastrando la palabra—. Una niña a la que hace

unas semanas primero se dio por desaparecida y después por muerta reaparece de pronto, como de la nada, ¿y eso se pasa por alto? ¿Así de simple?

«Por eso no había ninguna información en las noticias».

—Así de simple no —replicó Daniel—. Es muy complicado. No lo entiendes. — Los ojos del capitán se llenaron de lágrimas—. Mierda, ni siquiera entiendes por qué te cuento todo esto.

Eso era cierto. Ella había acudido a él para hablarle de su preocupación por Lisa, y ahora la conversación se había convertido en una confesión de su padrino.

—Entonces acláramelo —dijo Julia con dulzura.

Si hubieran estado más próximos, ella le habría cogido la mano.

—Lo siento, estoy destrozado. Me presionan. No sé qué debo hacer.

—¿Hasta qué punto te presionan? ¿Con qué? Y ¿quién?

—Mi jefe, Yegor Kalinin. Debo averiguar dónde ha estado Anouk y qué le han hecho. Dispongo de seis días. Hasta que lleguemos a Nueva York.

—¿Tú solo?

—Al menos sin autoridades, sin ayuda oficial.

—Pero ¿por qué? —Julia seguía sin entender una palabra.

—Porque en este asunto no podemos permitirnos hacerlo público. Supondría nuestra muerte.

Daniel se levantó y fue al escritorio, que consistía en una tabla de caoba pulida y dos armarios situados por debajo destinados a guardar expedientes u otros documentos tras una puerta que se podía cerrar con llave. El armario de la derecha albergaba una caja fuerte de hotel cuyo volumen era mayor del que aparentaba a simple vista, porque después de abrirla mediante un código numérico Daniel extrajo un pesado archivador.

—¿Recuerdas que te dije que en la mayoría de los casos el suicidio sería la causa de un pasajero 23?

—Sí.

—Era mentira.

Volvió a tomar asiento en el sillón y abrió el archivador por el primer tercio sin orden ni concierto aparente, e indicó la página que tenía delante y que parecía la cubierta de un expediente policial.

—Aquí, solo un ejemplo: 2011, *The Princess Pride* en ruta por la Riviera mexicana. Marla Key, treinta y tres años, estadounidense. Desapareció la noche del 4 de diciembre. Según el informe de la tripulación, la joven madre estaba borracha cuando cayó por la borda. Pero ¿por qué su monedero decorado con unas perlas estaba dañado y el dinero había desaparecido? Y ¿por qué la única cámara de seguridad que podría haber mostrado la caída estaba tapada con una caja de cartón?

—Daniel pasó unas cuantas páginas más—. Y aquí, un año después, de nuevo en diciembre, esta vez en nuestro barco gemelo, el *Poseidon of the Seas*. Camarote 5167. Una mujer de cincuenta y dos años de Munich quería darse un baño en la piscina la

mañana de su boda. Jamás se la volvió a ver. Tras una búsqueda superficial, la tripulación señaló el suicidio. Aunque la dama había reservado hora en la peluquería para el día de su desaparición. O hace poco... —Daniel había abierto por la última página—. El caso del italiano Adriano Monetti, que desapareció del *Ultra Line 2* ante las costas de Malta después de decirle a sus amigos en la discoteca que tenía que ir un momento al retrete. —Con un golpe, Daniel cerró la tapa del archivador—. Podía seguir durante horas. Hay páginas web enteras que se ocupan del fenómeno de los pasajeros desaparecidos: *international-cruisevictims.org*, *cruisejunkie.com* o *cruisebruisse.com*, por mencionar solo las tres más conocidas. Y no son unas páginas que albergan conspiraciones de chiflados, sino servicios de atención serios para familiares y *Cruise Victims*, como se denominan las personas que creen ser víctimas de un crimen en alta mar. —Julia notó que una fina capa de sudor cubría la frente de Daniel—. Muchas de las páginas web las mantienen abogados. No es de extrañar. La industria de los cruceros está en auge, es un negocio de miles de millones. En estos momentos, trescientos sesenta barcos navegan por los océanos y solo este año se añadirán trece barcos nuevos más. Es lógico que un montón de los grandes bufetes estadounidenses se hayan especializado en querellarse contra los propietarios por daños y perjuicios. Tras las industrias de la aviación y del tabaco, las empresas de cruceros son el siguiente objetivo en el punto de mira de los abogados.

—¿Así que se trata de dinero? —preguntó Julia.

—Por supuesto. Siempre se trata de dinero. En cuanto la policía sepa lo de Anouk, el *Sultan* será retenido y registrado. Todos los pasajeros deberán desembarcar y reclamarán su dinero, más una indemnización. Cada día que permanezcamos atracados nos costará millones, ¡y estamos hablando de semanas! Y eso solo serán minucias frente a la que nos caerá encima más tarde, cuando lleguen las demandas colectivas.

Julia vio que una gota de sudor se despegaba de la frente del capitán y le caía por la sien.

—Entiendo —dijo, y miró a Daniel a los ojos con expresión seria—. Durante todos estos años habéis conseguido declarar como suicidio cualquier caso de desaparición extraordinaria. Pero eso solo funciona a condición de que ninguno de los desaparecidos vuelva a aparecer.

Daniel asintió.

—Cientos de casos. Se retomará cada uno de ellos. No sobreviviríamos a eso. El conjunto de la industria no sobreviviría.

—¿Y por eso ahora esa niña debe sacrificarse en aras del beneficio? —preguntó Julia levantándose.

—No, claro que no. —Daniel sonaba desesperado—. Lo hago todo para evitar lo peor.

—¿Lo peor? ¿Qué pasaría si antes de llegar a Nueva York no logras averiguar qué le ha pasado a Anouk?

El capitán levantó la vista. Su mirada se volvió dura.

—Entonces haríamos desaparecer a la niña otra vez. Pero esta vez para siempre.

Martin estaba frente a la entrada de la clínica del barco en la cubierta 3, leyó los nombres en la puerta y tuvo que pensar en otra Elena que también tenía un título de doctora, aunque no trabajaba como médico en un barco, sino en el barrio Mitte de Berlín como psicóloga; una consejera matrimonial de la Friedrichstrasse con la que Nadja había concertado una cita una vez, a la que en aquel entonces ninguno de los dos había acudido. En parte por cobardía, en parte por convencimiento de que también lo lograrían sin ayuda ajena.

«Qué ingenuos».

En su matrimonio solían haber crisis. No era de extrañar. El trabajo de Martin como agente encubierto conllevaba semanas, a veces incluso meses fuera de casa, y hacía cinco años se había producido el gran escándalo que a Martin le había dejado meridianamente claro que no podía seguir así.

Él había llegado a casa de un taller de preparación un día antes por sorpresa. El clásico. Eran las ocho de la mañana, el piso de Schmargendorf estaba vacío, Nadja y Timmy estaban en el colegio. La cama en la que se dejó caer estaba sin hacer y olía a sudor. A perfume.

Y a preservativo.

Lo encontró en el lado de Nadja, entre las sábanas. Vacío, pero desenrollado.

Ella no lo desmintió, y él no le hizo ningún reproche.

También él tenía necesidades en los largos periodos de tiempo que permanecían separados por su culpa. Pero en su caso las ahogaba con adrenalina. A Nadja solo le quedaba la opción de una aventura para distraerse.

Martin nunca había sabido quién era ese individuo, y por el momento no quería saberlo. Dos semanas después de encontrar el preservativo, decidieron que su siguiente misión sería la última. Él incluso le había ofrecido dimitir de inmediato, pero Nadja sabía cuánto había en juego. Él había trabajado durante un trimestre para lograr una nueva identidad como drogadicto y delincuente reincidente. Tenía el brazo lleno de pinchazos de los que todavía se podían ver algunos. Las autoridades polacas con las que colaboraban querían meterlo en una cárcel de alta seguridad de Varsovia, en la celda de un neonazi de mala fama, el jefe de una banda de trata ilegal. Martin debía ganarse su confianza para conseguir información sobre el tráfico de personas que controlaba. Estaba seguro de que la heroína que entonces había tenido que pincharse ante los ojos del nazi era en parte responsable de los desvanecimientos que a veces sufría en momentos de extremo estrés físico o mental. Antaño había sido necesario para que no se fuera a pique su leyenda.

De haber sabido antes lo que ocurriría, jamás se habría metido en esa misión que debía ser la última. Nadja y él habían acordado que, después, se presentaría a un

puesto en el servicio interno. Se lo había prometido a ella, y les había pagado a ella y a Timmy el crucero, un trayecto de veintiún días de una vuelta al mundo en la que ella debía distraerse cuanto pudiera de la idea de que su marido arriesgaba su vida por última vez. Y por última vez le aseguró a su hijo que estaría trabajando en el extranjero como guía turístico.

—Vaya, sí que le toca pronto —dijo la doctora del barco con una sonrisa mientras lo saludaba estrechándole la mano. La doctora Elena Beck tenía treinta y tantos años, el pelo rubio recogido en una trenza que le caía hasta los omóplatos y no llevaba maquillaje, ni siquiera una pizca de pintalabios rojo o un toque de sombra de ojos. El tono de su piel apenas se distinguía del uniforme blanco como la nieve y, probablemente, necesitaba un factor 50 de protección solar incluso si llovía. Los ojos suponían un contrapunto interesante en un rostro de simetría casi monótona. Brillaban como las baldositas azules en el fondo de una piscina.

—¿Dos horas después de zarpar y ya está mareado? —preguntó la doctora Beck en referencia a la conversación telefónica que habían mantenido hacía cinco minutos. En su cabreo inicial, Martin había querido cantarle las cuarenta al capitán, ese cerdo repugnante al que responsabilizaba de la muerte de su familia por omisión de socorro. Pero los dolores de cabeza que había sufrido en el camarote de Gerlinde lo habían impulsado primero a tomar aire fresco y, cuando media hora después por fin pudo volver a pensar con claridad, tomó conciencia de que una visita imprudente al capitán solo lo haría quedar en ridículo. Además, el puente de mando estaba protegido contra el acceso de personas no autorizadas.

De todos modos, no podía quedarse de brazos cruzados tras las revelaciones de Gerlinde. Y como ignoraba dónde se encontraba la segunda testigo ocular, la camarera Shahla Afridi, en esos momentos, había concertado una cita con la médica del barco.

—Pero no se preocupe, señor Schwartz, no es el único con el estómago flojo.

La doctora Elena Beck lo invitó a tomar asiento en una silla giratoria y abrió una vitrina de cristal. Tuvo que ponerse de puntillas para alcanzar una caja del estante superior.

—Es bueno que se haya pasado enseguida. En el Atlántico la marejada no será precisamente más suave. Le inyectaré algo.

De la caja sacó una ampolla de cristal y se volvió hacia él.

—Muchas gracias, pero esto ya me lo he hecho yo mismo —dijo Martin.

Fue como si hubiera accionado un botón que borró la sonrisa permanente de la doctora Beck. Desapareció de su rostro poco a poco, pero por completo.

—¿Se ha inyectado algo?

—Ayer, sí. Anticuerpos del VIH. Desde entonces estoy con la PPE.

«Y de vez en cuando es como si unas cuchillas de afeitar me atravesaran la cabeza».

—¿Y por qué lo hizo? —quiso saber Elena Beck.

Estaba desconcertada, la voz le temblaba como la mano en la que sostenía el medicamento líquido contra el mareo.

—Para manipular una prueba de VIH. Es una larga historia. Casi tan larga como la de Anouk Lamar.

Después del botón, había encontrado el interruptor conmoción-escalofrío. La expresión de la doctora Beck se congeló.

—¿Quién es usted? —preguntó entrecerrando los ojos.

—El hombre que le dice que ahora levantará el auricular y marcará el número.

—¿Qué número?

—El que le han dado en caso de que alguien haga preguntas tontas.

La doctora Beck intentó sonreír, pero no lo logró.

—¡No sé de qué habla! —replicó indignada.

—De secuestro infantil, por ejemplo. De encubrimiento de un delito, de colaboración, es posible que incluso de complicidad. En todo caso, hablo de perder la licencia cuando salga a la luz que tiene bajo custodia y contra su voluntad a una niña e incumple todas las normas éticas de su profesión.

Era evidente que cada una de sus palabras había sido como una bofetada. Las mejillas pálidas de Elena se enrojecieron cada vez más con cada segundo que pasaba. Él, por el contrario, estaba cada vez más tranquilo en la cómoda silla giratoria.

—Venga —dijo él cruzando las piernas—. Me he registrado con mi verdadero nombre. El capitán me conoce. Las alarmas deben de seguir sonando desde que el sistema de reservas escupió mis datos anoche. —Le señaló un teléfono en un escritorio ordenado de forma intachable—. Llámelo.

Preso de los nervios, la doctora se llevó la mano al lóbulo de la oreja. Hizo girar un pendiente de perla como si fuera el control del volumen de la voz interior que debía decirle lo que tenía que hacer ahora y suspiró.

Sin perder de vista a Martin, desenganchó un móvil del bolsillo del cinturón de su uniforme. Presionó un botón en el teclado numérico y apoyó el receptor contra la oreja. Martin podía oír los pitidos. Tras el tercero, descolgaron.

La doctora Elena Beck solo dijo dos palabras:

—Está aquí.

Después le pasó el teléfono.

—Bienvenido a bordo, señor Schwartz.

Martin se levantó. El hombre al otro extremo de la línea tenía una voz fuerte y algo ronca. Hablaba con un acento eslavo apenas perceptible. Martin calculó que se acercaba a los sesenta años. La voz le resultaba familiar, pero no le despertó ninguna imagen.

—¿Quién es usted? —Martin había esperado oír la voz del capitán, pero a lo mejor el muy cobarde ni siquiera se atrevía a hablar por teléfono con él.

—Me llamo Yegor Kalinin —respondió el armador para sorpresa de Martin—. Espero que le guste mi barco.

—Su cárcel, querrá decir. ¿Dónde está la niña?

Yegor soltó una risita.

—Ajá, así que ya ha mantenido una conversación con Gerlinde Dobkowitz.

Martin titubeó. Una pausa que el propietario del barco aprovechó para hacerle saber que conocía al dedillo todos sus movimientos a bordo.

—No creerá que una vieja loca acudió a usted para pedirle ayuda, ¿verdad? En realidad era yo quien lo quería a usted a bordo. —Las risitas se volvieron más sonoras—. La vieja Dobkowitz cree que nos ha colado un gol consultándole a usted, pero solo ha sido víctima de uno de mis trucos de prestidigitador.

Martin asintió en silencio. Eso ya lo había pensado. No había cambiado su número secreto desde hacía años, pero solo porque no había tenido motivos. Seguro que sus abogados lo sabían, pero jamás lo habrían hecho público en las notas del proceso. El millonario debía de disponer de excelentes fuentes y le había enseñado adrede a Gerlinde las actas en las que poco antes apuntó su número.

—¿Por qué me cuenta todo esto? —preguntó Martin. Le dio la espalda a la doctora y se asomó por el ojo de buey. El sol se estaba poniendo y el horizonte brillaba sobre el mar con un tono rojizo.

—Para lograr su confianza.

Martin soltó una carcajada sarcástica.

—¿Confesando que manipula a los demás?

—Sí, soy una persona honrada —dijo Yegor, riendo—. Y a decir verdad, me vi obligado a utilizar a Gerlinde para obtener su colaboración como empleado. Si Bonhoeffer o yo lo hubiéramos llamado por teléfono jamás habría subido a bordo.

—¿Acaba de decir «empleado»?

—Sí. Quiero contratarlo.

Entonces quien soltó una carcajada fue Martin.

—¿Como qué?

—Como terapeuta. Quiero que trate a nuestra pasajera 23.

Martin se tocó la cabeza.

—No soy psicólogo infantil.

—Pero estudió psicología.

—Eso fue hace mucho.

—Además, gracias a su trabajo, entiende de las víctimas traumatizadas. Y de escondites. Ocúpese de la pequeña. Averigüe dónde se ha escondido Anouk los dos últimos meses.

Martin apoyó una mano en el frío ojo de buey y negó con la cabeza.

—¿Por qué debería ayudarle a retener a una niña?

—Porque no tiene otra opción.

—¿Acaso me está amenazando con hacer desaparecer a la niña en caso de oficializar el caso? —preguntó Martin.

—Eso lo ha dicho usted.

A lo lejos le pareció oír el ladrido de un perro pequeño, aunque no estaba seguro.

—Dice Bonhoeffer que, desde su tragedia, usted no está del todo bien de la cabeza —dijo Yegor—, pero que no obstante sería capaz de resolver el enigma en torno a Anouk Lamar. Y así quizá también su propio trauma. También tiene su propio interés en el caso, ¿no es cierto?

Martin pensó en el osito de peluche, que ahora estaba guardado en su petate, y miró a la doctora, que no se había movido del sitio durante la conversación telefónica. Seguía de pie con la ampolla en la mano delante de la silla giratoria y parecía alguien que consideraba que desentonaba en su propia fiesta.

—Creo que se lo comunicaré a las autoridades —dijo Martin. La doctora asintió de forma apenas perceptible. Un gesto inconsciente de aprobación.

—¿Y qué es lo que les dirá? —La voz de Yegor se volvió más grave e hizo una imitación no del todo mala de la voz de barítono de Martin—: Hola, soy Martin Schwartz, el tipo que ya se ha querellado una vez con la naviera Kalinin y su capitán. Sí, ya sé que entonces nadie quiso creer que mi familia no se había suicidado, aunque todas las pruebas lo indicaran. Sí, la prensa dijo que yo estaba afectado por el dolor y la pena y que quería encontrar un culpable de la tragedia a pesar de la manopla de baño empapada en cloroformo junto a la cama. Entonces perdí todos los procesos y mi credibilidad. Pero esta vez tengo pruebas reales de que algo extraordinario sucede en el barco. —Yegor rio como si hubiera contado un chiste obscuro.

—Me escucharán —replicó Martin—. Esta vez hay demasiados testigos.

—¿Estamos hablando de la abuela loca que incluso en los foros esotéricos llama la atención por chiflada? Ah, y mucha suerte con el FBI. Aparecerá por aquí en cuanto avisemos del pasajero 23. Anouk Lamar es estadounidense. Retendrán el barco y lo registrarán durante meses...

—Lo que le costará millones.

—Y a usted la verdad, Martin. ¿Acaso cree que el FBI le hará la misma oferta que yo?

—¿Qué oferta?

Martin tenía la sensación de que su oreja derecha se calentaba cada vez más y pasó el auricular al otro lado.

—Le permito hablar con la niña —dijo Yegor—. Tanto y todas las veces que quiera. Por el contrario, el FBI lo apartará enseguida por ser parcial, estimado señor Schwartz. Soy el único que puede proporcionarle un acceso ilimitado a todas las zonas del barco.

—¿Y debo averiguar lo que le ha sucedido sin hacerlo público?

—Correcto.

Martin cerró los ojos. Volvió a abrirlos. No se le ocurrió ninguna idea clara.

—¿Dónde está Anouk? —preguntó.

—La doctora Beck lo llevará con ella. Mañana mismo a primera hora.

—Quiero verla de inmediato.

Yegor rio.

—Ese es el problema con los deseos, señor Schwartz. Solo los equivocados se cumplen de inmediato. Ahora duerma bien. Seguro que mañana será un día agotador.

Querky: ¿Así que llegarás hasta el final?

Moonshadow: Sí, te estoy muy agradecida.

Querky: ¿Por qué?

Moonshadow: ¡Por haberme ayudado! Sin ti, no lo lograría.

Lisa cerró el portátil y lo ocultó debajo de la colcha porque le pareció haber oído algo en el camarote contiguo que ocupaba su madre, pero solo eran los muebles empotrados, que crujían por las ranuras cuando el barco se movía. Ninguna llamada a la puerta de comunicación.

«Uf».

Lo último que quería era que su madre la viera con un ordenador. Le había entregado el móvil para que lo guardara durante las vacaciones, solo en apariencia por voluntad propia. En primer lugar, llamar en alta mar era de todos modos demasiado caro y, en segundo lugar, con el portátil que había colado a bordo en secreto podía navegar mejor por internet. Por suerte, su madre no había notado el pequeño objeto oculto en su mochila.

«Como tantas otras cosas».

Por seguridad, dejó transcurrir algo de tiempo, y después Lisa se atrevió a volver al chat.

Tuvo que reiniciar la sesión, desde luego, pues la conexión se interrumpía automáticamente al bajar la tapa, pero eso no era un problema. El *wifi* de las habitaciones era gratuito y funcionaba genial, al menos mientras estaban cerca de la costa. Tras la cena, poco después de las diez de la noche, no parecía haber muchos conectados. Puede que en la primera noche, la mayoría siguiera sentada en alguno de los bares, en el teatro acuático donde ese día se representaba un espectáculo de patinaje sobre hielo, en el cine 4-D o paseando por la cubierta exterior donde el aire nocturno no era demasiado frío.

Lisa había superado un menú de cinco platos muy agotador en compañía de su madre, en un restaurante que, en comparación, hacía que el salón de banquetes de la película *Titanic* pareciese un comedor para personas sin hogar. Seiscientos comensales podían comer al mismo tiempo en las dos plantas unidas por una inmensa escalera que se abría en dos alas. Cada mesa disponía de su propio camarero de librea, y el petimetre que las había servido a ellas le había lanzado una mirada de desaprobación a Lisa porque, con su falda plisada negra y su camiseta con una imagen de una calavera, no cumplía del todo el código de indumentaria *smart casual* recomendado.

«Me importa una mierda».

Él debiera de haberle servido una buena salchicha al curry y no carne medio cruda con salsa de ciruelas y Dios sabe qué más. Eso le había sabido tan mal como las preguntas inquietas de su madre: «¿Estás bien, pequeña? ¿Tienes problemas? ¿Quieres que hablemos?».

Al final de la comida, Lisa había acabado tan agotada por sus mentiras que ni siquiera tuvo que fingir para poder irse por fin sola a la habitación.

Activó la última ventana abierta en el navegador.

Easyexit se abrió en el acto y volvió a estar en la sala de chat privada y, como Querky le había asegurado, con doble cifrado.

Moonshadow: Lo siento, ya he vuelto.

Querky: ¿Tu madre?

Moonshadow: Falsa alarma.

Querky:

Moonshadow: Al menos ha encontrado el vídeo.

Hubiese preferido gritarle a su madre la verdad a la cara durante la comida y sin tapujos, cuando por fin tras largos rodeos lo soltó y le preguntó preocupada si acaso era «auténtico».

«Sí, mamá, soy la puta que aparece en internet. Pero ese no es el motivo por el que me gustaría cortarme las venas o lanzarme a las vías del metro. No por el vídeo».

Lisa notó que la ira volvía a invadirla.

El archivo ya llevaba semanas rondando por la red. Era un milagro que hubiera transcurrido tanto tiempo sin que su madre lo descubriera. Y solo porque Schiwy estaba detrás.

Y ahora la conmoción era enorme, pues era la puta que follaba con su profesor. Mierda, la muy bruja a buen seguro pensaba que por joder te vuelves invisible. Pero bastaba con pasar el día equivocado a la hora equivocada por la cafetería equivocada y ver cómo ambos se metían la lengua hasta el fondo. «Vomitivo».

Querky: Eh, ¿hay alguien más ahí?

Miró el cursor parpadeante. En el chat de *Easyexit* se escribía con letras blancas sobre fondo negro, lo que quedaba bien en un foro de autoayuda al suicidio, pero que a la larga resultaba irritante para la vista.

Moonshadow: ¿Cuándo es el mejor momento para hacer ESO?

Querky: No enseguida. Asegúrate primero de que todo está okay para ti.

Moonshadow: Creo que hoy lo he logrado bastante bien.

Ya al zarpar había representado un espectáculo digno de un Oscar y había fingido que le ilusionaba el viaje.

«Es tan guay, mami...».

Incluso había logrado que se le saltaran unas lágrimas. El bis había sido su actuación de la cena.

—No te preocupes —le había explicado a su madre—. El vídeo es una farsa, una falsificación. No soy yo. Eso también lo saben todos mis amigos. Y a la escoria que ha dicho esa mierda sobre mí no se la tomarán en serio en todo el colegio. De eso nos reímos yo y mis amigas.

«Mis amigas y yo. Sí, mamá. ¡Ya lo sé!».

—Sobre lo de que ahora me vea tan poco con mis amigas del colegio se debe a mi novio. Sí, tengo novio. Ahora está fuera. Puf. No quería decírtelo, por eso estaba tan rara de un tiempo a esta parte. No, no es lo que te piensas. Con él todavía no hay nada más que arrumacos.

Ese recuerdo le hizo pensar en algo divertido que Lisa tenía que contarle sin falta a Querky.

Moonshadow: Le he dicho a mamá que somos pareja.

Querky: ¿Eh?

Moonshadow: Cuando le he dicho que estaba saliendo con un chico, me ha preguntado su nombre. El único que se me ha ocurrido de forma espontánea ha sido tu apodo.

Querky: ¿¿¿Se cree que tu novio se llama QUERKY???

Lisa no pudo evitar sonreír.

Moonshadow: Le dije que era el diminutivo de Querkus, tu apellido.

Querky: joder, si ella supiera...

«Es mayor que yo. —Había seguido fabulando—. Tiene diecisiete años. Seguro que pronto le conocerás. Pero no se lo cuentes a papá, ¿vale?».

Su madre le había lanzado una mirada tan aliviada como aquella vez, cuando a su mejor amiga le bajó la regla con mucho retraso después del viaje de final de curso.

Su padre jamás se hubiera tragado esta mierda. En su opinión, los abogados eran desconfiados por naturaleza.

Un zumbido arrancó a Lisa de sus cavilaciones, pero tan solo era el minibar, del que sacó una Coca-Cola que, como todos los refrescos y la comida del *Sultan*, era gratis.

De regreso a la cama, volvió a sentarse con las piernas cruzadas, tomó un sorbo de la diminuta botella y durante un momento dirigió la mirada a la puerta del balcón,

en la que se reflejaba la habitación entera. El barco se inclinó hacia un lado mientras ella tecleaba en su notebook:

Moonshadow: He leído que ahogarse debe de ser extremo. Increíblemente doloroso. No como una borrachera, como dicen algunos.

Querky: No debes pensar en eso. Esos pensamientos solo suponen un obstáculo.

Del dicho al hecho hay un trecho. Ella no dejaba de pensar en el dolor. Había empezado con la separación de sus padres. Su padre había sido el primero que la había abandonado. Por desgracia, no fue el único. Curiosamente, el sufrimiento mental era mucho más intenso que el dolor físico. Por el contrario, cuando se arañaba, el dolor era lo único vivo que sentía.

Lisa quería preguntarle a Querky cuándo debía volver a conectarse mañana cuando el minibar volvió a soltar un zumbido e, irritada, se puso de pie.

El ruido era demasiado regular para tratarse de una interferencia casual. Quiso enviarle un mensaje a su compañero de chat para avisarle de que se desconectaría un momento para comprobar algo, pero Querky se le adelantó.

Querky: ¿¿¿Qué es lo que zumba todo el rato en tu camarote???

Asustada, se llevó la mano a la boca.

Comprobó los iconos en la pantalla. El micrófono y la cámara estaban apagados.

«¿Cómo puede Querky oírlo?».

Los ruidos aumentaron de volumen cuando abrió el minibar situado en el armario debajo del televisor.

En el pequeño espacio interior había una docena de botellas, refrescos y cervezas, algunas botellitas de licor y frutos secos en el lateral. Nada que pudiera vibrar. Y sin embargo, algo zumbaba con un ritmo uniforme.

Lisa abrió el congelador y encontró lo que buscaba.

Al lado de una cubitera había un pequeño sobre de color azul claro que llevaba el logotipo de la naviera. El abultado sobre hizo algo que sobresaltó a Lisa, haciendo que retrocediera, separándose de la nevera, pegara un respingo y soltara un grito agudo: vibró.

En un primer momento, creyó que eran gusanos que se retorcían en el interior del sobre, pero eso era imposible.

«No a ocho grados bajo cero. ¡Y los gusanos no vibran en intervalos regulares!».

Solo después de unos momentos, Lisa pensó con claridad y sacó el sobre para abrirlo.

«Efectivamente».

El sobre estaba forrado y bien aislado, por lo que el móvil que extrajo no estaba muy frío.

—¿Hola?

—Por fin —dijo una voz que ella se había imaginado muy diferente.

—¿Querky? —preguntó Lisa esforzándose por hablar en voz baja para que su madre no pudiera oírla desde el camarote contiguo.

—¿Quién si no?

—Vaya, vaya, vaya. —Lisa se echó a reír, aliviada. El corazón le latía como si hubiera corrido los cien metros lisos—. Me has dado un buen susto.

—¿Cómo es eso, cariño? Ya te dije que te acompañe en tu gran viaje.

Querky también rio.

—Tengo el destornillador, el aerosol y la lista con las cámaras de vigilancia que te prometí. ¡Presta atención, Lisa, te diré dónde y cómo encontrarlo todo!

8.30 hora de a bordo

49° 40' N, 7° 30' O

Velocidad: 27 nudos

Viento: 15 nudos

Marea: 1,5-4 pies

Distancia de Southampton: 219,6 millas náuticas

Mar Céltico

«Solo tripulación» se leía en la puerta de acero en la que únicamente la pintura de advertencia roja indicaba que, como persona no autorizada, no se te había perdido nada al otro lado.

La doctora Elena Beck pasó su tarjeta por un lector y sonó un zumbido similar al de una máquina de afeitar.

—Quiero dejar algo muy claro —dijo mientras empujaba la puerta hacia dentro con el hombro—, no considero que sea una idea especialmente buena dejar que un extraño se acerque a ella...

—Venga ya —dijo Martin—. Y yo que pensaba que su expresión adusta solo se debe a que ayer no pudo ponerme una inyección.

La doctora ni pestañeó.

—Pero —completó la frase— me alegro mucho de que un psicólogo se encargue de Anouk; alguien que conoce la violencia y tiene experiencia con víctimas traumatizadas. La pequeña necesita todo tipo de ayuda.

La siguió a través de un umbral elevado hacia un pequeño pasillo bien iluminado.

En la cubierta A, justo por encima de la línea de flotación, los pasillos de mantenimiento tenían poco en común con los de la zona de pasajeros. En vez de pisar una espesa moqueta se pisaba linóleo, las paredes estaban pintadas de color gris cemento y los cuadros enmarcados brillaban por su ausencia.

—¿Dónde está nuestro cobarde? —preguntó Martin. Estaba cansado y tenía la sensación de no haber dormido ni una hora. El día anterior, después de la ducha, se había tumbado desnudo en una cama demasiado grande para una sola persona y mantuvo la vista clavada en el cielorraso hasta que el sol volvió a asomar por encima del Atlántico. Después se tomó su pastilla y cogió el auricular con el fin de atormentar a Bonhoeffer preguntando cuándo se dignaría a darle permiso para ver a Anouk Lamar. Ahora eran las ocho y media recién pasadas de la hora de a bordo (durante la ruta transatlántica hacia el oeste, los relojes se retrasaban una hora cada noche), en total había tenido que esperar casi tres horas antes de que la doctora lo recogiera en su habitación.

—¿Se refiere al capitán? ¿Que por qué no nos acompaña? —Ella iba medio paso por delante, la trenza rubia se balanceaba de hombro a hombro y las suelas de sus zapatillas chirriaban. Debajo del brazo izquierdo llevaba una carpeta azul y su gorra de oficial—. Más tarde tiene una reunión de oficiales en el planetario y me ha pedido que me encargue de la cita. Él está muy ocupado.

Martin rio entre dientes.

—Me lo puedo imaginar. Un secuestro infantil así puede quitarle el sueño a uno, ¿no?

Ella se detuvo y sacudió la cabeza.

—Oiga, no sé lo que pasó entre usted y el capitán, pero puedo asegurarle una cosa: Daniel Bonhoeffer es un hombre sensato e íntegro. Lo único que nos interesa a todos nosotros es el bienestar de la niña y a él todo este asunto le resulta tan incómodo como a mí.

—Sí, claro. —Martin sonrió, despectivo.

«Cuando las ranas críen pelo».

Pasaron varias puertas a ambos lados del pasillo, algunas de las cuales estaban abiertas, por lo que Martin pudo echar un vistazo a los camarotes de la tripulación. Celdas sencillas con armarios abiertos y literas como en el coche-cama de un tren. Solo que más estrechas.

La doctora le había explicado antes de entrar en el inframundo del crucero que estaban recorriendo la primera cubierta inferior de la zona de empleados, un área que en la jerarquía del barco se reservaba para los empleados del hotel de mayor rango: camareros, baristas, encargados del servicio de habitaciones y otro personal. Más abajo, en las cubiertas B y C, se alojaban los miembros de la tripulación: los que trabajaban en las cocinas, la lavandería, la incineradora de basuras propia, la desaladora de agua de mar o la sala de máquinas. Personas a las que los clientes jamás veían.

Supuestamente, la zona de empleados debía de ser más confortable que la de la tripulación, pero ya en la cubierta A Martin había tenido la sensación de recorrer el ala de las celdas de una prisión. Tras las puertas cerradas, se oían risas de ambos sexos, alguien chillaba algo en un idioma incomprensible y en el camarote junto al que acababan de pasar había dos hombres en calzoncillos jugando a cartas y escuchando rap. Cuando los hombres semidesnudos vieron pasar a la doctora alta y delgada, le sacaron la lengua e hicieron ruidos de jadeos. Uno de los dos se llevó la mano a la entrepierna.

—¿Quiere examinar lo que tengo en la mano, doctora? —le gritó en inglés.

—Si puedes sostenerlo en una mano no me interesa —replicó ella cosechando una carcajada retumbante.

Doblaron la esquina hacia un pasadizo más ancho en el que había varios carros aparcados.

—Ahora estamos en Broadway —le explicó ella señalando un letrero

estadounidense pintado en el suelo—. Todos los caminos de las cubiertas de los empleados tienen nombres de calles de Manhattan.

—¿Y eso ayuda a orientarse?

—Más o menos. Ahora mismo avanzamos hacia la parte alta en dirección a Times Square, el centro de ocio para los empleados, donde pueden jugar al tenis de mesa o a las máquinas de azar. Si se pierde, límitese a regresar a Park Avenue, a la que acabamos de llegar, y desde ahí de vuelta a Grand Central Station, por donde hemos accedido a esta zona. Todo está señalizado.

—A prueba de idiotas —dijo Martin en tono sarcástico—. Incluso los niños vuelven a encontrar la salida dentro de dos meses, ¿no?

Elena Beck se detuvo y su mirada se tornó sombría. Pero por lo visto no iba por él, sino por las circunstancias que los habían reunido allí abajo. Ella miró en derredor por si había alguien escuchando, después dijo en voz baja:

—A mí me pasa como a usted. No me siento muy a gusto en mi piel.

—¿Ah sí? ¿Y cómo es que entonces no ha recurrido de inmediato a la policía?

—Porque hubiera puesto en peligro la vida de la niña —dijo Elena críptica.

—¿Qué quiere decir?

—Al capitán le chan... —comenzó, pero entonces negó con la cabeza.

—¿Chantajean?

—Olvídelo. No puedo hablar de eso. Además, usted es de la policía, ¿no?

«Sí, correcto».

Sin embargo, allí a bordo su placa tenía más o menos el mismo valor que la estrella de *sheriff* que le había regalado a Timmy por su quinto cumpleaños.

—Por cierto, el capitán le pide que no haga fotos o vídeos —dijo la doctora—. Es mejor que deje el móvil en el bolsillo.

—Supongo que no le gustará oírlo —replicó Martin—, pero su secretismo tiene poco sentido. Ya son demasiados los que conocen la existencia de la niña. Puede que la señora Dobkowitz no sea la fuente más fiable. Pero la camarera...

—¿Shahla? —La doctora Beck negó con la cabeza—. No hablará.

—¿Por qué?

—La mujer trabaja ochenta horas a la semana por quinientos dólares al mes, de los que dos tercios van a su familia en Karachi.

—¿Así que la naviera ha amenazado con despedirla?

Elena volvió a negar con la cabeza.

—Al contrario. Le han triplicado el sueldo si le lleva comida a Anouk tres veces al día y limpia la habitación. Solo la despedirán si le cuenta algo a alguien, pero ante la perspectiva de quinientos dólares por un mes de trabajo preferirá acabar bajo una plancha de vapor antes que irse de la lengua.

—¿Y qué pasa con usted? —preguntó Martin cansado—. ¿Con que la presionan a usted?

La doctora levantó la mano y movió el dedo anular. El anillo de compromiso era

sencillo pero elegante, de oro blanco con un pequeño diamante engastado.

—Daniel y yo nos casaremos en diciembre.

«Vaya, mírala. Se mete en la cama con el enemigo».

—Enhorabuena —dijo Martin, sarcástico. En realidad, a pesar de las circunstancias que los habían unido, le resultaba bastante simpática—. ¿Así que hace todo lo que su futuro esposo le pide?

—Lo hago todo por ayudarle.

—¿Incluso retener a una niña?

Abrió la boca, pero luego optó por no reaccionar frente a ese comentario y también porque pasaron junto a una joven empleada. La camarera se apartó deslizándose detrás del carro de limpieza por encima del cual apenas asomaba su desgreñada melena teñida de negro.

Por un momento, Martin se preguntó si un barco de buenos burgueses como el *Sultan* toleraba los *piercings* o si la empleada que, avergonzada, mantenía la vista baja siempre debía quitarse el pendiente de la nariz antes de ir a las cubiertas de pasajeros.

Después de que la doctora Beck y él avanzaran en silencio durante unos momentos, por fin se detuvieron delante de una puerta de ascensor. Tras todos los cruces que habían dejado atrás, Martin había perdido la orientación.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

Durante la mayor parte del camino, se habían cruzado con personas de diferentes naciones enfundadas en su indumentaria de trabajo. Pero desde que dejaron atrás la cantina de los empleados, en la que la mayoría de las personas que guardaba cola eran asiáticas, ya no volvieron a encontrarse con nadie.

—En un crucero hay tres zonas —dijo Elena—. Una para los pasajeros, otra para la tripulación. Y una tercera zona que nadie de estos dos grupos jamás pisaría por voluntad propia.

Sacó la tarjeta del bolsillo trasero del pantalón del uniforme y la pasó por el lector de la puerta del ascensor.

—A esta zona a la que nadie quiere ir la llamamos Hell's Kitchen. Aquí hemos trasladado a Anouk.

«¿Hell's Kitchen?».

Las puertas del ascensor se abrieron y Martin entró en el montacargas que, en el otro extremo, tenía una puerta más.

—¿Por qué todos evitan esta zona? Y ¿por qué se llama «cocina del infierno», como ese barrio de Nueva York?

—Por superstición, esta es la unidad de cuarentena.

La doctora iba delante y Martin la seguía con sentimientos encontrados.

—En caso de tener a bordo a una persona enferma con un virus muy contagioso o una infección bacteriana grave, se la traslada aquí para evitar que se propague una epidemia. Después de un incendio, una epidemia es la mayor pesadilla a bordo de un barco de pasajeros —explicó la doctora Beck, y esperó a que las puertas electrónicas de aluminio se volvieran a cerrar tras ellos.

—Parece nuevo —dijo Martin, que no detectó ni el más mínimo rastro de uso en las paredes de acero inoxidable. Ni botones para poner en marcha el ascensor.

—Lo es. Nunca antes se ha utilizado Hell's Kitchen. En caso de urgencia también sería muy poco práctico. Aún hay otro montacargas en el que es posible transportar camas, pero en realidad tampoco querría imponer ese camino a un moribundo. Aunque existe el rumor de que la naviera realiza experimentos en humanos aquí abajo con los empleados respondones —dijo, riendo—. O con los pasajeros que no pueden pagar la cuenta. Bobadas, por supuesto, pero el personal evita Hell's Kitchen como un vegetariano la carnicería. Se dice que el personal de limpieza ofrece dinero a los demás para no tener que limpiar aquí.

Con un siseo, las puertas de enfrente se abrieron y volvieron a salir a la misma planta.

Desconcertado, Martin se dio cuenta de que no había estado en un ascensor, sino en una esclusa.

—En caso de emergencia, la zona se cierra herméticamente. Sistema de agua y ventilación propios, alimentación eléctrica independiente. Y ambos hemos de llevar traje protector.

Cruzaron una antesala con un mostrador de recepción abombado tras el que nadie esperaba a los pacientes.

Tras otra puerta de plexiglás, de repente caminó sobre la misma mullida moqueta de su *suite*. En general, con los sillones de cuero y el armario, la sala de tránsito volvía a recordar al buque de crucero. También la puerta ante la que se detuvieron era idéntica a las de los camarotes de los pasajeros, aunque la mirilla funcionaba en sentido inverso.

La doctora miró un momento por ella. Era evidente que estaba satisfecha con lo

que había visto y le pidió a Martin que probara su propia tarjeta.

—Su llave está programada de forma que tenga acceso a todas las zonas necesarias para su trabajo. Puede visitarla en cualquier momento, pero estaría bien que me avisara antes.

—¿Anouk está encerrada? —preguntó en tono de desaprobación.

La doctora asintió con seriedad.

—Por su propia seguridad. Mientras no sepamos dónde estuvo y quién podría perseguirla, no puede moverse por el barco sin control. Pero con el botón que tiene detrás de la cama puede activar la alarma en caso de peligro.

Señaló hacia arriba. Sobre el travesaño de la puerta, había una palanca roja que a Martin le recordó los frenos de emergencia de los trenes.

—En caso de emergencia, con eso puede desactivar el cierre, que dispara una alarma en el puente de mando, por lo que sería mejor que llevara su llave.

Martin sacó la tarjeta de plástico del bolsillo de sus vaqueros, pero entonces vaciló. Antes de entrar, debía estar mejor informado sobre lo que le esperaba al otro lado de la puerta.

—¿Es eso su informe médico? —le preguntó a la doctora señalando la carpeta que llevaba bajo el brazo.

Sin pronunciar palabra, se lo entregó. Martin echó un vistazo al informe de la primera exploración.

Anouk Lamar. Paciente de sexo femenino, color de piel: blanco, edad: once años, altura: 1,48 metros, peso: 35 kilos.

Estado general malo con signos de abandono. La paciente no reacciona a las palabras de ayuda o de consuelo. Sospecha de mutismo.

—¿Está completamente muda? —indagó Martin acerca del diagnóstico de sospecha.

La doctora Beck asintió con expresión compasiva.

—Ni una palabra. Solo gime, llora o gruñe, pero sobre todo mientras duerme. Tiene intensas pesadillas. Desde un punto de vista neurológico todo parece normal, como puede ver. Buenos reflejos, pero...

—Pero ¿qué? —preguntó Martin; entonces él mismo lo vio. El diagnóstico físico en el último tercio del informe lo dejó de piedra: «Desolladura superficial de la piel justo al lado de los labios mayores (vía falsa)».

—Hematomas en la parte interior de ambos muslos. ¿Grandes fisuras en la región perianal? —citó el siguiente párrafo del informe en tono incrédulo.

Elena asintió con tristeza.

—Por supuesto, he comprobado todos los frotis.

«Dios mío».

Martin cerró los ojos.

Por lo tanto, Anouk Lamar había sido violada varias veces por su secuestrador de forma brutal.

A la misma hora, cubierta 5

Tiago Álvarez salió del camarote atrio (eufemismo con el que se denominaban en el *Sultan* los camarotes interiores con vistas al paseo comercial) y saludó a una anciana que se acercaba a él por el pasillo envuelta en un albornoz y procedente de la zona del *spa*. Encantada por la inesperada atención del joven, le regaló una sonrisa deslumbrante y, con timidez, se llevó las manos al pelo de algodón de azúcar recién secado.

Tiago no tuvo que volverse para saber que la dama lo seguía con la mirada. El argentino era consciente del efecto que provocaba en las mujeres, sin importar la edad. Les encantaba su piel oscura, el pelo negro rizado que él mismo dominaba con laca y su mirada soñadora en la que siempre se notaba una pizca de desamparada melancolía.

Tarareando satisfecho para sus adentros (siempre se alegraba de gustar a la gente), se dirigió a la proa del barco, en dirección al bar Atlantic. En el último tercio del pasillo, se detuvo frente a la puerta de un camarote exterior meneando la cabeza.

En sus veintitrés años de vida, había pasado los últimos seis años en cruceros casi sin interrupción. Muchas cosas habían cambiado desde su viaje de iniciación en el *MS Puertos de Lisboa a Tenerife*: los barcos eran más grandes, los camarotes más asequibles y la comida mejor. Pero los pasajeros seguían siendo tan tontos como siempre.

«¿Cuán chiflado hay que estar para utilizar el letrero “Por favor, limpien mi habitación”?», pensó con la mirada en la cartulina verde que colgaba del pomo de la puerta del camarote.

En primer lugar, la cartulina no haría que la camarera acudiera antes. Y en segundo lugar, era la invitación perfecta para los delincuentes: «¡Entrad, ahora mismo no hay nadie en casa!».

Suspiró ante tanta falta de sentido común y volvió el letrero del lado rojo «Por favor, no molesten». Después, metió su llave en la ranura y abrió la puerta tras asegurarse de que nadie le observaba.

«Muchas gracias, Stacy», le susurró mentalmente a la estudiante en prácticas de atención al cliente a la que se había tirado en la sala de ordenadores de la recepción. Era rubia, gorda y ruidosa, y en absoluto su tipo, pero el sexo con las recepcionistas siempre era la vía más sencilla para facilitarse el trabajo. Todos los empleados de la recepción tenían una llave universal para acompañar a la habitación a los huéspedes que habían perdido la llave o a aquellos que querían ver otra categoría de camarote por propio interés. Mientras follaban, Tiago había cambiado su propia llave por la

tarjeta de su amante. Por supuesto que a la mañana siguiente Stacy se daría cuenta en algún momento de que su llave universal ya no funcionaba. Supondría que la banda magnética de su tarjeta se había dañado y se haría una nueva. Un juego de niños si uno sabía cómo funcionaba. Y si uno disponía de las correspondientes cualidades de Romeo.

Tiago contempló el camarote al que había entrado con una mirada de satisfacción. Ni punto de comparación con la pocilga que había encontrado en la habitación anterior. El cerdo del último camarote atrio. —Según la documentación del cajón del escritorio, un jubilado suizo que viajaba solo— había derramado media cena por la cama y se había limitado a arrojar los calzoncillos sucios al suelo. Tiago odiaba esa falta de respeto. ¿Acaso los cerdos no sabían la presión a la que se veían sometidas las limpiadoras? ¿Que solo recibían unos pocos céntimos por camarote?

En este camarote, el tercero de su «turno del desayuno» de ese día, solo se encontraban los rastros inevitables de la noche: sábanas arrugadas, un vaso de agua usado en la mesilla de noche, vaqueros y ropa interior arrugados en el sofá. Pero ni una alita de pollo roída en la moqueta y el baño también tenía el aspecto que se podía esperar de una persona civilizada. En el camarote anterior, por el contrario, era obvio que el vejestorio había confundido la manopla de baño con el papel higiénico. Además, no había considerado necesario utilizar la escobilla del retrete después de cagar. Esa desfachatez había resultado decisiva para la venganza de Tiago. En realidad, en su «trabajo» no podía perder tiempo, pero le había valido la pena el minuto que tardó en quitar la mierda de la manopla de baño con el cepillo de dientes del jubilado.

«Qué pena no estar presente cuando el vejestorio babosee las cerdas esta noche», pensó Tiago divertido mientras abría el armario en el que encontró el tesoro empotrado.

Solo había un puñado de sistemas de caja fuerte de hotel, y Tiago los conocía todos. Con la mayoría necesitaba un rato hasta que descifraba el código general, pero en el *Sultan* no era necesario. Allí las cajas fuertes de las habitaciones se abrían con la llave del camarote. No podía ser mejor.

—¿A quién tenemos aquí? —dijo para sí mismo mientras contemplaba el carnet escolar que había encontrado entre bisutería barata, un iPod y algo de dinero europeo en efectivo. La joven con el pelo teñido y la mirada de obstinación encajaba con las botas militares negras y la ropa únicamente oscura colgada en el armario. «Lisa Stiller», leyó el nombre.

«Si tuviera una hija quinceañera, no le permitiría un pendiente en la nariz», pensó Tiago. Para esas cosas, era conservador. El cuerpo de una mujer, sobre todo el de una chica, era sagrado para él. Ya consideraba los agujeros en las orejas un maltrato, por no hablar de los tatuajes y los *piercings*.

Con la palma de la mano, Tiago tanteó la base de la caja fuerte forrada de fieltro y se topó con un flamante destornillador y un pequeño aerosol.

«¿Pintura negra?».

¿Acaso Lisa quería decorar el barco con grafitis? Devolvió el botín a su sitio y contó el dinero en efectivo. Ciento cuatro euros con sesenta céntimos. Tal vez fuese toda su paga. Como no tenía monedero, seguro que ni siquiera lo había contado, sin embargo Tiago no se quedaría con más de diez. Nunca más del diez por ciento, esa era su regla de oro. Y jamás objetos personales que, en el peor de los casos, pudieran conducirlo a sus propietarios. En caso de importes pequeños, las víctimas siempre buscaban el fallo en sí mismas.

«Debes de haberlo perdido, cariño. ¿Por qué un ladrón dejaría el reloj, todas las joyas y un fajo de billetes?».

A su modo, se tardaba algo más, en cambio el método Tiago era a prueba de tontos. El viaje en el camarote interior le costaba dos mil cuatrocientos dólares por el trayecto Cádiz-Oslo-Nueva York y, de momento, había recaudado dos mil doscientos dólares. Hasta que cambiara de barco en Nueva York y se hiciera a la mar en dirección a Canadá, recaudaría otros dos mil quinientos. Más de dos mil de beneficio neto. No estaba mal si no se tenían gastos adicionales, y además se llevaba una vida de millonario en perpetuas vacaciones.

Tiago contó dos billetes de cinco euros. Al dejar el resto del dinero, notó que había un sobre apoyado de canto en el rincón derecho de la caja fuerte.

«¿Más ahorros?». Quizá se trataba de un donativo de la abuela para el viaje...

Con curiosidad, abrió el sobre repleto. En ese mismo momento, un ruido inesperado hizo que comprendiera que había cometido un error imperdonable.

Un error cometido al entrar en el camarote y que debía de haberle llamado la atención, como muy tarde en el momento en el que sostuvo el carnet escolar en las manos. «¿Cómo pude ser tan imbécil?», pensó, y en un acto reflejo se lanzó en plancha sobre la cama en dirección al balcón. Pero fue demasiado lento.

«¡Ninguna adolescente viaja sola en un crucero!».

La puerta de comunicación, que él no había controlado, se abrió y ya no tuvo ocasión de esconderse en el balcón si no quería que le pillara en el intento la limpiadora que en ese momento entraba en el camarote y que...

«¿... estaba borracha?».

Tiago se puso a cuatro patas detrás de la cama alta y observó lo que ocurría con ayuda del espejo que había junto al televisor, encima del escritorio.

En efecto, su primer pensamiento fue que la camarera con el delantal blanco y la cofia anticuada había bebido debido a la manera en que entraba en la habitación, tambaleándose.

Entonces vio a los dos hombres detrás de ella; vio el puño de uno golpeándola en la espalda, lo que hizo que la joven perdiera el equilibrio y, al caer, se golpeara la cabeza con la puerta del armario que él había abierto.

A Martin el camarote de Anouk le evocó las salas de parto de los hospitales modernos en las que todo aquello que pudiera recordar a los pacientes la clínica y la enfermedad se cambiaba por materiales claros y de aspecto cotidiano.

El suelo era laminado, pero gracias a su acabado se podía confundir con auténtico *parquet*. Las paredes eran de color café con leche manchada bien removido y las visitas podían tomar asiento en un sofá de cuero color arena en vez de en las típicas sillas de hospital. Los focos del techo atenuados bañaban el camarote con una luz suave de un tono pastel.

Ante ese trasfondo, la cama de hospital, de altura regulable, daba la impresión de haber sido introducida en una habitación de hotel de cinco estrellas por equivocación y de estar allí completamente fuera de lugar, a pesar de la barra de suministros fijada a la pared de detrás del cabecero, que disponía de numerosos enchufes para aparatos médicos, conexiones de oxígeno, aire comprimido, teléfono y un botón rojo de emergencias a la altura de la mano de la paciente de once años.

Anouk Lamar estaba sentada con las piernas cruzadas en medio de la cama y al parecer no se había dado cuenta de que ya no estaba sola. Llevaba un sencillo camisón atado a la espalda y medias blancas de algodón. Su postura corporal no había cambiado desde que Martin y Elena habían entrado. Mantenía la cabeza apartada de ellos y dirigía la mirada a la derecha, hacia el lateral exterior en el que había un pequeño ojo de buey enmarcado por unas cortinas de color amarillo pálido. De vez en cuando una ola salpicaba y provocaba el típico efecto lavadora de los camarotes pegados a la línea de flotación.

Martin dudaba de que Anouk se fijara en las gotas del cristal o en otra cosa. No tenía que mirarla a la cara para saber que estaba ensimismada y que miraba a través de todo lo que se interponía en su campo visual mientras se rascaba el antebrazo derecho con regularidad estoica.

Su mera presencia parecía llenar la habitación de una desesperanza abrumadora, tan pesada que se podía tocar con las manos. A veces Martin deseaba tener algo menos de experiencia, no haber visto ya tantos rostros vacíos como para saber de primera mano que en todo el mundo no había escalpelo ni quimioterapia con los cuales eliminar por completo la úlcera cancerígena que se había agarrado como un tumor al alma de la niña, después del infierno por el que había pasado. En esos casos, los psicólogos y los médicos eran como técnicos en Chernobil o Fukushima: nunca lograrían deshacerse del problema por completo y, como mucho, lograban mitigar los efectos de la catástrofe.

—Hola, Anouk, espero que no te molestemos —saludó a la niña de once años en su lengua inglesa materna—. Soy el doctor Schwartz —se presentó y notó cómo la

doctora lo miraba con aire estupefacto. Así que Bonhoeffer no le había mostrado las actas procesales, de lo contrario sabría que poseía un doctorado al que no daba mucho valor. Que ese día lo usase era una rara excepción. Confiaba en que Anouk aceptara con mayor facilidad la presencia de un segundo doctor que la de un detective con formación en psicología que quería hurgar en su pasado.

—No te preocupes, no queremos volver a examinarte —dijo.

Anouk no mostró reacción alguna. Ningún cambio, ni en su postura ni en sus gestos.

Tan solo se rascó un poco más.

—Eso lo hace todo el tiempo —susurró Elena.

—Hablemos en voz alta —dijo Martin en tono amable, pero firme—. Y en inglés.

Si estaba en lo cierto, Anouk ya estaba aislada en su propio mundo, y ese proceso de aislamiento se veía fomentado si, en presencia de una persona traumatizada, se comportaban como si no estuviera presente. Él lo sabía por otra persona destrozada anímicamente con la que estaba relacionado desde hacía mucho mucho tiempo.

Lo sabía por sí mismo.

—Ya sé que, de momento, quieres estar sola y no hablar con nadie.

«Mucho menos con un hombre».

—Pero solo quiero comprobar un momento los aparatos de esta habitación.

Era un intento torpe de sugerirle que no necesitaba temer preguntas insistentes. Su experiencia como detective le había enseñado que nunca había que atosigar a los testigos traumatizados. Las víctimas de delitos sexuales, sobre todo los niños, se encontraban en un estado de desgarro insoportable. Por una parte, querían que les ayudaran y castigaran al culpable. Por otra parte, querían borrar de la mente el terrible suceso, preferiblemente para siempre.

Martin dirigió la mirada al rincón de la habitación en el que una pantalla plana oscura colgaba de un brazo articulado. Señaló hacia arriba.

—¿Por qué no funciona?

—¿El televisor? —preguntó Elena confusa—. Yo, bien... En cierto modo lo consideraba un error.

Martin asintió. Una comprensible valoración errónea.

En el día a día, no había que dejar solo a un niño delante del televisor durante mucho tiempo. Pero esta era una situación nada cotidiana. Antes, cuando de vez en cuando surgía la necesidad de cuidar de un niño en protección de testigos o de víctimas, lo primero que hacía en la casa segura era encender la caja tonta para quitarles el miedo a los pequeños.

Dejó que la doctora le diera el mando a distancia y, de la extensa parrilla del satélite, eligió un programa infantil de dibujos animados.

—¿Te gusta *Ice Age*? —preguntó. No hubo respuesta. Anouk siguió tan muda como el televisor que él había puesto sin sonido.

Elena interrogó a Martin con la mirada.

Luego le explicaría que las víctimas traumatizadas sufren menos tiempo a causa de los daños resultantes si, tras su rescate, les ofrecen cuanto antes la oportunidad de distraerse. Había estudios que probaban que los soldados a los que se les ponía una Gameboy en la mano después de una espantosa operación sobre el terreno sufrían un menor trastorno por estrés postraumático que aquellos a los que se involucraba demasiado pronto en conversaciones psicoterapéuticas.

—En las pocas fotos que tomó el fotógrafo del barco, ella solía aparecer con un cuaderno de dibujo en la mano. Por eso dejé papel y lápiz —explicó Elena—. Pero no funcionó.

«No es de extrañar». Todavía era demasiado pronto para una terapia de Gestalt, aunque en sí la idea de dejar que Anouk dibujara las espeluznantes imágenes albergadas en su cabeza no era errónea.

—Está bien si no tienes ganas de dibujar —dijo Martin—. Aquí no tienes que hacer lo que no quieras.

Elena se apartó un mechón de la cara que se había soltado de la trenza.

—No me refería a eso —dijo ella, se acercó a la cama y levantó la manga del camisón de Anouk hasta el codo; la niña se dejó hacer con indiferencia. Martin vio que llevaba un delgado vendaje en la muñeca izquierda—. Intentó clavarse el lápiz en el antebrazo.

«Antebrazo izquierdo. De modo que es diestra», pensó Martin, y apuntó mentalmente el dato.

—Por suerte, solo había ido un momento al baño. —Elena señaló con la barbilla una puerta casi invisible en la pared junto a la cama—. Para buscar agua para sus pastillas. Entonces volví y vi que Anouk se autolesionaba.

—¿Te lo clavaste o te arañaste?

Una vez más dirigió la pregunta directamente a la niña. Una vez más no obtuvo respuesta.

—Difícil de decir. —Intentó explicarse Elena—. Sujetaba el lápiz como un cuchillo, pero era más bien un movimiento de rallar.

«¿Para extirpar el dolor?».

Martin meneó la cabeza. Ahora no era el momento de hacer un diagnóstico. Ahora solo valía ganarse la confianza de Anouk.

—En realidad solo estoy aquí para probar el botón —dijo, señalando la barra de detrás de la cama—. Detrás de ti tienes un botón del pánico. Puedes apretarlo siempre que te sientas mal o necesites ayuda. ¿Vale?

Ella parpadeó, pero Martin no lo consideró un signo de comprensión. Además, era de una importancia vital que le saliera bien esta primera fase consistente en generar confianza. Anouk debía saber que su situación había cambiado a mejor y que allí ya no estaba sola; en ningún momento, ni siquiera cuando nadie estaba en el camarote con ella.

—¿Lo probamos? —preguntó Martin.

Elena le hizo una seña con la cabeza cuando él puso la mano en el botón de alarma rojo de la barra técnica de detrás de la cama de Anouk.

—Da igual si tienes miedo o dolor, si te sientes triste o quieres hablar con alguien sin más, límitate a apretar aquí y...

Martin presionó el botón, sonó un chasquido y un instante después sonó el móvil de Elena, que llevaba en una funda de cinturón en los pantalones de uniforme negros.

Anouk se estremeció y acercó las piernas aún más al torso inclinado hacia delante.

—No te preocupes, cariño —dijo Elena acariciándole el pelo con ternura—. Ya te había explicado esto. La alarma me activa el teléfono. Cuando suene, vendré enseguida a tu camarote, da igual la hora que sea.

—Solo has de presionar el botón del pánico que se encuentra por encima de tu cama —añadió Martin—. Como has visto, funciona. —Martin le hizo una señal a Elena indicando que quería irse. De momento, no podía hacer más.

—Vuelvo enseguida, tesoro, ¿vale? —La doctora acarició con suavidad la mejilla de Anouk como despedida y después siguió a Martin al exterior del camarote.

—Es una irresponsabilidad —dijo Martin después de que ella cerrara la puerta a su espalda. Él hablaba en voz baja, aunque no creía que Anouk pudiera oírlos allí fuera en la antesala—. Tiene heridas graves...

—Para las que recibe analgésicos y pomadas...

—... Y debe ir lo antes posible a un hospital.

—Ya está en un hospital —replicó Elena—. El *Sultan* está mejor equipado que algunas clínicas municipales.

—Pero sin el personal formado como corresponde.

La doctora protestó.

—He vivido tres años en la República Dominicana y en el hospital traté a más niñas refugiadas violadas procedentes de Haití que las que debe de haber visto el director de la clínica para mujeres de Hamburgo en toda su vida. Y usted, «doctor». Schwartz, por lo que he podido ver, parece conocer muy bien los trastornos por estrés postraumático. Escuche, no quiero defender esto. Pero ¿de verdad cree que los cuidados que podamos darle nosotros dos las veinticuatro horas del día son tan malos para la pequeña?

«Sí, lo son», pensó Martin, y estaba a punto de decírselo, pero no lo logró, porque de pronto sonó el móvil de Elena.

—Anouk —exclamó, sorprendida.

La niña había pulsado el botón del pánico.

—No te preocupes, solo queremos hacerte una breve pregunta —dijo el hombre que había derribado a la camarera de un golpe en el camarote de Lisa. Hablaba inglés con deje pronunciado.

La muchacha, cuya cofia ya no cubría su negra melena, parpadeó temerosa tras incorporarse. Era muy flaca, con los brazos no mucho más gruesos que el palo de la escoba que presionaba contra su torso plano como protegiéndose. Desde su posición, oculto detrás de la cama, Tiago solo veía su perfil y la espalda en el espejo de la pared. Estaba encorvada, con los hombros huesudos encogidos. Las vértebras de la columna se le destacaban en la espalda a través de la ropa como las cuentas de un collar. Tiago no conocía a la limpiadora, al menos hasta ahora le había pasado inadvertida, lo que no era de extrañar en vista del ejército del personal de a bordo.

Tampoco tenía idea de quiénes eran los dos hombres que la amenazaban.

El que llevaba la voz cantante era, por las barras doradas de su uniforme, un clásico oficial de bajo rango de la tripulación, es decir, un marino o un técnico, mientras que el más alto y musculoso de los dos llevaba pantalones verdes y un polo gris de manga corta sin barras, lo que lo convertía en miembro de la tripulación, tal vez un operario que pasaba desapercibido cuando trabajaba por poco tiempo en la zona de pasajeros para reparar algo.

Ambos compartían un aspecto de una sorprendente amabilidad. Empleados a los que se ve sonreír a gusto en los folletos de viaje, con fina piel morena, el rostro recién afeitado y uñas aseadas. En el caso del operario, una boca ancha que relajaba los duros rasgos faciales; en el caso del oficial, el pelo rubio desgreñado de pícaro que le hacía parecer un surfista californiano y no un matón.

«Así sí que uno se puede engañar».

—He oído que últimamente vas a menudo a Hell's Kitchen, ¿no? —le preguntó el oficial, indicando con el dedo al operario para que agarrara a la chica por detrás, tal como haría la policía.

—¿Ahí abajo hay algo que yo debiese saber?

Intimidada, la mujer encorvada hacia abajo negó con la cabeza.

El cabecilla se agachó un poco para estar a la altura de los ojos de la camarera.

—¿De verdad? ¿Acaso finges ser inocente, puta? —Le escupió a la cara desde muy cerca.

—Miente —manifestó el alto, y presionó el brazo de la mujer más hacia arriba acompañado por un aullido de dolor.

Al igual que el oficial, el operario hablaba con un marcado deje alemán, suizo u holandés. Tiago tenía dificultad de ubicar geográficamente a ambos individuos, al igual que a la camarera, que con la piel oscura color canela podía proceder de

Pakistán, India, Bangladesh o algún otro país del Índico.

—¿Pretendes tomarnos el pelo, Shahla? —preguntó el oficial.

La joven negó con la cabeza sin secarse el escupitajo que se deslizaba por su mejilla.

—Estás asignada a la cubierta 7. Esta semana ni siquiera tenías que limpiar en la zona de empleados.

—Fui cambiada. Yo no saber por qué —balbuceó.

—Los rumores cuentan algo diferente. Los rumores cuentan que, en Hell's Kitchen, te ocupas de un polizón.

Ella abrió los ojos aún más.

—¡No!

Una palabra que habría sido mejor no decir. El puño del oficial se incrustó en su estómago.

Shahla soltó un gruñido, como si algo demasiado grande luchara por abrirse paso desde su interior, mientras que al mismo tiempo intentaba no dislocarse los hombros con un movimiento brusco.

«Dios mío, ¿qué hago ahora?», se preguntó Tiago, incapaz, como la maltratada camarera, de enfrentarse a los luchadores bien entrenados.

Aterrado, observó cómo el cabecilla cogía el vaso de agua y lo rompía contra el borde de la mesilla de noche. Con una sonrisa diabólica, sacó un trozo del tamaño de una chapa de entre los cristales rotos. Después, pasó junto a Shahla y a su cómplice de camino al baño para volver a salir con el cinturón de un albornoz en la mano.

—¡Abre el morro! —le gritó a la camarera, que no pudo hacer más que obedecer, pues el operario a su espalda aumentó una vez más la presión en el hombro. El oficial le clavó el trozo de cristal en la boca abierta que soltaba un alarido. El terror crispaba el rostro de Shahla, pero permaneció inmóvil con el hombro medio dislocado.

Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas y la nariz le moqueaba. Gimió cuando el oficial con la mirada de perro le ató el cinturón del albornoz alrededor de la cabeza y se la puso en la boca como mordaza, por lo que ya no tenía posibilidad de escupir el trozo de cristal. A una señal, el operario la soltó.

—Bueno, volvamos al principio, Shahla. Puedes decir «sí». Puedes decir «no». Pero no puedes mentir. En ese caso, estarás deseando un segundo desayuno —dijo el matón, y apretó el puño.

Entre gemidos, Shahla movió la cabeza. Al igual que Tiago, había comprendido lo que pasaría si el loco volvía a pegarle un puñetazo en la tripa provocando así una reacción refleja de tragar cuando intentara respirar por la boca a pesar de la mordaza.

—¿Encontraste a una niña blanca? —empezó a interrogarla el oficial.

Ella asintió sin dudar.

—¿La niña sigue a bordo?

De nuevo asintió.

—En Hell's Kitchen, ¿correcto?

También a esa pregunta la limpiadora asintió con la cabeza, al igual que a la siguiente.

—¿Y recibes mucho dinero por ocuparte de ella?

—¡Hummm!

El hombre que hacía las preguntas sonrió a su compañero y cambió a su lengua materna para que Shahla no pudiera comprender lo que decía. A diferencia de Tiago, que tenía facilidad para los idiomas. Además de su lengua materna, sabía alemán, inglés y francés, tanto leídos como escritos, y el neerlandés tampoco era un problema, pues como hijo de diplomático había vivido tres años en Holanda.

—Te dije que la zorra está sentada en una mina de oro —dijo el cabecilla a su ayudante—. Si no, esos no dedicarían tantos esfuerzos. Veo un buen montón de dinero para nosotros.

El alto adoptó una sonrisa bobalicona.

—¿De verdad? ¿Cuál es tu plan?

—Dejamos que este coñito nos lleve hasta la niña y... —Tiago nunca se enteraría de la segunda parte del plan.

A una señal inquieta de su compañero, el operario soltó a la camarera, a la que de pronto era como si los ojos se le salieran de las órbitas. Se quitó la mordaza de la boca, se tambaleó por el estrecho pasillo entre el televisor y la cama. Se agarró la garganta. Y abrió la boca. Tanto que Tiago, a pesar de su perspectiva desfavorable desde el suelo, pudo verle la lengua en el espejo. Estirada hacia fuera.

Roja.

Brillante.

Sin el trozo de cristal que ahora tenía dentro en alguna parte a mitad de camino entre la faringe y la tráquea, «quizá más abajo», y que Shahla intentaba escupir con desesperación.

Martin abrió la puerta, pero primero dejó pasar a Elena al camarote de aislamiento.

—¿Todo bien, tesoro? —preguntó la doctora preocupada, aunque no parecía que hubiera nada de lo que preocuparse. La postura de Anouk solo había cambiado de forma insignificante.

Seguía sentada con las piernas cruzadas, aunque había dejado de arañarse. Seguía sin dignarse a mirar a Elena o a Martin, pero movió los labios de forma casi imperceptible.

—¿Quieres decirnos algo? —preguntó Martin acercándose. Era obvio que la pequeña abría la boca. Parecía un paciente de ictus que por primera vez vuelve a juntar letras.

Martin y Elena la miraban sin decir ni pío, como el mamut animado de la edad de hielo en el televisor sin volumen que estaba colgado de la pared.

Martin se acercó con cuidado, pero no pudo entender lo que Anouk intentaba decir.

«¡Por qué había apretado el botón del pánico!».

Decidió correr el riesgo y se sentó a su lado en la cama, dispuesto a apartarse de ella de inmediato si ella lo consideraba una intromisión inaceptable en su esfera íntima, pero Anouk se quedó quieta.

Abrió la boca una vez más y entonces resultó bastante evidente que susurraba algo, intentaba formar una palabra y, para entenderla, Martin se inclinó tanto hacia ella que percibió el aroma a manzana del pelo recién lavado y la pomada con la que le habían curado las heridas.

En secreto, contaba con que lo que intentaba comunicarle no tuviese significado alguno; o de tenerlo, no se le revelaría de inmediato. En los niños traumatizados, solían aparecer conceptos fantasiosos, quizás un balbuceo infantil, como «nana» para decir «banana» o «tete» para decir «chupete».

Pero entonces, cuando estuvo tan cerca que la respiración de la niña le cosquilleaba el lóbulo de la oreja, ya no tuvo el menor problema para entender la única palabra que surgía de su boca.

«No puede ser. Es totalmente imposible», pensó Martin, y se levantó de un brinco como si algo le hubiera pinchado.

—¿Qué le pasa? —preguntó Elena asustada, mientras Martin se apartaba poco a poco de la cama de Anouk.

—Nada —mintió.

Estaba mareado, pero ello no se debía al balanceo del barco.

«Primero el osito de peluche. Ahora Anouk...».

¿Qué estaba sucediendo allí?

—¿Qué le ocurre? —quiso saber Elena, que ahora volvía a susurrar—. ¿Qué le ha dicho Anouk?

—Nada —volvió a mentir Martin, y le dijo que necesitaba una breve pausa para tomar aire fresco en la cubierta, lo cual no era una mentira.

Volvió a sentir el doloroso pinchazo en la cabeza que el día anterior había notado en el camarote de Gerlinde. Y esta vez los rayos que centelleaban en su cerebro eran aún más intensos.

Con los ojos llorosos por el dolor, se precipitó fuera de la habitación; la voz de Anouk aún resonaba en su oído. Una única palabra, tan suave como perturbadora: «Martin», había susurrado.

Aunque unos momentos antes él solo se había presentado pronunciando su apellido.

—Se lo ha tragado —gritó el operario, aunque resultaba superfluo.

—Mierda, ¿cómo ha podido pasar?

«¿Quizá porque introdujisteis un maldito trozo de cristal a la camarera en la boca y después la amordazasteis?».

Tiago ya no podía ver a Shahla, que había caído al suelo. Solo podía oírla. Sonaba incluso peor que hacía unos minutos, cuando le habían pegado el puñetazo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó el individuo más alto con voz agitada. El oficial se pasó la mano por el pelo revuelto.

—Mierda, yo qué sé —dijo—. Echémosla.

El operario dirigió la mirada al balcón.

—¿A esta hora? ¿Estás pirado? ¿Y si nos ve alguien?

El oficial se encogió de hombros. No parecía muy alterado por el hecho de que, a sus pies, una mujer se estuviera ahogando o sufriera una hemorragia interna.

O las dos cosas, a juzgar por lo que se oía.

«Se acabó. Fuera».

Tiago no sabía qué podía hacer para terminar con la pesadilla en la que había ido a parar, pero no podía seguir escondiéndose en el suelo como un cobarde. Se puso de pie, algo de lo que Shahla no se dio cuenta mientras luchaba contra la asfixia en el suelo. A diferencia de los dos matones.

El de los labios fruncidos soltó un grito, como una chica que visiona una película de terror, lo cual habría resultado cómico visto con distancia, al igual que la reacción del oficial. Este ya no cerró la boca y se quedó mirando a Tiago como si fuera un espíritu salido de una botella.

—Mierda... ¿Qué...?

Tiago fue hacia Shahla, que estaba en cuclillas en la moqueta entre la cama y el televisor. La sujetó por los hombros y la levantó; ella le dejó hacer sin oponer resistencia. Las fuerzas empezaban a fallarle, pero a excepción de espumarajos hasta ahora no había logrado escupir nada.

—Relájate —le ordenó Tiago en inglés con la vista puesta en la puerta y, de ese modo, en los dos hombres inmóviles y boquiabiertos de los que al menos el oficial recuperó el habla.

—¿Cuánto tiempo lleva ese desgraciado aquí? —le preguntó a su cómplice.

Tiago se puso detrás de Shahla, como poco antes había hecho el matón, solo que él intentaba poner a la camarera en una posición que tal vez le salvara la vida.

«Bastaría con que te inclinaras hacia delante».

—¿Nos has estado espiando?

Pasó un momento antes de que Shahla inclinara el torso y que, quizá sin querer,

las rodillas también le cedieran. Tiago tuvo que reunir todas sus fuerzas para sostenerla rodeándole la tripa con los brazos como un cinturón y de pronto presionarle el vientre con las manos cruzadas a la altura del diafragma.

«Una vez».

Con el rabillo del ojo vio que ambos individuos lo observaban, pero no se acercaron.

«Dos veces».

Shahla había dejado de resollar y parecía encontrarse cada vez peor.

«Tres veces».

—¡Morirás! —gritó el oficial, y Tiago sabía que no se refería a la camarera.

Intentó hacer la maniobra de Heimlich una cuarta vez sin saber siquiera si la estaba haciendo correctamente, presionó de nuevo, esta vez con más fuerza aún y...

«¡Conseguido!».

El trozo de cristal salió disparado de la boca de Shahla junto con un aluvión de vómito, voló medio metro a través de la habitación y aterrizó justo a los pies del operario.

Después de que Tiago la soltara, la muchacha volvió a caer al suelo con respiración sibilante, pero al menos respiraba y era evidente que su estado había mejorado.

No podía decirse lo mismo de la situación de Tiago. Con el trozo de cristal parecía que la parálisis de los dos dementes había desaparecido.

Atacaron. Sin acordarlo. Sin decir ni una palabra. Los hombres actuaron sincronizados como un equipo coordinado... a lo mejor lo eran. Mientras el operario saltaba sin más hacia él por encima de la espalda de Shahla, el oficial se lanzó en plancha sobre la cama.

Tiago no hubiera podido decir quién lo golpeó primero. Y qué impacto hizo que arrastrara consigo el televisor cuando cayó al suelo. «Ya está», pensó cuando vio el puño planeando sobre su cabeza. Esperó oír el crujido de sus dientes, notar el estallido del maxilar. Pero no pasó nada de eso. En su lugar, el puño desapareció de su campo visual y oyó a una mujer a lo lejos gritando algo en alemán:

—Lisa, ¿estás ahí?

A toda prisa, apartó el televisor de su cuerpo dolorido y se levantó con dificultad.

—¡Vete! —oyó decir a Shahla, que seguía sin poder levantarse. La sangre se derramaba por su mejilla y tenía los ojos llorosos, pero el tono azulado había desaparecido de su cara.

Dirigió la vista hacia la puerta de comunicación interna que, por el vaivén del barco, se había vuelto a cerrar y cuyo pomo giraba lentamente.

—¿Puedo entrar, Lisa? —preguntó la mujer detrás de la puerta, llamando con los nudillos. Tiago solo disponía de un par de segundos en los que debía imitar a los dos miembros de la tripulación y desaparecer de inmediato.

Brincó por encima de la cabeza de Shahla en dirección a la puerta a punto de

volver a cerrarse otra vez tras la huida de ambos hombres, la abrió de golpe, se lanzó al pasillo y no se volvió hacia la voz a sus espaldas. Hacia la madre de Lisa, que chillaba:

—¡Alto! ¡Quieto!

Echó a correr hacia la izquierda por el corto tramo del desierto pasillo, dobló en la siguiente escalera y, sin pensárselo dos veces, la remontó a toda prisa: seis plantas hasta la cubierta 11, donde salió al aire libre y se confundió con un grupo de veraneantes sonrientes que habían formado un semicírculo para hacerse una foto de grupo.

—*Sorry* —murmuró, dirigiéndose al hombre con sobrepeso que sostenía la cámara, y miró en derredor. Eran poco más de las diez y media, la mayoría de los cruceristas seguían en el bufé del desayuno o buscaban en la cubierta 15 un sitio al sol, al que le costaba atravesar las nubes.

Delante de él, un camarero fregaba los tablones, detrás de él pintaban la pared bajo la chimenea. Ni rastro de los dos dementes. Ni de la madre. Sin embargo, su pulso seguía acelerado.

«Pero ¿en qué diablos me habré metido?», se preguntó.

Hacía cinco minutos era aún un estafadorcillo que llevaba una vida despreocupada con algo de encanto y pequeños juegos de manos. Ahora se encontraba huyendo de dos locos sin escrúpulos que le metían trozos de cristal en la boca a sus víctimas y observaban como se asfixiaban. Hombres que lo habían amenazado de muerte porque había sido testigo de una extorsión que no comprendía y a través de la cual se había enterado de un secreto que tampoco comprendía.

Tiago se apoyó en la barandilla y contempló el mar agitado muy por debajo de él. Unas nubes oscuras se desplegaron, lo que en ese momento le pareció un presagio funesto.

«¿Y ahora? ¿Qué he de hacer ahora?».

Febrilmente, empezó a reflexionar cómo haría para esconderse durante los cinco días siguientes en el barco de los dos hombres cuya identidad ignoraba. Dónde trabajaban. Y en qué parte del barco tenían su guarida en la que estaban deliberando cuál sería la forma más sencilla de deshacerse de él.

«Por el motivo que fuera».

Su identidad, de eso Tiago estaba seguro, la descifraría el oficial en cuanto se tomara tiempo para revisar el ordenador de a bordo. Todos los cruceristas constaban en la lista de pasajeros con foto. Y el número de jóvenes latinos de cabello oscuro de menos de treinta años era muy escaso en esta parte del trayecto. Se palpó los pantalones en busca de la llave de su habitación, preguntándose de cuánto tiempo disponía para atreverse a regresar a su camarote, y se topó con un objeto inesperado en el bolsillo trasero.

«El sobre».

De la caja fuerte. De Lisa Stiller.

Con las prisas, Tiago se lo había guardado sin darse cuenta.

En esta ocasión el ataque solo se le pasó tras una hora, dos aspirinas y tres ibuprofenos.

Martin todavía tenía la sensación de que algo de dolor residual permanecía oculto en su cabeza, como un fuego sin llama en un rincón escondido que solo aguardaba el momento oportuno para avivarse. La piel del cráneo estaba tensa como después de una insolación y tenía la boca seca.

«Malditas pastillas».

Estaba cruzando el gran vestíbulo cuando se dio cuenta de que era su móvil el que no dejaba de sonar de manera muy molesta. Su tono estándar era un acorde de guitarra, por eso no había reaccionado a los borbotos y silbidos futuristas que surgían del bolsillo de su pantalón. Dado que en el Atlántico, a cientos de millas náuticas de la costa europea, ya habían abandonado la red de telefonía móvil, pero no el *wifi* propio de a bordo, parecía que alguien quería contactar con él vía teléfono por internet.

Se detuvo junto a los ascensores de cristal, cerca del vestíbulo circular con columnas que se extendía desde la cubierta 2 a lo largo de cuatro plantas, y echó un vistazo al móvil.

«En efecto». Una llamada de Skype.

En la pantalla aparecía la foto de Saddam Hussein, por lo que a Martin no le resultó difícil identificar a quien le llamaba. Había una única persona a la que le parecía gracioso poner cada semana una foto de un dictador diferente en su perfil.

—Ahora no puedo —dijo, y aceptó la llamada.

—Tus problemas con la defecación no me interesan —replicó Clemens Wagner con una sonrisa audible. Para ser un informador se tomaba muchas libertades, pero el excéntrico con el pelo teñido de rubio platino y las llamas tatuadas en los dos antebrazos podía permitírselo. Cuando se trataba de conseguir información de trasfondo, no había nadie mejor que Diesel. Un apodo que el loco debía a su afición pirómana.

—¿Ya has averiguado algo para mí? —preguntó Martin sorprendido, y alzó la vista. Los ascensores estaban colgados entre las cubiertas 5 y 7, por lo que optó por las escaleras.

—No, solo te llamo porque echo de menos tu voz.

La ocupación principal de Diesel era redactor jefe de *101punto5*, una emisora de radio privada de Berlín. Martin lo había conocido a través de una compañera a la que le unía una amistad relajada: Ira Samin, una excelente psicóloga policial que había salvado numerosas vidas gracias a sus dotes de negociadora en una espectacular toma de rehenes en la emisora de Diesel. El loco y valiente redactor jefe le había resultado

de gran ayuda gracias a sus métodos poco ortodoxos y, tras algunos titubeos, al final había aceptado la propuesta de Martin para ganarse en el futuro un extra como investigador privado.

La mayoría de las personas cree que las investigaciones policiales consisten sobre todo en trabajo de oficina y, en el fondo, tienen razón. Pero en épocas de escasos presupuestos y falta de personal cada vez se encargaban más trabajos a particulares. Diesel fue incluido en una lista extraoficial de trabajadores como investigador y, poco antes del encuentro con la doctora Beck, Martin le había enviado por la mañana, temprano, un *mail* con una petición confidencial de información sobre Anouk Lamar y su familia.

—Aún no he averiguado gran cosa —dijo Diesel—. Las compañías de cruceros no son precisamente informantes de *Wikileaks*. Hasta ahora solo sé que Anouk era hija única. Muy inteligente, iba a un colegio privado para niños superdotados. Su coeficiente intelectual en quinto de primaria era de 135. Aprende idiomas más rápido que un ordenador, además de inglés domina otros cinco. Y ha ganado el segundo premio de un concurso nacional de memoria. Lleva la inteligencia en los genes. A los diecisiete años la madre ya desarrollaba programas informáticos con los que se podían predecir las cotizaciones bursátiles mediante observaciones de la conducta de los bancos de peces. Antes de morir, Naomi Lamar trabajaba como catedrática de biología evolutiva en una universidad privada.

Martin se acercó al ala izquierda de una imponente escalera de mármol que, junto a su ala gemela, ascendía del vestíbulo a una planta de tiendas de lujo. No pocos pasajeros de los que pasaban por el vestíbulo o que habían tomado asiento allí en alguno de los nobles sillones de cuero para una primera copa tenían un móvil o una cámara de fotos en la mano. Con la barandilla dorada, los jarrones antiguos y una fuente luminosa de buen gusto en el centro, la escalera del gran vestíbulo era un popular motivo fotográfico.

—¿Qué sabemos del padre?

—¿Theodor Lamar? Ingeniero civil, construía montañas rusas para parques de atracciones en todo el mundo. Muerte prematura de cáncer hace tres años. No debes tener miedo de que esté escondido en el bote con un hacha.

—¿Cómo sabemos eso con exactitud?

Martin tuvo que pensar en un caso espectacular en el que un hombre declarado muerto desde hacía años había aparecido con amnesia en el lugar de los hechos de un asesinato.

—Porque hubo una autopsia forense —dijo Diesel—. Por deseo del abuelo paterno, Justin Lamar. Quería denunciar al hospital, porque su Theo tenía un comportamiento algo raro después de la operación de cáncer.

—¿Raro?

—Ya no respiraba.

—¿Un error médico?

—Según el abuelo Lamar, sí. Pero yo no haría mucho caso de sus afirmaciones.

—¿Por qué?

Diesel suspiró.

—El abuelo está sonado. Oficialmente, vive en una residencia de ancianos. La denominación manicomio para pensionistas se ajustaría mejor. Siempre hay protestas de los vecinos, porque los burgueses de los bonitos alrededores, por motivos incomprensibles, no quieren tener chiflados con dentaduras postizas que se sientan en pelotas en los columpios de sus jardines, algo que ocurre de vez en cuando. Justin es menos exhibicionista. Su afición es llamar a la policía.

Martin había alcanzado el final de la escalera y examinaba los escaparates de las tiendas del pasillo balaustrado.

«Gucci, Cartier, Burberry, Louis Vuitton, Chanel».

Debido a los precios, el número de huéspedes que ocupaban la planta era bastante menor. Ni siquiera una docena de pasajeros paseaba por la moqueta roja oscura. Una familia de tres miembros con cochecito, dos mujeres con velo, algunos miembros de la tripulación. Martin se dirigió a la derecha, hacia el pasadizo que conducía al planetario de a bordo del *Sultan*.

—¿El abuelo de Anouk llamó a la policía? —le preguntó a Diesel.

—Varias veces. El *Annapolis Sentinel*, un periodicucho gratuito local, informó al respecto. Poco después de la desaparición de Anouk y Naomi, el abuelo Justin llamó a emergencias y se limitó a decir que ya podían suspender la búsqueda de su nieta. Incluso había hablado media hora con Anouk por teléfono. Dijo que parecía alegre y se encontraba bien.

—Sí, claro.

«Alegre».

Martin tuvo que pensar en las espeluznantes heridas que le habían causado a Anouk. En su mirada indiferente, la expresión de su alma desgarrada. Aunque el criminal la hubiera obligado a hacer esa llamada (por el perverso motivo que fuera), la pequeña jamás hubiese podido sonar alegre y mucho menos durante treinta minutos.

—El abuelo de Anouk parece ser muy especial —dijo, y no pudo evitar pensar en Gerlinde. Seguro que los dos harían buena pareja.

—Y que lo digas. En el artículo se le citan estas palabras: «Y Naomi no merece tanto revuelo. Por mí, a la puta que le metió el cáncer en el cuerpo a mi hijo follando, los tiburones pueden arrancarle los dientes». Por cierto, «puta» y « follando» no están escritas, estos yanquis son muy pudorosos. —Diesel chasqueó la lengua—. Pero el motivo por el que te llamo: ¿no te resulta extraño que un hombre que odia tanto a su nuera se encargue de los gastos del viaje?

—¿También pone eso en el periódico? —preguntó Martin desconcertado.

«¿Justin Lamar pagó el crucero?».

—No, eso lo afirma el abuelo en su blog en internet. No es broma, lo puso en

marcha a los ochenta y dos años. El viejo lo mantiene cada semana con nuevos comentarios confusos. Desde avistamientos de ovnis hasta consejos para hipnotizar perros, pasando por experimentos con humanos en su residencia.

Martin se detuvo cuando de pronto lo vio.

«¡Bonhoeffer!».

Como Elena había dicho, al parecer el capitán se encontraba de camino a su reunión de oficiales que se celebraría en alta mar en el planetario con capacidad para trescientas personas.

—Te volveré a llamar —dijo Martin en voz baja. Daniel avanzaba a unos veinte metros de él, acompañado por dos colegas de uniformes blancos.

—Bien, pero no antes de las diez. Ya sabes que no me importa levantarme pronto, pero no por la mañana.

Martin ya iba a colgar cuando se le ocurrió algo.

—Espera, ya que estás.

—¿Quieres que te riegue las plantas? ¡Olvídalo!

—Averigua cuántos casos de desapariciones en alta mar se han producido en los diez últimos años en los que haya desaparecido más de una persona. —Le pidió que se fijara sobre todo en aquellos en los que participaran niños.

—No solo en el *Sultan*, sino en todos los barcos. Y después comprueba si hay coincidencias en las listas de pasajeros o del personal.

Martin oyó unos ruidos que le recordaron a un *flipper* y no se sorprendió. La oficina de Diesel en el rascacielos de la radio de la Potsdamer Platz parecía una ludoteca con máquinas de juegos de azar y de habilidad que, en cada rincón, Diesel solía usar durante las llamadas de teléfono o las reuniones importantes.

—¿Has descubierto alguna otra cosa importante? —quiso saber Martin.

—Ah, sí, qué bien que lo preguntes. Casi lo había olvidado. Algo más.

—¿Qué?

—Que eres tonto de remate. No deberías estar en ese barco. Después de la muerte de Nadja y Tim, el *Sultan* es para ti el último lugar del mundo. Y yo soy el último gilipollas, porque te ayudo en este viaje de locos.

—Te juzgas con demasiada dureza —dijo Martin, y guardó el móvil.

Se dio prisa y alcanzó al capitán, que, detrás de tres mujeres oficiales, era el último en la entrada del planetario y estaba a punto de cerrar la puerta.

Bonhoeffer no lo oyó llegar. La moqueta apagó los pasos de Martin. El capitán no sospechó nada cuando soltó el bloqueo de la pesada puerta con el pie. Martin lo agarró del cuello y tiró de él hacia atrás mientras la puerta se cerraba poco a poco.

—Eh, ¿qué quiere...? —preguntó Bonhoeffer, asustado.

Ya no pudo decir más. El primer golpe en el estómago dejó al capitán sin aire para respirar. El segundo le rompió la nariz.

Hubo un crujido, como si el tabique nasal del capitán se hubiera metido en un cascanueces. Un chorro de sangre brotó del rostro de Daniel Bonhoeffer.

En un primer momento, no parecía sentir dolor, o al menos no gritaba, pero se desplomó con los dos codos en posición defensiva ante la cabeza.

Martin lo agarró del cuello del uniforme y lo arrastró como un saco mojado al pasillo exterior que rodeaba el planetario, a la zona donde se encontraban los lavabos. Fue inútil que el capitán se resistiera apoyando los pies contra la moqueta. Martin lo arrastró al lavabo de caballeros y lo lanzó contra una pared de baldosas claras frente a la batería de lavamanos.

Luego comprobó los urinarios y los retretes. Todo vacío, como era de esperar cuando no había ningún evento público y los oficiales invitados ya esperaban en la sala.

De vuelta con Bonhoeffer, se plantó frente al capitán tendido en el suelo y le pegó un puntapié.

—¿A qué se juega aquí? —le gritó.

—No entiendo qué... —Bonhoeffer se cubría la boca y la nariz con la mano izquierda. Sin mucho éxito. Por la barbilla le goteaba sangre oscura entre los dedos.

Martin cerró el puño muy despacio.

—Eh, tranquilo, muy tranquilo, por favor. Sé que tiene todos los motivos para estar enfadado conmigo, pero permítame explicarle mi papel —suplicó Bonhoeffer, cuya voz sonaba como si tuviera un fuerte catarro.

—¿Su papel? —gritó Martin—. Anouk Lamar fue violada. —Tuvo que dominarse para no volver a asestarle otra patada de inmediato.

—Lo sé, y es terrible.

Bonhoeffer buscó en la pared lisa algo a lo cual aferrarse e incorporarse. El secador de pelo de acero inoxidable estaba fuera de su alcance.

—Dos mujeres. Dos niños. Desaparecen. Y las dos veces quien estaba al mando del barco era usted.

—Eso puede parecer sospechoso, lo entiendo.

—¿Puede parecer? Es sospechoso. Y encima ha vuelto a encontrar a Anouk. ¡Precisamente usted!

—Eso no es más que una terrible casualidad.

Entretanto, Daniel había recobrado las fuerzas y se contemplaba en el espejo con expresión espantada. Parecía el único superviviente de un accidente de tren.

—¿Casualidad? —Gruñó Martin. Por una fracción de segundo volvió a estar de pie delante de la cárcel de Varsovia que había abandonado hacía cinco años. Se sentía igual de furioso, igual de desesperado. Igual de vacío.

Los cerdos de la jefatura de operaciones no habían querido poner en peligro la operación y solo después de acabar la misión encubierta le habían contado lo que había pasado en el *Sultan*, mientras él intentaba sobrevivir en la institución penitenciaria polaca. Cuando salió de la trena, Timmy y Nadja ya llevaban cuarenta y tres días perdidos.

—¿Al igual que entonces, por casualidad, no dio la vuelta después de que mi familia desapareciera? —le gritó a la cara a Bonhoeffer.

El capitán cerró un momento los ojos como un marido que ya no sabe qué hacer en una discusión con su mujer.

—¿Dar la vuelta? —preguntó en tono sorprendido—. ¿No ha leído las actas del juicio? El *Sultan* tiene una distancia de frenado de dos kilómetros. Necesita una hora y media para virar. Había una tormenta, olas de metros de altura, temperaturas glaciales. Sin chaleco salvavidas solo se aguanta unos pocos minutos en el agua en ese punto del Atlántico. Y su familia ya llevaba horas desaparecida.

—¿Cómo sabe cuándo saltaron? Las cámaras de seguridad del lateral exterior se regrabaron por accidente. ¿También fue así en el caso de Anouk? ¿También falsificó todas las pruebas para que pareciera un suicidio?

—No —jadeó Bonhoeffer.

—Sí, lo hizo. Quizá no secuestró a la niña usted mismo ni la violó aquí a bordo, ya se averiguará. Pero lo que es segurísimo es que usted es cómplice. Haría cualquier cosa por conservar su trabajo. En caso necesario, incluso encubriría un delito. —Martin escupió con furia en el suelo—. Vaya, pero esta vez ha tenido mala suerte. Ahora de golpe vuelve a haber un pasajero 23, y esta vez no saldrá del apuro con tanta facilidad.

Sacó un montón de toallas de papel de un dispensador en forma de concha junto al lavabo y se los lanzó al capitán a la cara.

—Límpiese, pronto tendrá visita.

Se volvió dispuesto a marchar.

—¿Visita? ¿De quién?

—De la guardia costera. Les encantará oír lo de las casualidades.

—Si hace eso...

—¿Qué? —Martin se volvió. Su mirada era algo más furiosa que la del capitán—. ¿Me está amenazando como ya lo intentó ayer su jefe? ¿Ahora también quiere contarme que hará que la niña desaparezca en cuanto revele todo esto?

—¿Yegor le ha dicho eso? —Bonhoeffer se dirigió al lavabo y abrió el grifo.

—Un farol —dijo Martin.

El capitán miró a Martin a los ojos a través del espejo y negó con la cabeza.

—No lo era. Hay demasiado dinero en juego. Bastará con que aparezca la bandera de una embarcación de las autoridades en nuestro radar y Anouk se esfumará en el aire por segunda vez. ¿O acaso cree que el propietario de la flota se quedaría de brazos cruzados si usted estropea un acuerdo multimillonario?

—¿De qué acuerdo está hablando?

Su nariz no dejaba de sangrar y por eso todos los esfuerzos de Bonhoeffer por lavarse la cara fueron en vano. Cogió otra toalla de papel y se volvió hacia Martin.

—Yegor Kalinin no está a bordo por diversión. Quiere venderle gran parte de la flota a Vicente Rojas, un importante inversor chileno con el que ahora está sentado en la sauna discutiendo los últimos detalles. Dieciséis abogados están a la espera, ocho picapleitos por cada parte. Llevan semanas ocupando la sala de conferencias grande en la cubierta 4, lo que significa que se limitan a tocarse los huevos por mil dólares la hora, pues todo está listo para firmar desde hace tiempo. Por lo visto, quieren firmar los contratos al llegar a Nueva York, con la vista simbólica de la estatua de la libertad.

Tiró la toalla empapada de sangre por un agujero para desperdicios que había en el revestimiento del lavabo y sacó otra.

—Escuche, ya sabe que no soy un pederasta. —Bonhoeffer no sonaba suplicante, sino más bien seguro de sí mismo, y en secreto Martin tuvo que darle la razón. Durante el proceso se había ocupado con intensidad del perfil criminal del capitán. Nada indicaba inclinaciones de ese tipo.

—Yo también quiero encontrar al cerdo que ha abusado de Anouk —dijo el capitán—. Pero tiene razón, sí, soy cómplice. El armador me tiene pillado. Pero ¿qué puedo hacer si no?

—En primer lugar, ¡deje de comportarse como una puta! —chilló Martin.

—¡Cabrón engreído! —le replicó Daniel—. Entonces, acuda allí. Cubierta 13. La *suite* Almirante, allí encontrará a Yegor y a Vicente. Ánimo, deje las cosas claras. Háblele al inversor de nuestra pasajera 23. Pero no espere que la niña siga en Hell's Kitchen cuando llegue abajo con el chileno.

—¿Porque se habrá ocupado usted de eso?

Bonhoeffer abrió la boca, levantó la nariz y, por una vez, ya no pareció furioso, sino únicamente decepcionado.

—Le juro que jamás le haría algo a Anouk. Por desgracia, Yegor tiene amigos de otro calibre a bordo, empleados a los que sacó de la miseria dándoles un trabajo. Se pondrían un mechero debajo de los ojos si él se lo exigiera.

Se miraron hasta que Bonhoeffer fue una vez más hacia el espejo.

—Ayúdeme. Aún tenemos cinco días. En ese tiempo podemos averiguar qué le ha pasado a Anouk. Y podemos montar un plan para sacarla del barco con vida en caso de no lograrlo.

Martin negó con la cabeza.

—O está como una cabra o bien tan desesperado que pasa por alto lo obvio. Ahora voy al camarote de Anouk, grabo un vídeo de ella como prueba y lo subo a la red.

—No, no lo haga, por favor —dijo Bonhoeffer, y gesticuló con los brazos.

—¿Por qué? ¿Qué podría detenerme?

—Si lo hace, Yegor lo tendría justo donde quiere tenerlo.

Martin frunció el ceño.

—No lo entiendo.

—¿Por qué se cree que lo trajo a bordo? Yo sí quiero que me ayude. Pero él quiere colgarle el muerto.

—¿A mí?

Una ola empujó el enorme barco hacia arriba, un signo claro de que el *Sultan* empezaba la travesía en mar abierto.

—Sí. Es usted el cabeza de turco ideal. Un detective autodestructivo que no soporta el suicidio de su mujer y la muerte de su hijo confirmados por los tribunales y que se ha enzarzado en una búsqueda paranoica en la que, al final, ha perdido la razón.

—¿Yo? ¿Un delincuente? —El diente de Martin empezó a palpitar.

—Sí, el vídeo que quiere filmar se lo endosará como uno de los trofeos que usted ha reunido de su propia víctima.

—Menuda gilipollez más grande. ¿Cómo puedo haberle hecho algo a la niña? Ni siquiera estaba a bordo cuando desapareció hace meses...

—¿Seguro? —preguntó Bonhoeffer. La hemorragia había disminuido, o incluso se había detenido. A juzgar por su cara embadurnada resultaba difícil decirlo con exactitud.

—Trabaja como agente encubierto, Schwartz. Un maestro del camuflaje. Para usted es fácil viajar con nombre falso. Conseguir pasaportes falsificados. ¿Quizás sea usted el asesino del que habla Gerlinde Dobkowitz?

—Está loco —dijo Martin, pero a continuación pensó otra vez en la voz de Anouk susurrando su nombre: «Martin».

—No, no lo estoy —replicó Bonhoeffer—. Pero Yegor, sí. Quizás yo sea el único que aún puede pensar con claridad aquí. Sé por qué está a bordo en realidad.

«Como diana...».

—Cuando me quedó claro la seriedad con la que Yegor se tomaba el encubrimiento, supe que no podía solucionar este problema sin ayuda externa. Entonces, la señora Dobkowitz me enseñó el osito de peluche y se me ocurrió la idea. Usted es psicólogo y detective, y tras su pérdida tiene un interés directo en no tomárselo a cachondeo. Sabía que con eso podía convencer a Yegor de que me concediera algo de tiempo. Pues por mucho que quisiera llevar a cabo el trato, también le interesaba pillar al sinvergüenza que había maltratado a una criatura en su barco. Le juro que, cuando me dio luz verde para contactarlo, todavía no sabía que quería convertirlo en chivo expiatorio en caso de que todo saliera mal.

—No me creo ni una palabra.

—Lo sé. Por eso lo llamó Gerlinde Dobkowitz y no yo.

«La frase me resulta familiar».

De nuevo vibró el suelo bajo los pies de Martin. Cada vez que se elevaba el

barco, el aparato de aire acondicionado que tenían sobre sus cabezas empezaba a hacer un ruido más fuerte por razones incomprensibles.

—Cobarde hijo de puta —le dijo a Bonhoeffer—. Si está diciendo la verdad, acaba de comunicarme que Yegor Kalinin está a punto de matar a una niña por afán de lucro, que quiere colgarme el muerto, y usted se queda mirando de brazos cruzados.

El capitán sacó otra toalla de papel del dispensador y la acercó al grifo.

—Una vez más: quiero evitar todo eso. Pero sí: si no lo logro, no me sacrificaré por usted, señor Schwartz. —Estrujó la toalla húmeda y la arrojó al lavabo sin usarla—. Me denunció. Arruinó mi reputación. Me suspendieron, casi pierdo mi trabajo... y mucho más. Nada hará que me caiga simpático. Si todo esto se hunde, yo no iré a la cárcel por usted. Y con toda seguridad será lo que ocurrirá en cuanto me opongá a Yegor a cara descubierta.

Martin le agarró de los hombros y lo atrajo hacia sí. Obligó al capitán a mirarle a los ojos.

—¿Qué tiene él contra usted?

Bonhoeffer se soltó la mano. A continuación, se tocó el puente de la nariz con el pulgar y el índice. Parecía tener que tomar una decisión. Estaba pensando.

—Un vídeo —dijo por fin.

—¿Qué se ve en él?

—El lateral exterior del *Sultan*. Es la cinta del vídeo de vigilancia que, entre otros, muestra el balcón que ocupaba su mujer. Y que entonces tuve que borrar para Yegor.

Martin notó cómo el *Sultan* se inclinaba hacia un lado.

—¿Qué está diciendo?

Bonhoeffer asintió.

—Le di la cinta original. Ahora mis huellas dactilares están en la casete.

Martin se quedó helado.

—Se ve...

«... La muerte de mi familia».

Las palabras se le quedaron atascadas en la garganta.

El capitán asintió.

—Le demostraré que no quiero ir contra usted sino con usted —dijo—. Tengo una copia de esa cinta. Puede verla.

Una nubecita gris. La última imagen de su hijo antes de que desapareciera para siempre. Sin color, ni forma, ni contorno. Solo una pequeña nubecita gris capturada por una cámara a cuya lente se habían pegado varias gotas de lluvia que en parte curvaban la imagen y en parte la desfiguraban.

La primera nube, que se despegaba de estribor en el último tercio del barco como la sombra de una cortina, tenía que ser Timmy.

«¡Mi hijo!».

Martin estaba tan cerca de la pantalla que podía distinguir cada píxel de una grabación de todos modos mortecina, y tuvo una idea de cómo debió de sentirse la gente que vio a sus familiares saltar a la muerte el once de septiembre.

Recordó la acalorada discusión con Nadja, que viendo las torres en llamas le había dicho que no entendía a la gente que se suicidaba por miedo a la muerte. ¿Y años más tarde se convertiría en una nube gris que saltaba al vacío?

Eso era tan inimaginable como que dos aviones volaran hacia el World Trade Center uno detrás de otro.

«Pero también eso había pasado...».

—¿Tenemos otra perspectiva más? —preguntó Martin. Bonhoeffer frunció los labios y adoptó una expresión compasiva. Estaban en el salón de la *suite* del capitán, las cortinas estaban cerradas, y la luz, atenuada. Hacía medio minuto, Martin le había pedido detener el DVD en el código de tiempo 085622BZ, es decir, a las 20:56 y 22 segundos de la hora de a bordo.

—Su familia ocupaba el camarote 8002, y eso queda casi fuera del alcance de la cámara del casco, casi en el otro extremo.

El capitán tenía la voz tomada, lo que se debía al esparadrapo que llevaba en la nariz y que le impedía respirar con normalidad. Lo había tratado la doctora Beck. Martin no sabía si le había confesado a su prometida el verdadero motivo de la lesión o si había preparado una mentira inocente. Tampoco le interesaba.

—En realidad es un milagro que se vea algo —dijo Bonhoeffer, y tenía razón.

La primera nube que se despegaba del lado de estribor del *Sultan* como la sombra de una cortina solo era un parpadeo iluminado por los focos del barco. Incluso antes de que el cuerpo golpeará contra el agua, ya se había fundido y esfumado en la oscuridad.

«¡Mi hijo se ha esfumado!».

—¿Quiere verlo hasta el final? —preguntó el capitán gesticulando con el mando a distancia.

Sí. Sin falta. Pero antes Martin quería saber otra cosa. Señaló el código de tiempo en la esquina inferior de la pantalla, que centelleaba inclinada en la imagen fija.

—¿Cuándo entraron en el camarote Nadja y Timmy aquel día por última vez?

Bonhoeffer suspiró.

—No me dé otra bofetada enseguida, pero entonces nuestro registro de trazas se regrababa a medianoche de forma rutinaria, al igual que el sistema con el que registramos el uso de las llaves electrónicas. Por protección de datos, hace cinco años solo debíamos guardar la información veinticuatro horas. Hoy es diferente.

—¿Así que no sabe cuántas veces entraron o salieron aquel día?

—Solo sabemos que no cenaron.

—Okay. —Martin abrió la boca y le pareció que así oía el latido de su corazón con mayor nitidez—. Entonces continúe.

«Hasta el final».

Bonhoeffer pulsó un botón del mando a distancia y las imágenes borrosas volvieron a ponerse en marcha. El código de tiempo en el borde inferior de la pantalla sumaba segundos, hasta que en el 085732BZ se repitió. Hasta que cayó la segunda nube.

Un momento.

—Alto. ¡Pare! —gritó Martin agitado.

Las palabras surgieron de su boca con más rapidez de lo que tardó en comprenderlo.

—¡La nube! —exclamó, se acercó a la pantalla y con los dedos índice y corazón tocó el contorno de esa sombra que ahora estaba suspendida en el aire a media altura del barco. La fuerza de la gravedad suspendida por un simple golpe de botón del mando a distancia.

—¿Qué pasa? —preguntó Bonhoeffer. El tono cantarín de su voz reveló a Martin que sabía lo que le había llamado la atención. Lo había visto a la primera. Cualquier idiota lo veía a la primera. No era de extrañar que esta grabación jamás debía hacerse pública.

—La nube es demasiado pequeña.

—¿Pequeña?

—Sí. La primera sombra era más grande.

Y eso no podía ser. No si Nadja primero había sedado a Timmy y lo había lanzado por la borda. Entonces, por lógica, ella solo podía haber saltado después de él. Y entonces la primera sombra debería ser más pequeña que la segunda.

«¡Pero era al revés!».

Martin se volvió bruscamente, presa de la ira.

—Entonces yo tenía razón —dijo apuntando el dedo índice en dirección a Bonhoeffer—. Todo era una gran mentira. Su naviera —dio un paso hacia el capitán, cuya mirada centelleaba— puso como pretexto el suicidio de mi mujer. La estigmatizaron como infanticida solo con el fin de...

«Sí. ¿Por qué en realidad?».

La respuesta evidente —y que podía darse a sí mismo— lo desproveyó de la

energía necesaria para continuar con su airado arrebato.

Timmy y Nadja. Dos pequeñas nubes grises habían caído por la borda una poco después de la otra. Era así, y punto.

La secuencia de sus saltos se limitaba a demostrar que otra persona era responsable de sus muertes.

Alguien que había robado la maleta de Nadja se había guardado el osito de peluche de Timmy como trofeo y se lo había entregado a Anouk como el testigo de un relevo.

Alguien que quizá todavía se encontraba en el barco.

Alguien que —si había mantenido con vida a Anouk durante tanto tiempo— quizá también siguiera reteniendo a su madre. Ignoraba los motivos de esa persona y también quién era.

Lo único que sabía era que la encontraría.

Sin falta.

Naomi

El ordenador había estado ahí desde el principio.

Pequeño, plateado, anguloso. Un portátil con batería gruesa y teclado estadounidense.

El resplandor de la pantalla fue lo primero que vio Naomi Lamar cuando hacía ocho semanas despertó de su inconsciencia.

«¿Qué es lo peor que has hecho jamás?», ponía con letra negra sobre fondo blanco en el monitor con letras más bien pequeñas. Naomi había leído la pregunta y se había derrumbado en el pozo, llorando e histérica.

«El pozo», así llamaba a su prisión, porque tenía paredes redondeadas que apestaban a lodo, heces, barro y agua sucia. No era un olor penetrante, pero sí molesto. El hedor se conservaba en las escarpadas paredes metálicas como el humo frío en el papel pintado de una casa de fumadores.

Sin ayuda de otros, jamás volvería a salir de ahí.

Eso lo sabía desde el segundo en el que había abierto los ojos por primera vez en ese lugar.

Naomi vio las paredes desnudas, arañadas y desgastadas, como si antes de ella legiones hubieran intentado encontrar con las uñas un apoyo en el desesperado camino hacia arriba.

Pues arriba parecía estar la única salida en una habitación redonda sin puertas con una placa de hormigón como suelo atravesada por una fina hendidura. Una grieta ni siquiera lo bastante grande como para meter el meñique. Un comienzo para una palanca si hubiera una. Naomi solo llevaba harapos de pijama. Por suerte no hacía demasiado frío en su mazmorra, suponía que algún tipo de generador u otro aparato proporcionaba un pringoso calor al interior de su prisión. Dormía sobre una colchoneta aislante que casi ocupaba toda la habitación. Además, también había una bolsa de plástico y un cubo gris también de plástico que bajaban mediante una delgada cuerda cada dos días. Para que a Naomi no se le ocurriera la idea de trepar por la cuerda, estaba untada de vaselina.

Ah, además tenía el ordenador.

Al principio de su martirio —hacía ocho semanas, si podía dar crédito a la fecha del monitor— había sujetado mal el cubo y los excrementos se habían derramado sobre su cabeza. La mayor parte se había filtrado a través de la grieta. Pero no todo.

Mediante el sistema del cubo también le suministraban alimentos, botellas de agua, chocolatinas y platos preparados para microondas que se veía obligada a tomar fríos.

«Dos meses».

Sin ducha. Sin música.

Y sin luz, aparte del débil brillo del monitor, que no bastaba para reconocer por dónde desaparecía el cubo y quién —y desde qué altura— se lo bajaba. Además de agua, comida y pañuelos, que usaba de compresas durante la regla, cada tanto aparecía una nueva batería. Naomi no consumía mucha energía.

El ordenador no albergaba ningún programa salvo un procesador de textos barato en el que no había documentos y, desde luego, no había conexión a internet. Y Naomi tampoco podía modificar la configuración del sistema, desde luego. Ni siquiera el brillo del monitor en el que parpadeaba esta pregunta dejaba de parpadear: «¿Qué es lo peor que has hecho jamás?».

Los primeros días de su aislamiento, enferma de preocupación por Anouk, sí que había pensado en sus pecados. En uno que era lo bastante grande como para justificar el castigo que sufría desde la noche en la que echó a correr fuera de su camarote en pijama en busca de su hija. Anouk le había dejado una carta a los pies de la cama.

«Lo siento, mami».

No ponía más en la hoja blanca apresuradamente garabateada, sin explicación. Sin firma. Solo: «Lo siento, mami». En combinación con el hecho de que eran las dos y media de la noche y Anouk ya no dormía a su lado, no podía haber una noticia más perturbadora para una madre.

Naomi solo habría descubierto la nota a la mañana siguiente si el mar revuelto no la hubiera despertado sobresaltada. También en el pozo notaba con claridad cuándo había fuerte oleaje, por lo que sabía que seguía encontrándose en el barco y no descargada con un contenedor en cualquier parte.

Naomi no entendía qué le había pasado. Cómo había llegado hasta ahí. Y por qué.

Después de la carta a los pies de la cama, el último recuerdo de su vida era una puerta abierta en su pasillo de la cubierta 9, en diagonal a su propio camarote. Había creído oír llorar a Anouk. Había llamado a la puerta, gritado el nombre de su hija. Había metido la cabeza por la puerta.

Después... la negrura.

A partir de ese punto, sus recuerdos eran tan oscuros como el agujero en el que estaba metida.

«¿Qué es lo peor que has hecho jamás?».

No tenía previsto dar una respuesta a la araña. En su mundo imaginario, no había ninguna persona arriba en la boca del pozo, sino una tarántula gorda y peluda que se ocupaba del cubo.

—¿Dónde está mi hija? —Había tecleado en el ordenador como réplica. Naomi había cerrado el portátil, lo había metido en la bolsa de plástico (pronto había aprendido para qué era la bolsa, ¡el cubo no siempre se limpiaba!) y había enganchado esta a la cuerda.

La respuesta llegó media hora después: «Está viva y a salvo».

A continuación, Naomi quiso tener una prueba. Una imagen, un mensaje de voz, algo. Pero la araña se negó a complacerla, por lo que Naomi volvió a enviar el portátil arriba con la palabra «jódete».

Como castigo, no recibió más agua en veinticuatro horas. Solo cuando, medio loca de sed, empezó a beberse su propia orina, le bajaron una botella. Nunca más se había atrevido a ofender a la araña.

También el sistema del cubo funcionaba de maravilla: para disciplinarla. Para castigarla.

El segundo castigo, el más cruel de ambos, debido a cuyas consecuencias era probable que sucumbiera, solo se produjo mucho después. Por su primera confesión.

«¿Qué es lo peor que has hecho jamás?».

Durante siete semanas no había respondido a la pregunta de la araña. Inteligente como era —al fin y al cabo daba clases de Biología en una universidad de élite—, se había planteado hipótesis, había evaluado acciones alternativas, había analizado opciones. Pero no se había puesto a escribir sin reflexionar.

«Yo no. No».

Naomi inclinaba la cabeza hacia adelante y hacia atrás y se rascaba el cuello. Ambas cosas sucedían de forma inconsciente.

El pelo se le iba cayendo poco a poco, se le quedaba pegado en los dedos cuando se los pasaba por la melena, y se alegró de que no hubiera espejo alguno en el pozo. Eso le ahorraba ver los gusanos que se retorcían bajo su piel.

«Maldición, tenía que comerme el arroz».

Hacía nueve días. Si no, hubiese muerto de hambre.

Una semana antes, cuando bajaron el cubo, este solo contenía cuencos vacíos. En todos ellos ponía la misma orden escrita con rotulador: «¡Responde la pregunta!».

Pero ella no quería. No podía.

«¿Qué me pasará si confieso?», se había atrevido a preguntarle a la araña.

La respuesta había llegado al día siguiente de vuelta con el ordenador y estaba justo debajo de su pregunta.

«¿Qué me pasará si confieso?».

«Entonces podrás morir».

Necesitó varias horas hasta que pudo dejar de llorar.

Por mucho que partiera de que la araña le mentía respecto al destino de Anouk, poco dudaba de la veracidad de esa afirmación.

«Entonces deberás morir».

Durante algún tiempo se había planteado si había alguna esperanza de salir de ese encierro en el apestoso calabozo, pero entonces se había resignado a su destino y había confiado su confesión al ordenador, y de ese modo a la araña:

«Maté a mi mejor amiga».

Hell's Kitchen

Un paso adelante. Dos pasos atrás.

Con Anouk sucedía lo mismo que en su propia vida.

Su estado había mejorado un poco. Y al mismo tiempo resultaba evidente que había empeorado.

Por una parte, era una buena señal que se estremeciera asustada cuando él entraba en la habitación, lo que indicaba a Martin que, por lo menos, de momento reaccionaba a los cambios en su entorno más inmediato.

Un pequeño progreso que a lo mejor se debía al televisor, en cuya pantalla correteaban Tom y Jerry.

Por otra parte, y esa era la mala noticia, había vuelto a caer en un modelo de conducta de la primera infancia. Se quedaba sentada con las piernas cruzadas en la cama en una postura apenas modificada y se chupaba de forma sonora el pulgar derecho. Con la mano libre, se rascaba.

Martin vio que las uñas ya le habían dejado profundos surcos en el antebrazo derecho, y se le encogió el corazón. Si no dejaba de hacer eso, pronto empezaría a sangrar... «Y entonces habría que inmovilizarla».

No quería pensar en los efectos que eso tendría en su psique ya herida y se propuso pedirle a la doctora Beck guantes o manoplas, aunque seguro que Anouk se los quitaría en cuanto estuviera sola.

—Disculpa si te molesto otra vez —dijo Martin, y dejó una bolsa de papel marrón a los pies de la cama.

Anouk se inclinó un poco hacia atrás y su respiración se aceleró. Una señal de que no debía acercarse a ella en ningún caso. De todos modos, ella no se apartó de él ni lo miró. Su vista se había posado en la bolsa.

Al igual que en la primera visita, también ahora tuvo una sensación de melancolía casi tangible que le llevó a pensar en todas las cosas bonitas que debiera vivir una niña de once años en un crucero.

«O un niño de diez años».

Incluso dudaba de su fe, que a pesar de todo nunca había abandonado del todo. Estaba seguro de que, tras la muerte, no solo le aguardaba un largo letargo sin la posibilidad de soñar. En realidad, solo albergaba la esperanza de ahorrarse un encuentro con su Creador. De lo contrario, no se quedaría en una charla amable con el responsable que estaba sentado en la ventanilla de la estación de la vida y vendía a niños inocentes billetes de ida a la cámara de tortura de perturbados psicópatas sexuales.

—Te he traído algo —dijo Martin con suavidad, y sacó el oso de peluche de la bolsa. Una débil señal de reconocimiento brilló en la mirada de Anouk. A toda prisa, como si tuviera miedo de que él pudiera volver a guardarlo, le quitó el sucio peluche de las manos y hundió la cara en él.

Martin la observó en silencio, tomó nota de las manchas rojas que se extendían por el cuello de la niña y se preguntó si hacía lo correcto.

Era probable que Yegor y Bonhoeffer se limitaran a ir de farol y que la niña no correría ningún peligro si informaba a las autoridades y al mundo entero de este increíble caso. Pero el riesgo era grande. Ya que ciertas cosas indicaban que el capitán tenía razón y él ya llevaba en la frente el sello en el que ponía «chivo expiatorio». Era probable que la verdad se encontrara en algún punto intermedio. Lo único seguro era que ya no tendría otra oportunidad de hablar personalmente con la niña o, al menos, de intentarlo en cuanto diera la alarma. Tenía el corazón partido entre el deseo de hacer lo correcto y dejar que saliera a la luz el encubrimiento, y la esperanza de saber algo sobre el destino de su propia familia a través de Anouk.

Agitado por esa idea perturbadora, había decidido hacerle una segunda visita; esta vez a solas, sin la doctora.

—Tengo algo más para ti —dijo Martin, y sacó de la bolsa una caja de cartón envuelta en plástico transparente—. Es un ordenador para dibujar —le explicó después de sacar un aparato de plástico rosa del paquete. Lo había adquirido en la juguetería del barco en la cubierta 3.

El objeto rectangular parecía una tableta de la edad de piedra de la tecnología, con un acabado tosco y barato, pero no tenía bordes de papel afilados y Anouk apenas podía hacerse daño con el lápiz táctil de punta roma que estaba enganchado al lateral.

Martin lo encendió, se aseguró de que las pilas funcionaban y lo dejó en la cama al lado de Anouk.

A continuación, dio un paso atrás y se metió la mano en el bolsillo de los vaqueros. Pulsando un único botón, puso en marcha la función de grabadora predeterminada de su teléfono.

—Cuando estuve contigo hace unas dos horas con la doctora Beck, mencionaste un nombre, Anouk. ¿Aún recuerdas cuál era?

La pequeña dejó de chuparse el pulgar y cogió el ordenador sin soltar el osito de peluche del brazo, lo apoyó en las rodillas y levantó la vista.

—¿Tienes idea de dónde te encuentras? —preguntó Martin. Como reacción, Anouk cerró los ojos. Parecía pensar intensa pero no dolorosamente. Como una alumna a la que le han puesto un ejercicio de cálculo mental difícil que no logra resolver.

Martin decidió probar con preguntas más sencillas.

—¿Cuántos años tienes?

Su pregunta fue acompañada por una señal acústica estridente a la que siguieron seis más para concluir con un largo pitido. El ruido parecía proceder, amortiguado por

algunas puertas, de la zona del pasillo de acceso a Hell's Kitchen. Martin suponía que se trataba de una alarma interna para los empleados y la pasó por alto.

Anouk parecía no haberse dado cuenta del ruido.

Sus labios se movían como los de Timmy cuando tenía que aprender algo de memoria. Pero no formaban palabras, ni siquiera emitían un sonido. En cambio se levantó el camisón para rascarse la tripa por encima de la cinturilla de las braguitas.

Martin vio varias cicatrices de quemaduras circulares a la derecha y a la izquierda del ombligo, como si alguien le hubiera apagado la colilla de cigarrillo.

—Dios mío, ¿quién te ha hecho eso? —preguntó sin disimular su horror. Se apartó para que Anouk no relacionara la cólera reflejada en su rostro consigo misma. Cuando volvió a recuperar el control y quiso continuar con el interrogatorio, se había quedado sin habla.

«¡No puede ser verdad!».

Anouk había dejado el osito de peluche a su lado y había escrito una única palabra con el ordenador:

Martin

Su nombre. Con letras claras. A través de la pantalla táctil. Anouk seguía sosteniendo el lápiz táctil en la mano.

«No puede referirse a mí, es imposible».

Martin se obligó a sonreír y contó diez al revés hasta que su corazón volvió a latir con normalidad y pudo preguntar en tono más calmo:

—Pero tú sabes que no soy un hombre malo, ¿verdad?

«Jamás te haría daño».

Eso tenía que ser una casualidad tonta, pensó.

Confió.

Martin era un nombre común, también en Estados Unidos. No se podía descartar que el criminal se llamara así por casualidad.

«O que se llamara así. O que llevara una camiseta de la isla caribeña de San Martín...».

Todo era posible.

«Pero ¿también era probable?».

Anouk volvió la cabeza. Miró alrededor como si por primera vez fuera consciente de su entorno. Entonces volvió a coger el lápiz y dibujó con trazos hábiles la silueta de un gran crucero. Martin contempló el mar a través del ojo de buey: ahora parecía mucho más oscuro que hacía dos horas. Volvió a intentarlo con una pregunta directa:

—¿Puedes decirme el nombre de la persona con la que has estado todo este tiempo?

Anouk cerró los ojos. Contó algo con los dedos. Al final, escribió justo debajo del dibujo del barco:

Martin no podía encontrarle sentido.

—Lo siento, no lo entiendo —dijo.

Observó su nombre, el dibujo del barco y la supuesta operación.

«¿Catorce?».

Como los números de los camarotes en el *Sultan* eran de cuatro cifras, solo podía ser una indicación de la cubierta, si lo era. La cubierta 14 era la de la piscina con toboganes acuáticos, bar de helados, minigolf y circuito para correr.

—¿Qué quieres decir con once más tres? —preguntó.

La mirada de ella se ensombreció. Parecía furiosa, como si las preguntas empezaran a sacarla de quicio poco a poco, aunque volvió a apoyar el lápiz en el ordenador:

Mi mamá

—¿Tu mamá? —preguntó Martin como si hubiera sufrido una descarga eléctrica—. ¿Sabes si todavía está viva?

Anouk asintió con tristeza. Se le escapó una lágrima del ojo.

Martin apenas podía comprender que hubiera logrado obtener tanta información de la niña en tan poco tiempo, aunque no podía ordenar gran parte de esta.

—Creo que será mejor que hagamos una pequeña pausa —dijo. Anouk parecía agotada—. ¿Hay algo que pueda traerte? —le preguntó.

La pequeña cogió el lápiz una última vez y escribió debajo del dibujo del barco:

Elena

Después, volvió a meterse el pulgar en la boca y se apartó de Martin, como si quisiera dejarle claro de un modo inequívoco que ella ya no tenía nada más que decirle.

—Veré si logro encontrarla —dijo Martin, y quiso ir en busca de la doctora del barco; entonces volvió a activarse la alarma.

Naomi

«Maté a mi mejor amiga», había tecleado Naomi Lamar en el ordenador, en la mazmorra similar a un pozo.

Mel y yo teníamos diez años y las dos estábamos castigadas, porque habíamos estado jugando otra vez en una gravera abandonada pese a tenerlo prohibido. Era un miércoles por la tarde, nuestros padres trabajaban y, a pesar del castigo, nos escapamos de casa y, por supuesto, quedamos en la gravera. Sucedió poco antes de tener que marcharnos si queríamos estar de vuelta a tiempo para recibir a nuestros padres, cuando Mel quiso deslizarse una última vez por la pendiente norte. Quedó enterrada por un deslizamiento de grava y desapareció. Grité pidiendo ayuda y cavé con las manos desnudas buscándola, pero ya no pude encontrarla. Literalmente, se la había tragado la tierra. Cuando volví a casa a hurtadillas, no me atreví a contárselo a mis padres. Dos días después encontraron a Mel y creyeron que se había escapado de casa sola. Todavía hoy pienso que quizá murió por mi culpa y que si yo hubiera dado la voz de alarma se habría salvado. Eso es lo peor que he hecho jamás.

Eso había escrito hacía nueve días. Naomi había enviado el ordenador hacia arriba con el cubo. Los retortijones por el hambre a duras penas se podían aguantar, pero tras unas horas no llegó comida, solo el portátil con una respuesta de la araña: «Eso NO es lo peor que has hecho». Y justo debajo: «Con cada respuesta equivocada, habrá un castigo».

Otras dos horas más tarde había llegado el cuenco con el arroz y la etiqueta: *Spirometra masoni*.

No le quedó más remedio que comérselo. Si no, se habría muerto de hambre. Entonces Naomi todavía pensaba que la muerte inmediata sería lo más desagradable.

Pero no lo era.

Saber que llevaba en su interior un germen patógeno, un cestodo de los peores y que poco a poco la devoraría, eso sí que era lo peor que podía pasarle.

Naomi estaba segura de que la araña lo había sabido.

Quería respuestas, una confesión, y solo la obtendría si quebraba el instinto de supervivencia de su víctima.

Hasta ahora, pensar en su hija pequeña la había mantenido con vida. Pero ahora el horror que día a día se abría paso bajo su piel hasta justo detrás de los ojos desplazaba

cualquier deseo de vivir.

«¿Qué es lo peor que has hecho jamás?».

—Lo siento, Anouk —susurró Naomi cogiendo el ordenador. Con los dedos cuyas uñas llevaba semanas sin cortar, tecleó su segunda confesión: «Cometí adulterio. De la forma más repugnante. Mantuve relaciones sexuales a cambio de dinero».

Entonces cerró el portátil, envolvió la carcasa en la bolsa y la metió en el cubo. Tiró varias veces de la cuerda y, mientras volvía a arañarse hasta sangrar, esperó a que la araña lo recogiera y quedara satisfecha con su respuesta.

Para por fin poder morir.

En el ínterin, Martin era casi el único en la cubierta, en la que había refrescado bastante. —Razonable para octubre—. Todos los demás de su grupo de salvamento se habían apresurado a volver a abandonar el punto de encuentro en la zona de inmersión después de que, poco antes del final del simulacro de emergencia, se formaran gruesas nubes grises que ahora se vaciaban en forma de llovizna fina pero generalizada que calaba la ropa.

A Martin no le importó en absoluto. No llevaba el pelo como para tener que preocuparse, vestía ropa que de todos modos necesitaba lavar y, en comparación con su estado actual, un resfriado incluso supondría una mejoría.

Se encontraba mal, seguramente no solo debido al cansancio y la marejada que, para los auténticos lobos de mar, tal vez no fuera más que un burbujeo de hidromasaje. Para Martin, sin embargo, pronto alcanzó el punto de tener que pedir pastillas para el mareo en la farmacia del barco.

Como si hubiera reaccionado a una orden telepática, Elena Beck apareció a su lado en la barandilla. Con una capa de agua transparente sobre la cabeza y el uniforme, llevaba ropa bastante más apropiada que él. En una mano sostenía un chaleco salvavidas, en la otra un maletín negro de médico que, en sus pequeñas manos, parecía tosco.

—De modo que es aquí donde se esconde —dijo ella con la mirada fija en el horizonte.

Todos cuantos esperaban que una travesía transatlántica les proporcionara una impresión de la inmensa extensión del océano ahora podían darse por satisfechos. Adondequiera que se mirara, no había más que agua. Ni tierra, ni otro barco. Solo una infinita vastedad agitada de color negro azulado. «Si la superficie de la luna fuera líquida, tendría este aspecto», pensó Martin.

Algunos querían ver en el mar un símbolo de eternidad y de la fuerza de la naturaleza. Lo único que Martin veía en las olas era una tumba húmeda.

—He intentado llamarlo por teléfono, pero lo tiene apagado —dijo Elena. Martin sacó el móvil y, de un vistazo a la pantalla, cayó en la cuenta.

«¡Cierto! Por la grabación de la conversación». Había configurado el teléfono de forma que la grabación de su «charla» con Anouk no se viera interrumpida por una llamada entrante. Debido a la alarma internacional de simulacros de emergencia (siete tonos cortos seguidos de uno largo) no había podido desactivarlo.

Todos los pasajeros debían participar —como muy tarde a las veinticuatro horas de su estadía a bordo— en esa medida de emergencia para que supieran cómo funcionaban los chalecos y dónde estaban los botes salvavidas. Aunque el capitán no daba mucho valor al cumplimiento del derecho marítimo en otras cuestiones, sí había

seguido en cambio esta norma. Martin volvió a activar la señal del móvil y se secó un poco de lluvia de la cara. Una parejita joven con gesto malhumorado, que hubiese preferido un inicio del viaje de sus sueños algo más seco, pasó a su lado empujando un cochecito doble ocupado por dos niños dormidos. Elena esperó a que estuvieran fuera del alcance de sus palabras, entonces apoyó su maletín de médico en una mesa metálica en la zona cubierta de la estación exterior, donde los profesores de submarinismo daban la clase introductoria a los alumnos antes de que estos tuvieran que saltar a la piscina con las bombonas y las gafas.

—Por lo que he oído, ha tenido una conversación animada con mi prometido. Debo entregarle esto. —Elena abrió la maleta y sacó una funda de disco sin cubierta.

—Es un CD-ROM con las listas de pasajeros de los últimos cinco años —continuó anticipándose a su pregunta—. Además de una relación de todo el personal de a bordo en todas las rutas en las que se ha notificado un pasajero 23.

—¿Qué debo hacer con esto?

—También yo se lo he preguntado a Daniel. Dijo que le sorprendería que no hubiera iniciado la investigación hace tiempo. Encontrará las plantas y los planos de cubierta del *Sultan*, todos los artículos de periódico y notas de prensa sobre todos los casos de desaparecidos disponibles, así como una comparativa con otros barcos.

A Martin le hormiguearon los dedos al coger el CD-ROM.

—Debo decirle que los documentos que ha reunido en los últimos meses supondrían una muestra de su buena voluntad, además...

En ese momento empezaron a sonar los móviles. Los dos.

El de Martin. El de la doctora.

Se miraron perplejos y se llevaron las manos al bolsillo del pantalón a la vez.

—Mierda —dijo la doctora, y dejó a Martin, que no tenía ni idea de a quién pertenecía el largo número de la pantalla.

—¿Qué pasa? —le gritó a Elena, que se detuvo un momento en una puerta que conducía al interior y se volvió.

—Anouk —dijo—. También hemos activado el botón de alarma de su móvil, doctor Schwartz.

Cinco minutos después, Martin pasó por tercera vez ese día por la esclusa revestida de acero en dirección a Hell's Kitchen, cruzó la antesala de la unidad de cuarentena y vio a Elena Beck a su lado pasando la tarjeta por el lector.

Al entrar seguía contando con una falsa alarma. A continuación, se preguntó de dónde salía tanta sangre.

En la cama de Anouk.

En su cuerpo.

En todas partes.

—Oh, Dios mío. Oh, Dios mío...

Elena corrió hacia la cama, delante de la cual la niña estaba en el suelo en cuclillas presionando la mano en el antebrazo bañado en sangre. Antes del ejercicio de salvamento, este seguía vendado, ahora la venda estaba en el suelo como un rollo de papel higiénico deshecho.

—¿Qué ha pasado, pequeña? ¿Qué ha sucedido? —gritó la doctora acuclillándose al lado de la niña.

Mientras Elena seguía medio conmocionada, Martin reconoció la causa de las heridas.

La sangre se encontraba en las sábanas, en la cara de Anouk, en los brazos, los dedos y en el camisón. Martin incluso descubrió algunas manchas en el armario de acero inoxidable pulido que había en la pared junto al televisor, lo que indicaba que debía de haber salpicado desde una arteria haciendo un gran arco.

—Se ha cortado las venas —dijo, y preguntó a Elena dónde había desinfectante y gasas limpias.

Por el color de la cara de Anouk, no era tan grave como parecía a primera vista. Martin sabía por experiencia que una pequeña cantidad de sangre podía organizar una gran porquería.

—¿Las venas? —gritó Elena, incrédula, y señaló hacia la puerta del baño. Le dijo un código cuyo significado solo comprendió cuando en el baño descubrió debajo del lavabo el armario con aspecto de caja fuerte. El armario de los suministros estaba cerrado con candado por seguridad.

Además de jeringuillas, vías intravenosas, tubos flexibles, tijeras y otros materiales aptos para suicidarse, Martin encontró el desinfectante y las gasas.

Se los llevó a Elena y vio cómo le levantaba la barbilla a la niña debilitada. Anouk mantenía los ojos cerrados. En la pelusa del bigote tenía pegado un pequeño punto blanco. Un poco de algodón o un trozo de pañuelo de papel.

Martin tiró con fuerza de las sábanas de la cama y las sacudió. Después, levantó el colchón, quitó la funda higiénica, pero tampoco ahí encontró nada. «Ni cuchilla de afeitar, ni cuchillo, ni lápiz».

—Usted fue el último que estuvo aquí —le reprochó Elena después de llevar a Anouk al sillón de cuero, donde exploró el brazo de la niña. La sangre volvió a brotar cuando la niña dejó de presionar con la mano, como gotas de lluvia filtrándose por las ramas de un abeto, por lo que Elena le aplicó un vendaje compresivo de inmediato.

—¿Quiere decir que tendría que haberla contactado cuando estaba a solas con ella? —preguntó Martin enfadado.

—No, claro que no, pero... —El raballo del ojo de Elena temblaba nervioso—.

¿Quién ha sido, cariño? —Acarició la mejilla de Anouk—. ¿Quién te ha herido así?

Sin respuesta.

—Yo sé quién ha hecho esto —murmuró Martin.

—¿Qué? ¿Quién? —Elena levantó la vista hacia él.

—Ella misma.

—¿Cómo? ¡No! Es imposible. Y además, ¿por qué haría algo así?

«Hay muchos motivos posibles: quiere eliminar la presión, quitar el dolor de su cuerpo, sentir que está con vida...».

—De todos modos, no se ha infligido estas heridas para matarse —dijo él—. De lo contrario, no habría intentado comprimir el brazo. Ni habría apretado el botón del pánico.

Para él todo esto significaba que quería arañarse, aunque no había calculado la profundidad de la herida.

—¿Cómo puede ser eso? —preguntó Elena confusa—. Aquí no hay objetos punzantes a su alcance. Le juro que, tras el suceso de los lápices, registré todo el camarote.

«Los lápices. ¡Eso era!».

Martin esperó a que Elena hubiera terminado de aplicar el vendaje compresivo y entonces preguntó:

—¿Cuántas hojas de papel le dio ese día?

Ella le lanzó una mirada temerosa.

—No lo sé. No las conté.

«Error».

«Grave error».

Elena se quedó mirando el gesto compungido de Martin y se llevó la mano a la boca.

—Quiere decir... —Se volvió hacia Anouk—: Tesoro, dime, por favor, ¿te has cortado con un trozo de papel?

Anouk no respondió, pero Martin estaba seguro. En el trato con los enfermos mentales, nunca se podía actuar con suficiente cautela. En su época universitaria, había visto a una chica de dieciséis años que se había pasado el borde de un papel por los dos ojos.

—¿Te guardaste una hoja que sobraba? —Martin no estaba seguro de que acabara reconociéndolo, pero por la rabia que irradiaba no podía haber duda alguna. Asintió con los ojos echando chispas furibundas. Martin intercambió con Elena una mirada elocuente—. Después te has comido la hoja, ¿verdad?

De ahí los pequeños trocitos blancos en el bigote.

«¡Celulosa!».

Anouk apretó los labios, muda. Parecía enfadada, quizá porque él había adivinado su secreto con tanta facilidad.

Martin cogió del baño una esponja mojada para que Elena pudiera limpiarle la

cara a Anouk, algo que esta solo se dejó hacer a regañadientes.

En el armario debajo del televisor había fundas y sábanas limpias que Martin cogió mientras Elena se encargaba de buscar un camisón para Anouk. Juntos llevaron de vuelta a la cama a la niña, que daba muestras de debilidad aunque su estado no parecía crítico.

Entonces, a Martin le llamó la atención el ordenador para dibujar en la mesilla de noche. La pantalla estaba oscura, pero había una bombilla LED amarilla encendida, así que estaba en stand-by. Mientras Anouk se hundía en la cama, cogió el aparato y activó la pantalla.

—Guau. —Se le escapó. El dibujo que Anouk tenía que haber terminado durante el ejercicio de salvamento era increíblemente detallado. Una obra de arte que sin duda se debía a que Anouk tenía un gran talento, al menos en el campo de las artes plásticas.

Como no quería quitarle a la niña el ordenador, Martin sacó el móvil del bolsillo e hizo una foto de la pantalla. Después se despidió de Anouk, que volvía a tener los ojos cerrados, y esperó a Elena fuera del camarote.

—¿Anouk ha dibujado eso? —preguntó la doctora después de ponerle a Anouk un camisón limpio y salir también del camarote—. ¿Ella sola?

Incrédula, contempló la foto del móvil, que mostraba una oscura abertura en el suelo, quizás un pozo, motivo por el cual se podía ver agua oscura reluciente. Otra singularidad del dibujo era la cuerda que bajaba por el pozo hasta llegar al agua.

—¿Hay aquí en alguna parte del barco algún lugar que más o menos se parezca a esto, un agujero, una escotilla o un mamparo por el que se pueda ver el mar? —le preguntó a Elena.

La doctora entrecerró los ojos e inclinó la cabeza hacia un lado para poder contemplar la imagen desde otra perspectiva.

—Hum —dijo en tono indeciso—. Nunca he visto algo así. Y por lo general los cruceros tienen pocos agujeros en el casco si viajan por alta mar.

«Por alta mar», repitió Martin en su cabeza, y eso le dio una idea.

«Por supuesto. Si viaja por alta mar. Pero ¿y si no lo hace?».

—¿En qué cubierta está el espacio para el ancla? —preguntó agitado.

—¿Ancla? Quiere decir...

Un agujero, por debajo agua, una cuerda que también puede representar una cadena...

—¿En qué cubierta? —insistió él—. ¡Por favor!

Elena se puso a pensar.

—Hay varias —dijo por fin—. Por lo que sé, hay una en la cubierta 3. Y después otra más arriba, en la cubierta 11, creo.

La sangre circulaba con mayor rapidez por las venas de Martin. Echó otro vistazo al ordenador y dijo:

—Quizá me esté dejando llevar por la fantasía. Pero ¿por qué no echamos un vistazo a la estiba de anclas?

—¿Tiago Álvarez?

Yegor Kalinin estaba sentado en un sillón de su *suite*, en bata y pantuflas, pese a que era tarde, y le rascaba la nuca a *Ícaro*, su perro de raza Jack Russel. Por regla general, los perros y otras mascotas estaban estrictamente prohibidos en las habitaciones privadas del crucero, pero al dueño del *Sultan* le resultaba tan indiferente como la prohibición de fumar en los camarotes. Arriba, en el dormitorio, muy a pesar de su mujer no fumadora, había hecho desactivar el detector de humos.

—¿Este individuo?

Delante de Yegor, en la mesa de cristal ahumado, había una impresión en color con los datos personales del pasajero sobre el que su tercer oficial de seguridad le estaba informando; incluso con foto, ruta de viaje, número de camarote y gastos de su factura. Hasta ahora, el argentino no estaba gastando como para enriquecer a la naviera. Se alojaba en un camarote interior, nunca tomaba vino en las comidas, no contrataba excursiones y aún no había comprado ningún recuerdo en las tiendas del barco.

—Este es el cerdo. Estoy seguro —respondió Veith Jesper.

—¿Y se había escondido detrás de la cama?

—Así es. Lo vi y reconocí su foto en los archivos de pasajeros. Sin duda.

Yegor miró al chaval de veintitrés años con desconfianza.

—¿Y qué andabas buscando tú en realidad en el camarote? —le preguntó a Veith, aunque ya sabía la respuesta.

Yegor no soportaba a su sobrino. Ya no había podido aguantar a su padre, un suizo de mierda con el que su hermana Irina se había visto obligada a casarse solo porque en su época de estudiante en Amsterdam se había dejado preñar por ese inútil.

A los veintiún años, quizá le había parecido tentador liarse con un músico callejero. Veintitrés años después incluso Irina había captado que sin dinero, sin trabajo y sin condón quizá no era la mejor combinación para un futuro prometedor. Solo por su hermana había dado un trabajo en el *Sultan* a ese bruto inútil que le llamaba tío. Si fuera por él, Veith se habría aborregado en el antro que se las daba de escuela de deportes de aventura como entrenador de matones callejeros adolescentes. Su único logro en la vida consistía en no tener antecedentes penales, pero con su afición a la violencia, las drogas blandas y las chicas fáciles únicamente era cuestión de tiempo que el estado se encargara de su manutención.

—Me estaba encargando de la limpiadora —dijo Veith en tono despreocupado. Su aspecto era el de alguien que tuviera una cita para una sesión de fotos en una revista de surf, y ello enfurecía todavía más a Yegor.

El armador se mordió el labio y, por un momento, disfrutó con la idea de que

Ícaro le mordiera la cara de «yo me las tiro a todas» de su sobrino.

—Por favor, dime algo más —dijo—. Pensaba que estabas contratado para echar una mano al jefe de seguridad. No para darle palizas a las camareras de habitación.

En un barco, no pasaba una semana sin que hubiera fuertes peleas tanto entre los pasajeros como entre los miembros de la tripulación. Yegor había pensado que tener a un hombre de confianza para los trabajos sucios a bordo no podía perjudicarlo. Además, también había pensado que Veith era tan rubio como parecía. Un matón sin cerebro al que se podía controlar con facilidad.

«Pero uno puede estar equivocado».

Desde el suceso con Shahla, sabía que su sobrino era tan astuto como impredecible. Por suerte, la mujer no había sufrido heridas considerables, aunque durante los próximos días aún escupiría un poco de sangre. Y por suerte, la pasajera se había creído la historia del amante celoso que apareció en su camarote después de comprobar que no le habían robado nada.

—Dejémonos de tonterías —dijo su sobrino en un tono con el que alguien que no fuera de la familia hubiese acabado visitando a un cirujano maxilofacial—. No sé de qué va esto, Yegor. Pero tienes algo gordo que ocultar, los detalles no me interesan nada.

—¿Qué quieres entonces?

—Mi parte —dijo, y adoptó una sonrisa burlona como si acabara de contar un chiste guarro—. Aislamiento de la pequeña, cuidados exclusivos a cargo de nuestra guapa doctora, paga extra para la limpiadora: parece que le das cierto valor a que el asunto no salga a la luz.

—¿Pretendes chantajearme? —Yegor fingió sorpresa. En realidad, lo contrario lo hubiera sorprendido.

Veith levantó los brazos a modo de disculpa.

—Eh, solo quiero evitar que tu trato con la devoradora de chile corra peligro.

Yegor sonrió. En su fantasía, *Ícaro* se abría paso a través de zonas más profundas del cuerpo de su sobrino. Veith, que había confundido la sonrisa con una reacción de aprobación, se inclinó hacia delante.

—No tiene por qué ser un soborno. Quiero ganármelo.

Yegor, que ya tenía un plan desde hacía tiempo, se limitó a clavar la mirada en los ojos azul acero de su sobrino durante unos momentos. Durante veinte segundos, lo único que se oía en el camarote era el ruido del aparato de aire acondicionado, acompañado de los sonidos regulares que generaba un barco de esas dimensiones cuando surca la superficie del mar. Navegaban a unos veinte nudos y la marejada había aumentado de manera notable.

—Okay, este es el trato —dijo Yegor por fin, señalando la foto de la ficha del pasajero—. Encuentra a este Tiago y recibirás cincuenta mil dólares en metálico.

Veith silbó como un obrero que ve pasar a una mujer en minifalda.

—¿Qué ha hecho?

—Ha violado a una niña.

El rostro de Veith se ensombreció.

Yegor nunca comprendería por qué la gente que le mete trozos de cristal en la garganta a mujeres indefensas se considera mejor que los pedófilos, pero por suerte él nunca había estado en la situación de tener que encargarse seriamente de la jerarquía entre presidiarios.

—¿La niña que está en Hell's Kitchen?

—Esa misma.

—¿Cuántos años tiene?

—Once.

—¿Qué andaba buscando ese asqueroso en el camarote?

—Lo mismo que tú. —Se inventó Yegor, que en ningún momento había pensado que ese aspirante a Casanova sudamericano tuviera algo que ver con la desaparición de Anouk.

—Al igual que tú, averiguó dónde trabaja Shahla, y la acechó para interrogarla. Quería saber si estábamos pisándole los talones.

La historia que Yegor se acababa de sacar de la manga tenía lagunas en las que el *Sultan* podía hundirse, pero al parecer Veith no las había notado.

—¿Qué pasa con los padres de la pequeña, dónde están? —preguntó.

Yegor parpadeó.

—Son amigos míos. Quieren mantenerse al margen del asunto. Tú límitate a buscar a este cerdo de mierda.

—¿Y qué pasa si lo encuentro?

«Buena pregunta». Había esperado no tener que hablar de eso.

Yegor apartó a *Ícaro* de su regazo, se levantó del sofá y se dirigió arrastrando los pies a un aparador situado debajo del pesado espejo de la entrada. Una vez allí, abrió el primer cajón.

—¡Sé creativo! —dijo. A continuación, comprobó el tambor, accionó una pequeña palanca en la parte inferior del cañón y le puso a Veith el revólver en la mano.

«Tírame cuando me necesites. Recógeme cuando ya no me necesites».

De camino a la punta de proa del *Sultan*, Martin no pudo evitar pensar en una adivinanza que había leído en un libro hacía años y cuyo título ya no recordaba. Solo la solución: el ancla.

Deseaba que la adivinanza que le habían impuesto en el barco los últimos acontecimientos fuera igual de fácil de descifrar. Pero se temía que la visita a la sala del ancla iba a plantear más preguntas que respuestas.

Empezó por visitar la cubierta 3, que albergaba la única sala oficial del ancla y, en el fondo, la única del barco. La cubierta 11 solo albergaba un ancla pequeña de repuesto cuya cadena se guardaba al aire libre por motivos puramente estéticos y era visible por cualquiera que pasara por la cubierta panorámica superior. Ahí no había posibilidad alguna de mantener oculto a alguien durante un tiempo sin que se notara.

—¡Ya hemos llegado! —dijo Elena Beck.

Después de que Martin siguiera a la doctora de a bordo por un pasillo pequeño sin ventanas que avanzaba a lo largo del lateral exterior detrás del teatro musical, habían llegado por una pequeña escalera a la puerta de acero con el letrero *Anchor Room*: Sala del Ancla. Detrás de la puerta los recibió Bonhoeffer... y un ruido ensordecedor.

—¿Cómo es que ha tardado tanto? —preguntó Martin al capitán, que por motivos comprensibles no quiso darle la mano. Con la punta de los dedos comprobó nervioso la posición de una prótesis de plástico que llevaba en la nariz rota.

—¿Tanto? —Bonhoeffer se miró el reloj de pulsera.

Pasaban unos minutos de las cinco de la tarde hora de a bordo y habían tardado casi dos horas hasta que les concedió el acceso. Elena tampoco había recibido una explicación por ese retraso.

—Como notará, de momento hay bastante vapor en la caldera —gritó Bonhoeffer.

Las paredes, que en la punta del barco estaban inclinadas como las de un ático, no disponían de ventanas cerradas, solo de escotillas abiertas. Estando tan pegados al mar y a la gran velocidad que, entretanto, el *Sultan* había desarrollado, había que gritar para hacerse oír debido al estruendo constante. Martin tenía la sensación de estar en una caldera de acero a la que se disparaba desde fuera con chorros de agua a presión.

—Por lo general, no se puede acceder aquí en pleno viaje —dijo el capitán, y siguió explicándole a Martin que, en el último año, un canadiense borracho había conseguido trepar hasta la sala del ancla y soltar la cadena del cabestrante. El ancla podría haber dañado los remaches, abierto una vía de agua en el casco y dejado el barco sin capacidad para maniobrar. En el momento del incidente, el *Sultan* acababa de repostar. Petróleo por valor de tres millones y medio de euros que debía bastar

para los siguientes diez días. No quería ni imaginar lo que habría ocurrido si el ancla hubiera abierto una vía en el depósito.

En la actualidad, el borrachín estaba en prisión por esa peligrosa acción que había amenazado la seguridad del barco, y desde el incidente las puertas que daban a la cubierta del ancla solo se abrían cuando el barco zarpaba o llegaba a puerto.

—Primero he tenido que ordenar al técnico jefe que anulara los controles de seguridad electrónicos —continuó explicando Bonhoeffer—. Hacerlo con mayor rapidez es imposible.

Martin miró en torno. Habían entrado por el lado de babor. En una superficie que ocupaba casi veinte plazas de *parking* había unas estructuras en forma de turbina que quizás eran generadores. Vio una jaula de acero que servía para guardar los cabos de amarre a tierra, así como varios armarios que parecían cajas de fusibles en las que estaba pegada la señal de alto voltaje.

Y por supuesto, también estaba la cadena. Pintada de negro y de un tamaño enorme. Vista de cerca, parecía el collar de un gigante de cincuenta metros de alto. Martin hubiese podido meter el brazo sin problemas a través de los eslabones. Y para levantar uno solo de estos se necesitaban una docena de brazos.

—Setenta toneladas —dijo Bonhoeffer, y golpeó el monstruo de acero como si estuvieran en una visita turística.

La cadena seguía por una enorme bobina de acero pintada de color pistacho, la rueda de la cadena, que recordaba a una rueda de tren sobredimensionada, descendía por un cabestrante algo más pequeño hacia un pozo de la anchura de una chimenea que, de momento, estaba tapado por el ancla pegada con firmeza al lateral exterior.

El dibujo de Anouk de pronto se iluminó en el recuerdo de Martin.

A través de pequeños huecos intermedios alcanzó a ver las aguas agitadas del Atlántico.

—El ancla sola ya pesa diez toneladas —dijo el capitán, y se adentró más en la sala.

Mientras Elena y él lo seguían, a Martin se le ocurrió que había dos dispositivos para anclar: uno a babor y otro a estribor. Las dos grandes ruedas de las cadenas estaban divididas por un descansillo en el que había una caja con varias palancas. Cada gran rueda tenía un freno metálico que había que hacer girar como una válvula desmesurada si lo que se quería era soltar el ancla o volver a detener su caída.

—¿Qué estamos buscando aquí en realidad? —preguntó el capitán en el descansillo con la espalda apoyada contra el freno del ancla de babor—. No será el escondite de Anouk, ¿verdad?

Martin deslizó la mirada por la sala del ancla.

Todo estaba limpio, casi estéril, lo que lo sorprendió. A juzgar por el olor imperante, había esperado ver manchas de óxido y lubricante, o al menos marcas de salitre debidas a la agresividad del agua salada que no dejaba de salpicar desde abajo a través de las escotillas. Pero incluso aquí, en las zonas que no eran públicas,

dominaba el orden y la limpieza. Todo parecía recién reformado. Las paredes estaban pintadas de blanco, los suelos cubiertos de esterillas de goma en las que no resbalarías aunque estuvieran mojadas.

«Menudo sitio».

Pero no un lugar en el que se pudiera sobrevivir durante semanas. Había corrientes de aire, hacía frío y estaba húmedo. Como mucho, tras una semana de estancia habría pillado una pulmonía, aparte de que en cada puerto la sala estaría ocupada como mínimo por dos marineros que tendrían que usar los cabestantes.

«Aquí no ha podido estar».

Elena parecía compartir la valoración sin enunciar de Martin.

—Esto es un callejón sin salida —gritó ella. Su voz sonaba estridente y algunos años más joven cuando debía elevarla.

Martin asintió. Era evidente que se habían metido en un callejón sin salida. «No era más que una lectura de posos de café», pensó, enfadado. Llegar a la conclusión de una pista relevante a partir de un dibujo infantil era igual de disparatado que reconocer la cara de la Virgen María en una tostada.

—Nos vamos. —Martin se agachó para volver a atarse los cordones de sus botas negras.

Entonces se fijó en un lugar debajo del primer nivel de la plataforma.

—¿Dónde está la cadena? —preguntó a Bonhoeffer. El capitán lo miró sin comprender.

Martin señaló el gran rollo de acero a su izquierda.

—Aquí lo único que veo es el par de metros que van de la gran rueda hasta el pozo del ancla. ¿Dónde está el resto?

—Justo ahí donde está arrodillado —respondió Bonhoeffer, y subió del descansillo. Dio una patada en el suelo—. Justo aquí debajo.

—¿Hay sitio ahí?

Bonhoeffer movió la mano extendida como si quisiera imitar un barco balanceándose.

—Depende de cuánto se recoja la cadena. Pero algo de espacio para maniobrar siempre hay. En realidad, es un escondite apreciado por los polizones. Pero como mucho aguantan un par de días. No semanas.

—¿Tiene entrada? —preguntó Martin sin embargo. Con los nudillos, golpeó la placa de metal sobre la que estaba en cuclillas.

—Una cubierta por debajo. Desde aquí solo se puede acceder si se desatornillan las placas del suelo. Es decir, una vez al año, durante las tareas de mantenimiento —dijo el capitán, que ahora también estaba arrodillado a su lado. Con el pelo rubio revuelto y la prótesis en la nariz herida, recordaba a Hannibal Lecter. Solo faltaban la chaqueta de fuerza y la carretilla a la que lo sujetaban.

—Puede que sea una pérdida de tiempo... —dijo Martin.

—Quizá no —replicó Elena—. ¿Qué podemos perder si ya estamos aquí?

—Un momento —dijo el capitán levantándose con dificultad. Se dirigió a una taquilla metálica y la abrió.

Martin había contado con que regresaría con una caja de herramientas, pero cuando volvió a su lado llevaba una linterna grande en la mano y volvió a arrodillarse en la plataforma.

—¿Ha encontrado algo? —preguntó Martin arrodillándose también.

—Quizás. Allí. ¿Lo ve?

Bonhoeffer iluminó justo debajo de la plataforma en el punto en el que la cadena del ancla desaparecía en la cubierta debajo del gran rollo de acero.

—¿Qué es? —preguntó Elena nerviosa.

—Parece una bolsa —dijo Martin. La luz de la linterna se reflejó en una estrujada superficie de plástico pardusca.

Martin se puso de pie, rodeó el rollo y se acuclilló. Ahí estaba el objeto que parecía una bolsa, pegado al último eslabón visible de la cadena del ancla, al menos un metro más cerca. Se tumbó en el suelo e intentó empujar el frío metal debajo del rollo de acero.

«Sin esperanza».

Era demasiado ancho o la ranura demasiado estrecha. Se sintió como en aquel entonces, cuando era niño y una canica rodó debajo del armario y, con sus bracitos cortos, lo único que logró coger fueron unas cuantas polvorientas pelusas.

—¿Qué le parece si lo intento yo? —Oyó que preguntaba Elena a sus espaldas.

Él la miró y asintió.

—Quizás usted tenga más suerte.

Al fin y al cabo era evidente que su cuerpo era más menudo y delgado que el suyo.

La doctora se quitó la chaqueta y la camisa del uniforme, bajo las que llevaba una camiseta interior de hombre blanca sin mangas. Antes de tumbarse en el suelo, aún se quitó las joyas: una cadena con un colgante en forma de hoja de encina y una pulsera de dijes plateados que llevaba junto con un reloj sumergible en el brazo derecho.

—Uf, no podría ser más estrecho —dijo ella al tiempo que se tumbaba boca abajo. Volvió la cabeza a un lado y presionó la oreja contra el suelo—. Ni más ruidoso. —Se arrastró hacia delante centímetro a centímetro en dirección al objetivo, que Bonhoeffer iluminaba por detrás con la linterna.

—Un poco más a la derecha. —La guiaba Martin, pues Elena, en su posición actual, no podía ver nada.

Por fin su dedo índice tocó la cadena.

—Al tacto sí parece una bolsa —dijo la doctora, y tiró de ella con el índice y el pulgar—. Pero no puedo despegarla.

—Está bien pegada —constató Bonhoeffer. Ahora también Martin vio las tiras adhesivas con las que habían fijado la bolsa al eslabón. Un tirón bastaría para arrancarla de allí, pero para eso Elena aún tenía que arrastrarse un poco más por debajo de la plataforma.

—Me agobio —se quejó.

Martin intentó animarla.

—Lo conseguiré. Solo unos pocos centímetros más. Sí, muy bien...

Ahora la doctora podía agarrar la bolsa con la mano.

Una gran ola golpeó el barco, lo que sonó como si hubieran golpeado el lateral exterior con una alfombra de veinte metros mojada. El *Sultan* se inclinó hacia un lado y, con él, la cadena también se desplazó unos centímetros.

—Esta cosa no puede soltarse sola, ¿verdad? —preguntó Elena con una preocupación justificada. Si el seguro se soltaba, sería arrastrada por los aires junto con la cadena—. No tengo ganas de acabar como lubricante de cadena.

Bonhoeffer gritó algo acerca de que no hacía falta que tuviera miedo, pues Elena ya había despegado la bolsa y se arrastraba hacia atrás por debajo de la plataforma. Cuando reapareció, se llevó con ella una mancha negra de suciedad oleosa en la mitad de la cara que había estado en contacto con el suelo.

—Tiene un tacto escurridizo —dijo la doctora al levantarse. Sostenía la bolsa con el brazo estirado lo más lejos posible del cuerpo, como si tuviera que llevar algo asqueroso a la basura—. Como si hubiera gelatina dentro.

Llevó la bolsa a una caja de suministros verde pasando junto al cabestrante y la dejó sobre la tapa de plástico rígido.

—Puede que esto sea una prueba —dijo Martin—. Quizá sería mejor abrirla en un recipiente cerrado.

«Debajo de un extractor. Con gafas protectoras».

Elena no lo oyó. Puede que fuera una excelente médica, pero de los conceptos básicos para trabajar en el lugar de los hechos no tenía ni idea. Con dedos rápidos, despegó la cinta adhesiva con la que habían fijado la bolsa antes de que Martin pudiera intervenir. Por suerte sus temores no se confirmaron. No hubo ninguna deflagración. Y sin embargo, Elena se echó atrás con rapidez, como si le hubiera saltado una chispa a la cara.

—Oh, Dios mío —jadeó, y se apartó cubriéndose la boca con la mano.

Martin comprendía su reacción. También la del capitán, que miraba con cara de asco la bolsa y el contenido que se esparcía por la tapa de la caja sin impedimentos. Cientos de gusanos se retorcían y se enroscaban como si se estuvieran electrocutando.

—Qué puta cochinidad —maldijo Bonhoeffer mientras pisaba el primero que se había caído al suelo por el borde. Cogió su teléfono de servicio y le pidió a alguien al otro lado que enviara a un equipo de limpieza.

Martin se acercó un poco y abrió la bolsa para poder mirar mejor en su interior.

«En efecto».

Los gusanos no eran el único contenido. Con la punta de los dedos sacó un trozo de papel plastificado rectangular y lo limpió de insectos.

—¿Una postal? —preguntó el capitán.

«Al menos un fragmento».

La cartulina era parte de una postal publicitaria como las que había en todos los camarotes para uso gratuito. Solo era una pequeña esquina desgarrada, pero lo bastante grande como para reconocer que la imagen delantera de la postal era una toma aérea del *Sultan*.

Martin volvió el trozo de postal.

ESTO ES LO QUE PASA CUANDO SE METEN LAS NARICES POR

TODAS PARTES...

Leyó en voz alta la nota escrita a mano con mayúsculas. Estaba redactada en inglés, la tinta se había corrido un poco.

—¿Qué pasa? —preguntó Bonhoeffer—. ¿Qué quiere decir el sinvergüenza con eso?

—Oh, maldición —dijo Martin como paralizado por el susto. Se había vuelto para preguntarle a Elena su opinión. La respuesta a la pregunta de Bonhoeffer estaba literalmente escrita en su cara.

—Dios mío, Elena, ¿qué te pasa? —gritó el capitán, que también se había vuelto hacia su prometida y ahora notaba su desfiguración. La cara de la doctora estaba completamente hinchada: las mejillas, la frente, los labios... Era como si la piel estuviera a punto de reventar. Los ojos de Elena ya no se distinguían, solo las puntas de las pestañas sobresalían entre los bultos abotargados.

ESTO ES LO QUE PASA CUANDO SE METEN LAS NARICES POR TODAS PARTES...

Su aspecto era espeluznante, pero lo peor eran las hinchazones en la mitad derecha de la cara. Donde había estado en contacto con la grasa del suelo.

—¡Elena, cariño, di algo! —gritó Bonhoeffer fuera de sí de terror. Pero Martin tenía claro que la doctora, que se agarraba el cuello, ya no estaba en disposición de hacerlo. Después de los ojos, los labios y las mejillas, parecía que ahora también se le hinchaba la tráquea.

00:24 hora de a bordo

50° 27' N, 16° 50' W

Velocidad: 21,5 nudos

Viento: 18 nudos

Marea: 10-15 pies

Distancia de Southampton: 592 millas náuticas

Martin Schwartz no vio llegar el peligro que se aproximaba por detrás.

Estaba en la cubierta 17 mirando a popa en el lado de babor, en la zona exterior de acceso libre más elevada del barco, y dejaba que el fuerte viento le diera en la cara, con los ojos cerrados y apoyado en la barandilla. Saboreó el aire salado, pero parecía estar saturado de somníferos y no de oxígeno.

Con cada respiración se sentía más débil y más cansado, lo que a lo mejor se debía al dolor del diente, que seguía cociéndose a fuego medio en su mandíbula superior, y seguro que esas malditas pastillas de la PPE también lo afectaban. Por lo menos, ya hacía mucho tiempo que no sufría ningún ataque de dolor de cabeza.

Respiró hondo. Degustó la sal en el aire.

«¿Tú también estuviste de pie aquí y pensaste en la muerte, Nadja?».

Martin se inclinó sobre la barandilla y miró setenta y cinco metros hacia abajo.

Era una noche sin luna. Las coronas espumosas de las olas estaban iluminadas solo por los focos exteriores del barco. Intentó imaginarse qué se sentiría allí abajo golpeado por el tremendo oleaje.

«Tú no puedes haber deseado esa muerte, Nadja. Nadie desea algo así».

Martin escuchó con atención el arcaico bramido del océano, la indomable naturaleza salvaje, solo separados del lujo de Occidente por unas planchas de acero.

«Y de violadores, traidores y asesinos».

Levantó la cabeza, notó el efecto hipnótico que le despertaba la contemplación de la negra nada, y de repente logró comprender el remolino del que hablaban los melancólicos cuando se sentían atraídos por la profundidad del mar.

Océano, imán de los deprimidos.

«Pero tú no estabas deprimida, Nadja».

Apoyó un pie en el puntal inferior de la barandilla, primero un pie, luego el otro, intentó ponerse en el lugar de su mujer en los últimos segundos.

Ella temía la oscuridad. La noche en la que, según afirmaban, saltó debía de haber sido impenetrable. Las nubes eran bajas, había niebla. Quizá no hubiese podido ver el agua.

Martin tuvo que pensar en Timmy. «Aua», decía de pequeño señalando al agua

siempre que pasaban junto a un lago, junto al mar o incluso junto a una piscina. Apenas se sostenía de pie, pero Nadja ya le había explicado lo peligrosa que puede ser el agua para un niño. «El agua es una aua fenomenal», explicaba una y otra vez, a pesar de que todos los consejeros de padres recomendaban que, dentro de lo posible, no utilizara un lenguaje infantil, había funcionado. Timmy nunca le había perdido el respeto al líquido elemento y era el mejor nadador de su clase. ¿Acaso era probable que una madre que quería tanto a los niños que se había hecho profesora de primaria lanzara a su hijo una noche de niebla precisamente a esa «aua» de la que le había advertido durante toda una vida?

—Bueno, listo, aquí estoy una vez más —anunció la voz de Diesel, que primero había querido terminar una ronda de un juego en línea antes de hablar con él—. Tenía que dispararle a un helicóptero.

Por un momento, Martin se había olvidado de que era él el que había llamado por teléfono. Debido al viento se había puesto unos auriculares y podía hablar sin usar las manos. La conexión de Skype era sorprendentemente clara, teniendo en cuenta el hecho de que se encontraba en medio del Atlántico.

—¿La doctora saldrá de esta? —preguntó Diesel. Martin le había enviado un breve *mail* con un resumen de los últimos acontecimientos, junto con las listas de trabajadores y pasajeros que Bonhoeffer le había hecho llegar.

—Eso espero —dijo.

Durante la ruta de verano, la plataforma en la que se encontraba se utilizaba como zona nudista. En otoño, este era el lugar más solitario a cielo abierto; sobre todo por las noches, cuando la temperatura descendía en picado. Por eso Martin había elegido la cubierta 17 para su excursión nocturna. Quería estar solo y pensar sobre las conexiones: sobre la muerte de su familia, la llamada de Gerlinde Dobkowitz, la niña violada, los recientes cortes en el brazo de Anouk y el ataque a Elena, que también podría haberle tocado a él.

Cuando le quedó claro que sus pensamientos daban vueltas en círculos y necesitaba a alguien para apartarlo de los surcos profundos, había llamado a Diesel.

—Solo sabremos más detalles dentro de veinticuatro horas —dijo Martin—. No está claro con exactitud qué es lo que ha provocado las malditas hinchazones de su cara. El laboratorio del barco no está preparado para analizar lo que habían mezclado con la grasa del suelo de la cubierta del ancla.

—¿Y ahora quién se ocupa de la doctora cuando está enferma? —preguntó Diesel. Al fondo se oyó un silbido. Al principio de la conversación, Diesel había advertido a Martin que se estaba calentando un plato de raviolis con el mechero Bunsen. El redactor jefe tendía a no fiarse de los microondas.

—Jacques Gerard, su asistente —dijo Martin—. La doctora Beck ahora está en la habitación contigua a la de Anouk en la unidad de cuarentena.

Por supuesto, también había camas libres en la clínica oficial del barco, incluso algunas con función de balanceo que compensaban el movimiento de las olas, pero

esas camas solo estaban separadas por cortinas, como en los servicios de urgencias. Aunque en el *Sultan* ningún otro pasajero estaba recibiendo tratamiento clínico, por si acaso eso cambiaba el capitán quería evitar bajo cualquier circunstancia que un extraño viera a la doctora de a bordo en ese estado. Así que Martin había llevado a la desmayada doctora Beck desde la cubierta del ancla hasta Hell's Kitchen, donde un francés delgaducho con gafas de concha y la boca abierta le había inyectado a Elena de entrada una buena dosis de cortisona. Al menos eso había evitado el riesgo de asfixia. Ahora, siete horas después, la doctora seguía teniendo aspecto de haber participado en una desagradable pelea callejera, pero aunque malhumorada estaba estable.

—Menos mal que vuestro asesino no conoce tan bien las dosis de veneno —dijo Diesel.

«O puede que sí las conozca, precisamente».

Martin dudaba de que la muerte de la doctora o de algún otro hubiera sido la intención del criminal.

Era más factible que quisiera demostrarles de qué era capaz si no suspendían las investigaciones.

—Da igual que fuese un plan o un fallo, el ataque nos revela mucho sobre tu adversario —dijo Diesel después de que Martin hubiera compartido con él lo que pensaba.

—¿Y se trata de...?

—Primero: el violador de la niña sigue en el barco.

Martin se encogió de hombros.

—Por lo que podría ser tanto un miembro del personal como uno de los pasajeros.

—Más bien del personal, pues en segundo lugar tiene acceso a las zonas bloqueadas.

—Las llaves, sobre todo las electrónicas, son fáciles de reventar para cualquier pirata aficionado —replicó Martin.

—Puede ser. Pero lo importante es la siguiente pregunta: ¿quién sabía que queríais visitar la sala del ancla?

—El capitán, yo mismo... —Martin reflexionó—. Y el jefe técnico que tuvo que desbloquear la puerta.

«Y quizá doscientas personas más, según con quién charlara de todo esto Bonhoeffer».

—¿Qué es eso para un friki de la tecnología? —preguntó Diesel.

—Ni idea.

—Entonces, deberías cantarle las cuarenta, así como a Gerard Depardieu.

—¿Jacques Gerard?

—Ese mismo. No me creo que el ayudante no se volviera suspicaz y se preguntara dónde se metía su jefa todo el santo día. Comprueba a todos los hombres a los que se considere como violadores de Anouk, si son inteligentes y arrogantes.

Después de todo, en tercer lugar, el criminal podía prever vuestros pasos y, en cuarto lugar, es evidente que disfruta jugando jueguitos con sus víctimas.

«Con lo cual todo tu análisis es pura basura», pensó Martin.

Los delincuentes manipuladores solían contar con una inteligencia superior a la media y la capacidad de engañar a víctimas y policías mediante el arte de la transformación. Si los tenías enfrente, eran muy capaces de disimular sus auténticos rasgos de carácter. Los deprimidos presentaban sonrisas eternas, los sádicos se esforzaban por parecer mansos. Además, se trataba de una persona que mantenía ocultas a sus víctimas durante semanas y las torturaba, era obvio que se trataba de un psicópata que, de todos modos, no se ajustaba a parámetros normales. Y a perfiles de aficionado, tampoco.

—Y si yo fuera tú, a aquellos que tengas en el punto de mira les preguntaría sin reservas por su madre.

—¿Por qué? —preguntó Martin algo desconcertado.

—No estoy seguro de lo que puede significar. Solo es un cosquilleo en el estómago. ¿Sabes de lo que hablo? ¿A veces ruge y piensas que estás a punto de hacértelo en los gayumbos, pero después resulta que solo es un pedo?

Diesel no le dio tiempo a Martin para digerir esa desagradable comparación y siguió hablando.

—Así que, como me encargaste, he investigado más casos dobles, es decir casos de desaparecidos en alta mar en los que no se trataba de viajeros deprimidos con problemas de dinero, salud o pareja que es muy probable que hayan saltado por la borda de manera voluntaria.

—¿Y? —preguntó Martin—. ¿Qué has sacado de ahí?

—En primer lugar: aparte de Timmy y Anouk, en todo el mundo no hay más niños que hayan desaparecido en un crucero. Ni siquiera hay adolescentes que se hayan lanzado al agua de cabeza en los últimos diez años. Me parece sorprendente si pienso en todos los balcones a los que me he subido borracho cuando tenía dieciséis años.

Diesel parecía tener la intención de probar cuántos raviolis le cabían en la boca a la vez; sus siguientes palabras fueron incomprensibles.

—Por lo demás, jamás se han perdido otras dos personas a la vez.

«Lo que hace que el aumento de casos en el *Sultan* resulte aún más sospechoso».

—Pero tres veces en diferentes barcos ha desaparecido un progenitor en cada ocasión. Y lo chocante es que siempre era la mujer, que no volvía a aparecer. Te envió un *mail* con los nombres y las rutas.

—Un momento. —Martin se pasó la mano por el cráneo afeitado en el que en los últimos días había crecido una pelusa finísima—. ¿Significa eso que hay un asesino en serie que se fija en las madres?

—Ni idea. Tienes que averiguarlo todo. Ahora ya no tengo tiempo de jugar a miss Marple para ti. Primero tengo que seguir otra pista caliente.

—¿Cuál?

—El perfume de mi novia, que acaba de volver a casa del trabajo.

—Saluda a Ira —dijo Martin, y cortó la conexión con Skype.

Se estaba planteando hacerles otra visita a Anouk y Elena antes de dirigirse a su camarote cuando oyó un crujido detrás de él y, al mismo tiempo, notó un fuerte pinchazo en el costado.

Martin quiso llevarse la mano a la cadera, sorprendido por el enorme insecto que tal vez lo había picado tan lejos de la costa, incluso a través de una chaqueta de cuero, pero ya estaba tumbado en el suelo, incapaz de hacer otra cosa que ver cómo sus pies chocaban contra los tablones del barco todavía entre espasmos mientras que era como si por el punto del pinchazo en la cadera le estuviesen introduciendo lava ardiente en el cuerpo. Martin creyó que se estaba quemando por dentro y quiso gritar, pero la oscuridad que de pronto le envolvió la cabeza se lo impidió. Una oscuridad elástica que olía a plástico y que se le metía en la boca cuando intentaba tomar aire.

Ahora Martin sentía algo bajo los brazos que lo volvió a lanzar hacia arriba. El atacante debía de haberle dejado fuera de combate con una pistola eléctrica antes de ponerle una bolsa en la cabeza. Era lo único que podía haber causado su estado.

Martin notó que su cabeza golpeaba contra algo duro, se atragantó, pensó en Anouk y en su ordenador para dibujar en el que ahora hubiese escrito «SOCORRO» en mayúsculas y con doble subrayado. Paradójicamente, tenía en la lengua el sabor de los espagueti carbonara, el plato preferido de Timmy, el olor a plástico quemado en la nariz, los ojos llorosos, y pataleó en derredor agitando los brazos como un loco, aunque sin control y con escasa fuerza.

De repente, algo que parecía un palo le presionó la tripa.

La primera ola de dolor cargada de electricidad se debilitó y Martin notó que sus pies perdían contacto con el suelo.

La presión del palo contra su estómago fue más violenta cuando se cayó hacia delante.

Oyó a alguien toser, primero pensó que era él mismo, pero eso no era posible.

«Tengo la boca llena de plástico».

Los brazos empezaron a hormiguearle como si los hubiera metido en un congelador y ahora se derritieran poco a poco. Martin intentó quitarse el plástico de la cabeza, aunque sus manos chocaban con el objeto que le presionaba el estómago y en ese segundo se dio cuenta de lo que le pasaba.

«¡La barandilla!», gritó mentalmente. Su boca solo podía soltar un gruñido forzado.

«¡Estoy colgado de la barandilla!».

Boca abajo, inclinado hacia delante, como le indicaba la presión creciente en la cabeza.

Martin braceó hacia atrás, consiguió asirse a la barandilla de la borda y frenó su movimiento hacia delante. Sus dedos se aferraron a la madera. Se le clavó una astilla justo debajo de la uña del pulgar y creyó estar colgado boca abajo, con el palo presionándole el muslo.

«Aua», oyó la voz de su mujer confundida con la de Timmy, de las que apenas lograba acordarse debido al tiempo que había pasado desde la última vez que las oyó.

«El agua es una aua fenomenal».

Notó su propio peso que lo tiraba hacia abajo, que le apretaba las muñecas. Notó otro pinchazo, esta vez en la espalda. Notó que sus codos se doblaban.

Que sus dedos se soltaban.

Que caía.

Julia se tocó la frente. Notó el sudor. El reloj LED del televisor flotaba en la habitación iluminándola de rojo. 00:35. No había dormido ni una hora. La pesadilla de la que acababa de despertar y en la que veía a su hija con un vestido provocador y medio desnuda subiéndose al coche de un desconocido le había parecido mucho más larga.

Se preguntó qué la había despertado sobresaltada. Creía haber oído un ruido, primero un viento tempestuoso; después, un estampido, como cuando se cierra una puerta, pero eso también podía haber formado parte del sueño.

Que ya no pudiera seguir tumbada en la cama tal vez solo se debía a su vejiga llena.

A ciegas, tanteó la mesilla junto a la cama buscando el interruptor de la lamparilla. Un débil brillo azulado le ayudó a orientarse en el camarote.

Se levantó. El aire frío circulaba a través de la puerta del balcón, que siempre dejaba entreabierta por las noches. Aunque seguía envuelta en un grueso edredón de plumas y algodón egipcio, estaba muerta de frío y se preguntó por qué no había elegido un pijama de franela en vez de uno de seda con tirantes.

Medio atontada se dirigió al baño arrastrando los pies. Como de costumbre, la marejada afectaba su sentido del equilibrio. Los acostumbrados crujidos y gemidos de cada una de las ranuras de los muebles encajaban con su estado. Se sentía hecha polvo. Tenía la boca seca, le dolía la cabeza. Tenía que ir al lavabo, necesitaba un trago de agua, mejor uno con sabor a aspirina.

Entonces desapareció la mullida moqueta bajo los pies desnudos. Encendió una tenue lámpara de sobremesa, se agachó y tanteó un sobre. Todavía permanecía semioculto bajo la puerta de comunicación por debajo de la cual lo habían pasado.

«Para mamá», ponía en el anverso con la inconfundible letra florida y femenina de Lisa. Julia despertó del todo en el acto. Una sensación espantosa y conocida la dejó sin aliento.

Hacía unos años, Julia había oído unos gritos ahogados cuando estaba ante la caja de un supermercado del barrio Schweizer de Berlín. Primero pensó que una madre le estaba gritando a su obstinado hijo en el *parking*, pero los gritos se volvieron más histéricos. De pronto dos clientes y un empleado echaron a correr hacia la salida. Julia había cruzado una mirada de preocupación con la cajera y en su mirada descubrió la misma esquizofrenia morbosa que ella misma sentía. Indecisa entre el deseo de satisfacer su curiosidad y el temor de ser testigo de algo tan horrible que desearía no haberlo vivido jamás. Entonces la sensación contradictoria que la invadió en aquella ocasión se repitió. Solo que multiplicada por mil.

Tenía que abrir el sobre. Quería saber sin falta lo que ponía en su interior, aunque

casi estaba segura de que una carta que una hija le deja en secreto a su madre por la noche no podía significar nada bueno. Al igual que los lamentos de una madre en un *parking* concurrido en el que de repente ya no maniobra ningún coche.

Temblando, abrió el sobre, se cortó con el afilado borde del papel de carta cuando lo sacó, desdobló la hoja plegada por la mitad y leyó la nota de Lisa, que en realidad debería haber recibido dentro de unas horas, a las nueve, cuando sonara el despertador para desayunar juntas. Toda la carta constaba de una única frase, y esta a su vez solo de tres palabras:

Lo siento, mami.

Bastaba para que Julia sintiera un miedo que no era comparable a nada en el mundo por su hija.

—¿No quieres hablar de ello?

Timmy se puso de morros, pegó la barbilla al pecho todavía más y negó con la cabeza.

—¿Ya no te divierte el colegio?

Su hijo se encogió de hombros.

Martin lo observaba por la ventana, en cuya repisa se había apoyado.

Timmy estaba sentado en un escritorio de niño y se rascaba la rodilla por debajo del tablero de la mesa.

—Eh, no me refiero al suspenso en matemáticas —le dijo Martin a su hijo.

Eso solo era un síntoma. Uno de muchos que aparecían en los últimos tiempos: la increíble necesidad de dormir de Timmy, por ejemplo. Nadja apenas conseguía sacarlo de la cama por las mañanas, y ya tenía tres faltas por llegar tarde. Después, había dejado el tenis. Sin más. Martin y Nadja no eran padres que obligaban a su hijo a hacer algo, pero la decisión de un día para otro les había pillado desprevenidos. Pensaban que estaba contento y ansioso por la siguiente temporada, en la que tenía buenas posibilidades de ascender a la selección de Berlín. Si Timmy no hubiera tenido solo diez años, Martin habría supuesto que su extraño comportamiento se debía a penas de amor. Pero tenía que haber otra causa.

—¿Tienes problemas en tu clase?

Timmy alzó la vista. Asustado, Martin se dio cuenta de cuán cansado estaba su hijo. Casi tan cansado como él mismo.

—No. Va todo bien. Nadie que me haga comer döner, si te refieres a eso.

En el colegio de Timmy, llamaban «döner» a un puñado de hojarasca y porquería que los más fuertes de la clase juntaban en el patio de recreo para metérsela en la boca a los más débiles por diversión. Simplemente porque podían.

—Es por ti. Porque estás fuera tantas veces, y con mamá...

La voz de Timmy se quebró. Martin vio cómo se esforzaba desesperadamente para no llorar delante de su padre.

—Eh, ven aquí. —Se acercó a él, se arrodilló al lado del escritorio y lo abrazó.

Advirtió lo mucho que Timmy había adelgazado desde que las pausas entre las peleas conyugales fueron perdiendo intensidad hasta convertirse en una especie de fuego sin llama.

—Cuando mamá y papá se pelean, no tiene nada que ver contigo, espero que ya lo sepas.

Timmy asintió.

—Es todo culpa mía, grandullón. Estoy fuera demasiado a menudo. Pero te prometo que esto se acabará. Solo he de cumplir con una última misión, después

dimito y me busco un trabajo que pueda realizar desde casa. ¿Qué tal suena?

Su hijo se zafó del abrazo. Había escepticismo en su mirada. Se notaba que no quería dar crédito a las buenas noticias.

—¿Y entonces estarías siempre conmigo?

—Sí. Te lo prometo. Volveré pronto, y entonces siempre estaremos juntos.

Martin le dio un beso a Timmy en la frente y le revolvió el pelo.

Después se levantó, fue a la puerta y cogió su petate, que ya tenía hecho.

Abrió la puerta de la habitación de Timmy y se volvió una vez más, pues se había acordado de algo.

—Me temo que te he mentado, pequeño.

Timmy, que no se había movido del sitio, asintió.

Sus lágrimas habían desaparecido. Con expresión pétrea, dijo:

—Lo sé, papá. Nunca volveremos a vernos.

Timmy tragó saliva.

—Me moriré. Como te estás muriendo tú ahora.

—¿Yo?

—Sí. Ya lo sabes. El agua es agua. Y ahora mismo estás cayendo al...

Agua.

Dura.

Negra.

El dolor del choque arrancó a Martin de la inconsciencia llena de recuerdos. Una sensación, como si un gigante le arrancara la columna vertebral de la espalda, le atravesó desde el coxis hacia arriba hasta el cerebro. Al mismo tiempo, la presión en los oídos se hacía más fuerte cuanto más profundamente se sumergía.

Martin intentaba tomar aire, pero sus pulmones ni siquiera se llenaban de agua. Todavía tenía metida la cabeza en la bolsa. Al menos los brazos ya no eran de plomo y se pudo liberar de ella.

Desorientado, pataleó y agitó los brazos. Las botas le colgaban como pesas de los pies. La ropa se convertiría en un ataúd si no se la quitaba.

No había esperanza de regresar a la superficie con ella.

«Pero ¿de verdad quiero volver?».

Mientras el instinto de supervivencia mandaba en su cuerpo, Martin ya lamentaba en su cabeza haber sobrevivido a la caída.

«Te caes», oyó la voz de su hijo en el sueño, y tuvo que pensar en otro Tim. Tim Sears, uno de los pocos que había sobrevivido a un salto desde un crucero. Pero después de una borrachera él había caído del *Celebration* a las cálidas aguas del golfo de México desde veinte metros de altura. En las congeladas del Atlántico, Sears no habría aguantado diecisiete horas hasta al rescate.

Aunque... Tan fría no estaba. La corriente que el asesino había metido en el

cuerpo de Martin debía de haber cambiado la polaridad de la sinapsis de sus sentidos.

No sentía el millar de agujas que se clavaban en su rostro. El agua estaba fría pero no helada.

«¿Una corriente cálida?».

Martin pateó nervioso. Agotó sus fuerzas.

«Aire, necesito...».

Aire. Frío. Húmedo.

De repente, desapareció la presión en los oídos.

La cabeza de Martin atravesó la superficie del agua. Gritó para inspirar oxígeno. Y contó con lo peor: flotar plenamente consciente en el océano ondulado durante la negra noche. No ver luces. Ni las del *Sultan*, que había seguido navegando sin que alguien hubiera dado la alarma. Ni las de las estrellas en un cielo cubierto de nubes.

Con lo que no contaba era con el brazo con el que chocó. Y la risa que oyó.

Entonces, una fuerza que no podía explicar movió a Martin. Notó un tirón y el agua bajo su espalda se endureció.

Y mientras la risa crecía y una mujer con acento británico y voz de pito gritaba: «Me parece que está totalmente ebrio», Martin alzó la vista y la dirigió a la oscura figura con capucha apoyada en la barandilla. Hacia la persona sin rostro que lo había dejado fuera de combate con una pistola eléctrica en la pelea en la cubierta nudista, le había puesto una bolsa en la cabeza y lo había arrojado por la parte frontal de la cubierta para lanzarlo por encima del pretil cinco metros más abajo, a la piscina exterior del *Sultan*.

La puerta de comunicación interna no se abría. Lisa había corrido el pestillo de su lado y no reaccionaba. Ni a los golpes que aporreaban la puerta ni a los estridentes gritos de terror de Julia.

—Lisa, tesoro. ¡Abre!

«La llave, ¿dónde está la maldita llave?».

La suya estaba metida junto a la puerta en un pequeño cajetín gris marengo empotrado. Pero ¿dónde estaba el duplicado de la llave del camarote de Lisa? Hasta el día anterior seguía sobre la cómoda, justo al lado del teléfono, pero ahora el sobrecito con el escudo de la naviera en el que había guardado la llave estaba vacío.

«¿Cómo es posible?».

Julia tiró algunos prospectos y revistas de la mesa, levantó su bolso y una carpeta. Nada.

«Oh, Dios mío, Dios mío...».

Reprimió el impulso de salir gritando y corriendo al pasillo para lanzarse contra la puerta de Lisa, y levantó el auricular. Los inquietos pitidos en la oreja le dificultaron la concentración.

—Servicio de habitaciones.

—Limpieza.

—Lavandería.

—Spa...

Diez teclas de marcación directa. Ninguna rotulada con la palabra PÁNICO.

«1310... 1310...».

Iba a llamar a recepción cuando recordó el número de la extensión de Daniel.

Después de cuatro tonos, respondió con un soñoliento «¿Hola?».

—Ella... ella se... —La voz de Julia se quebró. Solo entonces se dio cuenta de que estaba llorando.

—¿Lisa? ¿Qué le pasa? —La voz del capitán sonaba mucho más despierta.

—Creo que ella... ella... se... hará daño.

No tuvo que decir más. Daniel le aseguró que estaría con ella al cabo de dos minutos y colgó.

«¿Dos minutos?».

Mucho tiempo si te están arrancando las uñas. Mucho más si temes que carne de tu carne y sangre de tu sangre podría estar quitándose la vida.

«Ahora. En este instante».

Julia no podía esperar. Abrió la puerta del balcón.

Un viento frío y húmedo la recibió, se golpeó el pie desnudo con una hamaca, oyó el bramido del océano, que en su oído sonaba como el aullido de un animal salvaje

que abre las fauces para devorar todo lo que se encuentre al alcance de sus colmillos.

—¿Lisa? —chilló hacia el rugido.

Los balcones estaban separados por una mampara blanca de plástico rígido. Julia se inclinó al máximo sobre la barandilla para otear por la derecha hacia el otro lado de la mampara, al balcón de Lisa.

«¡Luz!».

Las luces del techo estaban encendidas y, como las cortinas de la puerta que daba al balcón no estaban corridas, también iluminaban un trozo del balcón de Lisa.

«Así que aún está en el camarote», pensó Julia aliviada. Hasta que el péndulo del miedo, que por una fracción de segundo se había alejado, volvió a golpearla con furia. Por motivos de ahorro de energía, la corriente se cortaba en cuanto uno retiraba la llave del cajetín al salir de la habitación. Las lámparas y la climatización se apagaban. Por lo general, un camarote iluminado era señal de la presencia de su ocupante. Pero también podía ser que no se hubiera llevado la llave.

«O que haya elegido otra salida».

Julia tenía la sensación de que le había alcanzado una ola cuando se inclinó aún más hacia delante.

Demasiado lejos para tener una posición segura.

El viento le escupía la cara. La llovizna le humedecía las cejas. Lluvia y lágrimas. Su visión se volvió borrosa. Parpadeaba, lloraba, gritaba.

¡Y entonces las vio! Las botas. «Las botas de Lisa». Estaban en el suelo, entre la cama y el mueble del televisor, medio cubiertas por una colcha bajo la que parecía ocultarse también el resto del cuerpo de Lisa.

El cerebro de Julia activó el modo de instinto primitivo. Era una madre. Su hija acosada le había escrito una carta de despedida. Le había robado la llave del camarote. Se había encerrado. No reaccionaba a sus llamadas. Y yacía inmóvil en el suelo.

No debía pasar por alto la idea de que Daniel estaría con ella en pocos segundos. Pero no llegaba. «Una mano en la mampara, la otra en la barandilla. Un pie en el pretil inferior. El otro en el segundo...».

Los remontó de forma automática.

Solo se dio cuenta de que corría peligro de muerte cuando se puso de pie en la barandilla del balcón y, sujetando fuertemente con las manos la pared de separación, intentó levantar un pie para apoyarlo de nuevo en la parte de barandilla de Lisa. Y... resbaló.

El pie desnudo seguía entumecido por el golpe contra la hamaca. No notaba dolor. Pero tampoco que la planta húmeda ya no estaba pegada a nada.

De repente, todo el peso de su cuerpo tiraba de sus brazos. No tenía opción. La pared de separación debería haber ofrecido una hendidura, un agarre o cualquier otro punto al que sujetarse. Pero así, tras los pies también sus manos resbalaban.

Y su cuerpo se deslizó hacia abajo.

Julia gritó, pero el bramido del mar era aún más intenso y sonoro. La fiera escupió sangre al ver a Julia colgada de la barandilla, justo entre los camarotes. Al caer, había logrado agarrarse a la barra superior de aquella. Pero era de madera, demasiado ancha para sus pequeñas manos, demasiado húmeda para sujetarse mucho tiempo. Y Julia estaba demasiado agotada, demasiado débil y era demasiado pesada.

«No mires abajo. ¡Mira hacia arriba!», se ordenó a sí misma como si eso cambiara algo. Como si pudiera hacer desaparecer el mar limitándose a cerrar los ojos.

El viento tiraba de ella como de una bandera. Julia cerró los ojos y notó cómo los dedos se deslizaban poco a poco por encima de la redondez de la barandilla.

«Lo siento».

¿Era esa la última frase? ¿El último mensaje de su hija en esta vida?

Gritó una última vez el nombre de su hija y oyó el suyo como eco.

«¿Julia?».

Alguien lo gritaba desde cierta distancia, pero no era su hija la que lo gritaba. La voz de Lisa no era tan grave. Y no, sus manos no eran tan fuertes.

—¡Te tengo! —gritó el hombre cuyo rostro de pronto flotó por encima de su cabeza. Y volvía a izarla en el último segundo hasta el balcón del barco.

Una vez más hasta la pesadilla.

Tiago estaba tumbado en la cama y sudaba. En su nuevo camarote no funcionaba el aire acondicionado, lo que de por sí ya era motivo suficiente para que el número 4337 estuviera vacío. Que el agua de la ducha goteara con la velocidad de fluidez de la miel y que el dormitorio apestara a orín de gato hacía que, en definitiva, el camarote fuera inhabitable.

Si hubiera tenido la opción habría buscado un refugio mejor, pero el ordenador de la recepción al que Stacy le había dejado echar un rápido vistazo no había mostrado una alternativa más idónea. Dos mil ochocientos noventa y ocho pasajeros. Todos los camarotes del *Sultan* estaban reservados, a excepción del desastroso camarote en el que llevaba veinte horas escondido.

«¡Menuda mierda de viaje!».

Tiago estaba sentado en la cama con la espalda apoyada en la acolchada pared del camarote y con el mando a distancia iba cambiando el canal del televisor con el volumen puesto muy bajo. La luz estaba atenuada, la ranura de la puerta tapada con toallas para que nadie notara al pasar que el camarote estaba ocupado.

«Menuda pesadilla».

Ni siquiera había alcanzado a robar el total del precio del viaje y encima estaba condenado a pudrirse el resto de la travesía en esa sauna con olor a humedad.

A Tiago le sonaban las tripas, hacía tiempo que había digerido los cacahuetes envasados del minibar, pero su sensación de hambre aún no era lo bastante intensa como para atreverse a salir.

Fuera. Con los matones que, con total garantía, hacía tiempo que sabían quién era él y solo aguardaban a que reapareciera.

«¿Nos has estado espionando?».

Apenas había dormido y había pasado la mayor parte del tiempo en su nuevo alojamiento pensando en su desagradable situación. Le parecía oír una y otra vez las palabras del oficial: «Vas a morir».

Moriría como el canal 5 del televisor del barco al que se había quedado enganchado y que mostraba las imágenes de ciertas cámaras exteriores. Del puente, en la dirección de navegación y hacia popa. En este momento, a estas horas, todas estaban en negro. Solo un rótulo móvil en el borde inferior de la pantalla ofrecía un cambio y revelaba a Tiago que surcaban las aguas a 19,4 nudos, con marejada moderada y lluvia en dirección oeste.

«¿Cómo he acabado en este embrollo?».

Hechos: había sido testigo de una extorsión violenta. Al parecer había una niña a bordo, una posible polizón, y la limpiadora conocía el secreto que, en opinión del líder, valía un montón de dinero. Tanto dinero que merecía la pena alimentar a la

camarera de habitaciones con astillas de cristal.

«¿O acaso estoy paranoico?».

Quizás ese par de locos ya no sentía interés por él. Cuanto más tiempo transcurriera sin que se presentara el testigo de un ataque violento, tanto más seguros se sentirían.

«Tal vez. Quizás. A lo mejor».

Las palabras más inseguras del mundo.

Tiago no habría llegado tan lejos si formara parte de la lengua que solía utilizar. Aquí, en este retrete de gatos sin ventanas, estaba en el lugar más seguro de todo el barco. El camarote 4337 no estaba en ningún plan de limpieza. Nadie sabía que él estaba allí.

«Ojalá».

Pensó si debería coger una bebida más del minibar, y se levantó. Las pocas provisiones que por lo visto habían olvidado en la nevera no durarían mucho. Aún había dos zumos, cuya fecha de caducidad por supuesto ya había pasado, un refresco de cola *light* y, por lo demás, solo bebidas alcohólicas.

Tiago dejó la puerta de la nevera abierta y acercó su pequeña maleta a la luz del minibar. Una anticuada caja con apariencia de piel de serpiente marrón que había heredado de su padre. Era de la época en la que una maleta con varilla telescópica y ruedas se consideraba un trasto para mujeres.

«Los hombres de verdad llevan su peso», era la opinión de su padre. Una opinión que le había dado de forma literal junto con esa maleta. Tiago la abrió. El lateral estaba lleno de bebidas. Antes de mudarse había vaciado el minibar de su antiguo camarote con sabia previsión. Para que su huida no llamara la atención y, en lo posible, no se notificara su desaparición, debía regresar al camarote de vez en cuando; por lo menos una vez al día para revolver las sábanas, arrojar algunas toallas en la ducha y dejar la propina de costumbre en la almohada.

La única cuestión era: ¿cuándo?

¿Ahora, en mitad de la noche, cuando los pasillos estaban vacíos? ¿O solo quizá dentro de unas horas, a las nueve, cuando la hora punta del desayuno la muchedumbre lo protegería en caso de ataque y alguien pudiera acudir en su ayuda?

Confuso, se quedó mirando la lata de tónica como si esta pudiera tomar la decisión por él. Entonces su mirada se posó en el sobre que había sustraído sin querer del camarote de Lisa Stiller. Estaba encima de su ropa.

Tiago lo cogió.

Hasta ahora lo había mantenido oculto. Era un ladrón, pero no un cotilla. No husmeaba así como así por diversión en la esfera privada de los demás y, como el sobre no contenía dinero (eso lo había comprobado con un rápido vistazo), no le había interesado el contenido de la carta.

«Por otra parte...».

¿No podía tratarse de un documento importante? Al fin y al cabo, el sobre daba

una impresión refinada y oficial. ¿Y si la pequeña Lisa necesitaba el escrito? ¿Y si por ejemplo se trataba de un certificado médico en el que estaba apuntada la dosificación de un medicamento vital?

Tiago tuvo que reírse de sí mismo. Era más probable que en el sobre hubiera un billete de lotería que garantizara un premio gordo en el próximo sorteo. Solo buscaba una excusa para satisfacer su curiosidad, y eso también le recordó un refrán de su padre: «Cuando una mujer acaricia una cabeza, a veces lo único que quiere es averiguar sus secretos».

Tiago acarició el pliegue del sobre y ya no pudo resistirse.

Sacó una carta de dos hojas y, al desdoblar la primera, olfateó un aroma de lavanda.

«Quizás es una carta a su primer novio», pensó, y la letra de aspecto casi artístico lo sorprendió.

Encabezada por una *P* curvada hacia delante, la *l* con un giro elegante que daba paso a una *a* muy clara que, como la *n*, presentaba rasgos casi vivos.

Las letras eran bellísimas. Todo lo contrario a las palabras que formaban. Y que el horrible texto que componían.

«Plan», leyó Tiago, y a partir de la primera frase sus ojos volaron de línea en línea, saltaron de párrafo en párrafo. Y cuando llegó al espeluznante final y pasó a la segunda página en la que estaban apuntadas las posiciones de todas las cámaras de seguridad del *Sultan*, supo que no podía quedarse ni un segundo más en ese camarote.

Julia se tambaleó. Ni siquiera se había concedido diez segundos. Tosiendo, jadeando y temblando de agotamiento, se había levantado apoyándose en el brazo de Daniel Bonhoeffer. Ahora tenía que sujetarse al marco de la puerta corredera para no volver a caer. Su salvador estaba a su lado con las manos extendidas por si acaso tenía que volver a sostenerla.

—¿Dónde está? —resolló Julia. Había gritado hasta quedarse afónica. Todavía tenía los dedos blancos debido a la fuerza con la que se había agarrado a la barandilla. Le temblaban las piernas, notaba cómo se le formaban grandes hematomas en las rodillas. Al parecer se las había golpeado contra el casco hasta sangrar, al igual que se había mordido los labios por el esfuerzo. Sabía a sangre.

—¡Dónde... está... mi... hija! —chilló, señalando la cama vacía.

A sus pies estaban las botas. Bajo la colcha, en el suelo, solo había unos cojines. Ningún cuerpo. Ninguna Lisa.

—¿Dónde? —le gritó a Daniel, pero el capitán se encogió de hombros.

—Hemos llegado tan rápido como hemos podido.

Señaló a un oficial de rostro bronceado en la puerta del camarote con el pelo rubio muy revuelto, que, sin embargo, parecía tener cada mechón en el sitio previsto.

—Veith Jesper, uno de nuestros oficiales de seguridad —lo presentó.

—Lo he registrado todo —dijo el guaperas dándose importancia. Como si el registro de un camarote de trece metros cuadrados en busca de una adolescente requiriera una formación de analista del FBI.

Veith tenía los ojos azules enmarcados por unas pestañas claras que estaban más pobladas que las entradas de Daniel. Parecía al menos diez kilos más delgado que el capitán, pero aun así más fuerte.

—Aquí en el camarote no está —explicó lo obvio. La puerta del baño estaba abierta, la puerta que comunicaba las dos habitaciones seguía cerrada con pestillo y debajo de la cama ya había mirado ella misma.

—¿Os la habéis cruzado? —preguntó Julia.

«¿Quizá solo se trataba de una mala jugarreta? ¿Quizá Lisa ha huido al oírme llegar?».

—No. —Daniel y Veith negaron con la cabeza a la vez.

—Además, eso casi hubiera sido imposible —dijo Veith Jesper. Sin compasión, señaló la puerta.

A pesar del pánico que le había crecido a Julia como una segunda cabeza, comprendió a qué se refería el oficial de seguridad.

«La cadena».

Se balanceaba junto al marco de la puerta. Rota. Arrancada.

Daniel había tenido que romperla cuando irrumpieron en el camarote.

«¡Porque Lisa había puesto la cadena por dentro!».

Al igual que había echado el cerrojo a la puerta de comunicación por su lado.

—¡No!

Julia se presionó la boca con ambas manos, se mordió los dedos y una vez más, se volvió hacia el balcón.

Había dos puertas por las que se podía abandonar el camarote.

Y Lisa no podía haber usado ninguna de las dos.

Toda persona que entra en su vivienda con la confianza fundada de estar sola se lleva un susto de muerte si de repente oye una voz en la penumbra. Aunque la voz diga con calma: «Por favor, no se asuste».

Martin dio un respingo, en un acto reflejo cogió una pesada lámpara de sobremesa de la cómoda del vestíbulo de su *suite* ante la expectativa de volver a ser atacado. Pero solo se trataba de Gerlinde Dobkowitz, que se acercó a él con una gran sonrisa. Llevaba un floreado vestido de verano de manga larga con un fular de seda verde que colgaba hasta los radios de la silla de ruedas en la que estaba sentada.

—¿Cómo ha entrado? —preguntó Martin entre sorprendido y furioso. Volvió a poner la lámpara en su sitio. Gerlinde se acercó. Los neumáticos grises de su silla de ruedas dejaron unos surcos profundos en la moqueta.

—Usted me ha dejado entrar.

Gerlinde señaló detrás de ella a una mujer delgada, que se levantó, tímida y pálida, de una silla en la que se había sentado en el salón con las rodillas juntas.

Llevaba el anticuado uniforme de camarera de habitaciones compuesto de falda negra, delantal blanco y cofia ridícula que era habitual en el personal de limpieza del *Sultan*. Al contrario que Gerlinde, parecía sentirse totalmente fuera de lugar. Se levantó a la luz de una lámpara de arco, tragó saliva con dificultad y se sujetó el cuello con la mirada gacha, sin acercarse y sin pronunciar palabra. Martin calculó que tendría veinte y muchos años. Tenía rasgos indios y su natural tono de piel canela parecía insólitamente pálido.

—Ella es Shahla —explicó Gerlinde—. Llevo todo el día esperándolo para poder organizar un encuentro, pero usted no ha considerado necesario pasarse por mi camarote siquiera un minuto. —Gerlinde torció el gesto. Sonaba como una abuela ofendida que reprende a su nieto por no pasar a verla lo bastante a menudo—. ¡Ni siquiera una llamada de teléfono!

—Es la una de la noche pasadas —dijo él.

—Mi hora oficial de la ronda.

—¿Y por eso ha pensado en forzar la entrada de mi camarote sin más?

Martin se quitó la chaqueta de cuero empapada, lo que le supuso cierto esfuerzo. Era como si en la espalda, con la que había golpeado el agua, todas las vértebras se hubieran desplazado. Como muy tarde, mañana temprano estaría tieso como una tabla.

—He pensado en informarlo sobre los últimos acontecimientos. Han atacado a Shahla.

«Bienvenida al club».

—Han intentado saber algo de la niña, lo que significa que el culpable sigue a

bordo... —Gerlinde se interrumpió y se colocó bien sus monstruosos anteojos que se habían deslizado demasiado hacia delante, hasta la punta de la nariz—. Hum, dígame, ¿me equivoco o del susto se acaba de mear encima?

Ella señaló la mancha húmeda en la moqueta entre las botas de Martin.

—He ido a nadar —respondió Martin lacónico, lo que parecía ser una respuesta suficiente para la excéntrica crucerista, pues ya no hizo más preguntas sobre su ropa chorreante.

—Okay, señora Dobkowitz, Shahla... —Saludó a la temerosa camarera con la cabeza—. Para todos nosotros hoy ha sido un día duro, ahora me gustaría estar solo.

«Para quitarme esta ropa. Para tomar una ducha caliente. Y una bañera llena de ibuprofeno».

Los últimos restos de sus fuerzas los había malgastado rechazando la ayuda de las manos de la joven británica que lo había sacado de la piscina y, entre las risas del grupo que le había tomado por un borracho, cojeando de regreso a la cubierta nudista donde el individuo que desde allí lo había empujado al vacío hacía tiempo que se había esfumado en el aire, por supuesto.

Al menos Martin había recuperado su móvil. Debía de habersele caído de la mano antes del batacazo. La pantalla estaba algo astillada, pero aún funcionaba. Al agacharse entre dolores para recogerlo, vio que el programa de Skype seguía abierto. En el campo de mensajes de texto, el atacante le había dejado uno:

Timmy está muerto. La próxima vez tú también lo estarás.

Primero Elena y ahora él. Ambos habían recibido sus advertencias. Por supuesto, a Martin le importaba un comino, pero si ahora no lograba dormir al menos una hora, pronto ya no sería capaz ni de encontrarse los cordones de los zapatos, y mucho menos a la persona que al parecer conocía las razones de la desaparición de su familia.

—Sigamos mañana temprano —le dijo a Gerlinde, pero ella no le prestó la menor atención.

—Dile lo que te ha pasado —animó a Shahla.

La muchacha carraspeó, pero no dijo nada. Era evidente que tenía miedo.

—Cielos, quizás esté estropeada. —Gerlinde echó pestes. Después, se dirigió a la limpiadora—: Casi te matan, niña, y eso poco después de que vieras en mitad de la noche cómo Anouk Lamar resucitaba de entre los muertos. Hombre, Shahla, eso no puede ser casualidad. Si ya no quieres hablar conmigo, entonces hazlo con él. —Señaló a Martin—. Dile quién ha sido. Él es de la policía, puede ayudarte.

Shahla negó con la cabeza con gesto impasible y los labios muy apretados.

Martin sabía que la camarera aún no estaba preparada para hablar de lo sucedido, mucho menos con un extraño y, como en estos momentos él tampoco estaba en condiciones de dirigir un interrogatorio ni de mostrarse comprensivo, dijo:

—Sugiero que sigamos hablando cuando todos hayamos descansado.

—Bien, de acuerdo —dijo Gerlinde, y sonó a «¡Menudo huevón!»—. Pero, entonces, al menos échele un vistazo a la linterna para que el camino hasta aquí no haya resultado en vano.

—¿Qué linterna?

—Esta. —Gerlinde la cogió del soporte para bebidas del reposabrazos de su silla de ruedas—. Supongo que siempre estaba encendida a juzgar por las pilas agotadas. —Encendió la pequeña linterna y demostró lo reducido que era el haz de luz, apenas perceptible—. Se lo habría contado mucho antes si no hubiera salido huyendo de mi camarote como un derviche solo porque mencioné el nombre de Bonhoeffer.

Martin le lanzó una mirada recelosa.

—El osito de peluche no fue lo único que Anouk tiró a la basura.

Él se encogió de hombros.

—De acuerdo. ¿Así que también tenía una linterna cuando la encontraron?

«Además del osito». Gerlinde asintió.

—Bueno, no es tan lento en comprender como suele simular.

—Sí lo soy. ¿Qué se supone que significa esto?

—Que por fin existe la primera prueba de mi teoría acerca de la cubierta de las Bermudas.

Martin recordó las palabras de doble subrayado en el tablón del estudio de Gerlinde.

—¿Qué diablos es la cubierta de las Bermudas? —Cometió el error de preguntar. De este modo, le había dejado a la vieja una puerta abierta que ella aprovechó en el acto.

—Se lo diré enseguida. Primero, otra pregunta: ¿por qué esconden a la niña?

—Confiscar el barco cuesta millones —dijo él señalando la puerta—. Por favor, señora Dobkowitz...

—Y hace peligrar el trato con el inversor, cierto. Pero antes o después el FBI se presentará a bordo de todos modos.

—No si la niña vuelve a desaparecer.

—Oh, sí, desaparecerá. Por supuesto que volverá a desaparecer. Pero solo cuando puedan presentar a las autoridades una teoría del encubrimiento.

—He oído decir algo parecido al capitán —murmuró Martin, por desgracia no lo bastante bajo como para que Gerlinde no lo oyera.

—¿Bonhoeffer? —berreó Gerlinde agitada—. No le crea ni una palabra, está metido hasta el fondo. Le diré lo que pienso: nadie tiene la intención de matar a la niña. La pobre criatura únicamente debe desaparecer lo más rápido posible y regresar al lugar de donde ha salido, de modo que no lleve a que las autoridades la busquen por todo el barco.

—¿Y cómo funcionaría eso? —preguntó Martin, ahora curioso.

—Presentando a las autoridades un culpable y un escondite falsos para desviarlos

del verdadero culpable y del auténtico escondite.

—¿Por qué haría la naviera tal esfuerzo? —Martin se quitó las botas con la esperanza de indicarle sus deseos con toda claridad. Si eso no servía tendría que echar a la vieja con sus propias manos.

—Porque el auténtico negocio del *Sultan* no es el transporte de pasajeros, sino lo que sucede en la cubierta de las Bermudas. Aquí. —De debajo de su trasero, sacó una funda transparente con un montón de páginas mecanografiadas—. Ese es precisamente el tema de mi libro, en el que llevo años trabajando con Gregor.

Se humedeció el pulgar y, tras pasar algunas hojas, cogió una página y se la alcanzó a Martin.

—Lea el último párrafo.

Con los pies descalzos y la camisa desabrochada, cogió la hoja con la mano. Sospechaba que, al final, cualquier protesta le llevaría más tiempo, así que la leyó en voz alta:

«Como siempre, Gerlinde estaba asombrada del tamaño de su miembro viril que se erguía ante ella, pero ahora no era el momento de entregarse a los placeres que su precioso cetro...». Alzó la vista, estupefacto. Ella le hizo una señal malhumorada para que siguiera leyendo... «prometía. No antes de saber si el hombre que le había proporcionado los orgasmos más maravillosos de sus setenta y tres años de vida no vivía en el camarote 8056, sino que en realidad trabajaba en una cubierta intermedia secreta que no constaba en ningún plano y en la que a intervalos regulares desaparecían pasajeros para siempre, y debido a ello también conocida como...».

—Cubierta de las Bermudas —completó Gerlinde la lectura de Martin en tono exageradamente amenazador—. Es una novela con tintes autobiográficos. He convertido a la protagonista en alguien más joven.

«Pero no menos chalada, al parecer».

—Bien, ahora pregúnteme.

—¿Qué?

—Qué pasa en la cubierta.

—A decir verdad, lo único que quiero es...

—Tráfico de personas —se respondió a sí misma—. Aún no estoy segura de si los pasajeros desaparecen contra su voluntad o si incluso llegan a pagar por ello.

—¿Pagar?

Martin se rio y fue al baño, ya que ella no daba muestras de cumplir su petición de abandonar el camarote con Shahla.

—Ahora no ponga los ojos en blanco. —Le oyó decir a través de la puerta cerrada del baño—. Criminales, evasores de impuestos, refugiados. Hay suficientes personas ricas que quieren comprar una nueva vida a cambio de dinero, como agente encubierto lo sabe mejor que nadie. Y en ningún otro lugar del mundo se puede uno desvanecer en el aire con tanta facilidad como en un barco como este.

—¿Ha terminado? —preguntó Martin, que entretanto se había quitado toda la

ropa y se había secado.

Por lo visto, no, pues ella siguió hablando a través de la puerta.

—Los clientes pagan dos milloncetes. Oficialmente se declara su desaparición como suicidio, de ahí que haya tantos casos en los que en realidad se dice: «¿Una salida voluntaria? No cuadra». Y los que dudan tienen razón, pues extraoficialmente las supuestas víctimas se esconden...

—¿... en la cubierta de las Bermudas?

—Sería posible. Pero quizá también podría ser un programa de protección de testigos público. En ese caso, incluso hay un quirófano con un cirujano plástico que proporciona un nuevo aspecto a los pasajeros.

Martin negó con la cabeza y se envolvió en un albornoz.

—¿Y cómo encaja Anouk en su teoría?

—Muy fácil. Su madre la metió en el programa, pero la pobre pequeña no tiene ganas de una nueva vida. Las experiencias en la cubierta de las Bermudas deben de haber sido tan dramáticas que ha huido. Esa es la verdad, y es tan explosiva que incluso se tortura a los testigos para averiguar cuánto ha visto la pobre camarera.

Martin salió del baño.

—Okay, señora Dobkowitz. Por ahora ya basta.

Vio que Shahla quería abandonar el camarote, pero Gerlinde le bloqueó el camino con la silla de ruedas.

—Solo una última pregunta, después desapareceremos: ¿ha buscado en internet alguna vez planos de las cubiertas inferiores del casco de un crucero?

—No.

—No se moleste. Porque no los encontrará ahí. Debajo de la cubierta 3, todo es secreto. No hay bocetos a los que uno pueda acceder públicamente. —Gerlinde se volvió hacia la camarera—. Shahla, cuéntale lo que te dijo el capitán sobre la niña.

La joven reaccionó ante la anciana como una colegiala ante su maestra a principios del siglo pasado.

—Dijo pensaba era fantasma —respondió.

—¿Y eso?

—De golpe estar ahí. Justo delante de él. Aunque en ninguna parte puerta. Entonces, echar a correr.

—¿Lo ve? —Gerlinde miró a Martin con elocuencia—. Anouk apareció de repente como de la nada, se plantó en medio de un pasillo vacío que yo ya había descartado sin que hubiera en los alrededores puerta alguna.

—Y llevaba consigo una linterna —añadió él sarcástico.

—Una linterna con pilas agotadas, correcto. Porque tuvo que buscar la salida secreta durante mucho tiempo.

Martin se tocó la frente y, después, agarró la silla de ruedas.

—¿Así que usted afirma que la naviera prefiere entregar a las autoridades a un asesino en serie psicópata como culpable y preparar un camarote en alguna parte que

pueda hacerse pasar por un calabozo en vez de correr el riesgo de que descubran esa cubierta de las Bermudas en un registro del barco?

—¡Lo ha entendido! —lo elogió Gerlinde mientras Martin la empujaba hacia la puerta de la habitación—. Anouk no debiera haber vuelto a aparecer jamás. Pone en riesgo todo un modelo de negocio multimillonario. Eso bastaría para que no informaran a las autoridades.

—Perdone, pero eso es una absoluta tontería.

—¿Ah, sí? —Ella volvió la cabeza hacia atrás señalando a la vez la puerta—. ¿Y cómo explica entonces...?

Se detuvo en mitad de la frase y se quedó con la boca abierta.

—¿Qué? —preguntó Martin volviéndose. Shahla estaba dos pasos detrás de él, con la cabeza inclinada, como si escuchara con atención.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, y entonces también se dio cuenta.

«El barco. Los ruidos».

Las omnipresentes vibraciones sonoras de los generadores habían cesado.

El *Sultan* se había detenido.

Demasiado tarde.

Tiago vio de lejos la puerta abierta del camarote a través de la cual una luz clara como la de los faros de un coche iluminaba el pasillo, y supo que ya no llegaba a tiempo para poder evitar la desgracia.

«¡Si hubiera abierto el sobre un poco antes!». Con la carta de Lisa en la mano, pasó despacio por el camarote que el día anterior mismo había registrado buscando dinero. Ahora reinaba una actividad poco habitual para esa hora. No podía ni ver ni oír a las personas que ocupaban el interior, pero sus cuerpos proyectaban sombras temblorosas en el pasillo cada vez que cruzaban el haz de luz que surgía del camarote.

Se detuvo y pensó si todavía tenía sentido presentarse. Tiago sabía por qué estaba abierta la puerta. Qué habían ido a buscar las personas que había dentro. Lo ponía en la carta que entonces volvió a guardar en el bolsillo del pantalón.

Además, era consciente de que ya no se oía el ruido de los motores. El barco se balanceaba, pero no sentía las vibraciones. Justo cuando apoyó las yemas de los dedos en el pasamano de la pared, él salió del camarote.

«Mierda».

Tiago se volvió, por desgracia no lo bastante rápido. El oficial de seguridad lo había reconocido.

—Eh. —Oyó gritar al hombre que había torturado con el trozo de cristal a la camarera, y ya solo ese «eh» sonó como si las astillas no bastaran ni siquiera como entrante para el menú que tenía en mente para Tiago.

Tiago cometió el error de volverse. Estaban solos en el pasillo. Él y el oficial, que se puso a esprintar sin que se percibiera transición.

«Putá mierda».

Tiago regresó corriendo por el pasillo por el que acababa de llegar. Con el «pum, pum, pum» de unos pesados zapatos sobre la gruesa moqueta en el oído, acompañado del murmullo de su propia sangre, la banda sonora de su creciente miedo.

Abrió de golpe la puerta batiente con un hombro en dirección a la escalera y apretó los botones del ascensor; cuando ninguno se abrió, corrió escaleras abajo sin pensarlo, pues si lo hubiera hecho habría sido consciente de que así corría en dirección a la bodega del barco, ¡una dirección que el surfero conocía bien!

Entró a toda prisa en un pasillo ancho. Un letrero metálico le reveló dónde se encontraba.

«Cubierta tres. ¿Adónde? ¿Adónde ir?».

Las tiendas estaban cerradas, el atrio vacío, el teatro cerrado. Se detuvo, y miró alrededor.

«El casino. Aquí está el casino. Y está abierto las veinticuatro horas...».

¡Crac!

Oyó crujir sus propios huesos cuando cayó al suelo como si le hubiera alcanzado una bola de demolición.

Tiago intentó tomar aire, pero algo le cubría la cara. Algo cubría todo su cuerpo.

Notó una patada entre las piernas y una apisonadora de dolor le subió desde el abdomen por la médula espinal. Algo tiraba de él, la cabeza le golpeaba contra algo (¿o algo le golpeaba la cabeza?), pero ni toda la fuerza del mundo podría soltarle las manos con las que se presionaba la entrepierna sin que por ello aliviara una pizca el dolor que hacía que le estallaran los testículos.

Se dio cuenta de que rozaba un listón de metal con los labios, quizás un perfil del suelo, pero mantuvo los ojos cerrados porque todos sus músculos estaban contraídos y ni siquiera controlaba los párpados. Tiago sufría un calambre en todo el cuerpo.

—Te tengo —dijo el oficial. Muy cerca, una puerta se cerró de un portazo.

Tiago se volvió de lado, le caía saliva de la boca. Miró en derredor. Intentó hacerse una idea del lugar al que lo había arrastrado el oficial. La apisonadora seguía aparcada en sus testículos, avanzando y retrocediendo para que no se enfriara la llama de dolor.

Tiago vio las patas de la silla, un colchón, una puerta. Olió la flema y el moco que le salía de la nariz y tuvo que volver a cerrar los ojos porque no quería ver que vomitaba.

Pero antes de devolver los cacahuetes, que eran lo último que había comido, le separaron los maxilares y notó un particular sabor metálico en la boca que no era el de la sangre, pues en su infancia le había sangrado la nariz lo suficiente como para distinguirlo.

Entonces volvió a abrir los ojos. Vio la cara descompuesta de ira del oficial por encima de la suya. Y notó cómo le empujaba más a fondo en la faringe el cañón del revólver que le había metido en la boca.

—Hmmmmm —gimió Tiago, lo que podía significar algo así como: «Por favor, espere. Tengo algo a lo que debiera echar un vistazo». El arma en la boca hacía imposible pronunciar una palabra con claridad.

Tiago buscaba febrilmente una salida, una posibilidad de liberarse, de defenderse del ataque, pero en el guion del asesino no había prevista una confrontación.

Ninguna vacilación. Ninguna charla en la que le comunicaran los auténticos motivos, para que el rescatador que se acercaba pudiera llegar a tiempo. En la que la víctima se liberara mediante una astucia.

«Fin. Se acabó».

Tiago ya no tenía ninguna oportunidad de enseñarle a ese oficial demente la carta de Lisa y explicarle al hombre por qué era tan importante que la leyera la madre de la chica. O el capitán.

El asesino no sonreía, no jugaba a ser el arrogante que disfruta de su

omnipotencia, ni siquiera le dejó suplicar. Le sacó el cañón de la boca, apuntó a la frente de Tiago a una distancia de menos de veinte centímetros, susurró: «Cerdo pederasta».

Y disparó.

—¿Por qué nos hemos detenido?

Martin se había presentado ante el capitán justo cuando este estaba a punto de salir de su camarote para ir al puente de mando.

Después de conseguir deshacerse al fin de la visita sin invitación (Shahla había estado visiblemente contenta de poder abandonar la *suite*; Gerlinde solo lo hizo entre protestas), se había tumbado un rato en la cama, pero enseguida se había dado cuenta de que no hallaría descanso mientras el barco no avanzara.

Puesto que los generadores estaban parados, tampoco funcionaban los estabilizadores. Cada golpe de ola en el casco se oía el doble de fuerte, y las inclinaciones y los cabeceos del buque eran más violentos que nunca.

—Trabajos de mantenimiento —dijo Bonhoeffer con la mano en el pomo de la puerta tras la cual se encontraba la pequeña escalera privada que ascendía al puente de mando.

Martin no le creyó ni una palabra.

—¿Mantenimiento? ¿En medio de la noche?

Antes de dejar el camarote, se había puesto apresuradamente unas prendas de ropa que el día anterior había adquirido en la tienda del barco. Como no tenía previsto quedarse en el *Sultan*, lo único que se había llevado eran calzoncillos y calcetines de repuesto, y solo para un día. Ahora llevaba un polo gris con el escudo de la compañía naviera y un par de vaqueros negros que tuvo que arremangar porque eran demasiado largos para él. Sin embargo, no había comprado zapatos de repuesto, por lo que ahora estaba descalzo ante el capitán. Que no volviera a estar empapado del todo se debía a sus rápidos reflejos. De camino al camarote de Bonhoeffer casi había tropezado con un pasajero borracho que se tambaleaba junto a la entrada de la discoteca con una bebida fosforita que se iluminaba bajo la luz ultravioleta.

—De verdad, ahora estoy ocupado —dijo Bonhoeffer, e intentó zafarse de él—, tengo que... —El capitán dejó caer la mano del pomo y parpadeó agotado en medio de la frase, como si todos los esfuerzos fueran en vano—. Qué más da, de todos modos tengo que hacer un comunicado, usted puede saberlo ahora por mí.

—¿Otro pasajero 23? —supuso Martin.

Bonhoeffer asintió. Sus profundas ojeras parecían maquilladas. Se agarró el tabique nasal, que de momento solo estaba cubierto por un esparadrapo grueso.

—Lisa Stiller, quince años, de Berlín. Estamos mostrando su foto en la televisión del barco por si acaso alguien la ha visto. La habían acosado por internet y ha dejado una carta de despedida.

—¿Cuándo? —Martin giró el brazo para tratar de ver su reloj en la muñeca y ese movimiento fue suficiente para destrozarle los músculos del hombro de dolor. Al

menos de momento habían desaparecido los dolores de muela y de cabeza.

—¿Cuándo es probable que saltara por la borda? La madre y la hija estuvieron cenando hasta las 21:44, después ambas se fueron a su camarote. Según el registro del ordenador, la llave de Lisa se usó por última vez a las 21:59.

«Eso deja un margen de tiempo de tres horas como máximo».

En ese intervalo, el *Sultan* bien podía haber cubierto unas cincuenta millas náuticas.

—¿Qué aparece en la cámara de vigilancia? —preguntó Martin.

—Nada.

Bonhoeffer levantó ambas manos como un boxeador que quiere parar un golpe en la cabeza.

—No, no es como en el caso de su familia —susurró aunque no se veía ni un alma cerca—. Tenemos a la chica grabada rociando la lente con un aerosol de pintura negra. Eso fue a las 21:52. Debía de saber con exactitud dónde se encontraba la cámara que apuntaba al balcón de su camarote.

Bonhoeffer hablaba con una excitación que superaba el pesar profesional normal. El capitán quiso apartarse de nuevo, pero Martin lo sujetó.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó.

—Hemos detenido el *Sultan* y buscamos con focos y prismáticos desde el puente. Al mismo tiempo, diez de mis hombres examinan todos los espacios públicos y pronto empezaremos con los avisos. No veo muchas opciones.

Le explicó a Martin que tanto la puerta de salida como la que se comunicaba con el camarote de la madre estaban cerradas por dentro, a diferencia de la puerta del balcón, que estaba abierta de par en par.

—¿Madre e hija estaban de viaje sin el padre?

El capitán asintió.

«Un progenitor que viaja solo, un niño desaparecido».

Poco a poco, iba surgiendo un patrón, pero Martin no podía distinguir qué imagen formaba. O estaba demasiado lejos de la pizarra con la solución o bien demasiado cerca.

—¿Dónde está la madre ahora? —le preguntó a Bonhoeffer.

—Julia Stiller está... —Parecía que al capitán se le acababa de ocurrir una cosa—. Buena idea —dijo excitado, y sacó una tarjeta del bolsillo de la camisa de su uniforme. Hizo un gesto hacia la puerta de su camarote—. Está esperando en mi camarote. Hable con ella. Puede que necesite un psicólogo.

De repente ese hombre estaba en la habitación. Alto, calvo, con una nariz enorme y una mirada tan cansada como la de ella misma. Julia había ido un momento al baño, se había echado agua en la cara y había salpicado el espejo. Cuando regresó al salón, con las ridículas pantuflas de usar y tirar que siempre te dejan al lado de la cama, envuelta en un albornoz blanco que Daniel le había echado por encima, de pronto ese desconocido la estaba esperando.

—¿Quién es usted? —El latido en su corazón se aceleró, la huella de las lágrimas creció bajo los ojos. De forma automática, se imaginó lo peor. Que el hombre de la mirada triste era el mensajero de una noticia que no podría soportar.

—Me llamo Martin Schwartz —dijo en alemán con un leve acento berlinés. En circunstancias normales le habría preguntado de qué barrio era, por si acaso eran vecinos.

—¿Trabaja aquí? ¿Está buscando a mi niña? ¿Hay novedades? Está buscando a Lisa, ¿no? ¿Puede ayudarme?

Se oyó cotorrear, sin puntos ni comas, tal vez porque quería evitar que Martin Schwartz tomara la palabra y pudiera decirle que habían encontrado algo.

«Un vídeo de su salto, una pieza de ropa en mar abierto».

Se pasó la manga del albornoz por la nariz y notó que el hombre de aspecto agotado no llevaba ni zapatos ni calcetines, lo que la alivió de forma notable, pues con toda seguridad no le enviarían a un mensajero descalzo para decirle que su hija ya no vivía.

«¿O sí?».

—¿Quién es usted? —preguntó una vez más, temerosa.

—Alguien que sabe perfectamente cómo se siente ahora.

Le alcanzó un pañuelo de papel.

—Eso lo dudo —dijo en tono apagado, como si hablara para sus adentros. Se le saltaron nuevas lágrimas y se volvió hacia la puerta de la terraza de la *suite*, no porque le diera vergüenza llorar delante de extraños, sino porque no podía soportar por más tiempo la maldita compasión que se asomaba en la mirada de él. En el espejo de cristal oscuro vio cómo se movían sus labios.

—Se siente como si cada uno de sus pensamientos se sumergiera en sirope y se escarchara con diminutas astillas de cristal. —Lo oyó decir—. Y cuanto más piensa en su niña, más sangran esos pensamientos en las heridas abiertas de su corazón. En su cabeza gritan al menos dos voces a la vez: una chilla por qué no estuvo ahí cuando su hija necesitaba ayuda, por qué no vio las señales. La otra le reprocha con qué derecho se queda aquí sentada de brazos cruzados mientras lo que daba sentido a su vida se ha evaporado en el aire. Pero la cacofonía dentro de su cráneo y también mi

voz, así como en general todo lo que la rodea únicamente suena atenuado y ensordecido, como a través de una puerta cerrada. Y mientras tanto el miedo por su hija pesa cada vez más, tanto como todos los pesos de este mundo juntos y dos mil kilos más, un anillo se estrecha alrededor de sus órganos vitales, le estrangula los pulmones, le exprime el estómago, le frena el corazón, y usted no solo tiene la sensación de que jamás podrá volver a reír, bailar, vivir, no: tiene la certeza de que nunca más volverá a encontrarse bien, y de que todo lo que fue importante alguna vez, un amanecer después de una fiesta, la última frase de un buen libro, el olor de la hierba recién cortada poco antes de una tormenta de verano, que nada de eso volverá a tener ni una pizca de sentido, por eso ahora se pregunta cómo se las arreglará mejor para volver a desconectar los pensamientos como astillas de cristal y las voces como de pito en su cabeza, si algún día la especulación se convertirá en una certeza horrenda. ¿Tengo razón? ¿Concuerda algo de esto con su estado de ánimo, señora Stiller?

Julia se volvió, aturdida por su monólogo. Y por la verdad de sus palabras.

—¿Cómo...?

Vio su rostro empapado de lágrimas y no tuvo que formular la pregunta.

—También ha perdido a alguien —constató.

—Hace cinco años —dijo sin miramientos, y ella hubiese querido abofetearlo, le acababa de dejar claro que ese estado insostenible en el que se encontraba... ¡podía durar años!

«Ni siquiera lo soportaré un día», pensó, y a continuación le pasó por la cabeza la idea de que Martin Schwartz tampoco lo había soportado. Estaba delante de ella, hablaba, respiraba, lloraba, pero también había dejado de vivir.

Cerró los ojos y tragó saliva. En el cine habría sido el momento en el que se hubiera echado a llorar en el hombro del desconocido. En la vida real, era el momento en el que, ante el menor contacto, lo hubiera golpeado como una histérica.

—Ojalá nunca nos hubiéramos embarcado en el *Sultan* —se lamentó.

«Si hubiera recibido la llamada de Tom solo un minuto antes».

—Es el lugar perfecto para un suicidio. Incluso Daniel lo dijo.

—¿Daniel? ¿Conoce al capitán en persona? —Martin Schwartz la miró con desconfianza.

—Sí, es el padrino de Lisa. Él la invitó.

—¿A quién invité?

Ambos se volvieron hacia la puerta, que había debido de abrirse sin ruido. Daniel abrió el armario del pasillo y sacó un chubasquero.

—Tú, a Lisa. A este viaje.

El capitán negó con la cabeza con expresión irritada.

—¿De dónde has sacado eso?

Julia se lo quedó mirando como a un extraterrestre.

—Déjalo ya, le regalaste los malditos pasajes por su cumpleaños.

—No, Julia. Te equivocas.

—¿Qué me equivoco? ¿De qué vas, Daniel? Hablamos por teléfono por su cumpleaños. Incluso te di las gracias.

Notó cómo la sangre le subía a las mejillas por la excitación. Daniel seguía negando con la cabeza, pero parecía pensativo.

—Yo pensaba que era por la mejora de categoría. Os pasé de un camarote interior a dos camarotes con balcón cuando vi la reserva. Pero no fui yo quien la hizo, la hicieron a través de internet. Yo mismo me sorprendí de que no te hubieras puesto en contacto conmigo antes.

—Eso significa...

Ella se mordió el labio.

—Que Lisa te mintió —dijo Bonhoeffer.

—Peor. —Soltó el desconocido.

Martin Schwartz contempló primero a Daniel, después a ella a los ojos antes de decir:

—Significa que su hija planeó todo esto con mucha antelación.

«Un progenitor. Un niño. Un tercero que paga el crucero, pero no está a bordo».
Como en el caso de Naomi y Anouk Lamar.

«Como en el caso de Nadja y Timmy».

Los paralelismos eran cada vez más claros.

Y aunque no podía interpretar los indicios, sabía que no podía deberse a la casualidad.

—Pero... Pero de dónde... De dónde, quiero decir... Un viaje así es caro, ¿de dónde sacaría Lisa el dinero? —preguntó la madre consternada.

—¿La reserva se hizo con tarjeta de crédito, transferencia o ingreso? —quiso saber Martin.

—Tengo que comprobarlo —dijo Bonhoeffer, y miró el reloj apresuradamente. Al parecer, esperaban que regresara en cualquier momento.

—Lisa no posee una tarjeta de crédito —dijo Julia; después se cubrió la boca con ambas manos—. ¡Cielos, el vídeo! —gimió.

—¿Qué vídeo? —preguntó Martin.

El capitán dejó el chubasquero sobre una cómoda y volvió al salón meneando la cabeza.

—Eso es una tontería, Julia, y tú también lo sabes. —Quiso abrazarla, pero ella le apartó.

—¿Cómo voy a saberlo? —le gritó—. ¿Acaso conocería a mi hija si ahora estuviese conmigo y no en alguna parte...? —Se le quebró la voz.

—¿De qué vídeo se trata? —Martin volvió a intentarlo.

—Aparece su hija como si estuviera ejerciendo la prostitución en la calle —explicó Bonhoeffer. Después, se volvió hacia Julia—. Es un sucio engaño, como todo en *isharerumors*. Lisa es una víctima de acoso. No una prostituta que gana el dinero del viaje en la cama.

Se oyó un crepitar en el cielorraso del camarote y Martin oyó un susurro que se hizo más sonoro cuando el capitán hizo girar un botón en la pared del camarote.

—«... Les rogamos que pongan el canal 5. Lisa Stiller fue vista por última vez ayer durante la cena en el salón Georgica. Por favor, disculpen las molestias nocturnas, pero esperamos que mediante su colaboración...».

Bonhoeffer volvió a bajar el volumen de la megafonía del camarote. Entretanto, Martin había encontrado el mando a distancia en la mesita de cristal y encendió el televisor de plasma. El canal 5 mostraba el primer plano de una fotografía que se había tomado para un pasaporte biométrico en el que no se permitía sonreír, por lo que la joven medio dormida con la piel blanca como la cera y una melena negra como el azabache parecía estar de bastante mal humor. Julia Stiller rompió a llorar al verla.

Y el corazón de Martin dio un vuelco.

—La conozco —dijo él con la mirada fija en el televisor—. Me he cruzado con ella hace poco.

—¿Qué? —exclamaron Bonhoeffer y la madre al unísono.

—¿Conoce a Lisa?

Martin asintió.

—Sí. Ya la he visto una vez. Aquí, en el barco.

—¿Dónde?

—Abajo.

—¿Qué quiere decir con «abajo»? —gritó Julia.

Martin intercambió una mirada con el capitán, que de inmediato entendió lo que quería decir.

«Abajo. Cubierta A. La zona de los empleados».

Martin se llevó una mano a la cabeza. Un dolor sordo le latía de nuevo debajo de la sien derecha.

Lisa Stiller se encontraba en el pasillo el día anterior a primera hora. Elena le llevó por primera vez a ver a Anouk.

—Idiota, tendría que haberme dado cuenta enseguida.

«Ninguna camarera de habitaciones puede llevar un *piercing* en un barco tan conservador. No pertenecía a esa zona».

¿Qué demonios buscaba allí? Y ¿cómo había entrado en realidad?

El dolor se extendió por la frente hasta la raíz nasal. Sus ojos se volvieron llorosos al tiempo que intentaba comprender cómo estaba conectado todo.

«Timmy fue el segundo en saltar, pero sin su osito de peluche, pues lo tiene Anouk, que conoce mi nombre y está en Hell's Kitchen, donde me crucé con Lisa, cuyo viaje pagó alguien...».

Pensó en el abuelo de Anouk, en su blog («A la puta que follando le metió en el cuerpo el cáncer a mi hijo, los tiburones pueden arrancarle los dientes»), y mientras el dolor lo carcomía como un soplete de soldadura desde el cogote hasta la nuca, tuvo que pensar en la linterna; en cómo le gustaba pintar a Anouk; en cómo se rascaba; en la cara hinchada como un globo de Elena alternándose con el borracho de la discoteca y su bebida fosforita... Y por un segundo lo tuvo.

«La respuesta».

«La solución».

De repente, lo tuvo todo claro, pero entonces notó un crepitar en los oídos, y esta vez no era la megafonía de cubierta, sino la válvula de desagüe de su cabeza, que se había bloqueado.

Y mientras a su alrededor las voces excitadas se desvanecían, el sol se puso en el interior de la cabeza de Martin y el mundo se volvió negro.

Naomi

Cometí adulterio. De la forma más repugnante. Mantuve relaciones sexuales a cambio de dinero.

Empezó con un malentendido durante mi época de estudiante, entonces todavía me llamaba Naomi McMillan. Trabajaba como azafata de congresos en un expositor de la feria de accesorios de automóvil de San Francisco para ganarme un dinero extra durante las vacaciones semestrales. Las chicas estábamos alojadas en un hotel en el recinto del congreso y el último día de la feria lo celebramos muy alegres en el bar. Ahí conocí a un joven y atractivo representante de Chicago. Reímos, bebimos, una cosa llevó a la otra y, a la mañana siguiente, me desperté en su habitación. Él ya se había marchado, pero no sin dejarme algo suyo: doscientos dólares en metálico.

El hombre había supuesto que era una prostituta.

Aún no sé cómo estuve una hora mirando el dinero ganado en la mesilla de noche, temblando, pero no de rabia por ese individuo cuyo apellido ni siquiera supe y cuyo nombre era insignificante. Sino de perplejidad conmigo misma. Pues en vez de caérseme la cara de vergüenza o de considerarme una cualquiera, me di cuenta de que la idea de haberme entregado a un extraño por dinero en el fondo me excitaba. Y además de un modo que —y esto es lo peor de esta historia— me llevó a repetirlo.

En las siguientes vacaciones semestrales iba muy consciente a los hoteles de ferias. Con vestiditos cortos, maquillaje provocador. Me sentaba en el bar. Mi marido nunca supo de qué forma me pagué la carrera.

Mis bolsos caros.

Los viajes a Europa.

Sé que lo que he hecho no solo está mal, sino que es enfermizo. Pues aunque en algún momento tuve más dinero que el que podía gastar, tampoco dejé de hacerlo después de la noche de bodas.

La araña se había tomado tiempo para comentar su confesión. Más de diez horas según el reloj del monitor del portátil.

Entretanto, mientras esperaba el cubo acucillada en el frío suelo abajo en el pozo, Naomi casi se había vuelto loca.

Los brazos, bajo los que hasta hacía unos días aún había notado la tenía, ya no le

picaban, tampoco el cuello, bajo cuya piel el parásito se agitaba intensamente, sobre todo por las noches, en que la despertaba una y otra vez.

Ahora ya no notaba ardor ni palpitaciones, en cambio sí una fuerte presión detrás del ojo izquierdo, y estaba claro lo que significaba.

«Pero ¿cómo puedes rascarte detrás del globo ocular?».

Naomi deseó tener uñas más duras que no se rompieran de forma constante. Mejor tan largas y puntiagudas como un cuchillo, con lo que podría preparar un final inmediato a todo esto.

Sin el horrible juego de preguntas y respuestas.

Mientras esperaba la respuesta, los motores se habían detenido de golpe. De pronto. Sin más. ¿Estaban en un puerto? Pero entonces, ¿por qué el barco se bamboleaba tanto?

Tras mucho mucho tiempo, por fin se abrió la escotilla sobre su cabeza y de la oscuridad bajó el cubo con el portátil. Junto con el castigo, pues era manifiesto que la araña no estaba satisfecha con su confesión: «¿Sexo a cambio de dinero? Un secreto realmente sucio, señora catedrática», había tecleado justo debajo de su última entrada. «Pero no lo que quería oír». Y después más: «Piensa de nuevo. Sé que puedes. ¿Qué es lo peor que has hecho jamás?».

Mientras Naomi leía el comentario sobre su confesión, se había movido un pequeño punto en la pantalla. Y después otro. Y otro.

Soltando un grito agudo se apartó del ordenador, pero los puntos ya se habían extendido por su brazo y no querían dejarse expulsar así como así de su piel, sus prendas sucias y su pelo.

Cimex lectularius.

—¿Quién eres? —gritó asqueada mientras desesperada intentaba sacudirse, librarse de las chinches, aunque como bióloga sabía lo ridículo que era. Las sanguijuelas podían sobrevivir catorce días sin alimentarse y en el frío más riguroso. Había que calentar el pozo a cincuenta y cinco grados durante tres días y ni así tendría la seguridad total de que aún había sobrevivido una chinche en su cuerpo.

A gritos, empezó a arañarse otra vez.

«¿Por qué me haces esto?», tecleó en el portátil, y lo envió con el cubo de vuelta arriba. «¿¿¿QUIÉN ERES???».

Esta vez la respuesta llegó sorprendentemente rápida. Pocos minutos más tarde Naomi pudo volver a abrir el portátil. Con la luz azulada de la pantalla brillante, leyó:

En realidad, no tienes derecho a hacerme preguntas. Pero como la respuesta te llevará a la pista correcta y podría abreviar esto un poco, por una vez no me opondré. Mi nombre no lo sabrás. Pero si fuera un personaje de cuento, mi historia empezaría con estas palabras: «Érase una vez un bonito y pequeño niño regordete. No tenía hermanos, pero sí una madre que lo adoraba sobre todas las cosas. Y un padre estricto que siempre lo miraba de una forma

rara cuando estaba a solas con él. Qué, ¿ya te aburres? Pero no te preocupes, mi historia tiene un punto culminante con el que seguro que no cuentas...».

Martin se despertó con un tono agudo y continuo en el oído que sonaba como si se hubiera caído el auricular de un teléfono cercano. En un primer momento, no sabía dónde estaba. La cama en la que estaba tumbado, el olor de la almohada, la habitación entera le resultaba extraña, aunque apenas podía reconocer algo de su entorno. Estaba oscuro. La única luz de la habitación entraba a través de una pequeña rendija donde se encontraban los bordes de las pesadas cortinas.

Se incorporó y, con un leve asomo de náuseas, también llegaron en oleadas los primeros recuerdos.

«Timmy. Anouk. *Sultan*».

Se volvió de lado y tanteó a ciegas en busca de la lámpara de la mesilla de noche, luego aún esperó un rato hasta encenderla, temiendo que la luz le quemaría la retina.

Además, no solo notaba la cabeza con cada movimiento, como si su cerebro tuviera la consistencia de un huevo frito. Todo su torso estaba metido en un corsé doloroso. Y no obstante, creía recordar que el día anterior aún había sido peor, cuando...

«... Hablé con esa mujer. La madre, cierto».

Poco a poco, todo fue volviendo.

El ataque en la cubierta nudista, la caída a la piscina, la teoría de la cubierta de las Bermudas de Gerlinde, Julia, su hija Lisa, la chica acosada que debía de haberse tirado por la borda a causa de un vídeo sexual... Su desmayo.

Su jefe se lo había advertido. Maldición, todos le habían advertido del peligro de inyectarse anticuerpos.

«O de embarcarse en este buque».

Martin se atrevió a encender la luz. El rayo que lo atravesó fue menos desagradable de lo que había temido.

Buscó el teléfono parpadeando y se preguntó dos cosas: cómo había acabado en su *suite*. Y cómo podía estar el teléfono inalámbrico correctamente puesto en la base de carga. Inactivo, con la pantalla oscura, ¿se oía el tono de llamada con absoluta nitidez!

Introdujo los dedos en las orejas y el sonido no disminuyó de intensidad.

«Genial. Así se siente uno cuando empieza el día como alcohólico».

El cráneo martilleando, sonidos fantasma, lagunas en la memoria y una vejiga tan llena como el metro de Berlín después de un partido de fútbol del club Hertha.

Cogió el teléfono, se levantó y se arrastró hasta el baño. Para recorrer el pasillo necesitó casi diez minutos; en realidad, tuvo que descansar una y otra vez y sentarse en el borde de la cama, porque de lo contrario se hubiese caído al suelo a medio camino.

Dejó apagada la luz del baño, pues quería ahorrarse la imagen del espejo. El retrete también lo encontró a oscuras.

Levantó la tapa, se bajó los calzoncillos («¿quién me ha cambiado de ropa?») y, mientras se sentaba, marcó el número de móvil de Diesel.

—¿Sí?

—Soy yo.

—¿Nos conocemos? Quiero decir, podrías ser Martin Schwartz si no sonaras tan hecho mierda.

—¿Qué hora es?

—¿Me llamas porque quieres saber la hora? Tío, sí que estás aburrido. —Diesel rio y dijo a continuación—: A la siguiente señal serán las catorce horas y ocho minutos. —Eructó.

«¿Catorce horas?». Si tenía en cuenta el cambio de hora, en estos momentos eran las doce del mediodía en el Atlántico. Por lo menos había dormido diez horas.

—Pero me alegro de que estés ahí. ¿Has mirado tu *mail*?

—No.

—Pues deberías. He repasado las listas de trabajadores y de pasajeros que te dio tu colega Bonhoeffer.

Martin empezó a aliviarse mientras Diesel seguía hablando.

—Tenemos seiscientas coincidencias de clientes y empleados que estaban a bordo tanto el día en el que Nadja y Timmy desaparecieron como también cinco años más adelante, cuando Anouk y su madre fueron declaradas desaparecidas de forma oficial.

—¿Cuántos podrían considerarse como violadores?

—Al menos trescientos treinta y ocho empleados. Desde el carpintero hasta el capitán pasando por el cocinero, todos. Siempre y cuando la lista esté completa. Y aquí llegamos al mayor problema.

—¿Quieres decir que Bonhoeffer no me ha dado la documentación completa? —inquirió a Diesel.

—Quiero decir que puede no haberte facilitado las listas completas. Para ahorrar dinero, la mayor parte de las compañías navieras contratan a empresas extranjeras con bajos sueldos como subcontratas. Y estas a veces inventan nombres o suprimen algunos por motivos fiscales o apuntan demasiados, con el fin de cobrar. Es un caos terrible.

Martin reflexionó. Por tanto, las listas de empleados y pasajeros suponían un callejón sin salida.

—¿Y qué hay de los clientes? —preguntó de todos modos—. ¿Tenemos duplicados?

—Sí, por lógica. Los cruceristas son repetidores. Pero aquí la selección es más pequeña. Si de los ochenta y siete pasajeros que estuvieron a bordo tanto hace cinco años como hace dos meses excluyes a todas las mujeres que viajan solas y a los pensionistas más muertos que vivos, quedan trece hombres como violadores

potenciales. Y ahora agárrate.

Diesel hizo una pausa.

—¿Qué?

—Uno de ellos se llama Peter Pax.

«¿Mi nombre falso?».

—Eso es imposible —dijo Martin con voz ronca.

—Bueno, qué quieres que diga, colega. —Martin casi podía oír a Diesel encogiéndose de hombros.

—Si en su día hubieras pasado la prueba de natación en el colegio, ahora te aconsejaría que te volvieras nadando a casa. Cariño, alguien quiere colgarte el muerto.

«Sí. Y también ya sé quién».

Martin cogió papel higiénico.

—Su nombre empieza por Yegor y acaba en Kalinin.

—¿El armador?

—Puede que el capitán también esté metido, aunque en el caso de este perdedor no estoy tan seguro. ¿Puedes averiguar en qué camarote se ha alojado este tal Pax?

A diferencia de los hoteles tradicionales, en los que dependiendo de la simpatía del recepcionista te toca un escobero asfixiante con vistas al *parking* o un luminoso refugio, al reservar en un crucero por lo general se podía elegir el número de camarote.

—Sí, lo tengo aquí en algún lado. Espera, lo busco.

Martin se levantó y presionó el botón del retrete.

—Oh, no, por favor. Ahora no me digas que, durante nuestra conversación, has hecho eso que suena —se indignó Diesel.

Martin no hizo caso, sino que le pidió que comprobara a otra persona.

—¿A quién?

—A Lisa Stiller, quince años, berlinesa, la madre se llama Julia, las dos están en la lista de pasajeros actual. Por favor, averigua quién pagó el viaje y dónde lo reservó. Y comprueba si puedes encontrar un vídeo en... —Tuvo que hurgar en su memoria hasta que recordó el nombre del portal que Bonhoeffer había mencionado el día anterior—. En *isharerumors* o algo parecido y que esté etiquetado con el nombre de Lisa Stiller.

—¿Eso para qué sirve?

—Lisa tiene quince años y desde ayer está desaparecida. El vídeo sería el desencadenante de su suicidio.

Diesel suspiró.

—¿Otro menor de edad? Cielos, ¿qué pasa ahí?

—Todo está relacionado. Por ejemplo, a Lisa la vi cuando iba de camino al camarote de Anouk en... —Martin se interrumpió—. En la cubierta inferior, donde en realidad ella no... —Se interrumpió en medio de la frase.

«¿Qué es eso?».

—Eh, ¿hola? ¿Ahora tú también has saltado? —oyó gritar a Diesel.

—Cállate un momento.

El tono de llamada que tenía en la cabeza había menguado, pero ahora le irritaba otro ruido. ¡Todo un follón de ruidos! Habían estado todo el tiempo ahí, pero solo entonces les había prestado atención.

Martin apoyó la mano en el lavabo y notó las vibraciones. Salió del baño como un pato, se orientó por la rendija de luz de la cortina, se acercó a ella, la describió y, después, abrió la puerta de la terraza. Un aire frío y puro irrumpió en el interior del camarote.

Lo que veía encajaba con el crepitar, los crujidos, los gemidos, las vibraciones y los zumbidos que oía a su alrededor.

«Y al balanceo del barco».

—Nos movemos —dijo, lanzando una mirada incrédula a las montañas de olas coronadas de espuma que tenía enfrente. El melancólico horizonte gris estaba tan próximo al barco que podía tender los brazos hacia él.

—Por supuesto que os movéis, es un crucero —dijo Diesel, que no podía saber que la noche anterior el capitán había detenido el *Sultan* por una maniobra de hombre al agua. Pero ahora volvían a funcionar los motores, lo que únicamente podía significar dos cosas: o habían encontrado a Lisa. O bien habían renunciado a encontrarla—. La tengo —añadió, y por un breve momento Martin pensó que, en realidad, hablaba de la chica, pero por supuesto se refería al número de habitación de Peter Pax—. En los dos viajes tuvo la misma. Quizá debieras hacerle una visita al camarote número 2186.

12:33 hora de a bordo

50° 27' N, 17° 59' W

Velocidad: 23,4 nudos

Viento: 30 nudos

Marea: 10 pies

Distancia de Southampton: 630 millas náuticas

—¿El número 2186?

El capitán se frotó la nuca. El esparadrapo de la nariz era más pequeño y las ojeras más oscuras. Si el cansancio pudiera cotizar en bolsa, Bonhoeffer sería uno de los hombres más ricos del mundo. Los ojos se le habían encogido al tamaño de una moneda de cinco céntimos y era evidente que no servían de gran ayuda para encontrar la tarjeta correspondiente.

—En efecto, 2186 —confirmó Martin, y se sorprendió de que buscaran un camarote con ese número en la cubierta 3.

Estaban de pie en uno de los pasillos laterales que se desviaba del acceso al atrio, delante de una puerta gris sin número y por tercera vez Bonhoeffer intentaba pasar una tarjeta por el lector. Sostenía en la mano una selección de tarjetas de plástico de diferentes colores y tamaños, todas ellas agujereadas en la esquina superior derecha y ensartadas en una fina cadena de metal.

—¿Acaso no tiene algo así como una llave universal? —preguntó Martin.

—No para el nido.

—¿El nido?

—Como ve, ya no es un camarote de pasajeros —dijo Bonhoeffer mirando al número que faltaba en la puerta. Si uno se acercaba, se podían ver los restos del adhesivo con el que había estado pegado en un principio.

—¿Sino...? —preguntó Martin.

—Una reliquia. Algo así como un apéndice del *Sultan*. A sus ocho años, ya no es el más joven de la empresa. Cuando lo botaron, aún consideraban que la demanda de camarotes interiores crecería, pero falsa alarma. La mayoría quiere una *suite*, como mínimo un camarote con balcón, y en el peor de los casos una que da el atrio. Y justo en la línea de flotación ya nadie quiere ningún camarote. Por eso hace seis años transformamos los diez camarotes interiores de la cubierta 3 en almacenes y despachos.

—¿Y en un nido? —preguntó Martin.

Bonhoeffer asintió.

—El número es una broma interna, un juego de cifras. Cuando 2 son 1 y deben ir

con 8 (ojo), aquí pueden tener 6.º (sexo).

No pudo evitar bostezar y no se molestó en cubrirse la boca con la mano.

—El personal tiene prohibido mantener relaciones sexuales en su propio camarote y, como la mayoría debe compartir con un colega, tampoco es muy práctico. Pero las tropas tienen necesidades, sobre todo durante las vueltas al mundo. De forma oficial, por supuesto, no existe tal cosa como el nido, pero cerramos los ojos cuando los empleados buscan allí un refugio para sus momentos amorosos durante los viajes de meses, siempre y cuando sean discretos.

Bonhoeffer bostezó de nuevo.

—Debería tumbarse. ¿O acaso su mala conciencia no lo deja dormir? —preguntó Martin, sarcástico.

Bonhoeffer le había explicado por teléfono lo que había sucedido por la noche. Tras un colapso que recordaba a un infarto cerebral, el médico asistente de Elena lo había llevado de regreso a su habitación, donde, mientras dormía, se había perdido una operación de búsqueda de ocho horas que —según palabras del capitán, «como era de esperar»— no dio fruto alguno.

Cuando la guardia costera empezó a coordinar las medidas una vez suspendida la llamada de seguridad y llegó un barco de la marina inglesa que había estado de maniobras en la zona, el *Sultan* ya no tenía motivos para seguir flotando en el sitio. «Y provocar la ira de unos tres mil pasajeros aún con vida que estaban en disposición de demandar al propietario por daños y perjuicios debido a un retraso inaceptable».

Julia Stiller había sufrido un ataque de nervios cuando la máquina principal se puso en marcha y un sedante la había catapultado a un sueño profundo del que despertaría en algún momento en el camarote del capitán. A cientos de millas náuticas de su hija. En realidad, ella había querido embarcarse en la nave de la marina, pero le habían prohibido el acceso como «persona no autorizada».

—Yo no tengo mala conciencia —protestó el capitán—. Interrumpimos el viaje para...

—Durante ocho horas, ¿no? —le interrumpió Martin—. ¿La vida de una criatura no vale más tiempo? —Se rio con cinismo.

Bonhoeffer respiró hondo y sacó el aire ruidosamente a través de los labios apretados. Sonaba como si se soltara el aire de un globo arrugado.

—Una carta de despedida, ciberacoso como motivo, ni rastro de violencia u otro crimen en el camarote y, aunque ahí fuera no se sobrevive ni siquiera una hora sin chaleco, la búsqueda continúa hasta por lo menos la primera hora de la mañana. ¿Qué espera en realidad? —dijo furioso.

—Que consiga por una vez llevar a todos sus pasajeros a destino.

—Yo también podría decir que usted debiera haber cuidado mejor de su familia. ¿Alguna vez ha escrito «Suicida» en Google? Hay foros en los que medio mundo intercambia maneras de quitarse de en medio de la forma más efectiva. ¿Y sabe qué es lo que figura en los puestos más altos? Correcto: cruceros. Es tan popular que

incluso tenemos un nombre para eso. Pasajero 23, porque cada año una media de veintitrés pasajeros se arrojan al mar. Si todos los deprimidos con acceso a internet deciden hacerle un favor a los conductores de tren y no se tiran al metro y en vez de eso se dirigen a la agencia de viajes más cercana, entonces no vuelva a echarme la culpa.

En medio de su excitación, pasó a ciegas una tarjeta cualquiera por la ranura y resultó ser la correcta. Hizo *clac* y se encendió una lucecita verde.

—No soy responsable de esta locura —masculló mientras bajaba el picaporte. La puerta se abrió y de inmediato percibieron un desagradable olor metálico.

—¿Y de esto tampoco? —preguntó Martin. Señaló al suelo del camarote.

Mudos, ambos se quedaron mirando al hombre que yacía a sus pies, al que alguien le había disparado en la cabeza.

Cerraron la puerta con cerrojo a sus espaldas, y Martin indicó al capitán que no se moviera del sitio y no tocara nada.

El cadáver estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas —la espalda apoyada en el borde de una cama individual revuelta, la cabeza echada hacia atrás— y miraba con los ojos vacíos al polvoriento cielorraso del camarote. La almohada debajo de su cabeza relucía con un brillo húmedo bajo la luz de la lámpara cenital.

A juzgar por la cantidad de sangre, la herida de salida era mucho más grande que el pequeño agujero de entrada en la frente, por encima del ojo derecho.

—¿Quién es? —preguntó Martin, que ya hacía rato que había pasado al modo «escena del crimen». La experiencia le había enseñado que la primera impresión era la más importante. Por eso efectuaba un registro visual del entorno y se fijaba especialmente en las cosas que estaban fuera de lugar.

Una cruz torcida en la pared, un espejo hecho añicos debajo del armario o un habitáculo tan ordenado que revelaba la intención del culpable de no querer llamar la atención bajo ninguna circunstancia.

No siempre eran evidentes las peculiaridades, a menudo los indicios de las circunstancias de los hechos, los motivos, las víctimas y los sospechosos eran muy sutiles. Como la pieza de metal que, por ejemplo, estaba en la moqueta del camarote delante del armario empotrado.

Martin se agachó para recoger la horquilla para el pelo. Era de colores, pequeña y barata. Adecuada para una muñeca de juguete.

«O para una niña pequeña».

—Oh, Dios mío, pero si es... —A su espalda Bonhoeffer mantenía la mirada clavada en el cadáver con los ojos abiertos como platos. Por lo visto, la conmoción de reconocerlo le impedía decir el nombre del muerto en voz alta.

—¿Quién? —preguntó Martin, riguroso.

Bonhoeffer tragó saliva con dificultad.

—Se llama Veith Jesper —dijo señalando al hombre con el uniforme manchado de sangre—. Uno de mis oficiales de seguridad.

—¿Alguna vez me molestará en el trabajo con buenas noticias, Bonnie?

Yegor apartó el móvil un momento, echó a *Ícaro* de la cama y se levantó. En realidad, no trabajaba, sino que remoloneaba en la *suite* a oscuras después de unas relaciones sexuales más bien decepcionantes con su mujer. Pero prefería correr desnudo por la cubierta de paseo con una bandera cubriéndole el trasero que restregarle al capitán en las narices que de vez en cuando se echara una siesta.

—¿Un tiro en la cabeza? —preguntó con el teléfono de nuevo pegado al oído.

Su mujer se volvió en la cama dormida y se tiró un pedo. Dios mío, eso era aún más asqueroso que la porquería que el capitán le estaba describiendo.

De camino al baño, Yegor se preguntó si habría una posibilidad de barrer el asunto bajo la alfombra, pero lo dudó. Así que dijo:

—Deja todo como está.

Mientras seguía escuchando a Bonhoeffer a medias, se echó el aliento en la mano y puso mala cara.

«Media hora de siesta y me apesta la boca como una cloaca».

—Por supuesto que seguiremos viaje —interrumpió el agitado torrente de palabras del capitán.

«¿Acaso uno solo trata con idiotas aquí?».

—Casi estamos a mitad de camino, ¿qué sentido tiene dar la vuelta? No toque el lugar de los hechos y avise a las autoridades.

Yegor levantó la tapa del retrete y se abrió la bragueta de los pantalones del pijama.

—Y convoque a todos los vanidosos de relaciones públicas que tenga en nómina. Por fin esos fracasados se ganarán su sueldo. No quiero leer noticias del tipo «El viaje del terror del *Sultan*: una desaparecida y un cadáver» o algo así.

Aunque, por supuesto, apenas lograrían evitar los titulares. Y en parte también era culpa suya, como bien sabía Yegor.

Tardó hasta que empezó a gotear. Antes le ardía cuando se acostaba con las mujeres equivocadas. Ahora esa sensación solo le recordaba la revisión médica postergada desde hacía tiempo.

«Hacerse viejo es una putada», pensó Yegor, y miró por la puerta abierta del baño al dormitorio medio en penumbra. Los pies de su mujer sobresalían por debajo del edredón. Incluso a esta distancia podía verle los dedos de los pies deformados por los tacones altos. Repugnante.

«Un momento. ¿Qué le acaba de sugerir el idiota del capitán?».

—¿Detenemos? ¿Otra vez?

Al armador le costó no mear fuera por la rabia. *Ícaro*, asustado por el arrebato de

su amito, entró en el baño con las orejas levantadas.

—Un suicidio ya nos ha supuesto un cargo de «mala suerte» en nuestro saco de dinero chileno. El individuo es un católico supersticioso. El peor tipo de persona. Si ahora aparece otro cadáver, ese imbécil lo considerará un mal presagio y recogerá su chequera más rápido de lo que puede decir «cárcel». Me da igual cómo se las arregla, pero ¡maldita sea: retráselo hasta la firma del contrato!

Yegor colgó, se sacudió y presionó el botón del retrete. Desde el dormitorio le llegó la voz soñolienta de su mujer, pero le daba igual lo que decía.

Se enfadó consigo mismo. A decir verdad, se había propuesto no chillar. Eso solo lo hacen las personas que no llevan las riendas de su vida. Pero desde que salieron de Hamburgo, «no: desde que zarparon de Oslo», cuando esa Anouk con la lengua paralizada reapareció de la nada, le caía una mierda detrás de otra.

Yegor omitió lavarse las manos y se dispuso a volver a la cama. Pasó junto a *Ícaro*, que le estaba lanzando una mirada enfadada. Se inclinó hacia el perro y le acarició la espalda al terrier.

—Sí, lo sé. Culpa del señorito. Pero ¿sabes, *Ícaro*?, es que no puedo soportar que me chantajeen.

El perro inclinó la cabeza como si entendiera cada palabra. Yegor sonrió y le dio un empujoncito con el índice en la nariz húmeda.

—Veith era un inútil —susurró para que su mujer, que entre tanto ya estaba despierta, no pudiera oírle—. Tuve que darle mi revólver especial.

«El que dispara hacia atrás cuando se aprieta el gatillo». Lo que había hecho antes de entregarle el arma al idiota violento. Era un regalo de un camarada. Modelo especial. Un artículo de broma entre viejos amigos de la legión extranjera e imposible de adjudicársela a él.

—¿Lo entiendes, *Ícaro*?

El perro jadeó y Yegor lo interpretó como un sí.

Apagó la luz del baño y, de ese modo, toda la iluminación, y se volvió a meter en la cama. Su mujer quería acariciarle el brazo, pero él le apartó la mano.

«Qué pena que Veith no fuera un *japo*», pensó. «Por cualquier mierda se hacen el harakiri. Código de honor y eso».

Quizá se podría haber organizado de manera que pareciera que el oficial de seguridad no soportaba la vergüenza de no haber encontrado a la mocosa suicida.

«Pero ¿quién creería eso de un suizo de mierda?».

Yegor bostezó. Nada peor que el hecho de que le interrumpieran la siesta. Estaba reventado. Aún estuvo pensando un rato si había sido un error eliminar a Veith él mismo. Pero el tipo tenía la culpa. ¿Por qué esa campaña contra...?

«¿... Tiamo... Tigo...?».

Yegor no lograba recordar el nombre. Y al fin y al cabo también le daba igual. Mientras se le cerraban los ojos poco a poco, lo único que se preguntó fue en qué andaría ese aspirante a Casanova en ese momento, después de que, con una

probabilidad que rozaba la certeza, hubiera visto la muerte de cara no hacía mucho.

Daniel colgó y se sorprendió de la reacción del armador. En primer lugar, Kalinin había sonado cansado, como si lo acabara de despertar, pero era pleno día. Después, Yegor no parecía haberse sorprendido lo más mínimo, como si hubiera estado esperando la noticia del oficial muerto de un disparo. Solo con el arrebató del final de la conversación había vuelto a sonar normal.

—¿Quién sabe todo lo de este nido de amor? —preguntó Schwartz, que estaba agitando la manija de un armario empotrado cerrado a un lado de la cama. Por lo visto, al detective la presencia de un cadáver y el consiguiente olor lo afectaban mucho menos que a él.

Daniel miró la puerta cerrada del camarote. Preferiría volver a salir de este tugurio apestoso sin ventanas lo más rápidamente posible.

—Cerca de dos mil personas —respondió—. Todos los empleados y un puñado de pasajeros que han tenido algún lío con el personal.

«Y que no querían vivir sus aventuras en el propio camarote, porque a la mayoría allí lo aguardaba una pareja cornuda».

—¿Y se sabe quién usa este nido? —Se oyó un crujido y Schwartz se quedó con la manija de metal de la puerta del armario en la mano.

Bonhoeffer se masajeó la nuca rígida.

—No, como le he dicho. De forma oficial, esta habitación no existe. Por lo tanto tampoco se puede reservar, no hay una lista de visitas o algo así.

—Pero alguien debe de haber coordinado la ocupación y la entrega de llaves.

—Sí. Y tiene tres oportunidades para adivinar de quién sospechaba la dirección del barco. —Bonhoeffer señaló sin mirar al muerto que yacía a sus pies. El barco se balanceaba con fuerza y le entraron ganas de vomitar. El estómago se le encogió como una gaita e impulsó el contenido semidigerido hasta el esófago.

Sugirió mantener la conversación en otra parte, pero el detective estaba a punto de usar la parte metálica de la manija arrancada como palanca para reventar el armario.

Hubo un estallido y la puerta de contrachapado quedó colgando de una sola bisagra. Poco después estaba fuera de los goznes por completo.

Martin había hecho caso omiso de la orden de Yegor de dejarlo todo como estaba.

—Bueno, parece que hay alguien —murmuró Schwartz, y sacó una pequeña maleta de plástico del armario.

Era un poco más grande que un equipaje de mano, con muchas pegatinas en parte muy estropeadas en las partes delantera y trasera. La mayoría eran banderas, símbolos o mapas de lugares en los que tal vez había estado la maleta. Que perteneciera a una chica joven se deducía del color de la maleta (lila) y de la pegatina

del tamaño de un plato de un grupo musical de chicos que sobresalía de un bolsillo lateral.

—¿No sería mejor que lo examináramos en mi camarote? —dijo Daniel, que fuera lo que fuese lo que estaba a punto de escaparse de su estómago apenas podía contenerlo, pero Schwartz no le hizo caso. Con movimientos rápidos, abrió la cremallera y retiró la tapa.

—Anouk —dijo, y Daniel no sabía si se trataba de una conjetura o una certeza. Vio la típica ropa de niña bien doblada ocupando cada centímetro del volumen de la maleta. Faldas, ropa interior, medias y, encima del montón, un cuaderno de dibujo y un plumier.

«Pero esto es absurdo», pensó.

—Es imposible que Anouk haya podido estar todo este tiempo escondida aquí.

Schwartz meneó la cabeza rapada.

—Yo tampoco me lo puedo imaginar. Significaría que los empleados no han utilizado este nido de amor durante dos meses.

«Y qué más».

El oficial de guardia de Daniel se había jactado hacía tres semanas de haberse tirado allí a una cocinera. Él mismo nunca había tenido algo que ver con el nido, pero la sublevación que se habría producido si el camarote 2186 hubiera estado fuera de servicio durante mucho tiempo a buen seguro habría llegado a sus oídos.

—¿Qué es eso? —preguntó Daniel señalando la parte trasera de la tapa de la maleta abierta. Quería equivocarse, pero acaso lo que había ahí metido, en la redecilla interior, era...

—Una linterna —dijo Schwartz, y la sacó.

«En efecto».

Era pequeña, con una carcasa metálica de color azul claro brillante. Y parecía exactamente igual que la que habían encontrado en manos de Anouk.

Schwartz hizo girar un interruptor en el extremo, y también con esa linterna costaba ver el débil haz de luz a simple vista.

—¿Una linterna con las pilas gastadas que apenas alumbraba? —preguntó Daniel. Su desconcierto al menos mitigó las náuseas. Y el desconcierto fue aún mayor cuando Schwartz encontró otra linterna en la maleta, en el compartimento lateral, envuelta en un calcetín, y esa tampoco funcionaba mejor.

«¿Qué significaba esto?».

¿Una niña secuestrada, dos linternas estropeadas?

Daniel no se lo podía explicar. A diferencia de Schwartz, que de pronto cogió el plumier sin perder un segundo y rebuscó dentro entre los lápices guardados. Cuando pareció que había encontrado lo que buscaba, Schwartz se dio una palmada en la frente como alguien que hubiera pasado por alto algo muy evidente. Después, hizo girar el interruptor de la linterna un par de veces, y cada ocasión suspiró por lo bajo, aunque Daniel no notaba la menor diferencia.

«No es una luz débil».

Nada que una ocurrencia suya no pudiera resolver.

—¿Qué le pasa? —le preguntó.

Schwartz cerró un puño alrededor de la linterna y ahora la sostuvo como el testigo de un relevo poco antes de entregarlo al siguiente corredor.

—Ahora ya sé lo que ocurre —dijo en tono apagado. Entonces el detective pasó junto a Bonhoeffer por encima del cadáver y abrió la puerta del camarote.

Naomi

... Si pudiera, desharía lo hecho, o al menos me disculparía por lo que he echo. Pero calculo que que no tendré la oportunidad, ¿verdad?

Las últimas líneas, salpicadas de faltas de ortografía, las había escrito sin visibilidad, mirando el monitor como a través de una cortina de agua, con las letras difuminadas por un velo de lágrimas, con los dedos entumecidos que habían de teclear cada vez más rápido, porque Naomi Lamar, asqueada de sí misma, se habría arrancado de un mordisco un trozo de carne de su cuerpo si escribiendo le hubiera quedado un único segundo más para pensar en lo que había hecho. En lo que acababa de confesarle a la araña. Es decir: lo peor.

No le había vuelto a venir a la memoria, porque para eso primero hubiese tenido que olvidarlo. En lo más profundo de sí misma siempre había sabido qué quería oír la araña. Pero no había sido capaz de decírselo, de escribírselo. Solo pensar en eso era malo. Pero los pensamientos se dejan reprimir, por ejemplo por el dolor, el hambre o el frío. Nada que le hubiera faltado en las últimas semanas.

Saber que tenía que apuntarlo, solo el propio proceso de ponerlo por escrito, era un asunto muy diferente.

Ver el mal blanco sobre negro, la propia vergüenza ante los ojos, era mucho peor que pensar, y la araña lo sabía.

«Por eso, y únicamente por eso, debo teclearlo en este maldito ordenador aquí, en el fondo del pozo».

Sin volver a corregir la ortografía (algo que al principio, en las inútiles confesiones, siempre había hecho por algún motivo incomprensible para ella; tal vez por la vieja costumbre de darle mucha importancia a la ortografía con Anouk), había tirado de la cuerda que hubiera preferido ponerse alrededor del cuello, pero quizá con ella como apéndice no habría subido, como sí lo hizo el cubo en el que había metido el portátil.

Desde que el ordenador había desaparecido allí arriba en la oscuridad por encima de su cabeza, se rascaba de nuevo.

El brazo, el cuello, el cuero cabelludo.

Naomi estaba segura de que le había dado a la araña lo que quería oír.

Hambre, sed, la tenia, las chinches, todos los castigos tenían un sentido, ahora lo comprendía.

Naomi soltó una carcajada.

No tenía ni idea de cómo había llegado a su secreto. Menos aún en un crucero.

Pero, visto a la luz, ahora todo tenía un sentido.

«Solo que nunca más podré contemplar algo a la luz del día».

Naomi sintió brotar en su interior una idea amenazante y empezó a tararear. Sabía que por fin pronto podría morir.

«No porque cargue con la culpa de la muerte de mi mejor amiga».

Abrió la boca.

«No porque haya mantenido relaciones sexuales a cambio de dinero».

Su tarareo frágil y claro creció hasta convertirse en un sonido gutural, aumentó de volumen...

«Con hombres desconocidos. Muchos hombres».

... hacia un grito cada vez más sonoro, hasta que, multiplicado por el eco, en el fondo del pozo, por fin logró...

«Sino porque hace tres años...».

... pensar en lo peor que jamás había hecho...

«Porque empecé a...».

... hacía que la cabeza le rugiera.

«... porque yo...».

Un grito, tan agudo y contundente que durante un momento lo único que sintió fue el deseo de volver a ver a su querida pequeña niña una vez más antes de que por fin acabaran con ella, y ojalá fuese pronto.

«Anouk. Linterna. Lápices. Dibujar».

Ideas de una palabra bullían en la cabeza de Martin, le golpeaban con rabia dentro del cráneo y producían un sonido ronco y amenazador que, como una banda sonora disonante, acompañaba aquellas imágenes que en este momento pasaban por delante de su visión interior. Imágenes en las que recordaba los anteriores encuentros con Anouk: la niña en camisón, sentada en la cama muda y estoica, los brazos como limas para las uñas.

Martin pensó en cómo Gerlinde le había contado lo de la linterna, y recordó cómo, de camino al camarote del capitán, había chocado con un huésped borracho con una bebida luminosa en la mano. Hilillos de pensamiento en apariencia inconexos que de pronto formaban una unidad.

En este último —como suponía Martin— descenso a Hell's Kitchen, Bonhoeffer le había dejado solo, no sin antes haber corrido tras él y habersele interpuesto ante la entrada a la cubierta del personal.

—¿Qué ha averiguado? —Había querido saber.

Martin había estado a punto de contarle sus sospechas a Bonhoeffer, pero el móvil del capitán había sonado.

Julia Stiller, la madre de la desaparecida Lisa, había vuelto en sí en su camarote y preguntaba por Bonhoeffer. Para ser precisos, gritaba por él.

—¡HIJO DE PUTA! ¿DÓNDE TE METES? ¿CÓMO PUEDES HACERME ESTO?

Martin pudo oír cada palabra, aunque Bonhoeffer había apretado el móvil contra el oído.

El capitán había prometido regresar lo más rápido posible en cuanto viera a Julia, pero en ese momento Martin estaba solo delante de la habitación de Anouk. Los dedos le sudaban cuando usó la tarjeta-llave. Sin llamar a la puerta, entró.

Y se encontró en un camarote vacío.

Por un momento, fue incapaz de pensar con claridad. Miraba hipnotizado la cama vacía como si Anouk fuera a materializarse ante sus ojos si clavaba la vista en las sábanas arrugadas el tiempo suficiente.

«¿Cómo puede ser? Anouk no tiene llave. ¡No puede salir de aquí!».

La perplejidad de Martin no duró ni un segundo, entonces el ruido del desagüe del retrete lo arrancó de su parálisis. La puerta del baño a su derecha se abrió y Anouk salió arrastrando los pies. Llevaba un camisón limpio, debía de haberse quitado las medias. Anouk estaba descalza. Cuando vio a Martin, regresó al lavabo asustada.

—Alto —gritó Martin poniendo justo a tiempo el pie en la puerta que Anouk quería cerrar—. No tengas miedo, no te haré nada.

Él volvió a abrir la puerta. Anouk se agachó, escondió la cabeza detrás de los dos brazos y retrocedió hasta que tropezó con el lavabo. Se sentó.

—Sabes quién soy, ¿verdad?

Metió la tarjeta-llave en el bolsillo del polo y esperó a que la respiración de Anouk se hubiera calmado un poco. Pasó un buen rato hasta que ella comprendió que él no la atacaría. Cuando se atrevió a doblar los codos y mirarle directamente a los ojos, él sonrió. Al menos intentó estirar la comisura de los labios en la posición correspondiente. Desde que había accedido a Hell's Kitchen, le había vuelto el dolor de cabeza. Una presión sorda detrás de los ojos que pronto se transformaría en un dolor intenso.

—Mira, me quedaré aquí —dijo alzando ambas manos—. ¿Puedo pedirte un favor si te prometo no moverme y no acercarme a ti?

Sin asentir. Sin mover las cejas. Sin reacción. Anouk se quedó muda. Y sin embargo, pese a la palidez enfermiza de su cara y pese al lenguaje corporal que expresaba su temor, Martin creyó reconocer signos de curación mental en ella.

Su mirada ya no era indiferente, sino expectante, acechante. No lo perdió de vista ni un segundo; a diferencia del día anterior cuando se pasó la mayor parte del tiempo mirando a través de él. Y aún había otra señal de que en la escalera que conducía a su sótano mental había ascendido algunos peldaños: ni se rascaba, ni se chupaba el pulgar, aunque se encontraba en un estado de gran excitación.

Martin dedujo por las tiritas con motivos de animales que sujetaban las gasas en su sitio que el asistente de Elena le había puesto a la niña vendajes limpios.

—No te preocupes, no tenemos que hablar —le dijo en un tono tranquilizador.

Si estaba en lo cierto, enseguida sabría por ella todo lo que quería saber, sin que la niña traumatizada tuviera que abrir la boca una sola vez.

—Solo he venido para darte algo que seguro que has echado mucho de menos.

El efecto fue desconcertante. Anouk reaccionó en una fracción de segundo. Saltó de la tapa del retrete, le cogió la mano a Martin. Quiso quitarle la linterna, pero él fue más rápido y la apartó a tiempo.

—Solo cuando me digas la verdad —le exigió. Notó un nudo en la garganta, pues sus palabras despertaron un recuerdo de Timmy, de cómo lo había «chantajeado» en aquel entonces.

«¿Puedo ir al tenis, papá?».

«Solo cuando hayas recogido tu habitación».

Timmy se había resistido a menudo, se había tirado al suelo, había llorado y, sin embargo, no había hecho caso del trato de «recoger a cambio de jugar».

También Anouk era tozuda. Quería la linterna. Pero todavía no quería confiar en él. Lo contempló fijamente con mirada furiosa y el ceño fruncido.

—Bien, entonces te explicaré qué pasó —dijo Martin—. Creo que sabes dónde está tu madre. Incluso nos hiciste un dibujo del lugar en tu ordenador, aunque, como no hemos entendido tu indicación, no sabemos dónde se encuentra ese pozo. Pero tú

conoces el camino. Lo marcaste con los lápices ultravioletas que encontré en tu plumier. Pero por desgracia no ves esas marcas con la luz normal...

Cometió el error de dirigir la mirada a la lámpara cenital por un instante y de pronto fue como si lo atravesara un rayo. La publicidad afirma que hay treinta y siete tipos de dolor de cabeza que se pueden combatir con medicamentos sin receta. Estaba claro que este no se encontraba entre ellos. La sensación que tenía era como si alguien desde dentro y a través de los ojos le clavara finas agujas al rojo vivo hasta la parte exterior de las pupilas. Martin incluso creía notar las puntas de las agujas clavadas desgarrándole el interior de los párpados hasta hacerle sangrar en cada parpadeo.

Apoyado en la puerta, escrutado con desconfianza por Anouk, que estaba plantada delante del lavabo como si hubiera echado raíces, esperó hasta que el dolor volvió a ser soportable. Entonces apagó la luz.

La oscuridad era un alivio. El dolor de cabeza se redujo hasta reducirse a una sombra sorda. Tan rápido como había llegado el ataque, se había desvanecido.

Le concedió a sus ojos un breve momento para acostumbrarse a la casi total oscuridad. Después, accionó el interruptor de la linterna. Y mientras que apenas se distinguía con la luz normal, llenó de golpe la habitación entera y volvió fluorescentes las baldosas blancas del baño, así como el camisón de Anouk, sus dientes y sus uñas.

«Lápices. Dibujar. Linterna».

—Lo sabía —dijo Martin para sus adentros. No había ni un asomo de triunfo en su voz cuando confirmó su teoría. Los ojos de Anouk brillaban fantasmales bajo el reflejo de la luz ultravioleta. Parecía el fantasma sin labios de un cuento de terror.

La linterna que dirigió hacia la niña no era de escasa potencia, sino una linterna ultravioleta que irradia la luz en una longitud de onda apenas visible para el ojo humano. Ya había utilizado un modelo parecido en cierta ocasión.

«Pero ¿de dónde había sacado Anouk estas linternas?».

Una pregunta que tendría que volver a plantear, pues ahora había algo más importante que aclarar:

—Te enseñó el camino hasta donde se encuentra tu madre, ¿verdad?

Como Anouk no reaccionó, le volvió a preguntar con mayor insistencia:

—¿Dónde la retienen?

La reacción de Anouk hizo que el suelo volviera a desaparecer bajo sus pies, porque, como en el primer encuentro, susurró de nuevo su nombre de pila.

—Martin.

Quiso decirle que no entendía sus palabras, y se sorprendió de no oír su propia voz, aunque sí movía los labios. A continuación, se preguntó por qué no se desplomaba.

El dolor detrás de los ojos había regresado, y con mayor violencia.

Martin cayó al suelo y notó que cada vez se encontraba peor. Anouk había pasado

por encima de él y había vuelto a encender la luz cenital. Se le ocurrió que, en el ínterin, un fantasma había cambiado la lámpara del baño por un soplete de soldadura. La luz brillante le taladraba los ojos. A diferencia de la última noche en el camarote del capitán, no tenía la sensación de perder el conocimiento, pero a penas lograba mover los miembros.

Notó que Anouk, que de repente se arrodillaba ante él, le apartaba los dedos, y no pudo evitar que le quitara la linterna de la mano.

—¿Qué estás planeando? —masculló.

—Sí —dijo, lo que tal vez hiciera referencia a que había descubierto la llave en el bolsillo. «Con la que puede abrir la esclusa. Con la que puede salir de aquí».

—Eh, espera, por favor. ¿No es mejor que te acompañe?

«Vayas a dónde vayas».

Haciendo un enorme esfuerzo de voluntad, Martin logró volverse de lado. Vio los pies desnudos saliendo del baño. Oyó cómo decía alto y claro una vez más «sí», lo cual no tenía sentido, pues no dio muestra alguna de esperarlo.

—¿Adónde quieres ir? —quiso gritar, pero apenas soltó un susurro.

Anouk se volvió un momento hacia él y Martin vio que sus labios pronunciaban «a la estantería azul»; también oyó las palabras, que llegaron a él con un pequeño retraso, como si la separación entre ambos ya hubiera aumentado hasta una distancia en la que el sonido necesita considerablemente más tiempo que la luz.

«¿A la estantería azul?».

Martin se apoyó en una rodilla y en las palmas de las manos y se arrastró a cuatro patas hacia Anouk.

En alguna parte ya había oído esa referencia.

«Pero ¿dónde? ¿Dónde?».

Incapaz de arrastrarse fuera del baño más rápido que a cámara lenta, tuvo que ver cómo Anouk abría la puerta de salida y, sin volverse hacia él ni una sola vez, abandonaba el camarote.

Naomi

El chirrido familiar. ¿Lo oía por última vez?

El sonido con el que se anunciaba la apertura de la escotilla le parecía una obertura, la introducción adecuada para el canto de despedida.

Naomi Lamar se puso de pie con piernas temblorosas y vio acercarse el cubo, que poco a poco descendía balanceándose.

Estaba tan nerviosa que se notó la vejiga, aunque acababa de orinar junto a la pared redonda. En el pozo no había un rincón, pero había encontrado un sitio en el que consideraba que se escurría más rápidamente por la grieta del suelo.

Naomi echó la cabeza hacia atrás y se apartó de la frente un piojo que había caído de su pelo. El cuerpo ya no le picaba. Solo le ardía debido a lo mucho que se había rascado. Cuello, brazos, pecho, las piernas peludas.

«Pero desde arriba llegaba la solución».

El cubo colgaba medio metro por encima de su cabeza. Dio un sorprendente tirón y temió que el ordenador pudiera caer. Naomi estiró los brazos hacia arriba (hacia la araña), pero no pasó nada, aparte de que ahora podía agarrar el cubo.

Lo abrazó con fuerza, con la misma fuerza con que habría abrazado a Anouk si hubiese tenido una única oportunidad de hacerlo. Cuando estuvo a la altura de la cintura, se dejó caer al suelo con el cubo. Y lloró.

Recordó el día en el que, en la universidad, colgaban los resultados de los exámenes y ella no había querido ir al tablón de anuncios, no había querido hacer cola con todos los demás estudiantes cuyos sueños se impulsaban o se destruían de un solo vistazo. Sin embargo, no había aguantado ni un minuto en su habitación. La curiosidad había vencido al miedo y la había llevado de inmediato y por el camino más rápido al tablón de anuncios, al igual que ahora la curiosidad la impulsó a sacar el ordenador del cubo y abrirlo.

Un segundo, quizá dos, logró mantener los ojos cerrados. Después no aguantó más.

Empezó a leer el mensaje de la araña. El último mensaje que recibiría de ella después de que Naomi le hubiera confesado de forma irrefutable lo peor que jamás le había hecho en la vida a otra persona:

Muy bien, señora Lamar. Justo eso quería oír. Por fin ha dicho la verdad. Si hay algo más que quiera decir antes de su muerte, puede teclear ahora en este ordenador. En cuanto me lo vuelva a enviar arriba, la dejaré morir.

Tambaleando, Martin entró en la zona de recepción de Hell's Kitchen, intentó agarrarse al mostrador y derribó una maceta de plástico con unas hortensias artificiales.

Hacía tiempo que Anouk había desaparecido.

Cuando por fin consiguió ponerse en pie y alcanzar la antesala desde la habitación, solo había visto su espalda, una franja de piel desnuda donde el camisón de hospital no estaba bien atado. Después, se cerraron las puertas electrónicas y Martin ya no tuvo ocasión de evitar que la niña abandonara la unidad de cuarentena.

«Para buscar las marcas de luz ultravioleta en las entrañas del barco. Descalza. Con la linterna ultravioleta en la mano».

Con ojos llorosos fijó la vista en las puertas de acero de la esclusa y no tuvo ni idea de cómo podría volver a abrirlas, ni siquiera aunque consiguiera superar la distancia insuperable de tres metros que le separaba de la salida.

«Malditos efectos secundarios».

Algo, las pastillas, su operación dental, la caída al agua, el profundo agotamiento... quizá todo ello hubiera transformado su cabeza en una olla a presión.

Cada paso provocaba un terremoto de intensidad media, por lo que mejor se pensaba tres veces hacia dónde ir. En dirección a la salida solo suponría una pérdida de tiempo. Anouk tenía su llave y, sin ella, no salía de aquí.

«Estoy enfermo. Agotado. Y encerrado».

Martin buscó el teléfono, pero ya no se encontraba en el bolsillo del pantalón. No recordaba que Anouk se lo hubiera llevado antes, mientras estaba tendido en el suelo del baño y era probable que se le hubiera caído al desplomarse.

Se volvió. Su cerebro se desplazó en dirección opuesta. Notó el sabor de la bilis. Olió su propio sudor.

Martin quería tumbarse en el suelo y dormir. Pero no le quedaba otra elección si quería salir de allí. Cerró los ojos y, apoyándose en el mostrador de recepción, regresó a la habitación. Cuanto menos le distrajeran las sensaciones externas, tanto mayor era la probabilidad de que no tuviera que vomitar. A ciegas avanzaba con mayor facilidad. Hasta el pasadizo que daba a la zona del camarote no había nada donde apoyarse y siempre debía seguir en línea recta. Al mismo tiempo, procuraba inspirar y espirar hondo para suministrarle oxígeno a su cerebro.

Al final del mostrador se detuvo unos instantes hasta que logró localizar el dolor en el cogote. Una buena señal. En cuanto el dolor dejaba de ser omnipresente y se limitaba a zonas concretas, podía concentrarse en él y —ojalá— controlarlo en algún momento.

Se atrevió a abrir los ojos y vio que, por suerte, la puerta que daba al camarote de

Anouk seguía entornada.

Martin pensó en qué debía hacer si no encontraba su teléfono y, aliviado, se dio cuenta de que no lo necesitaba. Bastaría con presionar el botón del pánico que estaba conectado con su móvil y con el de...

«¡Elena!».

Pensar en la doctora hizo que se detuviera.

¿Cómo no se le había ocurrido antes? No estaba solo ahí abajo. ¡Después del ataque a la doctora Beck, a la médica de a bordo también la habían trasladado a Hell's Kitchen!

Martin giró hacia la derecha.

Daniel le había dicho que su camarote estaba justo enfrente del de Anouk. A este lado del pasillo solo había una puerta a considerar y estaba cerrada.

Martin entrecerró los ojos, la bola de fuego bajo la mitad izquierda de la frente tenía ahora el tamaño de un puño que le exprimía el cerebro como una esponja. Mejor que la bola de demolición de antes. Aporreó la puerta. Llamó al timbre. Gritó el nombre de Elena. Nada ocurrió.

Martin se masajeó la nuca, presionó los pulgares directamente en un apéndice de la columna vertebral con la esperanza de que el nivel del dolor bajo la frente acabara disminuyendo. Al mismo tiempo inclinó la cabeza, alzó la vista y descubrió por encima del travesaño de la puerta la palanca roja que Elena le había mostrado en su primera visita a Hell's Kitchen.

«En caso de emergencia, con eso puede desactivar el cierre...».

Sin dudar, Martin bajó la palanca. Oyó un silbido hidráulico y después la puerta se abrió una rendija hacia dentro.

—¿Elena?

Entró en el camarote interior, escasamente iluminado y con la misma distribución que el de Anouk. La misma mezcla de hotel y sanatorio de lujo. El aire olía a una mezcla de mal aliento y ambientador.

La doctora estaba tumbada de lado, con la cabeza en dirección a la puerta, los ojos cerrados. A la luz de la lámpara de la mesilla de noche, aún se reconocían las secuelas del ataque. Ojos hinchados, mejillas abotargadas, cuello grueso. Pero respiraba con regularidad y no parecía tener dolor. También consideró una buena señal el hecho de no verle el gotero en el brazo y la mascarilla en la cara. Se acercó a la cama y le tocó el brazo desnudo. Como no reaccionó, intentó despertarla.

Gruñó, hizo ruiditos y un movimiento perezoso para dar un manotazo, pero él la agarró con firmeza.

—Elena, ayúdeme.

Soñolienta, abrió los ojos; en un primer momento pareció no reconocerlo y solo poco a poco fue enfocando la vista.

—¿Qué...? —preguntó aturdida.

Martin se inclinó hacia ella.

—¡Necesito su llave! ¿Dónde está?

Arrugó la cara como si hubiera comido algo ácido. Un ligero temblor en la comisura de la boca indicaba un bostezo reprimido.

—¿Cómo es que... usted... usted... ha...?

Martin no quería perder tiempo. Él estaba encerrado allí, Anouk vagaba por el barco por su cuenta y, aunque todo indicaba lo contrario, las tripas le decían que la madre todavía estaba con vida. Y en el mayor de los peligros.

—¡LA LLAVE! —le gritó sacudiéndola por los hombros.

Atemorizada, Elena miró a la izquierda, hacia la silla en la que estaban apoyados un albornoz y su uniforme. Martin la entendió sin más palabras.

Cojeó hacia la silla, primero cogió los pantalones, pero después encontró la llave en el bolsillo de la blusa.

—¿Adónde quiere ir? —dijo la voz tomada de Elena cuando volvía a estar en el pasillo.

Se volvió hacia ella.

—¿Tiene usted idea de lo que es la estantería azul?

La doctora abrió los ojos como platos.

—¿La estantería azul? —preguntó con los codos apoyados en el colchón para incorporarse.

—Sí.

Elena apartó la colcha bajo la que se había tumbado, solo llevaba camiseta y bragas. Sus ojos brillaban con la mayor excitación.

—¡Que no se me ocurriera enseguida! —Intentó levantarse, pero necesitó un segundo impulso, porque la primera vez volvió a hundirse en la cama.

—¿Qué está pasando? —preguntó Martin cuando por fin ella se puso de pie.

—No podemos perder tiempo —dijo, y cogió un albornoz—. Rápido. Yo... yo... lo acompañaré.

—¿La estantería azul?

Daniel Bonhoeffer cerró la puerta que comunicaba con su dormitorio, al que acababa de llegar después de haber visitado a Julia, cuando sonó el móvil. El tranquilizante ya no hacía efecto. Si no le gritaba, daba vueltas por la habitación como un tigre y aporreaba los armarios empotrados.

—Sí, entre las cubiertas B y C, en el centro del barco, cerca de las salas de control. Pero ¿qué demonios se te ha perdido ahí?

«¿En tu estado?».

Elena no le respondió. O había colgado sin más o bien la conexión se había interrumpido. En ninguno de los dos casos Daniel se lo pudo explicar.

Su prometida estaba enferma. Tenía que estar en la cama y no deambulando por la cubierta inferior, donde se encontraba el monstruo al que quería visitar con Martin Schwartz.

«La estantería azul».

Un nombre más bien cínico para un aparato que procedía de una época en la que la protección del medio ambiente solo era una afición cara de idealistas caprichosos y los residuos se eliminaban en alta mar. El *Sultan* fue uno de los primeros grandes cruceros de lujo con su propia desalinizadora e incineradora de basuras a bordo. Pero no estuvo equipado con ellas desde su botadura. Durante los tres primeros años de su carrera, cuando ni siquiera todos los puertos europeos comprendían la importancia del reciclaje de la basura, esta, si no había dónde eliminarla o resultaba demasiado caro, se vertía oficialmente al mar.

Para ello, los residuos se aplastaban en una prensa redonda de pistón con forma de pozo y se lanzaban al mar en bloques de una tonelada.

«A la estantería azul».

La máquina con la que antes se vertía la basura al mar y en cuyo nombre había que agradecer el fin de la actividad que contaminaba el medio ambiente, se encontraba en el lugar que acababa de describir Elena: la estantería azul.

«Un momento, claro...».

Daniel oyó cómo Julia abría la puerta del dormitorio que conectaba con el baño y se dirigió a su escritorio.

«La estantería azul. ¿Acaso ese era el escondite?».

Daniel presionó una tecla de marcado rápido del teléfono de su escritorio, pero antes de conectar con la sala de control de máquinas del barco, Julia irrumpió furiosa detrás de él desde el dormitorio.

—Eh, Julia, espera... —Volvió a colgar para evitar que su amiga se fuera, pero esta ya estaba en la puerta.

—¡No me toques! —Gruñó furiosa cuando quiso agarrarla de la manga. Llevaba el albornoz blanco que él le había puesto el día anterior. Llevaba el cabello pegado a las sienes. Era como si durante la noche su cara se hubiese vuelto más pequeña, también su cuerpo llenaba menos el albornoz, como si el miedo, la preocupación y la desesperación lo hubieran encogido.

—Julia, por favor. Quédate aquí. ¿Adónde quieres ir?

—Lejos —dijo ella—. Lejos del hombre que no me ha ayudado cuando se trataba de la vida de mi hija.

—Julia, comprendo...

—No. No comprendes. No tienes hijos. Nunca los tendrás. Nunca me entenderás —le espetó, abrió la puerta y desapareció en el pasillo. Daniel, afectado por esa amarga y hostil acusación, no reaccionó y dejó que se marchara.

Como atontado, regresó al escritorio en el que sonaba el teléfono. Despacio, levantó el auricular.

—Aquí está el ingeniero Rangun desde la sala de control de máquinas. ¿Acaba de intentar llamarnos, capitán?

Daniel asintió. Intentó concentrarse.

—Sí. Solo quería preguntar si la estantería azul sigue conectada a la red.

De forma oficial, la máquina de los vertidos llevaba cerca de cinco años fuera de servicio. Pero extraoficialmente nunca se había desconectado de la corriente eléctrica por si acaso la incineradora de basuras se estropeaba o por si había algún problema de residuos durante una larga travesía, al fin y al cabo en un único día en el *Sultan* se producían nueve toneladas de basura sólida, a la que había que añadir 28.000 litros de lodo activado. ¡Todos los días!

—En teoría, sí, capitán —confirmó el oficial técnico.

Daniel conocía al hombre. Por teléfono su voz de falsete más bien parecía la de una mujer. En Navidad, en el coro del barco cantaba con voz de soprano, aunque nadie hacía bromas al respecto, pues lo que a Rangun le faltaba de hombría en la voz, lo compensaba con su cuerpo atlético.

—¿En teoría? ¿Qué significa eso?

—Sí, la prensa de basuras, como se recomendó, no se ha desconectado de la red eléctrica, pero no se le ha realizado el mantenimiento desde hace tiempo. No estoy seguro de si podría ponerse en marcha.

Daniel suponía que el ingeniero se preguntaba por el motivo del tema de la conversación, pero su rango inferior le prohibía preguntárselo de forma directa... y Daniel no tenía previsto compartir con él su sospecha: que no había un lugar más adecuado para esconder a una persona durante meses.

«¡Y para eliminarla!».

La estantería azul disponía de un suelo que se abría por la mitad presionando un botón y recorría la pared hasta que el pozo no era más que un tubo sin suelo por el que el pistón podía empujar hacia abajo directamente al agua la basura prensada.

—¿Puede desconectarla? —le preguntó a Rangun.

—No desde aquí. No depende del nuevo control. Pero se puede interrumpir la corriente desde allí mismo. ¿Me paso a echar un vistazo?

—No, espere. Voy a la sala.

Un nuevo testigo, ¡lo que faltaba!

Daniel colgó, cogió su gorra de capitán del escritorio, cruzó apresuradamente la habitación hacia la salida, abrió la puerta...

Y topó con la boca del cañón de un revólver.

Naomi

La carta de despedida de Naomi había requerido tiempo, aunque al final solo constaba de una frase. Por desconcertante que fuera, lo curioso es que se sentía relajada desde que había vuelto a cerrar el ordenador y lo había dejado en el cubo.

Pese a la cercanía temporal de la muerte anunciada y aunque no sabía de qué forma la atacaría, ya no sentía miedo.

«Eso es lo que los católicos entienden por el poder depurativo de la confesión».

En lo más profundo de su interior, en el mundo de sombras de su conciencia, siempre había intuido que su vida tendría un final horrendo. Debiera tenerlo, si es que había una instancia que se ocupaba de la justicia.

Y la había.

Estaba sentada al otro extremo de la cuerda y le había obligado a confesar lo indecible. Sacar a la luz del día lo reprimido.

Ponerlo por escrito.

«La confesión».

A Naomi le habría gustado verla, a esa araña que decidía su destino. Le habría gustado saber qué aspecto tenía esa persona que la había desenmascarado.

Ahora sabía por qué la araña conocía sus secretos más íntimos. Y por eso deseaba la muerte. Naomi conocía el pasado y la motivación de la araña desde que a su pregunta «¿quién eres?» le había dado una respuesta detallada.

Entendía por qué debía ser castigada, y esa comprensión le proporcionaba una paz interior. Ya no se rascaba, respiraba de forma regular y no tembló ni parpadeó cuando una vibración agitó su cuerpo.

«Ya empieza», pensó sin saber lo que la araña había planeado para su final.

Oyó un chirrido como el de dos ruedas de molino, después vio que la grieta en medio del pozo se agrandaba. Poco a poco, pero de forma constante.

Con más curiosidad que miedo, se puso en cuclillas y observó lo que sucedía con el suelo bajo sus pies.

«¡Se mueve!».

Las dos mitades del círculo desaparecían en los laterales del pozo como una puerta corredera en la pared.

Interesada, comprobó que la grieta entre las dos mitades del suelo ahora era de un pie de ancho. Y que podía oír el agua agitándose a borbotones allí abajo. Si las placas del suelo mantenían su velocidad de deslizamiento, no tardaría más de dos minutos en perder por completo el suelo bajo sus pies.

Y se precipitaría unos dos metros y medio en el Atlántico.

La idea despertó una sonrisa en Naomi.

Si alguien los hubiera observado avanzando y apoyándose el uno en el otro, agarrados del brazo como dos ahogados, hubiera tomado a Martin y a Elena por un par de borrachos. Pero en el descenso a la cubierta C no se cruzaron con nadie, lo que se debía a que Elena había elegido un camino secreto. A la mayoría de los empleados no se les había perdido nada en la bodega del barco, al menos no en esa parte en la que se encontraba la zona de carga. Allí se almacenaban todas las piezas de reserva innecesarias durante la travesía. Para llegar ahí, debía usarse el montacargas y no la escalera de emergencias metálica.

—Un atajo —había murmurado Elena al pie de la escalera, pero después se había desorientado cuando llegaron a una alargada sala atravesada por tuberías en la que había que agachar la cabeza para no golpeársela.

Martin se sentía trasladado al interior de un submarino, tal como lo conocía por las películas. En las tuberías había válvulas que podían abrirse con ruedas pintada de verde. Había una pared de armarios que parecía estar formada por varias cajas de seguridad con numerosos mandos cuyos indicadores apenas se movían.

A su pregunta de en qué dirección debían ir, Elena cogió el móvil y le preguntó el camino al capitán. Martin se sorprendió al descubrir que Bonhoeffer, su prometido, en general entendiera tan bien sus murmullos, pero tras un breve intercambio de palabras pareció que había ayudado a Elena con sus indicaciones, pues señaló a la izquierda y se puso delante.

El camino los condujo hasta una mampara blanca que solo se abría con algo de esfuerzo; de hecho Martin movió la rueda de cierre con las dos manos, y la puerta de acero, que era tan gruesa como la de una gran caja fuerte, se movió hacia dentro.

La sala con la que conectaba al otro lado era más ancha y oscura. Olía a polvo y diésel. Había suciedad en el suelo, y colgaban telarañas de los mandos de los armarios, que parecían más viejos que los que acababan de ver.

—¿Dónde estamos? —le preguntó a Elena, que se apoyó agotada en una de las cajas polvorientas.

—Ni idea. Una vieja sala de control. Ahí delante... —Señaló otra puerta en el extremo, demasiado extenuada para terminar la frase.

Martin avanzó en la dirección indicada.

Pisó tornillos tirados con descuido, pañuelos de papel, papeles y otros desperdicios que llevaban una eternidad sin recogerse y, al final de la sala, empujó otra mampara que aún costaba más abrir que el acceso anterior.

Detrás de la mampara se encontraron con una catedral.

Al menos esa fue su primera impresión cuando cruzó el umbral y entró en una sala de techos altos, solo iluminada por una batería de bombillas halógenas en los

laterales derecho e izquierdo.

En el extremo, casi en la zona del altar, había una tubería brillante de cobre parecida a las de las cerveceras y de diámetro ovalado. Dos tercios de su recubrimiento exterior se extendían en la sala, el tercio trasero se introducía en el casco exterior del *Sultan*. Una suerte de escalera de incendios subía junto a la caldera y desaparecía en la oscuridad cinco metros por encima de la cabeza de Martin.

—¡Está aquí! —gritó para indicar a la doctora que había encontrado la estantería azul. Durante su descenso a las profundidades del casco del barco, ella le había explicado de dónde venía el nombre y por qué el dispositivo de eliminación de basuras ya no estaba en funcionamiento. Miró hacia atrás, pero Elena no apareció en el pasillo ni le respondió.

A lo mejor Elena aún necesitaba recuperar fuerzas. Iría a buscarla, pero antes quería inspeccionar la estantería azul y su entorno.

Subió varios peldaños de una estructura que rodeaba la caldera y miró en derredor. No se veía a Anouk por ninguna parte. La llamó, pero tampoco respondió, al igual que la doctora.

Martin alzó la vista.

«Puede que la basura se lanzara al pozo a través de un mecanismo una cubierta y media más arriba».

«¡El pozo! ¡El agua del pozo!».

En su cabeza, apareció el dibujo detallado de Anouk.

Como el casco del barco en este punto estaba muy abombado, al menos un tercio de la tubería se encontraba sobre el Atlántico atronador. En cuanto el pozo se llenaba solo había que abrir el suelo para dejar caer la basura al mar. Los aperos para llevar a cabo esa operación no podía divisarlos desde esa posición al pie de la estantería azul. Se preguntaba si se vería obligado a subir la escalera contigua a la caldera cuando descubrió una puerta en su camino. Tenía la altura de una persona y quizás una escalera para el personal encargado de limpiar o hacer el mantenimiento del interior después de su uso.

Martin apoyó la mano en la puerta, que estaba asegurada con una palanca que recordaba al mecanismo de cierre de las puertas de los aviones. Mientras procuraba abrirla, de repente notó bajo los pies un fuerte temblor acompañado de un ruido estremecedor y chirriante.

«Creí que la estantería no estaba en funcionamiento».

La caldera parecía cobrar vida y era como si algo en su interior se moviera.

Un movimiento a su espalda aumentó su terror.

—¿Elena?

Había contado con que la sombra que se proyectaba en la caldera y la corriente de aire las provocaba la doctora, que por fin habría superado su agotamiento y se reunía con él, pero no con la flaca figura sin rostro que estaba en la sombra y cuya cabeza cubría una chaqueta con capucha. La reconoció, aunque solo había coincidido con

ella una vez. Sostenía un cubo en la mano.

Martin quiso gritar el nombre de la persona; entonces la figura dio un salto hacia delante y le golpeó en un lado de la cabeza con un objeto que parecía un ordenador portátil, pero que impactó contra su sien como si de un ladrillo se tratara.

A diferencia de los dolores de cabeza que en los últimos tiempos le habían atacado como una brigada antidisturbios, el dolor causado por el golpe fue de otra clase. En un primer momento parecía insoportable, pero tras caer al suelo se calmó con bastante rapidez.

Al menos lo bastante rápido como para notar que el atacante se inclinaba por encima de él y se preparaba de nuevo, esta vez con una pistola eléctrica en la mano. De forma instintiva, de pronto Martin levantó la rodilla y golpeó al asesino entre las piernas, pero este no se encogió y solo se retorció un poco. Al menos, la pistola eléctrica se deslizó de su mano y entonces Martin buscó a tientas junto con su atacante el arma sobre el reluciente suelo de metal.

En esto, Martin salió perdiendo, pues el fuerte golpe en la sien mermó aún más su velocidad de reacción, y la pistola eléctrica que en realidad había caído más cerca de él, volvía a encontrarse en la mano del asesino, que lo agarraba de la garganta con violencia inusitada. Con una fuerza que Martin no había considerado posible, le presionó las arterias del cuello.

Chispas azules centelleaban ante los ojos de Martin.

El atacante ya estaba activando la pistola eléctrica, que ahora estaba a unos pocos centímetros de su cabeza, lista para meterle diez mil voltios a través de los músculos. Martin notó la respiración húmeda de su adversario en la cara, se preguntó cómo podía ser posible que esa persona delgada y delicada fuera responsable de todos los delitos que se habían producido a bordo del *Sultan*, los secuestros, las violaciones, los asesinatos, y volvió a dar manotazos a diestra y siniestra para librarse del asesino. Pero golpeaba al vacío.

«¿Dónde? ¿Dónde estás?».

El atacante de la capucha ya no se inclinaba sobre él, sino que debía de haber cambiado de lado, tal vez para clavarle la pistola eléctrica en las costillas como ya había hecho en la cubierta nudista. Para advertirle.

Timmy está muerto. La próxima vez tú también lo estarás.

Solo que la hora de las advertencias ya había pasado.

De forma instintiva, Martin apretó los brazos contra el cuerpo y dio patadas en la dirección en la que creía que estaba el asesino. Entonces oyó un grito espantoso seguido de un ruido de huesos rotos.

Martin, que no había vuelto a tocar a su atacante, se incorporó apoyándose en los codos y, entretanto, al menos pudo volver a reconocer siluetas más claras con un ojo:

La del asesino en el suelo.

La de Elena a un lado.

Estaba con un portátil en la mano y temblaba ante una figura inmóvil que yacía a los pies de la estructura. La cabeza en medio de un charco rojo que se extendía poco a poco por debajo de la capucha.

—Yo... yo...

Elena jadeaba, perpleja ante su propio acto.

—La he golpeado. Se ha... caído. —Elena se enjugó las lágrimas con la manga del albornoz, mientras dejaba caer el portátil al suelo. Señaló el ángulo antinatural de la cabeza. El atacante se había roto la nuca en los peldaños.

Martin se arrastró a gatas hasta el cadáver y le quitó la capucha de la cabeza.

—¡No! —gritó Elena, horrorizada ante la visión del cadáver, hasta el punto de que se desmayó y cayó al lado del muerto. Martin, que pudo suavizar la caída poniéndole el brazo bajo la cabeza, le buscó el pulso.

Era rápido, pero regular.

Muy diferente del de Shahla.

Martin se volvió hacia el cadáver. Se quedó mirando sus ojos totalmente inexpresivos y muy abiertos.

Aunque no tenía sentido alguno, porque esta delincuente no podía haber violado a Anouk, justo delante de él, en un charco de su propia sangre, yacía la camarera que en apariencia había encontrado a Anouk, pero que muy probablemente la había secuestrado y la había mantenido oculta durante semanas.

Y que allí abajo, si Martin no se confundía, también mantenía presa a la madre de Anouk.

«En la estantería azul».

Cuyo suelo vibraba desde hacía minuto y medio, cuando se inició la lucha. Como si se estuviera moviendo.

«Como si se estuviera abriendo la tapa».

Martin se puso de pie y se tambaleó hasta la puerta de la caldera.

Tardó unos diez segundos más, y entonces por fin logró abrirla.

El suelo bajo sus pies solo consistía en un descansillo exiguo, no más ancho que el estante de una librería. El resto ya había desaparecido en la pared. Y si Martin no hubiera abierto la puerta del acceso de limpieza, la estantería azul ya no habría tenido nada de suelo. Pero había activado un mecanismo de emergencia que detenía la apertura de la escotilla de vertidos.

«En el último segundo».

Un único centímetro más y Naomi Lamar ya no se hubiera podido sostener.

Sus pies desnudos sobresalían un tercio sobre el borde. Parecía una nadadora que solo espera el disparo de salida para lanzarse al agua a sus pies. Con el siguiente cabeceo del *Sultan*, de eso Martin estaba seguro, la madre de Anouk caería al agua.

—¡Naomi! —rugió Martin, pero ella se encontraba en un estado de *shock* similar al de su hija. No reaccionaba. Quizá tampoco lo había oído debido al violento rugido del Atlántico.

La espuma de las olas le golpeaba desde abajo la cara arañada. La mujer, completamente sucia, cuya piel estaba cubierta de moretones y rozaduras, tenía el cuerpo empapado. También Martin estaba ya empapado por el agua pulverizada.

—Venga conmigo. —Se aferró al marco de la puerta de la caldera y se inclinó peligrosamente hacia delante, por encima del pozo. Al mismo tiempo, estiró todo lo que pudo hacia la prensa de basura el brazo derecho que tenía libre. Con algo de esfuerzo, Naomi tenía que conseguir agarrarle la mano. Sin embargo, a Martin le dio la impresión de que, más que ser valiente, la madre de Anouk estaba cansada de vivir. Como si no quisiera dejarse ayudar por él. Al menos, no hizo el menor esfuerzo de acercársele ni siquiera un centímetro. Se quedó de pie, como atornillada al suelo, contemplando la espuma del agua que bullía a sus pies.

—¡Anouk vive! —gritó. Al parecer, el nombre de su hija hizo algo de efecto.

Naomi movió la cabeza. Se levantó. Lo miró. Y abrió los labios.

—Lo siento —dijo, o algo parecido.

«*I am sorry*».

Su voz era demasiado débil para alcanzarlo, apagada por el rugido del mar.

—¡Nooo! —gritó Martin, porque todo parecía indicar que Naomi quería dar un paso adelante. Hacia la muerte. Si saltaba ahora, sin duda la despedazarían las hélices del barco.

—¡Su secuestradora está muerta! —gritó.

Naomi tomó aire por última vez. Abrió los labios como para despedirse, pero de repente algo cambió en la expresión de su rostro. Torció la boca. Primero parecía que fuera a llorar. Después, como si quisiera reír. Al final, parecía las dos cosas a la vez.

Martin notó que ya no tenía la mirada puesta en él, sino en un punto por encima

de su hombro.

Miró un momento hacia atrás. El motivo de su cambio emocional estaba justo detrás de él.

«Anouk».

Por fin había encontrado el camino.

En el último momento.

Con la linterna en la mano, se fue acercando poco a poco. En su rostro había una expresión que Martin nunca antes había visto. No era de extrañar, pues se reía.

Oyó un grito de alegría que no solo surgía de la boca de la niña, sino también de la de Naomi.

Una vez más, Martin se volvió hacia la madre que gritaba el nombre de su hija. Tan fuerte que ni siquiera el Atlántico lograba apagar su voz.

También Naomi reía, al igual que su hija. A voz en cuello y a carcajadas... y eso era un error. Pues el temblor de alegría que invadía su cuerpo la hizo tropezar.

De nuevo parecía alguien que estaba al borde de la piscina, pero esta vez de alguien que no sabe nadar e intenta evitar a la desesperada lo inevitable con movimientos circulares de los brazos.

La caída.

—Hacia mí —chilló Martin por la excitación en alemán, y fue más por casualidad que intencionadamente que mientras Naomi caía hacia delante lograra agarrarle la mano.

Martin notó un tirón que lo atravesaba desde el hombro hasta la mandíbula, se esforzó por aguantar el dolor al tiempo que intentaba no soltar las manos. Ni la mano de la cual colgaba Naomi con los pies cerca de la bullente superficie del agua ni, bajo ningún concepto, la que buscaba protegerlo de una caída mortal. Por suerte, la madre de Anouk no pesaba mucho más que una chica joven. Ahora la desnutrición que casi había acabado con ella podría ser su salvación, si...

«... no la suelto».

Naomi pesaba poco, estaba demacrada y enfermiza, pero tenía la mano húmeda. Mojada. Resbaladiza.

Martin creía sostener una cuerda enjabonada. Cuanto más fuerte le estrujaba la mano, más rápido parecía escaparse de sus dedos. Y eso le enfurecía.

«No he pasado toda esta mierda...».

Con un intenso tirón que notó hasta en su columna vertebral...

«... para fracasar...».

... acercó a la madre hacia él...

«... poco antes de la meta».

... sobre el bordillo de la estantería azul. Al suelo de la estructura. Al lado de la caldera. A salvo.

«¡Conseguido!».

Agotado hasta la extenuación, se quedó tumbado en el suelo. Intentó inspirar y

espirar al mismo tiempo, lo que le provocó un inevitable ataque de tos. Pero se sentía bien.

Miró a Naomi, a la que la alegría del reencuentro dio más fuerza que a sí mismo, pues ella logró sacar fuerzas de la flaqueza y tender los brazos.

Hacia su hija, que se acercó a ella tambaleándose.

Martin cerró los ojos, satisfecho.

Aunque no se trataba de su hijo, ni siquiera de un niño al que había salvado, había logrado proteger a una madre de la muerte, reunir a una familia... Y regalarle una risa a Anouk.

Y entonces sucedió que, tumbado en el vacilante suelo que apestaba a basura y salitre junto a la estantería azul, por primera vez desde hacía mucho mucho tiempo, volvió a ser feliz.

Aunque solo por poco tiempo.

Todo el tiempo que transcurrió hasta que la sonrisa con la que Anouk se acercaba a su madre desapareció otra vez, y golpeó a su madre en el pecho. Ejecutado con rapidez, no muy violento, ni siquiera para una niña de once años, pero de todos modos lo bastante fuerte como para que Naomi Lamar perdiera el equilibrio y cayera de espaldas a la estantería azul, al agua.

El tiempo pasaba y, lentamente, a Bonhoeffer se le hinchaban las narices. En ese viaje había recibido la paliza de un detective paranoico, su querida ahijada se había quitado la vida, mientras que la exmujer de su mejor amigo le hacía responsable y, en la morgue del barco, yacía uno de sus oficiales de seguridad con un disparo en la cabeza, en uno de los congeladores requeridos por el reglamento debido a los numerosos pensionistas a bordo. Y encima la cadena de incidentes demenciales parecía no tener fin.

—¿No puede apuntar el arma a otra parte? —le pidió al hombre que se llamaba Tiago Álvarez y que lo había amenazado con un revólver para obligarlo a regresar al camarote; una vez en este, Daniel había tenido que tomar asiento en su escritorio mientras ese latino de pelo oscuro se paseaba arriba y abajo como un tigre enjaulado. Con el arma permanentemente apuntando al pecho del capitán.

—Okay, llevo sentado aquí... —Bonhoeffer miró su reloj en la muñeca— desde hace veinte minutos y de momento aún no me ha dicho nada de lo que se propone con este ataque.

Mientras tanto, Tiago le había contado un montón de cosas. Como una cascada, había intentado convencerlo y se había revelado como un pasajero tan confuso como atemorizado. Ahora Bonhoeffer sabía que, «por casualidad», significara lo que significase eso, se había enterado de una pelea entre un oficial y una camarera de habitaciones y, desde entonces, había estado huyendo del oficial que, al final, había sido Veith Jesper, según ponía en su plaquita.

—¿Ahora quiere asesinarme a mí como hizo con él? —le preguntó a Tiago.

—No he matado a ese hombre —replicó el argentino de pelo oscuro, controlándose con dificultad—. Fue él el que me metió el arma en la boca.

—Y en el último momento cambió de opinión y prefirió dispararse una bala en la frente. —Bonhoeffer se echó a reír. Al parecer, se las tenía que ver con un enfermo mental. ¿Quizás el secuestrador de Anouk?

Se preguntó si el revólver que tenía en las manos funcionaba de verdad. De algún modo, la parte trasera del tambor parecía mal colocada, y además daba la sensación de que le faltaba el gatillo.

—¿Secuestró a la niña? —le preguntó a Tiago de forma directa. Quizá Veith lo había pillado con las manos en la masa. En esas circunstancias, tenía sentido quitárselo de en medio. «Pero ¿qué demonios quiere de mí?».

Aunque a los criminales no se les nota en la cara, Bonhoeffer tenía sus dudas acerca de si tenía delante a un perverso violador. Por otra parte, les había colado un arma a los controles de seguridad y con ella era de suponer que había matado al oficial, por la razón que fuera.

—No le he tocado un pelo a nadie —protestó Tiago—. Debía morir yo. Soy yo el que necesita protección.

Bonhoeffer, al que entretanto se había puesto de un humor de perros, sonrió y dijo:

—Quizá debería repetir esa frase una vez más sin gesticular tanto con un revólver.

El teléfono sonó en el bolsillo de su pantalón, pero antes de que cogiera la llamada, Tiago le ordenó poner el móvil sobre la mesa.

—Oiga, me necesitarán en el puente —mintió Bonhoeffer—. A usted ya no le queda mucho tiempo para plantear sus exigencias. Pronto me echarán de menos.

—No tengo exigencias. ¿Por quién me ha tomado?

«Por una jodida mala combinación. Demente y armado», pensó Bonhoeffer.

A lo mejor Veith había descubierto el escondite de Tiago, el camarote 2186, el nido de amor en el que había mantenido presa a Anouk. Sí, eso tenía sentido, la niña había sido descubierta en los alrededores.

—¿Dónde está la madre? —preguntó Bonhoeffer, y osó confrontarse directamente al hombre.

—¿La madre? —preguntó Tiago. Parecía confuso, pero podía estar interpretando un papel.

—De Anouk. ¿Está en la estantería azul? Si es así, su escondite se ha ido a pique. Mi gente va de camino.

—¿Qué tonterías está diciendo? —preguntó Tiago—. No conozco a ninguna Anouk. Solo a una tal Lisa.

—¿Lisa? —Ahora Bonhoeffer se quedó de piedra—. ¿Dónde...?

—Tome. —Tiago sacó un sobre del bolsillo trasero. Con una mano, extrajo dos hojas.

—¿Qué es esto? —preguntó Bonhoeffer.

—Un plan —respondió Tiago—. Hace tiempo que se lo quería entregar —añadió, y le tendió a Bonhoeffer la primera de las dos hojas.

El capitán depositó el papel sobre el escritorio y empezó a leer.

Plan:

Paso 1: Dejo la cámara de vigilancia fuera de servicio. Según la lista de Querky, es la número 23/C. Llego a ella por la escalinata de la cubierta 5.

Paso 2: Dejar la carta de despedida en el camarote de mamá.

Paso 3: Correr el pestillo de la puerta de entrada y el de la de comunicación.

Bonhoeffer levantó la vista.

—¿De dónde ha sacado esto?

Tiago no pudo sostenerle la mirada. Era evidente que le resultaba incómodo responder y, cuando finalmente lo hizo, Bonhoeffer supo por fin por qué el argentino

había andado todo el tiempo con rodeos. Era un ladrón. Un vulgar estafador que se había especializado en saquear las cajas fuertes de los viajeros. Un perfil que cuadraba mucho mejor con el joven de aspecto agitado y aturdido que con el de asesino y violador.

—Entonces, ¿solo por casualidad llegó a sus manos este... este... —Bonhoeffer buscó la palabra adecuada y al final usó la de Tiago— plan?

Tiago asintió. Parecía francamente arrepentido.

—Me hago muchos reproches. Ojalá hubiera encontrado antes el valor de confiarme a alguien. Pero ese asesino, ese oficial... —Tiago negó con la cabeza—. Tenía miedo por mi vida. Sigo teniéndolo. Hasta ahora, sigo sin saber adónde he ido a parar. No tengo ni idea de cómo está relacionado todo esto. ¿Quién me dice, por ejemplo, que no fue usted quien puso a Veith tras mis pasos?

—¿Sabe qué? —Bonhoeffer se levantó del escritorio. Entretanto, el revólver le daba igual—. Puede dispararme. Veith y usted me la traen floja. Lisa Stiller era mi ahijada. La quería. Su suicidio es peor que cualquier bala que usted me pueda meterme.

Tiago, que ahora había querido sujetar el arma con las dos manos, se quedó helado.

—¿Lisa se ha suicidado? —preguntó, irritado.

Bonhoeffer ya no entendía nada.

—¿Se trata de una broma? —preguntó agitando la hoja en la mano—. Ya ha leído el plan.

—Sí. Lo he hecho. —Tiago le pasó la segunda hoja—. ¡Pero si en el plan no se trata de la muerte de Lisa!

Anouk había regresado a su mundo propio. Avanzaba de manera mecánica, apoyando un pie delante del otro y por lo visto sin notar el brazo de Martin que la sostenía ni la mano de Elena que la conducía. Salieron de la catedral, recorrieron los centros de control y remontaron la escalera hasta Hell's Kitchen, donde ahora volvía a estar tendida en su cama, sumida en cavilaciones pero con los ojos abiertos clavados en el cielorraso. Estoica, con el rostro inexpresivo y sin responder a ninguna de las preguntas que Elena y él se habían turnado en hacerle:

«¿Por qué?».

«¿Por qué hiciste eso?».

«¿Por qué mataste a tu madre?».

Como desde que había perdido el conocimiento Elena a duras penas lograba mantenerse en pie, Martin había vuelto a acompañarla a su habitación de enferma, donde ahora ambos estaban sentados uno frente al otro ante una pequeña mesa de comedor.

El móvil de Martin, que efectivamente había vuelto a encontrar en el cuarto de baño, reposaba en la plancha de *Resopal* de brillo apagado, junto al *notebook* abierto mediante el que Elena le había salvado la vida. Uno de los bordes todavía estaba manchado de sangre, allí donde el ordenador golpeó contra la sien de Shahla.

En el fondo, a Martin le venía bastante bien que de momento no hubiesen podido comunicarse con el capitán. Las noticias que debía transmitirle eran demasiado abrumadoras y dado que Shahla estaba muerta y era imposible que Naomi hubiera sobrevivido, no había nada que pudieran hacer hasta que atracaran en el puerto de Nueva York, excepto volver a arrestar a Anouk e interrogarla. Ya habían hecho lo primero, era de suponer que lo segundo resultaría inútil.

Y finalmente, él y Elena todavía necesitaban más tiempo para aclarar todas las preguntas que los atenazaban desde que habían comprendido quién se ocultaba detrás del secuestro de Anouk y la tortura de su madre.

Al principio ella no logró atar los cabos al respecto porque la respuesta a la pregunta de cómo Anouk pudo haber sido violada por una mujer le resultaba inimaginable.

Lo que les resultó de ayuda para el esclarecimiento de la verdad resultó ser el arma que había acabado con la vida del autor del delito.

«El *notebook*».

Martin lo había abierto sin albergar grandes esperanzas, por pura curiosidad, para averiguar por qué Shahla lo llevaba consigo en un cubo cuando ella lo atacó. Contaba con que, debido al golpe y a la posterior caída al suelo, el ordenador se hubiese estropeado, pero el *notebook* seguía funcionando perfectamente. Cuando levantó la

pantalla, Martin se topó con el perturbador intercambio de cartas entre el autor del delito y la víctima; a primera vista parecía que Shahla y Naomi hubieran mantenido una suerte de conversación perversa y *voyeurista*.

—Quería que la madre de Anouk confesara lo peor que había hecho en la vida.

—¿Para qué? —graznó Elena.

Era como si se hubiera quedado afónica tras gritar como una posesa en un concierto de *rock*, pero había dejado de hablar entre dientes. Una vez más, el *shock* producía extraños efectos. El hecho de que era culpable de la muerte de un ser humano, aunque en su caso supuestamente se trataba de un psicópata, le había soltado la lengua pero irritado las cuerdas vocales.

—Porque Naomi solo podía morir cuando Shahla se diera por satisfecha con la confesión.

Martin, que ya le había echado un vistazo al principio del texto, le proporcionó un breve resumen de aquello que la madre de Anouk le había confesado a la doncella.

—Dios mío, ¿hay algún indicio de por qué Shahla lo hizo?

—Sí, lo hay —dijo él, y tocó la pantalla con el dedo.

—Naomi le preguntó a Shahla quién era y al principio la respuesta fue un tanto críptica, en el estilo de un cuento de hadas, y anunció ciertos puntos con los que Naomi apenas podría contar. Después Shahla se volvió más concreta. Aquí.

Martin leyó el trozo correspondiente en voz alta:

Tenía once años la primera vez que abusaron de mí. Mi padre estaba de viaje de negocios, era el director general de una empresa de electrónica paquistaní que más adelante fue vendida a Microsoft, pero cuando era una niña mi padre pasaba más tiempo en los aviones que en casa con nosotros.

Tenía todo lo que una niña podía desear. Una casa en una zona vigilada, los frondosos jardines siempre separados de la miseria de la población normal, a la que uno solo veía cuando el chófer debía rodear el atasco de camino a la escuela privada y nosotros podíamos echar un vistazo a las casas corrientes a través de los cristales ahumados de la limusina, en las que vivían personas que jamás podrían darse el lujo de comprar móviles y ordenadores como los que fabricaba mi padre.

Mi joven vida de adolescente consistía en clases de *ballet*, de golf, de inglés... Y de sexo.

O de «arrumacos», como lo denominaba mi madre.

—¿Su madre? —lo interrumpió Elena en tono incrédulo, y se mordió el labio inferior presa de la excitación.

—Sí —confirmó Martin—. Al parecer, quien abusaba de Shahla no era su padre.

Puede que para la mayoría de las personas ello resultaría inimaginable. Sin embargo, como detective Martin sabía que el abuso de niños por parte de sus madres

no era nada raro, pero sí un tema tabú del que no se hablaba en público. Aproximadamente un diez por ciento de todos los delincuentes sexuales pertenecían al sexo femenino. Las organizaciones dedicadas a la protección de los niños hablan de cifras mucho más elevadas, porque el número de víctimas que denuncian a sus madres era muy reducido y además se enfrentaban a la misma incredulidad que en ese momento manifestaba Elena.

—¿Dices que Shahla fue violada por su madre? ¿Cómo se supone que funciona eso?

—Lo describe más abajo, aquí...

Martin desplazó el cursor hacia abajo.

Mami sabía que lo que hacía y lo que me pedía que hiciera estaba mal. Cada vez que mi padre se ausentaba durante un tiempo acudía para «consolarme», como ella lo denominaba. Al principio no me pareció extraño. Sus tocamientos y sus caricias eran agradables. Al principio. Pero después sus manos se desplazaban, sus dedos me tocaban en lugares que me resultaban desagradables. Ella decía que estaba okay. Y también que ella me besara allí abajo. Que eso me ayudaría a convertirme en adulto, que era algo perfectamente normal entre una madre y un hijo. Pero después se volvió cada vez más pesada. Cuando me obligó a ponerme el condón...

—Un momento. ¿Un condón? —preguntó Elena, cada vez más incrédula, y su voz se volvió chillona debido a la tensión.

Martin, que ya había leído un par de párrafos más, pudo aclararle la aparente contradicción.

—En este intercambio de cartas, Shahla describe sus propias experiencias de abuso con el fin de obtener la confesión de la madre de Anouk —le dijo a Elena—. Y supongo que aquí tenemos otro de los puntos anunciados de su historia —añadió, y se llevó la mano a la garganta, donde en ese momento se le hacía un nudo—. El primer punto era que quien se metía en la cama con ella no era su padre sino su madre. El otro es que... —Carraspeó—. Shahla nació varón.

Julia Stiller abrió la puerta de su camarote. La habitación le pareció extraña, no: ella se sentía extraña en esa habitación. Ya no pertenecía a ese entorno, al camarote y tampoco al barco. Ni siquiera encajaba en su propio cuerpo.

Abrió el ropero y, con la punta de los dedos, rozó las mangas de sus vestidos prolijamente colgados, esos vestidos que jamás volvería a llevar. Al igual que el bolso de viaje apoyado en el portaequipaje que durante todas las travesías había sido su compañero inseparable y que ahora nunca más volvería a coger.

Cuando abandonara el *Sultan* lo dejaría atrás, al igual que todo lo demás que en algún momento de su vida significó algo para ella: sus llaves, documentos, fotos, dinero, ganas de vivir, esperanza y futuro.

«Lisa».

Julia entró en el baño y olisqueó el frasco de caro perfume que se había comprado expresamente para ese viaje y cuyo aroma ahora le daba náuseas.

Se roció el cuerpo con el perfume, puesto que las náuseas eran más fáciles de sobrellevar que la sensación de impotencia y de pena.

Se contempló en el espejo y por algún motivo se le apareció la imagen de su hija de tres años antaño enferma, cuando Julia tuvo que cambiar su turno con una compañera porque no podía enviar a Lisa al parvulario. Lisa tenía cuarenta grados de fiebre, mocos y una tos espantosa. Con la voz quebradiza, tan ronca como Úrsula, la bruja malvada a la que Julia siempre se veía obligada a imitar al leerle el cuento, Lisa estaba tendida en la cama y le preguntó: «¿Es que ahora debo morir, mami?».

Julia había reído y le quitó el cabello empapado en sudor de la frente.

—No tesoro. Uno no muere con tanta rapidez, aún vivirás muuuchos, muuuchos años.

«Doce años más».

Julia se presionó la frente, los ojos y las mejillas con ambas manos, con tanta violencia que vio estrellas.

Durante un momento permaneció inmóvil en esa posición. Entonces llenó un vaso con agua del grifo y se lo llevó a los labios... pero después le pareció que beber carecía de sentido y vertió el agua en la pica.

Uno de los numerosos gestos sin sentido que a partir de entonces se sucederían en su vida. Actividades inútiles como pensar, sentir o respirar...

«Debo telefonar a Max».

Era la primera vez que pensaba en su exmarido, «desde que Lisa...».

Entonces abandonó el baño.

Alguien había tendido la cama, una pequeña chocolatina reposaba en la almohada. Una a cada lado. «Dos chocolatinas de más».

Julia buscó la nota que Lisa había dejado.

«Lo siento, mami», pero la nota ya no estaba sobre la cómoda. Quizá se la había dado a Daniel, ya no lograba recordarlo.

Agitó la puerta de comunicación, pero del lado de Lisa el pestillo aún estaba corrido.

«Tal vez sea mejor así».

Si hubiera tenido una llave habría entrado en el camarote de Lisa y registrado sus cosas.

«¿Y eso qué hubiera cambiado?».

Puesto que ella sabía lo que había sucedido. Conocía los motivos, comprendía la culpa.

Julia abrió la puerta del balcón, una brisa fresca le agitó los cabellos.

Para esa zona del Atlántico, el mar estaba asombrosamente sereno y las olas prácticamente las producía el propio barco.

Un suave aroma a sal y a diésel flotaba en el aire nocturno, de los balcones superiores surgían risas, a lo lejos oyó canciones de moda que se confundían con el rumor de las olas. En el programa de a bordo anunciaban una tarde de karaoke.

«¿Por qué? —pensó Lisa, y zarandeó la barandilla por encima de la cual había trepado la noche anterior—. ¿Por qué tuviste que agarrarme, Daniel?».

Se inclinó por encima de la barandilla y dirigió la vista hacia abajo. Hacía tiempo que el mar ya no le parecía tan amenazador, más bien invitador. Oyó el susurro de las olas, era un sonido seductor, como su propio nombre.

«¡Uno no muere con tanta rapidez!».

«¿Lisa?» quiso gritar, pero no pudo.

«¿Por qué no insistí? ¿Por qué no obligué a Daniel a detener el barco y girar, para que pudiésemos desembarcar? Puesto que ya conocía la existencia del vídeo».

Invadida por la ira y el odio por sí misma, le pegó un puntapié al tabique que separaba los balcones, lo aporreó con los puños y volvió a pegar otro puntapié, y otro más.

Con el tercer puntapié atravesó el tabique de plástico, pero sin destruirlo.

Era como si hubiese pateado contra el vacío. Julia había tomado tanto impulso que casi resbaló, y solo evitó caer porque se agarró a la barandilla.

«¿Qué diablos...?».

Clavó la vista en el agujero que su pie había abierto en el tabique; parecía la gatera de una puerta de entrada, solo que a través de esa gatera podría deslizarse un perro grande. «O una persona».

El pulso de Julia se aceleró. Se inclinó y dirigió la mirada a través del hueco al balcón de Lisa. El vello de sus brazos se erizó, la idea que se le había ocurrido era como una descarga eléctrica.

La puerta estaba atornillada, normalmente haría falta una herramienta para abrirla si uno quería facilitar la tarea de inspección o acortar el traslado de objetos entre

ambos camarotes. Pero al parecer, alguien había aflojado el cierre.

«¿Acaso fue Lisa?».

Julia se quitó el albornoz y, solo vestida con una braga y un sostén, se deslizó a través de la puerta de comunicación. Al hacerlo se lastimó la rodilla y la espinilla contra un borde lateral afilado, pero no lo notó, como tampoco el viento fresco que entonces le envolvió todo el cuerpo.

«Y tú, cariño mío, ¿también hiciste lo mismo?».

Trató de ver el camarote de su hija atisbando a través del cristal, pero las puertas estaban cerradas, y las cortinas, corridas. Apoyó las manos a ambos lados de la cabeza para evitar el resplandor de la luz exterior, pero no logró ver nada.

«¿Corriste el pestillo de tu lado de la puerta de comunicación, Lisa? ¿Y luego la aseguraste con la cadena?».

Julia se volvió hacia la gatera.

«¿Te arrastraste a través de la gatera para desaparecer a través de mi camarote?».

Julia notó que el corazón le latía cada vez más aprisa. ¿Había sido la ráfaga de viento cuando abrió la puerta del balcón? ¿O lo que la despertó fue el traqueteo de la puerta que se cerraba?

«¿La puerta de salida a través de la cual abandonaste mi camarote, tesoro?».

Julia sabía que estaba a punto de alcanzar el estadio más terrible de la pena, ese en el que los parientes intentan negar la verdad con todas sus fuerzas y se aferran a las teorías más absurdas con la ilusión de que les proporcionan una esperanza. Pero no pudo evitarlo.

Golpeó contra el cristal, pegó patadas con el pie desnudo contra la puerta corrediza, gritó el nombre de Lisa, golpeó contra el cristal con la rodilla... y se llevó un susto de muerte cuando se abrieron las cortinas.

Y al otro lado apareció el rostro de su hija.

—¿*Shahla* era un hombre?

Elena parecía cada vez más desconcertada y contempló a Martin como si le hubiese crecido una segunda nariz en la cara. Martin le respondió leyendo las palabras de *Shahla* que aparecían en la pantalla del *notebook*.

Cuando me negué a ponerme el condón en el pene me gritó y dijo que era un fracasado. Un inútil. Que no me amaría, que de todos modos siempre había deseado tener una niña y no un sucio varón. Me abofeteó, se marchó y yo me quedé ahí, llorando... pero a la noche siguiente regresó y repitió el juego. En algún momento cedí, me puse el condón y durante años también me acosté con ella. Durante todo ese tiempo mi único pensamiento fue: «Ojalá fuese una niña, ojalá fuese una niña».

Durante el sexo, durante mi violación (tardé años en comprender lo que ella me había hecho), mi personalidad se dividió en dos. Mi espíritu huyó y se refugió en el cuerpo de una muchacha, y en cierto momento permaneció en él, mucho después de que mi madre dejara de violarme. No quería seguir siendo el muchacho violado sino la muchacha que mi madre había deseado y que se habría ahorrado todo eso si yo hubiera nacido con el cuerpo correcto.

Cuatro días después de haber cumplido los dieciocho años, mi padre vendió su empresa y poco después él y mi madre murieron cuando su *jet* privado se estrelló.

Lo primero que hice con la fortuna que heredé fue pagar mi cambio de sexo, una operación que ningún cirujano responsable jamás debiera haber realizado. Pero soborné al psiquiatra que me examinó y este certificó que yo gozaba de la más absoluta salud mental. Como podrás imaginar, el cambio físico no alivió mi sufrimiento espiritual. Sin pene, con los pómulos destrozados y vueltos a reconstruir, una nariz más femenina y pequeños pechos me sentía aún más sucio que en brazos de mi madre.

En un chat dedicado al suicidio, en el que investigaba maneras de poner fin a mi vida, encontré por casualidad a una niña de trece años a la que le sucedía algo similar y cuyos sufrimientos aún perduraban: su madre la obligaba a masturbarse mientras ella la observaba.

Me escribió que dentro de poco emprendería un crucero y que planeaba quitarse la vida durante el viaje. Solo a través de esa niña comprendí nuestro error.

¿Por qué éramos nosotros, las víctimas, quienes debíamos quitarnos la

vida, cuando los verdaderos culpables seguirían con la suya?

Eso sucedió hace diez años.

Me enrolé como camarera en el barco en el que la niña quería arrojarse al mar y me encargué de que sobreviviera a la travesía. Al contrario que su madre, mi primera víctima de una pequeña serie.

Elena apoyó la mano en el antebrazo de Martin para tranquilizarlo y le rogó que leyera más despacio, pues sin darse cuenta había leído cada vez más aprisa.

Al principio me conformaba con aturdir a mis víctimas y arrojarlas por la borda. Pero con los años aprendí a perfeccionar mi sistema. Equipado con una considerable inteligencia y un poder económico superior a la media compré el foro sobre suicidios llamado Easyexit que, aunque de manera casual, me había indicado el camino correcto. Entretanto este disponía de sucursales en todo el mundo, la página web aparece en treinta y dos países. La cifra de las personas que no aguantan más en este planeta resulta increíble: son millones.

Y entre ellos hallo mis casos. Procedo con mucha cautela. Si descubro que un niño ha sufrido el abuso de sus padres (da igual que sea una niña o un varón), reservo un pasaje para el niño y sus padres a través de una cadena de agencias de viaje que me pertenece y que se denomina Querky-Travel; los padres lo ignoran todo acerca de esa «suerte» que les ha tocado, por supuesto. Así que camuflé el viaje como un premio de lotería. Solo lo logro en muy escasas ocasiones, porque la mayoría reacciona con suspicacia cuando alguien quiere regalarles algo, por lo cual de momento mi cuota de éxitos es bastante reducida. Sin embargo, en cierta ocasión, en el caso de una familia alemana, me ayudó la casualidad.

Martin se detuvo, desplazó el cursor arriba y abajo pero no halló otros indicios que explicaran dicha oración.

—¿Por qué ha dejado de leer? —preguntó Elena—. ¿Allí pone algo sobre su mujer y su hijo?

—No, por desgracia —susurró Martin.

«O por suerte».

Carraspeó y siguió leyendo.

En el ínterin parece que en Easyexit empezó a circular el rumor de que existe una agencia de viajes que organiza el último viaje para las personas que no se merecen nada mejor. Supongo que por ese motivo Justin Lamar se puso en contacto conmigo. Tu suegro no parece apreciarte demasiado, ¿verdad? Él asumió los costes de vuestro viaje y añadió una comisión para que en tu caso

no pusiera en marcha el programa normal sino que te hiciera sufrir por tus actos, lo cual aquí en el *Sultan*, donde además de la estantería azul dispongo del espacio idóneo, no supone el menor problema.

Pero no quiero que me malinterpretes, Naomi.

Nunca añadí una tenia a tu comida, y eso que tú tomabas por chinches eran inofensivas cucarachas. No quería envenenarte físicamente sino de un modo espiritual. Tal como mi madre lo hizo conmigo: no azotándome y ni siquiera introduciendo objetos en mi cuerpo. Salvo que, sin embargo, me infectó con un virus que me corroía por dentro. Como a Anouk, para la que fui como una madre durante las últimas semanas, aún corroída internamente por lo que tú le hiciste. Y que ahora confesarás.

Martin alzó la vista de la pantalla. Elena lo contemplaba boquiabierta.

—Anouk fue...

«Ahora el círculo se cierra. Ahora la locura adquiere sentido».

Martin asintió con gesto enérgico y pasó al final del documento de texto. Hasta la confesión de Naomi.

El mayor temor de Julia era haber perdido el juicio. O aún peor: solo haber soñado que Lisa le había abierto la puerta del balcón y que en ese momento se encontraba frente a ella. Si inmediatamente volviera a despertar en el camarote de Daniel, aún sedada por los preparados que él la obligó a tomar, y si su hija se disolviera en el aire por segunda vez, el dolor que experimentaría al despertar ya sería definitivamente intolerable. De eso estaba segura.

Durante el entierro de su madre el párroco había dicho que los padres solo morirían cuando sus hijos dejaran de recordarlos. Olvidó mencionar el caso inverso, en el cual los padres morían internamente cuando lo único que les quedaba era el recuerdo de sus hijos.

No obstante, Lisa parecía cualquier cosa menos un espejismo, y de haberlo sido, el espejismo que le dijo que entrara en el camarote y tomara asiento en el sillón junto a la cama parecía asombrosamente real.

—Vaya, por fin has llegado, te he esperado todo el día.

Lisa llevaba un ceñido vestido negro y estaba de pie a cierta distancia de la ventana, justo allí donde se había acurrucado la limpiadora que sangraba por la boca. Verla la había atemorizado mucho menos que ver a su hija. Lisa parecía haberse maquillado a oscuras en el curso de una tormenta marítima. El delineador negro borroneado y la gruesa capa de rímel grueso ensuciaban su rostro pálido. En la mano sostenía un largo destornillador.

Julia contempló a su hija como si fuese un fantasma —en el fondo lo era— y solo pudo pronunciar dos únicas palabras.

—¿Por qué?

«¿Por qué aún estás con vida?».

«¿Por qué me has hecho esto?».

Lisa procuró sonreír, pero sin éxito.

—¿No lo sabes? —preguntó en tono frío e implacable, un tono que encajaba con su mirada—. Lo estropeaste.

—¿Qué, cariño? ¿Qué he estropeado?

—Él me pertenecía a mí —le espetó su hija—. Yo lo vi primero.

«¿Él?». ¿De quién estaba hablando?

—Yo... lo siento, no comprendo qué...

Lisa interrumpió sus desamparados balbuceos y gritó:

—En nuestro caso era amor. ¡Pero tú... tú solo querías follarte a Tom!

—¿Tom?

Entonces Julia cumplió con un cliché: se quedó boquiabierta y fue incapaz de volver a cerrarla.

—No te hagas la tonta. Fue el primero —dijo Lisa, y se llevó la mano a la entrepierna con ademán vulgar—. Él me desvirgó, mami. Queríamos permanecer juntos para siempre. Pero entonces apareciste tú.

—¿Tom?

«¿Tom Schiwy?».

—¿Acaso no te bastó con quitarme a mi padre? ¿También tuviste que robarme el amor de mi vida?

—¿Tu profesor de confianza... «el hombre con quién tuve una aventura»... Tom Schiwy...?

«¿Abusó de ti?».

Lisa dio un paso adelante. En el espejo Julia vio que los cordones de sus botas militares estaban sueltos.

—Me amó. Oh, sí. Queríamos casarnos, me dijo que yo era mucho más madura que todas las demás.

—Pero mi dulce, mi pequeña... —dijo Julia, que quería levantarse del sillón pero Lisa la amenazó con el destornillador y la obligó a permanecer sentada.

—No me vengas con el cuento de que no fue culpa tuya. Vi muy bien cómo te vestías y te pintabas; acudiste a la reunión de padres como una puta barata para colgarte de él. Apuesto a que te hubiera gustado presentarte en el instituto en paños menores, ¿verdad? —exclamó, le lanzó una mirada desdeñosa a Julia y señaló sus bragas y su sostén—. ¡Maldita sea! ¿Tienes idea de lo desgraciada que me sentía?

Lisa se quitó una mecha de la frente.

—¿Es que no te diste cuenta de que yo ya no podía probar bocado? ¿Que solo llevaba prendas negras? ¿Y que hacía novillos con mis nuevos amigos del instituto? No, no lo hiciste. Solo tenías ojos y oídos para tu Tom.

«Te equivocas, cariño. Dios mío, tesoro, te equivocas...».

—Escúchame, Lisa —dijo Julia—. Comprendo tu ira, pero lo que tu profesor de confianza hizo contigo...

—No me vengas con tus justificaciones de mierda —la interrumpió Lisa—. Querky dijo que me soltarías el rollo.

«¿Querky?».

—Un momento, creí que ese era tu amigo.

Entonces Lisa logró soltar una carcajada sincera. Desdeñosa y burlona.

—Querky es una chica. A que te he sorprendido, ¿verdad, mami? Yo tampoco lo sabía. La conocí en internet, en un fórum de suicidas...

—¡Por el amor de Dios, Lisa...!

—Mierda, quise quitarme la vida cuando Tom rompió conmigo por ti.

Al oír esa confesión los ojos de Julia se llenaron de lágrimas.

—Lo siento mucho, no sabía...

—Pero Querky me abrió los ojos —dijo Lisa, y amenazó a Julia con el destornillador—. No era yo quien debía ser castigada, sino tú.

—¿Y por eso escenificaste tu suicidio?

«¿Para darme un susto de muerte?».

—Tú misma debías sufrir tanto como sufrí yo, enterarte de lo que significa perder lo que más amas en el mundo —dijo Lisa con una sonrisa de autosatisfacción—. Esa era la primera parte de mi plan. Lo elaboramos juntas, Querky y yo. Esa mujer es tan guay... trabaja aquí en el barco; colgó un uniforme de camarera en mi ropero y programó mi llave de manera que pudiese desplazarme por todo el barco sin impedimento, incluso en la cubierta de la tripulación, donde me oculté durante toda la noche pasada.

«Así que por eso ese Martin Schwartz la vio allí abajo», pensó Julia. Seguro que mientras Lisa daba una vuelta por allí en busca de un escondite donde preparar esta locura.

—Querky pensó en todo, incluso se hizo cargo de los costes del viaje con el fin de que lográsemos atraerte a bordo.

«¡Cielo Santo!».

Pese al gesto amenazador de Lisa, Julia ya no pudo permanecer sentada. Se puso de pie y dio un paso hacia su hija, que sostenía el destornillador como si fuera un puñal.

—¿Qué te propones? —preguntó, y miró a Lisa directamente a los ojos.

Su hija le sostuvo la mirada sin esfuerzo.

—Ya lo verás, mami —contestó con una sonrisa siniestra—. Ya lo verás.

La última confesión de Naomi Lamar solo consistía en cuatro frases:

Lo peor que he hecho en la vida fue obligar a mi hija a mantener relaciones sexuales con hombres adultos.

Martin oyó que Elena resollaba.

Lo que hice fue imperdonable, ni siquiera el hecho de que cuando empecé a hacerlo consumía drogas duras que afectaron mi psiquis ya de por sí lábil. Y tampoco que puse fin al asunto cuando uno de los grupos de hombres en cuyas manos la dejé se volvió tan violento que es de suponer que ella sufrió daños físicos irreparables. Merezco la muerte.

—¡Dios mío, de ahí las heridas de Anouk! —exclamó Elena una vez que Martin hubo leído la última oración.

Este asintió; habían creído que el violador aún se encontraba a bordo, pero ya habían abusado de Anouk antes de la partida... ¡y por iniciativa de su madre! No sufrió las heridas en el barco sino en su casa.

—Ahora todo cobra sentido —susurró Martin.

Miró a Elena a los ojos, en los que llameaba la cólera. Ella también había comprendido por qué Anouk había golpeado a su madre.

No, no a su madre: «¡A su violadora!».

No lo había apuntado directamente, pero todo indicaba que Shahla no quería secuestrar a Anouk sino liberarla de su madre. Era de suponer que encontrarían un lecho bajo cubierta, cerca de la estantería azul, en un lugar donde Anouk pudo moverse más o menos libremente durante los dos últimos meses. Martin todavía no comprendía qué se les había perdido a Anouk y Shahla aquella noche en que el capitán las descubrió en el pasillo próximo al «nido» donde Gerlinde las fotografió. Ahora tenía muy claro quién la había secuestrado y dónde se encontraba su madre. Para qué necesitaba la lámpara de rayos ultravioletas: para que pudiese encontrar mediante marcas inseguras también el camino hasta Naomi sin la ayuda de la camarera. Para torturarla, para observarla y para sencillamente disfrutar de su dolor. «O para matarla», como por fin había hecho.

—Debemos informar a Daniel —dijo Elena, y cogió el móvil de Martin de la mesa.

Y en ese preciso instante el móvil comenzó a vibrar.

Martin aceptó la llamada presionando la pantalla de su *Smartphone*, y la imagen de Stalin desapareció de la pantalla.

—¿Diesel? —preguntó.

—También puedes llamarme Edward Snowden.

El dedo de Martin ya flotaba por encima del símbolo que permitía cortar la comunicación.

—Verás, ahora no puedo hablar. Aquí se acaba de desencadenar el infierno y...

—He *hackeado* el perfil de Lisa en Facebook —lo interrumpió Diesel sin inmutarse.

Martin no desperdició tiempo preguntando cómo lo había logrado. Sabía que el jefe de redacción no solo contaba entre sus amigos con especialistas en tatuajes y pirómanos sino también con numerosos frikis de la técnica que le proporcionaban las últimas versiones de los juegos de ordenador pirateados.

—¿Y?

—Y allí di con una interesante correspondencia con un hombre llamado Tom Schiwy.

—¿Quién es ese? —quiso saber Martin. Había conectado el altavoz para que Elena pudiese escuchar la conversación.

—Su profesor de confianza. Al parecer mantenía una relación con él.

La doctora frunció el ceño. No obstante, la mitad deformada de su rostro permaneció inmóvil.

—Esa Lisa acaba de cumplir quince años, ¿no?

—Exacto. ¡Pero se vuelve aún mejor! Ese profesor de confianza también tenía algo con la madre.

Martin y Elena intercambiaron una mirada sorprendida.

—¿Con Julia Stiller? —preguntó Martin.

—¿Cuántas otras madres tiene? —comentó Diesel, que parecía estar mascando chicle, pues acompañaba sus palabras con unos sonidos desagradables—. Y ahora viene lo mejor. ¿Llevas el cinturón de seguridad?

—¿Qué?

—El vídeo que debía buscar en *isharerumors*...

—¿Es auténtico? —exclamó Martin, y clavó la vista en el teléfono como si pudiera exprimirlo con la mirada y obtener la respuesta.

—Sí. Lo parece. Adivina quién es el hombre que aparece en él: te doy tres opciones.

Martin vaciló; apenas osaba manifestar su sospecha en voz alta.

—¿Acaso ese Schiwy?

Diesel imitó un toque de clarín y después hizo estallar otra bomba.

—Bingo. Lisa está perdidamente enamorada de ese hijo de puta. Según ella, su madre es una zorra barata que le quitó su príncipe soñado. Para volver a conquistar a Tom le dijo al profe que ella también se comportaría como una puta si eso es lo que él quería, y el muy cabrón aceptó la propuesta en el acto. Puso en marcha un perverso juego de roles con la pequeña que consistía en que ella debía apostarse en el tramo ocupado por las prostitutas menores de edad de la Frobenstrasse y montar en el coche de él.

—¿Y cómo fue a parar el vídeo en la web? —preguntó Martin.

—Agárrate, porque ahora viene algo todavía mejor: fue la propia Lisa quien lo colgó. Sí, no es broma. Eso también figura en sus *mails*. Cuando a pesar de que ella aceptó fingir que trabajaba en el tramo de la Frobenstrasse, Tom se negó a reiniciar la relación, de modo que ella enloqueció, colgó el vídeo y lo amenazó con delatarlo. Pero el cabrón ni se inmutó, porque no aparece en la toma. Entonces, cuando llegaron los comentarios negativos, Lisa cambió de estrategia y trató de extorsionar al hijo de puta con su suicidio. Poco antes de embarcarse en el crucero Lisa le envió un último *mail* en el que amenazaba con arrojarse al mar si él no volvía con ella. Al parecer, Schiwy se acojonó. En su bandeja de salida aparece un *mail* mediante el cual reenvió el vídeo a Julia, tal vez para advertirla, así que es de suponer que no quería ser culpable de la muerte de Lisa. Pero, según mi opinión, todo eso hace que el asunto sea aún más interesante.

Diesel bajó la voz, como si no estuviera solo en su despacho, y en tono cómplice dijo:

—Si conoces a alguien que no tiene inconveniente en tocar genitales masculinos, entonces quizás habrías de enviarlo con un taladro a casa de Schiwy. Solo es una sugerencia.

Martin observó cómo Elena acercaba hacia ella el móvil que estaba apoyado en la mesa.

—¿Y usted está completamente seguro de ello? —preguntó.

—¿Quién más está allí contigo? —preguntó Diesel—. Suena como un dragón afónico.

—Soy Elena Beck, la médica que trata a Anouk Lamar —dijo Elena, procurando hablar con la máxima claridad posible—. Oiga, es muy importante que usted responda a mi pregunta: ¿cuán seguro está respecto del asunto con el profesor de confianza de Lisa?

—Tan seguro como usar un condón y la píldora al mismo tiempo, tesorito.

La doctora se puso de pie de un brinco. Era como si su cansancio se hubiese desvanecido.

—Hemos de irnos —insistió, y gesticuló con la mano. Martin también se puso de pie.

—¿A dónde?

—Hemos de reunirnos con Julia Stiller. Debemos ir en su búsqueda.

—¿Para qué? —dijo Martin, negando con la cabeza—. ¿Para decirle que Lisa no solo está muerta sino que antes fue obligada por su profesor a practicar sexo?

Elena lo contempló como si fuese tonto.

—Reflexione, Martin. Una hija sufrió abusos antes de desaparecer. ¿A quién le recuerda eso?

«¡A Shahla!»

Y a que su objetivo siempre fueron las madres.

«¡Julia! ¿Acaso Shahla le había tendido una trampa mortal que en ese instante se cerraba?».

Martin cortó la comunicación con Diesel sin despedirse, y mientras echaba a correr tras Elena trató de comunicarse otra vez con Bonhoeffer.

Lisa sudaba.

Una brisa fresca penetraba a través de la puerta abierta del balcón, pero era como si su hija estuviera bajo los focos: su cuerpo reaccionaba frente a la llamarada de locura que ardía en lo más profundo de su ser. Un hilillo de sudor se derramaba por su mejilla y humedecía el cuello de su camiseta.

—Intenté recuperar a Tom —dijo, dirigiéndose a su madre—. Lo llamé por teléfono, le envié *mails*, lo bombardeé con mensajes en Facebook y WhatsApp. Incluso me presenté en su despacho cuando de un día para otro no quiso volver a encontrarse conmigo. Y logré acostarme con él una vez más.

La sonrisa complacida de Lisa consternó a Julia, al igual que el contenido de su oración.

—Hablas de la época en la que yo... «¿mantenía una relación con Tom?».

La sonrisa de su hija dio paso a una expresión pétrea.

—Pero ya no significaba nada para Tom. Dijo que conmigo el sexo era mejor, pero que solo podía imaginar una relación contigo.

«¡Dios mío! —pensó Julia, y cerró los ojos un momento—. El suicidio simulado de Lisa. Su resurrección. El odio que expresaba su voz...».

No estaba segura de cuánto podría seguir aguantando. Julia dirigió la mirada sobre la mano de su hija que aferraba el destornillador, observó el reflejo del sol desapareciendo lentamente detrás del horizonte del mar en el metal plateado y, en voz baja, preguntó:

—¿Qué quieres hacer ahora, cariño?

—Recuperar a Tom —contestó Lisa, y literalmente escupió las palabras ante los pies descalzos de su madre...

En ese momento Julia empezó a preguntarse con quién estaba hablando.

La muchacha de pie ante ella, de mirada angustiada y labios trémulos, ya no era su hija. En el más estricto sentido de la palabra, Lisa se había apartado. En cierta ocasión, Julia leyó que, junto al dolor por la muerte de alguien, las penas de amor podían causar las heridas espirituales más profundas. Y al parecer también las que nunca volvían a cicatrizar por su cuenta.

—Si alguien es culpable de tu pena, Lisa, ese es Tom. Jamás debiera haber...

—Bla, bla, bla... No me vengas con esa mierda. Ahora pretendes adjudicárselo todo a él, ¿verdad?

Julia hubiese preferido gritar «¡Sí!» y —si el canalla estuviera cerca— cogerlo de los huevos y arrojarlo por la borda, pero dado que Tom Schiwy estaba tan lejos de ella como una idea clara de la mente de Lisa, se limitó a negar con la cabeza.

—No, él no es el único que tiene la culpa —dijo, tratando de apaciguarla.

No era una psicóloga, pero sabía que algo se había quebrado en su hija, algo imposible de volver a pegar mediante la lógica.

—¿Entonces admites que te mereces lo que he planeado? —preguntó Lisa en tono triunfal.

—¿Qué plan?

—El que ideé con Querky.

Una nube oscura enmascaraba la mirada de Lisa; era como si se le acabara de ocurrir una idea desagradable.

—¿Robaste la nota de la caja fuerte? —preguntó en tono amenazante.

—¿Qué? —Julia no entendía ni una palabra—. ¿De qué estás hablando?

Lisa hizo un gesto negativo con la mano, como si lo que acababa de decir ya no tuviera importancia.

—Le conté a Querky que tú me obligaste a prostituirme —contestó, lanzando una carcajada malévola.

«Buum». Otra granada de mano arrojada por la locura de su hija. Y cada vez apuntaba mejor.

—¿Qué? Pero ¿por qué lo hiciste, por el amor de Dios? —preguntó Julia.

—Porque de lo contrario no me hubiera ayudado. Ella solo se ocupa de niños violados o que han sufrido abusos. Por eso le conté unas cuantas mentiras y le envié el vídeo, para demostrarle que debía mantener relaciones sexuales con desconocidos en contra de mi voluntad.

Julia parpadeó. Durante las fracciones de segundo en que sus ojos se cerraron, relampaguearon fragmentos de recuerdos en los que veía la cabeza de su hija hundida en el regazo de un hombre que gemía y que entonces tenía un nombre: «¡Tom!».

—El vídeo en el que le hice el favor de interpretarte a ti.

—¿A mí?

—A una puta.

Mentalmente, Julia vio cómo Lisa cogía el dinero.

«Okay. Stop. Basta». Las cosas no podían seguir así.

Dio un paso hacia Lisa, solo un metro la separaba de su hija.

—Mírame, Lisa. Sé que he cometido errores. No estuve allí para ti cuando tu padre nos abandonó. No me ocupé lo bastante de ti cuando entraste en la pubertad, y sí, tuve una relación con tu profesor. Pero le puse fin.

—Mientes —dijo Lisa, y se llevó un dedo a la sien.

—No. Esa es la verdad, pequeña. Sin que yo supiera lo que había entre vosotros...

—Lo que hay. ¡Lo que hay entre nosotros!

—¡De acuerdo, de acuerdo, de acuerdo! —exclamó Julia, y alzó ambas manos para apaciguarla—. Sin saber lo que hay entre vosotros, me di cuenta de que Tom...

—¡No vuelvas a pronunciar su nombre!

—... De que no era el hombre idóneo para mí.

—¡Ja! —soltó Lisa, y el sudor ya le humedecía las cejas—. ¿Así que te consideras mejor que él? ¿Para ti él solo era un producto de usar y tirar?

Julia cerró los ojos. Eso no conducía a nada, de la misma manera que podría rogarle al mar que dejara de bramar. Entonces la invadió la ira. No por Lisa, que visiblemente ya no era dueña de sus sentidos y necesitaba una ayuda profesional urgente. Sino por Tom, que había aprovechado su poder como profesor de confianza, había destruido el alma delicada de una adolescente y también la había engañado a ella misma. Su desenfundada cólera se abrió paso con tanta rapidez que ya no pudo controlar sus palabras.

—¡Muy bien, de acuerdo! ¡Yo tengo la culpa! —rugió—. Te quité a Tom. Me merezco que me hayas sometido a los peores temores de mi vida, pero todo ello no hará que recuperes a ese repugnante canalla, que solo te utilizó...

—Aaaaaaaaaa...

Soltando algo semejante a un grito guerrero, Lisa se lanzó hacia delante como una loca, blandiendo el destornillador.

Y arremetió.

—Por favor, se lo suplico. Puede que aún no sea demasiado tarde. —Bonhoeffer plegó las manos como si Tiago fuese un dios al que rogaba que prestara oídos a sus plegarias—. Si lo que Lisa ha apuntado allí es cierto, entonces la muchacha todavía se encuentra en el barco. Quizás en este preciso instante esté a punto de poner en práctica la última parte de su plan.

Tiago, que hacía veinte minutos que no se dejaba ablandar, negó con la cabeza con aire resignado.

—Una vez ya estuve a punto de palmarla. Si ahora dejo que se marche estará definitivamente acabado.

Preso de la furia, el capitán aporreó el escritorio con la palma de la mano, ante el que aún permanecía forzosamente sentado.

—Pero ¿qué quiere de mí, por el amor de Dios? ¿Mantenerme aquí arrestado hasta que lleguemos al puerto de Nueva York?

—No —dijo Tiago, y clavó la mirada en Bonhoeffer como si se le acabara de ocurrir una idea—. Llame a la guardia costera de los Estados Unidos, a la guardia fronteriza o al FBI. Me da igual. Quiero hablar con ellos y explicarles mi situación.

Bonhoeffer le lanzó una mirada estupefacta.

—¿Esa es su exigencia? ¿Se le acaba de ocurrir?

Tiago asintió con expresión culpable.

—Tengo miedo. No puedo pensar con claridad cuando tengo miedo.

Bonhoeffer suspiró. Tenía la boca seca; había hablado tanto que podía oler su propio mal aliento.

—Okay, de acuerdo. Este es el trato, Tiago: usted me deja hacer dos llamadas telefónicas. Con una detengo el barco, con la segunda intento comunicarme con Julia Stiller. En cuanto lo logre ambos informaremos a las autoridades y entonces usted me entregará su maldita arma de una buena vez. ¿Qué le parece?

—Una mierda —contestó Tiago, e indicó el teléfono de Bonhoeffer—. Pero una vez ya vacilé demasiado tiempo.

Bonhoeffer asintió y cogió el auricular.

—Ruéguele a Dios que no acabe de hacerlo por segunda vez.

Martin prácticamente echó abajo la puerta. Había corrido, dejado atrás a Elena durante la carrera en la que abandonó Hell's Kitchen, atravesó el sector de personal y remontó las seis escaleras desde la cubierta «A» hasta la quinta planta de pasajeros del gigante del océano.

Se había llevado por delante mujeres, brincado por encima de niños y, de un manotazo, apartó la fuente de un camarero con los pedidos del servicio de habitaciones y lo obligó a entregarle su llave universal. Y sin embargo, llegó demasiado tarde.

Al menos eso creyó al ver que Lisa se abalanzaba sobre su madre con el destornillador en la mano, su madre que por algún motivo estaba desnuda o en todo caso escasamente vestida. Pero entonces Lisa tropezó, los cordones de sus botas militares se enredaron en la pata de la cama y eso le dio tiempo a Julia de retroceder hasta el balcón hacia el que también se abalanzó su hija.

—Eh, Lisa —gritó Martin con el último resto de aliento.

Lisa no había oído el ruido de la puerta abriéndose, pero reaccionó al oír su nombre y, lentamente, se volvió hacia él.

El teléfono apoyado en la mesilla de noche sonó sin que nadie le prestara atención.

—¿Quién es usted? —preguntó Lisa sin perder de vista a su madre.

El viento impulsó sus cabellos hacia delante, como si de una capucha se tratara.

Martin notó su mirada vidriosa y comprendió la situación de un solo vistazo. Lisa Stiller había entrado en una suerte de modo Alfa, un estado en el que solo reaccionaba frente a los estímulos más intensos. La voz de la sensatez estaba desconectada, al igual que su capacidad de diferenciar entre la razón y la sinrazón.

Quizá sufría un trastorno disociativo. Si Diesel tenía razón y el profesor la había violado y abusado de ella, esa experiencia negativa se había clavado como una cerilla encendida en el tejido sensible de su alma y causado un incendio de rápida propagación. Por lo visto culpaba a su madre por las torturas psíquicas que sin duda sufría, y durante semanas, quizá meses, había convertido a Julia en la imagen de su enemiga. Martin sabía que no podría impedir que actuara mediante buenos argumentos, por no hablar de impedirlo contándole la verdad. Por eso le mintió y dijo:

—Soy un amigo de Querky.

«¡He hecho diana!».

Había recordado el nombre bajo el que Shahla mantenía contacto con sus potenciales clientes a través de Easyexit. La sospecha de Elena se confirmó: también existía un vínculo entre Lisa y Shahla y, haciéndose pasar por el cómplice de Querky,

había logrado llamar la atención de Lisa. No obstante, también la de su madre que lo contemplaba boquiabierta y se disponía a decir algo, pero entonces por suerte interpretó correctamente la mirada que Martin le lanzó: que ese no era el momento de inmiscuirse.

—Querky no tiene amigos —dijo Lisa, un tanto desconcertada.

—Sí, los tiene. Yo soy su asistente.

—Miente.

—No, ella me encargó que viniera, dice que tienes que parar.

—Chorradas.

—No, de verdad. El plan se ha detenido.

—No me diga. ¿Y entonces por qué no viene ella misma para decírmelo?

—Porque ella... —El primer impulso de Martin fue decirle la verdad. «Porque está muerta». Pero eso quizá provocaría la peor de todas las reacciones posibles y, procurando hallar la respuesta idónea, añadió—: De momento está...

—Está aquí. Aquí estoy.

Martin se volvió, asustado. Elena estaba de pie en el umbral del camarote, tan sin aliento como él.

—¿Tú?

Martín oyó la voz de Lisa a sus espaldas y se volvió hacia ella una vez más.

—¿Tú eres Querky?

—Sí —dijo Elena—. Nos conocimos en Easyexit.

—Tu voz suena completamente distinta.

—Porque sufrí un accidente —contestó Elena, e indicó su rostro deformado—. Tardaré un tiempo en recobrar mi voz habitual —añadió, se abrió paso junto a Martin y dijo—: tengo un mensaje de Tom para ti.

—¿De mi amigo? —preguntó Lisa, y su rostro se iluminó.

—Dice que quiere volver a estar contigo.

—¿De veras?

—Sí. A condición de que no le hagas daño a tu madre.

La mirada de Lisa se volvió suspicaz: Elena se había pasado de la raya.

—Tú no eres Querky.

—Oye, Lisa, reflexiona. De lo contrario, ¿cómo sabría lo de Tom y lo del vídeo si no me lo hubieras enviado por *mail*?

—No, mientes. Apuesto a que no conoces mi apodo.

—Tu...

Elena no pudo seguir hablando y tragó saliva. Martin no fue el único que notó las señales visibles de su inseguridad.

—Dime el nombre con el que aparezco en Easyexit.

—Eres... —tartamudeó Elena, y se volvió hacia Martin buscando ayuda—. Tu apodo es...

Manchas rojas cubrieron la zona no afectada de su cara.

—Olvídalo —dijo Lisa en tono desdeñoso—. Tú no eres Querky y Tom ya no quiere volver a verme. No traes ningún mensaje de él —añadió, y volvió a aferrar el destornillador.

—¡Déjalo caer! —dijo Martin; solo se encontraba a dos pasos de distancia de ella. Ella le lanzó una mirada furibunda.

—Calculas que contra ti no tengo ninguna oportunidad, ¿verdad?

—Si quieres atacar a tu madre con eso...

Martin sacudió la cabeza. Un minuto antes todavía hubiese podido causarle a su madre una herida grave, tan grave que tal vez hubiera podido arrojarla por la borda, pero ahora apenas podría causarle algún rasguño antes de que Martin le arrancase el destornillador.

—Vaya, pues entonces el plan ha fracasado —dijo Lisa, encogiéndose de hombros, y se volvió hacia su madre disuelta en lágrimas—. Ay, pues que seas feliz con Tom —dijo, y arrojó la herramienta por la borda.

Después se apoyó contra la barandilla y, junto con el tramo que había aflojado mediante el destornillador durante las horas en las que aguardó a su madre, se precipitó al mar como una guillotina.

Dos semanas después
Investigación interna
Berlín

El ventilador del aparato de aire acondicionado —que en esos días emitía aire caliente— soltaba un chasquido, como si la hoja de un árbol hubiera quedado atascada, lo cual, dado que la sala de interrogatorios se encontraba en un sótano insonorizado a al menos dos kilómetros de distancia del árbol más próximo, resultaría bastante extraño. Era mucho más probable que el viejo aparato estuviese a punto de palmarla.

Martin contaba con que en cualquier momento oiría un estampido, antes de que el viejo trasto pegado al cielorraso dejase de funcionar de manera definitiva.

Durante las últimas horas en las que permaneció conectado al detector de mentiras el aparato había proporcionado aire más o menos caliente a la pequeña habitación, que encima apestaba a goma quemada.

—¿Quiere que hagamos una pausa? —preguntó su interrogadora, y se echó hacia atrás en la silla giratoria.

Se la habían presentado como la doctora Elizabeth Klein. Al parecer, había trabajado mucho tiempo para el Servicio Federal de Inteligencia y allí se había labrado fama como una experta en interrogatorios, especializada en asesinos en serie psicópatas. Pero a primera vista más bien parecía la directora espiritual de un grupo esotérico de autoayuda: todo lo que llevaba encima era de todos los posibles tonos anaranjados, desde la chaquetita tejida a mano hasta la amplia falda pantalón.

—No —respondió Martin, y se quitó las correas de las muñecas y del pecho—. No haremos una pausa, sino que pondremos punto final.

En contra de lo esperado, la doctora Klein asintió.

—¿Así que no tiene nada más que añadir?

—¿Excepto que todos cuantos contradigan mi declaración pueden irse a tomar por culo? —dijo Martin, se llevó un dedo a la comisura de la boca y fingió reflexionar—. No —añadió, meneando la cabeza.

La doctora Klein contempló uno de los numerosos brazaletes que rodeaban su muñeca derecha, hizo girar el más grande y asintió con la cabeza. Cuando alzó la vista su rostro expresaba compasión.

«Nada de compasión, por favor. Ahora no podría soportar la compasión».

Martin carraspeó y le preguntó si podía ponerse de pie. La doctora Klein suspiró.

—De acuerdo. Claro que los interrogatorios internos todavía no han acabado. Usted sabe cuánto se prolonga el asunto cuando un funcionario está involucrado en

un asesinato —dijo, lanzándole una media sonrisa—. Pero ya puedo afirmar que sus declaraciones en gran parte encajan con las que obtuvimos del capitán, de la médica, de ese... —añadió, hojeando en la delgada carpeta que reposaba en la mesa— Tiago Álvarez y de Gerlinde Dobkowitz.

—Pues genial —dijo Martin y se frotó las manos frías—. ¿Y también he logrado convencer a la técnica?

Indicó la cámara colgada del cielorraso y luego al *notebook* que reposaba entre ambos, en el cual el detector de mentiras había grabado sus funciones vitales durante su declaración.

La conductora del interrogatorio hizo un gesto ponderador con la mano.

—Según el polígrafo, usted parece haber dicho la verdad. A excepción de...

Martin arqueó las cejas.

—¿A excepción de qué?

Ella lo contempló un buen rato. Después sacó un pañuelo de uno de los numerosos bolsillos de su prenda; Martin no estaba seguro de si se trataba de una falda pantalón o de un vestido cruzado. La doctora se sonó la nariz, se puso de pie, se dirigió a la cámara de vigilancia y desconectó un cable que iba directamente de la pared hasta el aparato.

—Hablemos en privado, señor Schwartz.

Lo contempló desde arriba, como un buitre que tiene a su presa en el punto de mira. Martin la observó con expresión escéptica al tiempo que ella regresaba a la mesa.

—El aparato no indicó ninguna desviación notable —dijo ella—. Hay muchos acontecimientos —que de todos modos usted no presencié y solo describió de oídas—, de modo que allí una evaluación poligráfica no ofrece nada concluyente. Sin embargo, en cierto punto... —añadió, e hizo girar el *notebook* hacia él—, usted empieza a sudar y su pulso se acelera. Además, yo misma, e incluso sin la cámara, he identificado varias microexpresiones que me indican una mentira.

Señaló un sector de las grabaciones en el que las ondas parecían las de un electrocardiograma de una persona poco antes de sufrir un infarto.

—¿Qué dije en ese punto? —quiso saber Martin, aunque tenía una sospecha muy concreta.

—De manera análoga, le dijo a la doctora Beck que en las notas de Shahla Afridi no leyó nada acerca del destino de su hijo.

Martin asintió.

—Eso era mentira, ¿verdad?

Martin tragó saliva, pero no dijo ni una palabra.

—Ello no modifica mi evaluación en absoluto, señor Schwartz. Al parecer, usted no es culpable de nada, salvo de ausentarse del servicio sin permiso. Solo siento un interés privado por lo que usted averiguó acerca de Timmy y Nadja.

«¿Ah, sí? ¿Siente interés? ¿Por qué? ¿Tal vez por un afán sensacionalista?»

pensó, y la miró a los ojos —de mirada bondadosa y sincera— y se dio cuenta de que cometía una injusticia con ella.

—El vídeo que le mostró Bonhoeffer, en el que se ve como ellos saltaron por la borda —insistió ella—. Ahora sabe por qué primero se veía una sombra grande y después una pequeña, ¿no?

Martin hizo un breve movimiento afirmativo. Había averiguado la verdad tres días después de la muerte de Shahla, una vez que el *Sultan* atracó en Nueva York y el FBI se hizo cargo de las investigaciones. A esas alturas los hombres de Daniel ya habían descubierto el refugio secreto próximo a la estantería azul, en el que la camarera Anouk se había mantenido oculta durante las últimas semanas y que también había sido ocupado por Lisa en aquella noche en la que simuló su suicidio. En ese espacio desnudo semejante a un contenedor que, antes de la desconexión del dispositivo de descarga había sido utilizado como depósito de metales recuperables y otras materias primas, habían encontrado un colchón, un cajón de plátanos que hacía las veces de mesilla de noche y un estante de metal atornillado a la pared en el que reposaban libros, juegos infantiles, puzzles, animales de peluche e incluso un iPad que contenía numerosas películas, *e-books* y videojuegos.

Junto a los contenidos multimedia, los técnicos del FBI encontraron un buscador con un enlace a un servidor Cloud en el que Shahla había guardado documentos personales. Una vez que lograron descifrar el código de acceso dieron con una entrada en un diario que trataba del día de la muerte de Timmy y Nadja. Durante una pausa en el interrogatorio, el jefe de los investigadores del FBI había dejado a Martin a solas con un extracto del diario.

Al igual que en la investigación interna actual realizada por la doctora Klein, el FBI no tardó en comprender que Schwartz era un testigo importante, pero no un sospechoso, y que por tanto podía regresar a Alemania al igual que Julia y Lisa Stiller, a condición de que se mantuvieran a disposición de las autoridades para posteriores interrogatorios. Era de suponer que el vistazo a lo apuntado en el diario era una concesión del investigador del FBI, debido a que Martin no solo era un colega sino que además había demostrado una gran cooperación durante todo el interrogatorio.

Durante quince minutos, Martin leyó y releyó los escasos apuntes de Shahla, tan a menudo que hasta se grabaron en su recuerdo como lapas, de modo que ahora podía citar las palabras de memoria:

A menudo me pregunto si lo que me ayudó en el caso de esa familia alemana fue la casualidad o el destino. Quería acabar de abrir las camas mientras servían la cena, y entonces descubrí a la madre abusando de su hijo en el camarote. Estaba tendida desnuda sobre él y ya no tuvo tiempo de deslizarse a un lado. Eso fue hace cinco años. Se llamaba Nadja Schwartz.

La primera vez que Martin leyó ese fragmento tuvo que reír, una reacción paradójica de su intelecto que en realidad debía de haberle provocado un alarido. Aún recordaba haber tenido la sensación de sufrir una fuerte hemorragia nasal, pero su nariz permaneció seca y en cambio oyó un sonoro gimoteo en la cabeza que esa vez no anunciaba un dolor de cabeza sino que se dividió en dos voces. Una, profunda, tranquila y agradable, le susurraba al oído que no diese crédito a lo que acababa de leer. Que Shahla era una mentirosa. La otra soltó un grito áspero y una única palabra: «¡Condón!».

Hizo que Martin recordara aquel día hacía cinco años, antes del crucero, antes de su último operativo, cuando regresó a casa demasiado temprano tras la conferencia. Nunca descubrió quién era el amante de su mujer que olvidó el preservativo en la cama matrimonial.

«Quitado, pero no utilizado».

Todo adquirió un sentido completamente distinto cuando recordó cómo había conocido a Nadja. En el servicio de urgencias, con un ojo amoratado: un puñetazo de su amiguito. No por celos, tal como ella afirmó, sino porque efectivamente se había acercado demasiado al hijo de él.

Martin también se vio obligado a recordar la última conversación con Timmy: «¿No quieres hablar de ello?».

La última conversación entre padre e hijo que en primer lugar no había tratado del cinco en mates y tampoco de su necesidad cada vez mayor de dormir y el motivo por el cual de un día para otro ya no quiso seguir jugando al tenis.

«Las señales que indicaban un abuso».

¿Qué le había contestado Timmy en aquel entonces?

«Es por ti. Porque estás ausente tan a menudo y con mamá...»... ¿con mamá, que consideró que su pequeño hijo serviría para reemplazar a su amante? ¿Cómo lo había hecho la madre de Shahla?

La voz profunda murmuró que se equivocaría, pero cada vez se volvía más baja.

Y después de que Martin vomitara por tercera vez, la voz áspera ya no tuvo que gritar a voz en cuello para convencerlo de que no tenía sentido que Shahla —que jamás podía haber sospechado que su diario iría a parar justamente a manos de Martin— le hubiera mentado a su diario. Sobre todo porque esas líneas explicaban cómo era posible que la primera en caer por la borda fuera Nadja.

«¡Y después Timmy!».

Porque Shahla había escrito lo siguiente:

Cuando descubrí a la madre con su hijo me puse furiosa. Ciega de ira cogí el primer objeto que tenía a mano: una pesada lámpara de escritorio con la que golpeé a la mujer en la cabeza. Perdió el conocimiento en el acto, incluso puede que estuviese muerta. Su hijo echó a correr hacia el baño y se encerró. ¿Qué debía hacer? Era una situación sin salida. Si no hubiera perdido los

estribos podría haber llevado a cabo el castigo en otro momento y de un modo mucho más prolijo. Pero así estaba obligado a deshacerme del cuerpo de la madre de inmediato. Por suerte aquella noche el tiempo era tormentoso y el oleaje considerable. Además, la compañía naviera no tendría interés en demostrar un crimen mediante el análisis de un vídeo. Para la imagen de una compañía naviera es mejor un suicidio que un asesino en serie a bordo, por lo cual no titubeé mucho tiempo y arrojé a la señora Schwartz por la borda. Por desgracia, en el ínterin su hijo había vuelto a salir del baño y observó el acontecimiento. Cuando vio que su madre caía por encima de la barandilla corrió al balcón, pasó a mi lado, se encaramó a la barandilla... y saltó tras ella.

«Primero la sombra grande. Después la pequeña».

Allí en la sala de interrogatorio, Martin tuvo que hacer un esfuerzo por no estallar en llanto como antaño, cuando durante la lectura del diario por primera vez tomó conciencia del significado total de lo narrado por Shahla.

«Timmy había amado a su madre. Pese a todo».

Al igual que la apaleada esposa impide que la policía detenga a su esposo maltratador, también el amor de Timmy por su madre y el miedo a perderla habían sido mucho más grandes que la repugnancia ante nuevos abusos.

Los ojos de Martin se llenaron de lágrimas, y la doctora Klein no dejó de notarlo.

—¿No quiere hablar de ello? —preguntó.

«¿Hablar de ello?», pensó él. ¿De que hay madres que abusan de sus hijos? ¿E hijos que a pesar de todo aman a sus padres? «Hasta la muerte».

—Deje que lo adivine —dijo la interrogadora—. La verdad que ahora conoce es tan atroz que su propia vida le resulta indiferente.

—Antes también me resultaba indiferente.

—¿Y acaso era ese el motivo?

—¿El motivo de qué?

—De que usted se lanzara al mar detrás de Lisa.

Martin cerró los ojos.

Por un instante volvió a sentir el golpe, veinte metros más abajo, cuando se fracturó unos huesos del pie. Elena le había aplicado un vendaje elástico y por eso de momento cojeaba.

Era como haberse precipitado en una olla, solo que cuando las aguas espumosas se cerraron por encima de su cabeza fue como si miles de agujas se le clavaran en el cuerpo, agujas de hielo que le hicieron perder la fuerza en cuanto el Atlántico lo aferró con sus garras.

—Lo hice sin reflexionar —dijo Martin, y si todavía estuviera conectado al detector de mentiras este habría registrado que decía la verdad. Había saltado y punto, un acto reflejo, carente de una elección consciente.

Lisa lo pasó peor. Al dar contra el agua se fracturó la cadera y se luxó el hombro izquierdo. Por suerte, porque por eso chilló como una posesa cuando su cabeza volvió a emerger de la superficie del océano. La lisa superficie del mar y la feliz circunstancia de que el capitán ya había detenido el barco con anterioridad posibilitaron su rescate.

—Es de suponer que usted recibirá una condecoración —dijo la doctora Klein.

—Espero que sea una medalla, que al menos servirá de posavasos. —Gruñó Martin—. Yo no hice nada.

Mentalmente, volvió a percibir el sabor del agua salada. Había tragado litros y luego los había vomitado.

—Usted empujó la barandilla desprendida hacia Lisa para que pudiera agarrarse a ella hasta que los botes salvavidas la alcanzaran —dijo la doctora Klein, lo cogió de la mano y la presionó. Él no sabía si dicho gesto debía resultarle agradable o si debía alegrarlo.

—No sé si Lisa Stiller se alegra de ello —dijo Martin, y retiró la mano.

Si la información de Martin era correcta, de momento tanto Anouk como Lisa se encontraban en instituciones psiquiátricas; una en Manhattan, la otra al borde de Berlín, donde Julia Stiller también recibía ayuda profesional con el fin de ayudarle a reconstruir los horribles acontecimientos. Martin confió en que no permitirían que los médicos se lanzaran con excesiva rapidez sobre las niñas con preguntas y píldoras, pero no todos compartían su preferencia por los Gameboy y la televisión cuando se trataba de liberar de su mundo ficticio y sombrío a las personas traumatizadas y afectadas de una dolencia psíquica.

—¿Puedo irme ya? —preguntó, y se puso de pie.

La doctora Klein asintió y extrajo un móvil de un bolsillo.

—Sí, desde luego. ¿Quiere que llamemos un taxi?

Martin se obligó a dirigirle una sonrisa inocente, le agradeció y rechazó el ofrecimiento.

¿Qué dirección podría haberle dado al taxista? Para él ya no había más metas.

Cuatro semanas después

La aguja del tacómetro no se movía de ciento cuarenta. Uno podría haber pensado que Kramer había conectado el limitador de velocidad, pero Martin sabía que el jefe de operaciones consideraba que semejantes medios auxiliares solo eran para los jubilados. Seguro que en los años ochenta también se había burlado de la dirección asistida y del cambio automático, y si alguna vez hubiera participado en una manifestación, sería en una en contra de la obligación de llevar el cinturón de seguridad.

—¿Qué te parece si tomáramos un café? —propuso Martin cuando al borde de la autopista apareció el cartel del área de servicio de Michendorf. Viajaban en el coche en el que al final había estado sentado en el Westend ante la mansión Pryga y se había arrancado un diente a causa del cual hacía tiempo que debiera de haber acudido al dentista. La guapa dentista del servicio de urgencias incluso le había dejado un mensaje preocupado en el contestador, insistiendo en que no debía olvidarse de reemplazar el diente provisorio. Pero no había prisa. El dolor en la mandíbula era soportable, con tres Ibuprofenos lograba conciliar el sueño, a veces hasta cuatro horas seguidas. Por lo menos los ataques sufridos en el barco se habían vuelto más escasos desde que dejó de tomar las píldoras PPE.

—Nada de café. Llevamos retraso —dijo Kramer, aunque aún disponían de más de tres horas antes de asistir a la cita en el *parking* de la autopista, poco antes de Jena.

Martin bostezó y giró la muñeca para no ver la arteria radial. Y el tatuaje, una rosa con dieciocho diminutas espinas. Un tatuaje de la chirona rusa, una señal que indicaba que uno se había vuelto adulto en la cárcel. Se la había tatuado hacía diez años para ese operativo, querían infiltrarse en una banda de rockeros croatas que querían hacerse con el negocio de los porteros de discotecas de Berlín. Quien controlaba los clubes y las discotecas también controlaba el negocio de las drogas. Un negocio lucrativo y muy reñido. Durante las semanas siguientes la banda croata planeaba eliminar algunos porteros y Martin debía ofrecerse como asesino a sueldo.

—Ese tatuaje, ¿no parece demasiado fresco? —preguntó Kramer, que después de echar un breve vistazo a la rosa, volvió a dirigir la mirada a la autopista casi desierta.

—Diré que la hice remozar para celebrar el día —contestó Martin, volviendo a bostezar.

La noche anterior no había dormido prácticamente nada. Dejaron atrás el área de servicio y con ello la oportunidad de tomar un café. Martin cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la ventanilla vibrante.

—¡Eh, delefesplefpiilefee, lefiimbleféeclefiil! —De pronto oyó decir a Kramer.

Se volvió hacia él y vio que su jefe soltaba una risita. Martin, que no entendía aquel galimatías, le preguntó si acababa de sufrir un ataque al corazón.

—Tonterías, me encuentro perfectamente. La que habla así es mi hija —dijo el jefe del operativo con una sonrisa de padre orgulloso—. «Hlefoollefaa», por ejemplo, significa «Hola».

Puso el intermitente para superar a un montón de chatarra blanco que circulaba por el carril central.

—Es «lefelio» —explicó, como si Martin estuviese interesado en ese estúpido idioma secreto inventado por la hija de Kramer—. Lottie lo practicó durante todas las vacaciones de otoño con su amiga y ahora también se dedica a enloquecer a sus profesores. Y eso que el principio es muy sencillo. ¿Quieres saberlo?

Martin negó con la cabeza, pero ello no le ahorró las explicaciones de Kramer.

—Se añade la sílaba «lef» detrás de cada vocal y luego se repite la vocal. ¡Delefesplefpiilefee, lefiimbleféeclefiil! Significa «¡Despierta, imbécil!» —dijo Kramer, y golpeó el volante soltando una carcajada, como si acabara de contar el mejor chiste del año.

—Comprendido —dijo Martin, y añadió—: Calefabrlefóon.

Kramer dejó de reír y dirigió la vista hacia delante.

El móvil de Martin sonó. El número no se correspondía con el de ninguno de sus contactos, pero sin embargo le pareció conocido, así que aceptó la llamada.

—¿Martin? —dijo Gerlinde Dobkowitz en tono de reproche—. ¿Qué modos son esos? Me refiero a que comprendo que usted no me haya pedido en matrimonio aunque aún soy un partido bastante bueno, pero saltar del barco sin ton ni son y después ni siquiera una llamada para avisar que vuelve a pisar tierra firme es un poco fuerte.

Él quiso decirle que no quería mantener el menor contacto con nadie que le recordara al *Sultan* y a Timmy y que por eso cortaría la comunicación de inmediato, pero una vez más ella no lo dejó hablar.

—Sea como sea, solo quería hacerle una llamadita para contarle que he acabado mi novela. Ya sabe: *El asesino del crucero*.

—Un título bonito —dijo Martin, y buscó la manera de acabar la conversación amablemente.

—Sí, ¿verdad? —contestó ella en tono autosatisfecho—. Aunque *La cubierta de las Bermudas* me pareció aún mejor. Pero por lo visto mi segunda teoría respecto de la cubierta secreta y los experimentos con humanos no se confirmó, aunque todavía no he abandonado por completo la búsqueda de un acceso secreto. Al fin y al cabo, una asesina en serie en la bodega del barco tampoco es despreciable, ¿verdad?

—Usted posee un buen olfato, señora Dobkowitz, pero...

—Si quiere le enviaré un ejemplar. O se lo llevo personalmente. El mes que viene estaré en Berlín.

—¿Abandona el barco? —preguntó Martin; había logrado sorprenderlo.

—Desde luego, ¿qué había pensado? En cuanto se publicara mi superventas, esos me hubieran echado del barco acusándome de manchar mi propio nido. Además, empiezo a estar harta del barco. Mi necesidad de muertos y de violencia está cubierta. Si no tengo cuidado, yo misma acabaré palmándola. Con setenta y ocho años más cinco hay que tomarse las cosas con un poco más de calma.

—¿Setenta y siete más cinco? —preguntó Martin, y parpadeó, nervioso. Un escalofrío le recorrió la espalda. Gerlinde soltó una risita.

—A mi edad uno no solo cuenta los años sino también los meses y, todavía mejor, los días cuando a una le aguarda la muerte en el barco. No quiero decir que los gusanos ya empiecen a babear cuando me arrastro a través del césped con mi jersey de cuello alto, pero...

—¡Eh! ¿Qué pasa? —quiso saber Kramer, que lo contemplaba con el rabillo del ojo—. ¿Todo va bien?

«No, todo no va bien».

Martin se dio cuenta de que tenía la boca abierta y cosas más importantes que hacer que cerrarla.

El comentario de Gerlinde sobre su edad lo había desarmado. El monovolumen avanzaba por el mismo carril, pero se le había escapado una idea que quería recuperar urgentemente. Que debía recuperar. ¿Qué fue lo que Diesel había dicho sobre Anouk?

«El resultado de su test de inteligencia en quinto de primaria era de 135 (...). Y alcanzó el segundo puesto en un campeonato nacional de memoria».

«Setenta y ocho más cinco».

«¡Hlefoollefaa!».

—¡Detente! —le gritó a Kramer, que ya había pasado al carril de la derecha—. Déjame bajar.

—¿Aquí?

—¡Inmediatamente!

Martin abrió la puerta deslizante del acompañante; el viento gélido penetró en el interior del vehículo. Oyó que Kramer soltaba una maldición, pero el coche empezó a frenar, derrapó a derecha e izquierda y por fin se detuvo en el arcén.

—Estropearás el operativo —gritó Kramer a sus espaldas, pero Martin ya había saltado del monovolumen—. Si vuelves a largarte sin permiso, entonces se acabó, pedazo de psicótico.

Martin miró por un instante hacia atrás y asintió con la cabeza.

Echó a correr al otro lado de la autopista para buscar a alguien que los llevara de regreso a Berlín por el camino más corto...

78 + 5

... Con el fin de revisar tranquilamente la memoria de su móvil, en la que en algún lugar oculto se encontraba la verdad...

Necesitó cuatro horas para llegar a casa. Treinta minutos para la transcripción de la sesión con Anouk que había grabado con su teléfono en el *Sultan*. Y después de otras dos horas consideró que estaba próximo a descifrar el enigma.

Martin estaba sentado en su viejo piso mal ventilado ante una mesa de cocina coja de la que primero tuvo que tirar al suelo con el codo una montaña de facturas sin pagar, requerimientos y cartas comerciales para tener espacio suficiente como para trabajar.

Ante él estaban su móvil y dos folios DIN A 4. En uno de ellos había anotado las preguntas que le había hecho a Anouk en su segunda visita a Hell's Kitchen. En el otro estaban las respuestas de la niña, al menos todo lo que podía recordar, pues Anouk no había hablado en voz alta, sino que había escrito en el ordenador para dibujar que ahora se encontraba en posesión del FBI, así como el portátil de Shahla y su iPad.

En la hoja izquierda, la de las preguntas, Martin había anotado lo siguiente:

1. Cuando hace dos horas estuve aquí con la doctora Beck, me dijiste un nombre, Anouk. ¿Todavía recuerdas cuál fue?
2. ¿Tienes alguna idea de dónde estás ahora?
3. ¿Cuántos años tienes?

Martin cogió el móvil y volvió una vez más al punto decisivo. Incluso mientras grababa tuvo la sensación de que algo no cuadraba en la conducta de Anouk, aunque uno tuviera en cuenta su trauma. En aquel momento sus respuestas no parecían seguir una lógica clara. Era como si escuchara un idioma extranjero o secreto desconocido para él.

«Como el lefelio».

Martin escuchó de nuevo la tercera pregunta.

«¿Cuántos años tienes?».

En la grabación, oyó la señal para participar en el ejercicio de salvamento marítimo al que entonces no había hecho caso. Después pareció tardar unos momentos hasta que formuló la cuarta pregunta.

«Dios mío, ¿quién te ha hecho eso?».

Martin recordó cómo había descubierto las cicatrices de quemaduras de colillas de cigarrillos en el vientre de Anouk. Ahora sabía que ya se las habían hecho antes del viaje los hombres que Naomi había dejado a solas con su hija. Pero entonces se las había atribuido al potencial violador que aún se encontraba en el barco.

La pregunta número 4 fue, según sus notas, la primera que Anouk había respondido, escribiendo su nombre en la pantalla del ordenador para dibujar:

Martin

Volvió a coger la hoja de preguntas.

4. Dios mío, ¿quién te ha hecho eso?
5. Pero tú sabes que no soy una mala persona, ¿verdad?

Martin no podía oírlo en la grabación, desde luego, pero casi podía verla cerrando los ojos con intensidad y contando algo con los dedos. Y entonces apuntó algo que él primero confundió con una operación de cálculo y después con una indicación para la cubierta del ancla: $11 + 3$.

«Setenta y ocho más cinco», oyó decir a Gerlinde. Así le había conducido a la pista correcta.

Martin cogió la hoja con las preguntas. Saltó a la número tres: «¿Cuántos años tienes?».

Debajo, anotó la tercera respuesta de Anouk con lápiz: « $11 + 3$ ».

Sin aliento, apartó la mesa de la cocina y se levantó con tanta brusquedad que derribó la silla.

«Eso es. Esa es la solución. La estructura».

Martin sabía que estaba a punto de descifrar un secreto acerca de cuya existencia no había reflexionado lo suficiente. Toda la locura que había vivido en el *Sultan* no le había dejado tiempo para indagar. Y cuando volvió a estar en tierra, la pena que le devoraba por dentro evitó que reflexionara sobre lo fundamental.

¡La verdad!

«La manopla con el cloroformo, por ejemplo».

¿Cómo había acabado en el camarote de Nadja y Timmy si la confesión de Shahla era verdad?

«Si la camarera los pilló solo “por casualidad”, ¿cómo es que disponía de cloroformo?».

De repente, Martin vio algunas lagunas en el conjunto de la historia, las inexactitudes que no había puesto en duda debido a su odio por sí mismo y por su destino.

Cogió el móvil y marcó el número de la clínica de Nueva York en la que estaba ingresada Anouk. Elena, que había acompañado a la niña a Manhattan, lo había llamado por teléfono desde allí. Solo tenía que devolver la llamada para contactar con la centralita. Se presentó como el doctor Schwartz para que lo comunicaran con más rapidez como posible colega, pero aun así transcurrió un buen cuarto de hora hasta

que el médico correspondiente, el doctor Silva, se puso al aparato.

—Anouk no es la que creemos —le dijo al señor mayor que, a juzgar por la voz, sufría un resfriado.

—¿Qué quiere decir con eso? —quiso saber Silva.

Martin caminaba en círculos por la cocina. Estaba demasiado agitado para quedarse quieto.

—No está traumatizada, al menos en la medida en que aparenta estarlo.

—¿Que no está traumatizada? —Silva se mostró indignado—. Primero la violaron y después la secuestraron.

Martin se interrumpió para poner en orden sus ideas y no parecer uno de esos pacientes perturbados a los que su colega tenía que tratar.

—¿Ha trabajado alguna vez con niños superdotados, doctor? —le preguntó al médico—. Seguro que sabe lo que sucede si se los subestima. Ese tipo de niños inteligentes pasarán a tener un comportamiento llamativo. Algunos se quedan mudos, otros ya no comen y se refugian en depresiones, otros por el contrario se volverán ruidosos, agresivos y de vez en cuando incluso violentos. Con los extraños o consigo mismos.

—Lo escucho —dijo el doctor Silva cuando Martin hizo una breve pausa.

—Me refiero a lo siguiente: creo que Anouk lleva meses en un período de estrés por subestimación. Por supuesto, sufre un trauma grave por los intensos abusos. Pero eso no la ha llevado a enmudecer o a arañarse.

—¿Entonces? —preguntó Silva.

—Hablando en términos informales, Anouk se aburría.

—¿Cómo dice?

—Encerrada durante meses en un barco, primero en un calabozo sin ventanas, después en una unidad de aislamiento sin posibilidad de desarrollarse de forma adecuada, una situación que incluso a las personas con la mente sana les cuesta aguantar. ¿Cómo debe sentirse entonces una criatura hiperactiva y superdotada? Que se arañara era una expresión de su subestimación.

—¿Qué más lo indica? —preguntó Silva.

—El código —respondió Martin—. Anouk ya no soportaba estarse quieta y tampoco las órdenes de Shahla de no hablar con nadie. Por eso, planteó un juego y se comunicó conmigo en un idioma secreto. Un juego inteligentísimo. El código de Anouk únicamente resulta difícil de descifrar. Hay que ser una maestra de la memoria como ella para dominarlo.

—¿Y cómo se supone que funciona ese idioma secreto? —Silva parecía un poco molesto. Martin podía comprenderlo. Él no habría reaccionado con menos desconfianza si un supuesto colega de ultramar lo llamara de la nada y le diera una conferencia.

—¿También se ha dado cuenta de que Anouk nunca responde las tres primeras preguntas? ¿En ninguna conversación? —preguntó.

Pausa. Cuando Silva volvió a tomar la palabra, habló en tono desconcertado.

—No me corresponde comentar los resultados de nuestros tratamientos con personas ajenas —dijo en un tono que evidenciaba que Martin había dado en el clavo.

Nervioso, le explicó su teoría al psiquiatra.

—Este es el sistema de Anouk. Responde con un desfase de tres. En concreto, eso significa...

—¿Qué después de la cuarta pregunta da la respuesta a la primera?

—Y después de la quinta, responde a la segunda, etcétera. Tiene que desplazar todo tres preguntas.

Con aire triunfal Martin contempló primero su hoja de preguntas y después la de respuestas. Ahora todo tenía un sentido mucho más claro cuando se desplazaba la primera respuesta de Anouk a la primera pregunta, la segunda respuesta a la segunda pregunta y así todas. El resultado era el siguiente:

1.ª pregunta: Cuando hace dos horas estuve aquí con la doctora Beck, me dijiste un nombre, Anouk. ¿Todavía te acuerdas de cuál fue?

1.ª respuesta: Martin.

2.ª pregunta: ¿Tienes alguna idea de dónde estás ahora?

2.ª respuesta: Anouk dibuja un barco.

3.ª pregunta: ¿Cuántos años tienes?

3.ª respuesta: 11 + 3

4.ª pregunta: Dios mío, ¿quién te ha hecho eso?

4.ª respuesta: Mi mamá.

5.ª pregunta: Pero tú sabes que no soy una persona mala, ¿verdad?

5.ª respuesta: ¿? (Es probable que asintiera con la cabeza).

Todo era tan obvio, tan lógico. Un juego sencillo si se conocía el sistema. Y aun así, cuando Martin llegó a la sexta pregunta durante la llamada de teléfono a Silva, tuvo la sensación de haber pasado por alto otra vez algo elemental.

—Se trata de una información muy destacada, respetable colega. —Oyó decir al psiquiatra. A continuación, siguieron un par de frases más a las que Martin, sin embargo, ya no prestó atención.

Cogió el lápiz y se lo metió en la boca por el extremo de la goma de borrar.

En esa sesión de terapia, había planteado nueve preguntas. Anouk había respondido cinco de ellas con su sistema. Precisamente la sexta había quedado pendiente.

«¿Puedes decirme el nombre de la persona con la que has estado todo este

tiempo?».

Martin volvió a sentarse ante la mesa de la cocina y escribió el número 6 en la hoja de respuestas. Un hormigueo le recorrió la espalda desde la nuca hasta la rabadilla.

—¿Estaría usted de acuerdo conmigo en eso? —oyó decir a Silva. Dijo que sí aunque no tenía ni idea de cuál había sido la pregunta.

«Pregunta 6».

En su primer recuerdo, había asumido que Anouk no había escrito nada más después de «mi mamá». Pero ahora ya no estaba tan seguro de ello.

Martin cerró los ojos, mentalmente volvió a embarcarse en el odiado barco. Estaba de nuevo en Hell's Kitchen. Le dijo a la agotada y ensimismada Anouk: «¿Hay algo que pueda traerte?».

Recordó la alarma del simulacro de salvamento marítimo. «Siete veces corta, una larga».

Y entonces volvió a recordarlo.

Cómo Anouk había cogido el ordenador para dibujar por última vez.

«¿Puedes decirme el nombre de la persona con la que has estado todo este tiempo?».

Y del nombre que había escrito en la pantalla antes de volverse y meterse el pulgar en la boca.

«No es posible».

La verdad se le clavó como un puñal que no lo mataba, pero que lo dejaba desangrándose poco a poco.

—¿Hola, colega? ¿Sigues ahí? —dijo el doctor Silva a unos miles de kilómetros de distancia, pero Martin ya no podía oírlo.

Había dejado el teléfono sobre la mesa de la cocina para preparar el equipaje. Debía emprender otro viaje. Debía apresurarse. Ya había malgastado demasiado tiempo.

35 horas después

República Dominicana

La finca de dos plantas de color arcilla se encontraba a solo un tiro de piedra de los campos de polo de Casa de Campos, en una calle sin salida bordeada de acebos, con un tejado de ripia marrón que se alargaba sobre la entrada como una visera sostenida por dos columnas blancas.

Se diferenciaba poco de las otras casas de veraneo bien cuidadas que pertenecían a extranjeros casi en exclusiva, solo que con diferencia era más pequeña que las villas de los famosos que a cinco minutos de La Romana se habían asegurado los mejores sitios en primera línea de la playa o alrededor del campo de golf.

Eran las dos de la tarde, el momento más caluroso del día. Ni una nube en el cielo que pudiera impedir que el sol elevara la temperatura del aire húmedo y sofocante hasta los treinta y seis grados.

Martin montó en un utilitario climatizado que había alquilado en el aeropuerto por la mañana, y sudó. Llevaba pantalones cortos caqui y una camisa de lino ancha, junto con unas gafas de sol oscuras, y con su piel blanca como la cal parecía el típico turista en su primera semana de vacaciones. La cabeza, entretanto cubierta con un vello corto, la protegía con una vieja gorra de béisbol.

Miró alrededor y se desabrochó el botón del pecho de la camisa. Ni veinte segundos y ya se le estaba pegando como unos guantes de látex a la piel.

A estas horas, no había ninguna persona normal que saliera de su residencia climatizada por voluntad propia.

Nadie que lo observara cojeando por el césped recién cortado (durante el vuelo de largo recorrido se le habían vuelto a hinchar los pies) en torno a la finca hasta la parte trasera, donde se encontraba la obligatoria piscina en cuya superficie nadaban agujas de pino.

El terreno limitaba con una nueva construcción, por lo que tampoco ahí había quien pudiera observar a Martin buscando cámaras y cables ocultos junto a la puerta trasera y abriendo el cerrojo con un cuchillo después de asegurarse de que no dispararía ninguna alarma.

Martin había pensado que tardaría más en localizar la dirección, pero al cabo de una hora encontró en el puerto a un taxista que había reconocido la foto. Y que, a cambio de doscientos dólares, le había revelado adónde llevaba a esa persona con regularidad siempre que el barco atracaba en La Romana.

Cerró la puerta trasera y caminó por baldosas de color arenisca hacia el espacioso salón.

En la casa apenas hacía más fresco que fuera, lo que era una señal segura de que ahí vivía un europeo que aún tenía escrúpulos para dejar funcionando el aire acondicionado incluso durante los días y semanas en que se ausentaba.

La disposición interior era típicamente estadounidense. Una cocina abierta, un conjunto de sofás en forma de U delante del altar familiar de la pared, el inmenso televisor de plasma justo encima de una imitación de chimenea.

Martin puso en marcha el aparato de aire acondicionado y se sirvió una cerveza de la nevera, sacó la pistola del bolsillo del pantalón que había comprado en La Romana, la dejó en la mesita y se sentó en el sofá. Solo entonces se quitó la gorra y los anteojos de sol.

Ignoraba cuánto tiempo tendría que esperar, pero se había mentalizado de que sería mucho tiempo. En el coche de alquiler estaba su petate. Esta vez se había llevado alguna muda más que para su excursión en el *Sultan*. En caso de necesidad, pasaría aquí el invierno.

Que eso no resultaría necesario quedó claro apenas cogió un mando a distancia del tamaño de una porra apoyado en la mesa auxiliar y el televisor se encendió solo.

El color de la pantalla cambió de negro a turquesa. En el centro apareció el símbolo de Skype, debajo el texto: «Llamada entrante».

Por eso no había ningún dispositivo de alarma visible en el exterior. La casa estaba protegida por cámaras web que registraban cada movimiento en el interior y llamaban a los propietarios en cuanto sucedía algo fuera de lo habitual.

«Me parece bien».

Martin presionó un botón redondo en el que ponía OK.

Oyó un sonido electrónico que recordaba a una gota de agua salpicando en una cueva de estalactitas y estalagmitas, y un icono de dos manos saludándose indicó que se había realizado la conexión.

—Ha tardado mucho. —Oyó decir a una voz.

El rostro correspondiente no aparecía en la pantalla, pero Martin estaba bastante seguro de que la cámara del televisor sí transmitía su imagen.

—Contaba contigo mucho antes.

Martin dejó el mando a distancia junto a su cerveza, se encogió de hombros y dijo:

—¿Cómo se dice? El mayor amigo de la verdad es el tiempo. Siempre ayuda, ¿verdad, Querky? ¿O prefieres que te llame Elena?

Oyó que alguien reía.

Martin casi podía oír que la doctora del barco se llevaba la mano al colgante en forma de hoja de encina de su collar.

Encina, *quercus* en latín.

—Más bien creo que el tiempo da a los malvados la oportunidad de ponerse a salvo.

Martin negó con la cabeza.

—En ninguna parte estarás a salvo de mí, Elena. Como ves, te encontraré en cualquier lugar.

La doctora soltó una risita.

—Oh, por favor. Eso no fue difícil después de que casi te enviara mi dirección a tu casa.

Martin asintió. Había sido un error que en el pasillo de Hell's Kitchen ella le hubiera hablado de su antigua vida.

«He vivido tres años en la República Dominicana y en el hospital traté a más niñas refugiadas violadas procedentes de Haití que las que debe de haber visto el director de la clínica para mujeres de Hamburgo en toda su vida...».

—Cualquiera que haya pasado las vacaciones aquí sabe lo relajados que antaño eran los controles de inmigración. Incluso cuando se llegaba en barco. No debería haberte soltado que había vivido en una isla en la que, hasta hace pocos años, se podía conseguir casi todo con sobornos si uno conocía a la gente correcta. Lo más fácil, un lugar de residencia con otro nombre.

Las laminillas del aparato de climatización cambiaban de dirección de manera regular y en ese momento la corriente de aire le daba directamente en la cara.

—No he venido para hablar contigo sobre tus trucos de prestidigitador —dijo Martin.

—Lo sé. Quieres matarme porque asesiné a tu familia.

—Exactamente.

—Pero eso no ocurrirá, Martin.

—Puede ser que no te haya pillado aquí. Pero créeme, te perseguiré por todo el planeta. Te encontraré y rendirás cuentas, aunque sea lo último que haga.

—Eso sería un error.

—No creo que lo sea. Anouk misma me dijo que tú la habías secuestrado.

«¿Puedes decirme el nombre de la persona con la que has estado todo este tiempo?».

—He analizado su lenguaje secreto. Escribió tu nombre cuando le pregunté por el culpable —dijo Martin, y oyó como Elena aplaudía.

—Bravo. Pero te equivocas en un punto fundamental. Yo no secuestré a Anouk. Me acompañó por voluntad propia. La cuidé.

—Y de paso, torturaste y asesinaste a su madre.

—No, esa fue Shahla.

—No me cuentes tonterías. Shahla se limita a ser un peón sacrificado. Tú estás detrás de todos los asesinatos que le has cargado.

Nerviosa, Elena resopló con los labios apretados; parecía el bufido de un caballo.

—No eres muy listo, pese a ser un detective. Shahla es cualquier cosa menos inocente.

—No te creo ni una palabra —replicó Martin—. Fuiste tú quien ideó todo el asunto de los textos del ordenador y la conversación con Naomi.

—En parte, sí. Pero solo escribí la verdad.

La fría corriente del aire acondicionado volvió a rozarle el rostro e hizo tiritar a Martin. Fuera, ante la entrada delantera, creyó oír un chasquido. «¿O pasos?». Martin se levantó del sofá y cogió el arma.

—En realidad, Shahla era un muchacho abusado por su madre —dijo Elena—. A mí nunca me violaron, no soy una víctima encegada que ha perdido el juicio y hace sufrir a los demás. Tengo otros intereses.

—¿Cuáles?

—Dinero. Me gano la vida como asesina a sueldo. Los barcos son mi lugar de trabajo. En ningún lugar puedo matar con más rapidez y seguridad, hacer desaparecer los cadáveres mejor y, al final, la naviera incluso me ayuda a encubrir los delitos. Mejor imposible. Trabajo en doce cruceros diferentes. A veces como empleada, a veces como pasajera. En los últimos tiempos navegué con más frecuencia en el *Sultan*, porque me enamoré de Daniel de verdad. Pero por desgracia ahora eso también es historia, como podrá imaginar.

Martin tenía la sensación de que sus sentidos le gastaban una jugarreta, casi como si aún siguiera tomando las pastillas PPE. Tenía la boca seca. Entonces los chasquidos parecieron proceder de la entrada trasera, por la que había entrado en la casa.

—¿Encuentras a tus clientes a través de internet? —le preguntó a Elena mientras se dirigía hacia la puerta del jardín.

—Sí —confirmó ella. Bajó la voz, pero se mantuvo nítida, como si estuviera en la habitación contigua—. En realidad, he mentado. La empresa camuflada como agencia de viajes me pertenece a mí y no a Shahla. Es un sistema genial, aunque ahora puede que tenga que variarlo un poco, pero hasta ahora mis clientes solo reservaban un pasaje para aquellos a los que querían quitar de en medio, y yo me ocupaba del objetivo a bordo.

Martin se sorprendió: Elena se había vuelto muy dicharachera. Tuvo la sensación de que quería ganar tiempo, pero ¿con qué fin? ¿Qué estaba tramando?

—En el caso de Naomi Lamar, me pagó el abuelo de Anouk, que había

descubierto las crueldades de la madre.

—¿Y que te contrató para un martirio de dos meses? —insistió Martin.

Tuvo que alzar la voz para que pudiera entenderlo Elena, a la que no parecía importarle que hubiera desaparecido de su campo de visión por un momento. Dirigió la vista al jardín a través de la ventana lateral al lado de la puerta. Un perro vagabundo merodeaba en torno a la piscina. ¿Había arañado la puerta?

—Antes de morir, el abuelo quería que Naomi sintiera en carne propia lo que le había hecho su hija. Pero eso no es cosa mía. De eso se encargó Shahla. A mí no me apetece torturar. Lo he dicho: lo único que me importa es el dinero.

—¿Y quién te pagó para que mates a mi mujer? —preguntó Martin, regresando junto al televisor.

—Nadie —dijo Elena—. Ocurrió exactamente como lo leíste. Shahla pilló a Nadja por casualidad mientras quería abusar de tu hijo. Esa visión abrió en ella las heridas que su propia madre le había infligido. Se enfureció cuando vio lo que tu mujer le hacía a Timmy.

Martin oyó un suave murmullo de voces de fondo. Elena llamaba desde un lugar público, tal vez estaba sentada en un Café Internet anónimo.

—Sabes que digo la verdad, Martin. Seguro que notaste las señales de abuso en tu hijo, ¿verdad?

Martin no pudo hacer nada al respecto y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Verás —dijo Elena, demostrando que podía verlo—. En aquel entonces Shahla se dedicaba a limpiar mi clínica y, con el tiempo, trabamos amistad. Me enteré de su difícil destino. La muerte de Nadja fue una reacción exagerada, un accidente si prefieres. Y cuando sucedió, es decir después de haber golpeado a Nadja, irrumpió en mi consulta y me pidió ayuda. No sabía qué debía hacer.

—Así que, junto con ella, lanzaste a mi mujer por la borda y colocaste la manopla con el cloroformo.

—Exacto —dijo Elena—. Desde ese momento, Shahla me debía un favor que le cobré con el castigo de Naomi. Sabía que vengarse le proporcionaría placer.

—¿Así que Anouk estuvo todo el tiempo contigo?

—Con Shahla —respondió Elena—. Le instaló un habitáculo cerca de la estantería azul en el que debía quedarse hasta que atracáramos en Oslo.

Martin nunca lo había visto y, sin embargo, en su cabeza se iluminaron las marcas fluorescentes que Anouk seguía en la oscuridad de la cubierta inferior con su linterna ultravioleta cuando quería entrar en contacto con Shahla, Elena o quizás incluso con su madre.

—Su abuelo tiene amigos en Noruega con los que Anouk debía alojarse.

Se oyó un silbido en la línea, pero la voz de Elena seguía entendiéndose perfectamente.

—Queríamos sacarla del barco y Shahla la llevó al nido, donde debía pasar la última noche. —Elena sonaba compungida—. Por desgracia, Anouk ese día estaba

cabezota. Estaba nerviosa y muy sobreexcitada. Ya no quería seguir encerrada y logró escapar de Shahla armada con su osito de peluche preferido y una linterna con la que quería visitar a su madre por última vez.

—¡Cuando cayó en los brazos del capitán! —Martin meneó la cabeza.

Era obvio que Bonhoeffer había dicho la verdad desde el principio. Después de que Anouk escapara del nido, la camarera tuvo que apresurarse a hacerse con toallas para poder fingir un motivo por el que estaba allí a esas horas, en caso de que se encontrara con alguien en el pasillo mientras buscaba a Anouk. Por eso, Gerlinde creyó que la camarera solo había tropezado con la niña por casualidad, pero en realidad Shahla perseguía a Anouk.

Martin ya no se pudo aguantar más la rabia. Se lanzó a la mesita, cogió la cerveza y la estampó contra el televisor. Por un momento pensó que se había cortado la comunicación, pero entonces oyó la voz serena de Elena.

—Tu ira se dirige contra la persona equivocada.

A Martin casi se le atascaron las palabras en la garganta.

—¿Acaso pretendes hacerme creer que la muerte de Nadja y Timmy no fue culpa tuya sino de Shahla?

—En mi profesión creo que no merece la pena discutir sobre la culpa, pero si buscas justicia debieras agradecerme. Al fin y al cabo, yo maté a Shahla.

—Porque querías fabricarte la coartada perfecta. Pillar a una asesina con las manos en la masa y ya no en disposición de delatar a su cómplice. No, no conseguirás desviar tu culpa hacia otros. ¿O acaso fue Shahla la que le dio a Anouk el osito de peluche para que yo subiera a bordo? ¿O la que le dijo que mencionara mi nombre en el primer encuentro para desconcertarme? —preguntó, y le asestó una patada tan violenta a la mesita que el arma cayó al suelo.

—La del osito fue Shahla —admitió Elena de pasada—. Lo conservó como recuerdo de Timmy y, de verdad, solo se lo dio a Anouk para que tuviera algo con lo que jugar. No había ninguna otra intención oculta. Sin embargo, eso le dio a Daniel la idea de llamarte. Yo me opuse. Conocía la fama que tienes como detective y no quería que interfirieras en mis planes. Por eso te enseñé el informe sobre las heridas de violación, porque sabía que en adelante te limitarías a buscar a un hombre.

—¿Y por seguridad también te autolesionaste? —Martin volvió a coger la pistola.

—Soy alérgica al aceite de cacahuete y, mientras me arrastraba en la sala del ancla, me unté la mejilla —admitió Elena—. No quería estar más tiempo cerca de ti, sino ocuparme de Anouk sin obstáculos, y podía hacerlo mientras estaba tendida casi a su lado en Hell's Kitchen —añadió en tono más firme—. Pero repito: no soy una loca. Matar es mi profesión. No mi vocación.

Martin miró el arma que llevaba en la mano, se volvió y observó cómo cambiaba su reflejo distorsionado en el espejo.

—Querías utilizar a Lisa para matar a su madre.

—Sí, eso fue una equivocación.

Si no fuera una actriz tan asquerosamente buena, Martin habría creído oír un arrepentimiento sincero en la voz de Elena.

—Lisa es la ahijada de Daniel. Le envió un *mail* diciendo que sufría mal de amores y Daniel me lo reenvió porque pensaba que, como mujer, sería más capaz de ayudar a una joven en ese asunto. Él no sabía qué se escondía en realidad tras el término «mal de amores». —La voz de Elena se volvió áspera y carraspeó—. Y Lisa no sabía quién era yo cuando la invité al chat de Easyexit, pero me abrió su corazón con rapidez. Retrospectivamente, debiera haber sabido que me mentía. Sus historias eran cada vez más salvajes. Al principio solo hablaba de abusos de manera vaga, después me dijo que mantenía relaciones sexuales con un hombre adulto, y al final, que su madre la obligaba a hacerlo. Empecé a dudar, pero cuando me envió el vídeo volví a estar segura y contraté un viaje para ella y su madre con el fin de arreglar las cosas.

«Así que ese fue el motivo», pensó Martin.

Por eso estaba tan agitada cuando Diesel lo llamó y le informó de la manipulación de la grabación.

—No sospeché que Lisa me mentía. No sabía nada de su enfermizo mal de amores. Si Julia Stiller hubiera obligado a su hija a mantener relaciones sexuales con Tom, habría merecido la muerte.

Martin soltó una carcajada sarcástica.

—Y después de Naomi, ya tenías práctica.

—Corregí mi error a tiempo.

—¡Ambos estuvimos a punto de morir!

Martin recordó la escena en el camarote de Lisa. La ironía del destino quiso que Elena dijera la verdad cuando le dijo a Lisa que era Querky. Habría pasado la prueba de Lisa y le habría podido decir su nombre de usuario en el chat. Elena solo vaciló porque si lo hacía le habrían descubierto el juego.

—¿Y no te consideras una loca, Elena? —le preguntó Martin—. Estás completamente chalada.

Entonces el cortacésped empezó a rugir en el jardín delantero de la casa vecina. Martin se preguntó si silenciaba otros ruidos. Ruidos que desenmascaraban las verdaderas intenciones de Elena...

—¿Dónde estás? —le preguntó él.

Como era de esperar, en vez de responder Elena le hizo otra pregunta.

—¿Sigues en contacto con la madre de Lisa?

—¿Qué? Sí, ¿por qué? —Martin había hablado con Julia Stiller una vez por teléfono, después había visitado a su hija en la unidad aislada de psiquiatría y quiso agradecerle el rescate. Por décima vez. A lo mejor él era el único con el que podía hablar sobre el lento progreso en el tratamiento de Lisa.

—Dile a Julia que repararé mi error —dijo Elena. Sonaba como si estuviera a punto de colgar.

—¿Reparar tu error? ¿Todos? Eres una asesina. Ahí no hay nada que reparar. Martin dirigió su arma al televisor e imaginó que ella estaba ante él.

—Ya verás —replicó Elena.

—No: te veré a ti —dijo Martin con una calma mortal—. Y entonces te mataré. Casi oyó cómo ella meneaba la cabeza perfectamente peinada.

—No lo harás —dijo ella.

Furioso, cerró los ojos.

—Sabes de lo que soy capaz cuando se me mete algo en la cabeza —la amenazó.

—Sí, de eso no tengo ninguna duda. Pero no me tocarás ni un pelo cuando estés ante mí. Ni siquiera hablarás de esta conversación con otras personas.

Martin soltó una carcajada.

—¿Y de dónde sacas esa seguridad en ti misma?

Martin pegó otro respingo. El cortacésped había enmudecido. Oyó más ruidos de arañosos en el portal y esta vez estaba seguro de que no era un perro. Alguien manipulaba la cerradura. Miró en torno. Debido a la construcción abierta en la planta baja no había posibilidad de esconderse, sobre todo porque Elena lo observaría a través de la cámara. De todos modos, no creía que fuera ella quien accedía a la finca y, si lo era, sabía que estaba armado. Apuntó con el arma a la puerta, después se lo pensó mejor.

Con dos pasos rápidos, llegó a la escalera y corrió a la planta superior apuntando con la pistola por si había allí alguien acechando.

El móvil le sonó en el bolsillo.

«Número desconocido».

Descolgó mientras entraba en la primera habitación detrás del rellano de la escalera y cerraba la puerta.

—No me matarás. —Oyó decir a Elena prosiguiendo la conversación mientras Martin echaba un vistazo sorprendido a la habitación desordenada.

La cama estaba sin hacer, había calcetines sucios en el suelo. Las paredes estaban salpicadas de grafitis chillones, pero de sorprendente talento. En una mesa de cristal sostenida por dos barriles de cerveza, había un cuaderno con una pegatina de un grupo de *heavy metal*.

—¿Por qué estás tan segura? —se oyó preguntar. Desde el salón se acercaban pasos.

Martin cogió una raqueta de tenis que estaba apoyada contra un armario de ropa abierto. Los pasos ascendían por la escalera.

—Porque no quieres disparar a la mujer que ahora ejerce de madre de tu hijo —dijo Elena, y entonces Martin oyó una segunda voz en el pasillo al otro lado de la puerta. La de un joven de unos quince años.

—¿Mamá? ¿Estás ahí dentro? —preguntó—. Pensaba que no vendrías hasta dentro de dos semanas.

La puerta se abrió y dos hombres que se parecían como padre e hijo se quedaron

el uno frente al otro, absolutamente petrificados.

Elena colgó.

Había preparado a Timmy para este momento. Hacía dos semanas, cuando lo había visitado poco después de su estadía en Nueva York, había vuelto a preguntar por su padre (por su madre no se interesaba nunca), y ella le enseñó la foto que los periódicos polacos habían publicado tras su detención.

Shahla había pillado a Nadja.

Pero Timmy no había saltado.

Nunca había salido del baño.

Esa era la mentira que le había contado a Martin para que abandonara la búsqueda de su hijo. En vano. Elena había sentido que en algún momento Martin encontraría las verdaderas conexiones.

Después de que Shahla golpeará a la madre con la lámpara de sobremesa y Timmy se encerrara en el baño, Elena le ayudó a envolver el cadáver en una sábana y a arrojarlo por la borda. A continuación, habían arrojado la maleta de Nadja. Las cámaras de vigilancia necesitaban dos víctimas. Por desgracia, no se dieron cuenta de que la maleta era más pequeña que el cuerpo de la madre. Debería haberse deshecho primero de la maleta y después del cadáver. Un error tremendo, pero por suerte la naviera había hecho desaparecer las cintas para encubrir el asunto mediante un silencio cómplice.

Elena se había hecho cargo del niño de inmediato. Timmy, atemorizado y aturdido, no había tenido ni idea de dónde encontrar a su padre. Investigó y logró averiguar que su padre estaba en la cárcel por ser un criminal peligroso con contactos con la mafia de Varsovia.

La madre perversa, muerta; el padre, un asesino. Los familiares no podían ser mucho mejores. Bajo ninguna circunstancia quería enviar de vuelta al niño traumatizado a esa miserable familia. Por aquel entonces, Elena no sabía que Martin trabajaba como agente encubierto, solo lo averiguó años después, cuando Daniel le contó la demanda que Schwartz había presentado contra él. Así pues, entonces decidió acoger a Timmy en su hogar. Lo escondió durante un tiempo en el barco, lo llevó a su residencia en Casa de Campo y allí lo metió en un internado. Varias veces al año, lo visitaba en la República Dominicana durante el tiempo del que disponía. Más tarde, cuando averiguó quién era en realidad el padre de Timmy, se había preguntado si debía reunirlos a ambos, pero descartó la idea. Martin era detective. Uno de los mejores. Era demasiado peligroso que le pisara los talones y le echara el guante. Tal y como con toda seguridad se lo estaba planteando ya. A partir de entonces era una fugitiva y había hecho todo lo posible para postergar este momento al máximo.

En los años en los que había mantenido a Timmy escondido de su padre, se había convertido en un adolescente impresionante que disfrutaba de la vida en el Caribe y, entre tanto, jugaba tan bien al tenis que había llegado a la final del campeonato caribeño júnior.

Hacia dos semanas, Elena le había contado quién era su padre en realidad y que seguro que lo estaría buscando. Así que estaba prevenido. No obstante, ella prefería no imaginar la impresión que en ese momento le causaba.

Elena suspiró y guardó el móvil en el bolso Louis Vuitton, abrió un pequeño espejo de maquillaje, se repasó el pintalabios una vez más y se bajó el escote de su vestido corto negro. Después se levantó del sofá junto a las ventanas.

El oleaje en el atolón Ari era apacible, el *MS Aquarion* flotaba como una tabla en el océano Índico y apenas tuvo problemas para llegar a la barra con sus tacones de diez centímetros.

—Un *gin tonic* —dijo al camarero del pequeño pero elegante crucero en el que viajaban algo menos de mil pasajeros. Uno de ellos, un hombre con unos ojos de una profundidad infinita que agarraba una cerveza, le regaló una sonrisa que surtió efecto.

—¿Puedo invitarla? —preguntó el atractivo alemán al que no había quitado ojo desde que zarparon de Sri Lanka.

—Encantada, señor...

—Schiwy —se presentó el hombre, cuyo nombre Elena por supuesto conocía—. Pero puede llamarme Tom.

Sonrió y le dio el nombre con el que se había registrado en este viaje.

«¡Dile a Julia que repararé mi error!».

—¿Y qué le trae a bordo, Tom?

—Uf. —Hizo como que tenía que secarse el sudor de la frente—. Es una larga historia.

—Nos aguarda un largo viaje —dijo Elena, sonriendo aún más, y con las yemas de los dedos tocó, como por descuido, la mano de Tom apoyada en la barra.

—Bueno, si quiere oír la versión corta: estoy huyendo.

—¿Del amor?

Asintió con expresión autosuficiente.

—Si quiere saberlo, sí. ¿Puede imaginarse que una madre y su hija se enamoren de uno a la vez?

Elena parpadeó, coqueta.

—En su caso, sí, Tom.

Él hizo un gesto negativo con la mano.

—Sí, sí, suena gracioso, pero créame, es un infierno. Dos gatas celosas que encima están emparentadas. Una quería literalmente suicidarse por amor y casi lo habría logrado si no hubiera avisado a la madre a tiempo —dijo con una sonrisa libidinosa. Era obvio que pensaba que esa historia frívola lo volvía más atractivo.

—¿Y entonces reservó un viaje sin más para escapar de las mujeres salvajes? —

preguntó Elena hipócrita.

—No, en este caso tuve suerte en la desgracia. Gané el viaje en un concurso en línea. Es decir, ya he recibido cartas conforme era el visitante cien mil de alguna página web, pero esta vez ha funcionado de verdad. Me enviaron los billetes directamente. —Sonrió de oreja a oreja—. ¡Me vinieron como caídos del cielo!

—Usted también, Tom. —Elena le cogió la mano y se la apretó con suavidad—. Así pues, ¿es usted afortunado en el juego?

—Y divertido en el amor. —Le devolvió la sonrisa.

—Eso suena bien —dijo Elena, y se levantó de su taburete.

—¿Qué quiere decir...? —Ella señaló con la cabeza en dirección a los ascensores.

—Conozco esto bastante bien. ¿Le apetece una visita guiada por las entrañas de este barco?

Tom Schiwy bebió la cerveza de un trago, le entregó al camarero la tarjeta de su habitación para incluir las bebidas en la cuenta y le dio al hombre demasiada propina antes de seguir a la elegante rubia.

Excitado y expectante ante la perspectiva de la velada y lo que esta incluiría.

Epílogo

Sultan of the Seas

Seis semanas después

—¿Queremos que desaparezca?

La pregunta de Yegor iba en serio, pero el cirujano solo rio cansado. Ya llevaban unos veinte minutos observando a Gerlinde en un monitor de vigilancia que captaba el pasillo de babor de la cubierta 3, cerca del lugar en el que habían atrapado a Anouk. La vieja, que precisamente ese día tenía que estar dando vueltas al amanecer, tanteaba la junta de la pared del camarote con sus dedos huesudos, seguro que, por décima vez, donde el papel pintado no había sido pegado con precisión.

—Son las cinco de la mañana, ¿no tiene nada mejor que hacer la caprichosa? —preguntó Yegor mientras Konradin Franz se inclinaba sobre el monitor a su lado y echaba un aliento mezcla de ginebra y caramelo de menta contra la nuca del armador. El cirujano de cincuenta y seis años, al que le gustaba que lo llamaran doctor, aunque nunca había cursado el doctorado, se pasó el dorso de la mano por la frente sudada.

—Si no se larga pronto, la voy a buscar y la tenderé sobre mi mesa. —Fanfarroneó, aunque era evidente que ya no estaba en situación de volver a operar. Menos aún si se tomaba su copita.

—¿Cuándo le damos el alta a Tayo? —preguntó Yegor, aunque ya conocía la respuesta. El «cliente», como el cirujano llamaba a todos sus pacientes operados en el *Sultan*, debía bajar del barco en Barbados con el procedimiento habitual. A las seis en punto, es decir en apenas una hora, justo después de entrar a puerto. Envuelto en sábanas, en un contenedor de ropa sucia de la unidad de enfermería rotulado con la advertencia en cuatro idiomas: «Contaminado, peligro de contagio».

Eso y los sobornos a los trabajadores del puerto garantizarían que a nadie se le ocurriera echar un vistazo al contenedor con ruedas en el que, con gran esfuerzo, habían instalado al excepcional atleta negro. Los otros clientes anteriores a él habían sido bastante más pequeños y menos musculosos, pues no había habido problemas de transporte.

Sin embargo, Tayo no había superado tres veces el récord del mundo de los cuatrocientos metros en balde. Recorría esa distancia por debajo de los 43,20 segundos, lo que por desgracia no había sido lo bastante rápido para escapar de los hombres de la mafia nigeriana de las apuestas a los que había prometido manipular la carrera de los juegos olímpicos. Tayo había prometido tropezar poco antes de la meta. Un detalle decisivo que, sin embargo, en el fragor de la carrera había olvidado, y por el que el clan había perdido mucho dinero con la apuesta al caballo equivocado. Dinero que ahora querían recuperar de Tayo. Había pruebas fotográficas de que para

cobrar no se andaban con chiquitas. A un traficante de drogas le habían sacado el ojo derecho con un sacacorchos porque había desfalcado doce dólares. Tayo no saldría tan bien parado. Les debía doce millones.

Tras vender todos sus coches, sus pisos y después de liquidar todas las cuentas bancarias (al fin y al cabo, Tayo había ganado muy bien) tenía suficiente para devolver a la mafia un buen tercio del dinero perdido. O para poner pies en polvorosa con cuatro millones de dólares.

Tayo se decidió por lo último y se registró en el *Sultan*.

—Ya es hora de que nos refiramos a él con su nuevo nombre —dijo el cirujano. Yegor asintió, aunque a regañadientes. De todas las recomendaciones de la lista su cliente había optado precisamente por Sandy.

«¿Sandy?». Un nombre del que Yegor no sabía que, en Estados Unidos, también lo llevaban los hombres. Pero ¿qué le importaba la vida de este hombre? Mejor dicho: ¿qué le importaba su nueva vida?

Su trabajo estaba hecho. Había conseguido que Martin Schwartz se embarcara y se había encargado de que se evitara la crisis. En el fondo, el destino de Anouk le había dado igual. Para Yegor nunca se había tratado del esclarecer el caso. A decir verdad, jamás habría contado con que ese detective destrozado sacara en efecto a la luz algo de valor. En realidad, ese detective solo debería haber servido de chivo expiatorio. Él o Bonhoeffer, el ignorante que aún no había captado qué sucedía en realidad en el barco. El capitán seguía creyendo que se había tratado de salvar el acuerdo con un inversor chileno, pero Yegor nunca tuvo la menor intención de vender su barco. Vicente Rojas y sus inútiles abogados solo habían estado a bordo para calentar en la bolsa los rumores de absorción y elevar la cotización de la empresa.

—Es de locos. —El exabrupto del doctor sacó a Yegor de sus cavilaciones. El cirujano golpeó la mesa con tanta violencia que el monitor se tambaleó.

—¡Cierra el pico! —le ordenó Yegor, aunque era imposible que Gerlinde pudiera oírlos. Se encontraba a escasos diez metros de distancia, pero las salas de la cubierta intermedia estaban completamente insonorizadas.

En el fondo, podía comprender el grito de Konrad. Era como para desesperarse.

Habían logrado con grandes esfuerzos y en el último segundo evitar el desenmascaramiento de su empresa y ¿ahora la vieja bruja ya estaba volviendo a dar problemas y evitar el desembarco de su cliente?

Cuando Anouk Lamar reapareció meses antes de forma del todo inesperada, Yegor había pensado que estaban perdidos de verdad. Un pasajero 23 desaparecido no era un problema. Eso pasaba con frecuencia, no era motivo para registrar un barco entero. Pero ¿un pasajero 23 que resucita de entre los muertos? Eso era de otro calibre. En cuanto se hubiera hecho público lo de la niña, se habría abierto la caja de Pandora y se habría acabado su empresa. El accidente máximo creíble. El FBI hubiese retenido el barco y con una tropa de agentes lo habría examinado con lupa durante meses. Algo que no debía pasar bajo ningún concepto. ¿Suicidio? ¡Bien! ¿Un

asesino en serie a bordo? ¡Por mí...! Todo eso lo podía arreglar el departamento de relaciones públicas de algún modo. Pero si durante el registro del barco descubrían el lugar en el que la naviera en realidad ganaba sus millones —la cubierta intermedia—, acabarían en chirona de por vida. Él mismo, el cirujano... en realidad todos los que se habían hecho de oro con el programa de protección de testigos privado. Un programa que utilizaban los ricos y los desesperados de este mundo que, en la mayoría de los casos por motivos ilegales, querían desaparecer de la superficie de la tierra para siempre. Ya fuera para escaparse de una condena, de los impuestos o —como en el caso de Tayo— de la mafia nigeriana de apuestas. ¿Y dónde mejor que en un crucero de lujo de este calibre? Un lugar sin policía, con innumerables posibilidades de esconderse. Un mundo en sí mismo en el que se podía preparar sin problemas a familias enteras para la nueva vida a la que ponían rumbo en el sentido literal de las palabras.

La cubierta intermedia no era una cubierta en sentido estricto. Comprendía muchos espacios intercalados y rincones que se distribuían en vario pisos, diseñado con habilidad para que los profanos no pudieran reconocer los huecos desde el exterior.

Yegor y Konradin estaban sentados ante la esclusa de transporte, una puerta secreta por la que debía salir rodando el contenedor con Sandy. En cuanto la vieja Dobkowitz, que solo se encontraba a unos pasos al otro lado de la pared, desapareciera por fin.

—Por cierto, ¿qué tal está nuestro paciente en su gran día? —murmuró Yegor sin quitar ojo al monitor. Gerlinde estaba retrocediendo unos metros con su silla de ruedas, como si quisiera hacerse una imagen mejor con algo de distancia.

—De maravillas. Buen proceso de curación. Como suele pasar con los clientes bien entrenados —respondió Konradin.

El tratamiento de Tayo había durado alrededor de un año. Un supuesto accidente aéreo con un avión privado en el golfo de Guinea, el embarque en Praia, meses de preparación psicológica, creación de la leyenda; después, las intervenciones. Había contratado el programa completo, lo que le había costado cerca de dos millones, la mitad de sus ahorros. Pero era dinero bien empleado. En su caso, no se habían hecho las habituales correcciones cosméticas. Tayo era un famoso conocido en todo el mundo, sus perseguidores tenían conexiones mundiales. Había que cambiar su aspecto de forma drástica si no quería ser reconocido en su nuevo hogar de inmediato. Al final, el cirujano no solo le había corregido la barbilla, los labios y la nariz, sino que también lo había persuadido de que se dejara amputar una pierna. Una medida marcial que, tras darle muchas vueltas pero con toda seguridad, salvaría la nueva vida de Sandy. Había una verdad irrefutable en su negocio: si una persona quería volverse invisible, tenía que romper con sus viejas costumbres para siempre. Un jugador no debía dejarse ver en un casino, un músico no volver a coger una guitarra, un deportista no volver a correr. Cuando aceptaron el caso de Tayo, supieron

que su caso supondría un problema especial. Un hombre al que la prensa había aplaudido como «Míster Ultrasonido» no se mantendría mucho tiempo alejado del tartán de su nuevo lugar de residencia en el Caribe. Como los yonquis a las drogas, Tayo era adicto al deporte. Su estilo al correr era inconfundible, después de algunas sesiones de entrenamiento, aunque se pusiera una piedra en la zapatilla para frenarse, empezarían los rumores. Y los cuchicheos sobre el rayo desconocido que por las noches daba unas cuantas vueltas a la pista deportiva pronto llegarían a los oídos equivocados.

Para evitar con total seguridad que Tayo fuera descubierto y torturado hasta la muerte, solo había una única posibilidad: había que asegurarse de que nunca volviera a correr. Porque ya no podía.

Hubo discusiones eternas; hasta poco antes de la intervención, Tayo había cambiado de opinión una y otra vez. La continua indecisión al final había puesto al cirujano tan furioso que el achispado cascarrabias había subido a la cubierta 8 ½ después de la operación y allí, en uno de los puntos que las cámaras no captaban, había lanzado la pierna amputada por la borda en una noche oscura y tormentosa. Un desliz imperdonable que, en realidad, tendría que haberle costado el trabajo; no obstante, «cirujano plástico para programa privado de protección de testigos en la cubierta intermedia secreta de un crucero» no era un trabajo para el que hubiera una cola de candidatos. Por eso toleraba incluso el abuso de alcohol de Konradin, cada vez más visible. Además, al cirujano no se le podía acusar de otros deslices de este tipo. La excursión a la cubierta 8 ½ ya le había dado el susto correspondiente, pues casi lo habían descubierto eliminando el muslo en el océano Índico. Precisamente Anouk Lamar, que se había retirado allí para dibujar.

Aquella noche Konradin la había llevado de regreso con su madre. Cuando desapareció solo unos pocos días más adelante había informado a Yegor de cómo entonces había notado la resistencia de la niña y de que estaba seguro de que ella en realidad hubiera preferido quedarse sola sentada en la cubierta pese al tiempo desapacible y la oscuridad. Entonces, cuando todos salieron con lo del suicidio extendido, Konradin pensó que Anouk debía de haber previsto los planes suicidas de su madre. Ahora conocían los auténticos motivos por los que aquella noche no había querido que la llevara de vuelta con su madre.

—¿Cómo es posible que la abuela nos haya descubierto el juego allí fuera? —preguntó el cirujano.

Yegor se lamentó.

—No lo ha hecho. Solo ha dado en el blanco por casualidad. Por eso tampoco busca en el sitio correcto, sino cerca.

Donde se había topado con Anouk.

«¡Qué locura con esta vieja!».

Las investigaciones de Martin habían facilitado al FBI el autor y el lugar del crimen, incluso el escondite de Anouk, por lo que al final no hubo que registrar el

barco. Las preguntas de los agentes del FBI quedaron respondidas.

«Pero no las de Gerlinde».

—¿Acaso la vieja no quería desembarcar hace tiempo? —preguntó Konradin.

—No, dentro de catorce días, en Mallorca. En cuanto volvamos a estar en Europa.

—¡Mierda! —El cirujano consultó la hora—. No podremos sacar el contenedor por detrás.

Yegor asintió. Todavía les quedaba la complicada salida de la escalera que el cirujano había empleado para tirar la pierna por la barandilla. Pero a Tayo no podían desembarcarlo así.

—Debemos esperar a fondear. En algún momento, la loca de ahí fuera se dará por vencida. Podemos... —Konradin se interrumpió a mitad de la frase y sonrió—. ¡Mira! ¡Se larga!

En efecto. Gerlinde se había rendido. Su silla de ruedas se alejaba.

Yegor aún la siguió un rato con la cámara móvil y entonces gruñó satisfecho cuando desapareció en un ascensor abierto.

—En marcha —dijo—. ¿Está Ta... eh... Sandy preparado?

El cirujano asintió. Entonces le envió a recoger al cliente para que Yegor pudiera despedirse de él. Un gusto que el armador nunca dejaba escapar. A Yegor le encantaba la comparación del antes y el después y el poder de liberar a una persona a una nueva vida que él había contribuido a crear.

Abrió el champán que había guardado en frío para esta ocasión y sirvió tres copas. Una para él, otra para el cirujano. Y la última para el hombre negro alto que tenía que estar agachado para no chocar con la cabeza contra el cielorraso del camarote mientras entraba a la esclusa cojeando y apoyado en unas muletas.

En ese preciso momento Gerlinde observó atónita su reflejo en el ascensor y decidió abandonar de una vez por todas la búsqueda de la cubierta de las Bermudas. Ese día incluso había estado fuera hasta el amanecer, más tiempo que nunca. ¿Y qué había conseguido?

«Nada aparte de un dolor de cabeza».

Decidió dedicar sus últimos días a bordo del *Sultan* a disfrutar de una vez por todas.

—Maldita cubierta de las Bermudas, me metí en un callejón sin salida —admitió, y aún estuvo un rato maldiciendo hasta que las puertas del ascensor volvieron a abrirse. Cuando salió, se asombró de la inesperada transformación.

Gerlinde tardó un rato en darse cuenta de que era el color de la moqueta lo que la desconcertaba. En su cubierta, la 12, era bastante más oscura. Y gruesa.

«Me he equivocado», fue lo primero que pensó. Después entendió lo que había pasado. El ascensor debía de estar estropeado. En todo caso, no se había movido del sitio. Seguía en la misma planta en la que había montado en el ascensor.

—Hoy nada sale bien. —Abandonó la cabina maldiciendo, con la intención de intentarlo con el ascensor contiguo.

Mientras esperaba, volvió a mirar su imagen reflejada, esta vez en el brillante latón pulido del revestimiento, en cuyo reflejo todo tenía un aspecto más agradable. Los ojos ya no parecían cansados, se la veía más delgada, el pelo no estaba tan chafado. Todo era más amable, bonito, suave y armónico.

Incluso la puerta.

La puerta que se abrió en la pared como por arte de magia se inclinó a su espalda. Y de ella salió rodando, en el momento en el que Gerlinde se volvió hacia la puerta, un contenedor de ropa de la altura de una persona...

Sobre el libro y agradecimientos

Antes de que este libro le ofrezca al final una pequeña sorpresa más a partir del epílogo (al que, por supuesto, puede saltar de inmediato si no le interesa mi cháchara sobre la historia del origen de *El pasajero 23*), quiero agradecerle aquí primero, como manda la tradición, que de la marea de casi cien mil novedades al año, haya escogido precisamente mi obra. Es probable que ahora, tras terminar la lectura, tenga una imagen del todo falsa de mí.

Lo crea o no: me gustan los cruceros. ¡Sí, de verdad! Cuando era niño, incluso jugaba con la idea de hacerme capitán, pero la abandoné con rapidez cuando, a la tierna edad de once años, cruzando el Canal de la Mancha con mi madre, llevé a cabo una competición para ver quién de nosotros finalmente había alimentado más a los peces. Hoy, cuando viajo en barco, siempre me pongo parches contra el mareo detrás de la oreja, el distintivo de los blandengues entre los turistas de alta mar, pero acepto de buen grado la indulgente sonrisa de los lobos de mar experimentados, siempre y cuando controle el paradero de los alimentos que ingiero y no al revés.

Aunque me gusta navegar, *El pasajero 23* no es una expresión de mi —lo reconozco— a veces algo extraño sentido del humor. Apremiar los cruceros y, al mismo tiempo, usarlos de escenario de crímenes horrendos no supone una contradicción para mí. También adoro Berlín y no tengo escrúpulos en poblar mi ciudad con coleccionistas de ojos y corruptores de almas.

Cuando digo que me gustan los cruceros, no me refiero a la diversión obligada en la cubierta solarium o al programa de excursiones organizado al detalle cuyos anuncios en la revista del barco recuerdan a la propaganda electoral, que una y otra vez te promete maravillas sorprendentes. Aquí no se trata de «más dinero por menos trabajo», sino de por ejemplo «una idílica sensación de Robinson Crusoe» durante la visita a una cala del tamaño de un bonsái solo en compañía de ochocientos semejantes.

A mí me gusta la idea de mecarme por países extranjeros con el trasero pegado a una habitación de hotel, sin tener que hacer y deshacer las maletas una y otra vez. Además, me encanta el mar (una astróloga me dijo que eso era típico de los Libra nacidos en octubre), pero en las vacaciones en la playa soy en general demasiado vago para moverme de la tumbona, meterme en el mar, secarme después, volver a ponerme crema (pues nunca se sabe si el ungüento de verdad resiste al agua meramente porque lo pone en el envase)... y todo el estrés solo para dar tres brazadas, pues nadar tampoco me dice gran cosa... como siempre, divagando. Lo que quería decir: para los que solo quieren contemplar las aguas, como yo, las largas jornadas de navegación son ideales, pues en semejantes gigantes no cosecho miradas asesinas de mi mujer únicamente por negarme a lanzarme al agua para jugar con los

niños. Volviendo al tema en el que estábamos:

El pasajero 23 es una novela. Eso significa que les he mentado. No ha pasado nada de todo eso. Pero como ya he dicho en otras partes: toda buena mentira tiene un fondo de verdad. Y en ese aspecto, *El pasajero 23* tiene mucho fondo, porque la declaración básica de que cada año unas docenas de pasajeros desaparecen de cruceros sin dejar rastro es tan correcta como la afirmación del capitán Bonhoeffer en el libro de que en Estados Unidos algunos grandes bufetes de abogados se han especializado en representar a los familiares de las víctimas de cruceros. En realidad, todos los casos misteriosos de desaparecidos que Bonhoeffer enumera en el capítulo 12 por desgracia son reales. Me he limitado a cambiar los nombres de las víctimas y de los barcos.

En 2011 y 2012 incluso hubo un triste récord: desaparecieron 55 personas. Si la novela solo se hubiera referido a esos dos años, habría tenido que titularse *El pasajero 27,5*.

La idea para el libro ya se me ocurrió en el año 2008, cuando leí un reportaje en la revista *Park Avenue* (una revista que en el ínterin también ha desaparecido en el mar del mercado de revistas) que trataba el fenómeno de los pasajeros desaparecidos en cruceros.

Que tardara tantos años hasta que por fin en marzo de 2013 empezara con la primera versión se debe lisa y llanamente a que la chispa solo llegó mucho después: la idea de poner en el eje central, en vez de una persona desaparecida, una reaparecida que por su mera aparición rebate la teoría de los suicidios que la naviera presenta de forma automática. Pues esto también es cierto: a la industria crucerística en auge no le interesa en absoluto advertir en sus coloridos prospectos de lo que cada viajero con sentido común deduce: cuando en un espacio reducido se juntan varios miles de personas los conflictos son previsibles. Y entre los millones de personas que optan por este tipo de vacaciones, seguro que no solo hay individuos agradables.

Los crímenes en alta mar no son en absoluto casos aislados y las páginas web citadas en el libro, en las que se organizan víctimas, familiares y abogados, existen de verdad. Los casos que documentan han tomado una dimensión tal en la realidad que la International Cruise Victims Association (ICV) exige la creación de «*sky marshals* para el mar»: *sheriffs* del mar, que —a diferencia de los *sky marshals* de los aviones— aún no existen. Los hoteles flotantes son pequeñas ciudades sin comisaría. Si bien existe personal de seguridad, este depende económicamente de la naviera, así que es improbable que se examine al propio personal.

Aunque cabe decir con franqueza —también aquí los datos del libro son ciertos— que incluso un *sea marshal* poco podría hacer en un caso de desaparecidos. Ya solo la kilométrica «distancia de frenado» de un crucero impide por regla general una prometedora operación de rescate; sobre todo si el punto en el que la víctima potencial fue vista por última vez se encuentra a horas de distancia. Y el propio barco es, como se describe de sobra, demasiado grande para poder registrarlo a fondo y con

rapidez.

Además, no existe una normativa estándar en todo el mundo para esos casos. Como Martin Schwartz critica en el libro, los pasajeros pisan territorio extranjero en cuanto suben a bordo y entonces «estás a merced de las autoridades del país en el que el barco está registrado», por citar a Kendall Carver, de la ICV. Por eso, en 2010 Estados Unidos promulgó una ley por la que el FBI y la guardia costera ampliaron sus poderes; a partir de entonces sus empleados también pueden investigar barcos registrados en el extranjero. ¡Pero únicamente tras la desaparición de un ciudadano estadounidense!

La investigación sobre el tema fue muy sencilla en cuanto a las zonas situadas por encima de la línea de flotación. Planos de cubiertas y camarotes, documentación en vídeo del puente de mando, reportajes de televisión... todo eso está a solo un clic del ratón. Para los alojamientos del personal, la sala del ancla y las cocinas es más difícil, pues para eso tuve que participar en una visita guiada durante un viaje de investigación (cuando los responsables aún no sabían de que trataría mi libro al final).

Es casi imposible (por las advertencias sobre aspectos de seguridad) obtener los planos completos de las cubiertas inferiores, incluidas la sala de máquinas y la bodega de carga o la incineradora de basuras.

En este punto, me gustaría introducir la parte oficial de agradecimientos, y empiezo con un «gracias» muy cordial por el asesoramiento profesional del capitán retirado Volker Bernhard, que hizo el esfuerzo de leerse toda la novela y aportar valiosos comentarios que estaban fuera del alcance de un crucerista normalito como yo. Todos los errores que siguen ahí se deben en exclusiva a mi gorra de marinero y, como siempre, se justifican con la declaración estándar de las personas creativas: «Bueno, ¡eso es la libertad creativa!».

Con las siguientes personas de la editorial Droemer Knauer me iría de crucero todos juntos, y espero que ninguno de ellos se pierda, pues sin su maravilloso trabajo *El pasajero 23* no estaría ahora en sus manos: Hans-Peter Übleis, Christian Tesch, Theresa Schenkel, Monika Neudeck, Sibylle Dietzel, Carsten Sommerfeldt, Iris Haas, Hanna Pfaffenwimmer y, como siempre en un lugar de honor, mis maravillosas editoras Carolin Graehl y Regine Weisbrod, que —para estar al tanto— con sus observaciones y preguntas inteligentes se han encargado de que mi historia no se escorde ni encalle en un arrecife a mitad de camino.

Desde 2006 se encarga con su agencia Zero de que mis obras no reposen desnudas en las estanterías. Y desde 2006, de forma consecuente, me he olvidado de incluirla en mis agradecimientos, pero eh, es un nombre extremadamente difícil el que te has buscado, querido Helmut Henkensiefken. ¡Muchas gracias por la cubierta!

Muchos consideran que el capitán es el autor, en mi caso la gorra la lleva Manuela Raschke. Esta supermujer organiza toda mi existencia laboral —y de paso

incluso parte de mi vida privada; por ejemplo, desde hace poco ¡les corta el pelo a mis hijos!—. Gracias, Manu, y oh, antes de que me olvide, los sacos amarillos ahora se recogen los jueves ;).

Escribir es un proceso solitario, el trabajo en torno al libro por suerte no, y me alegro de que a lo largo de los años haya cristalizado una especie de «empresa familiar» en la que disfruto del privilegio de poder trabajar solo con familiares y buenos amigos. Al menos las siguientes personas son muy hábiles fingiendo que les agrado: Barbara Herrmann, Achim Behrend, Sally Raschke, Ela y Micha, Petra Rode, Patrick Hocke y Mark Ryan Balthasar.

A Sabrina Rabow le agradezco de nuevo el excelente trabajo de prensa y que en las sesiones fotográficas siempre me estampe algo de polvos en la cara pese a mis protestas. No lo soporto, pero debo confesar que de lo contrario mis fotos se limitarían a servir como imagen del antes en una publicidad de Botox.

Buscar en Google puede cambiarte la vida. Por ejemplo, la mía: en 2001 escribí «agente literario» en el campo de búsqueda y el algoritmo escupió el nombre del mejor del mundo: Roman Hocke. Gracias a él y al resto de la maravillosa agencia AVA International Teams, Claudia von Hornstein, Claudia Bachmann, Gudrun Strutzenberger y Markus Michalek.

Gracias también al hombre sin el que jamás conseguiría llegar a cincuenta lecturas en una semana y, además, llegaría tarde o ni siquiera aparecería en el resto de mis citas: Christian Meyer de C&M Sicherheit.

Agradezco a todas las librerías y librereros, bibliotecarios, encuadernadores y organizadores de lecturas y festivales literarios: todos vosotros sostenéis con vida el medio más importante del mundo y nos permitís a los autores vivir nuestro sueño.

Estaba cerca de concluir *El pasajero 23* cuando me sorprendió la triste noticia de que uno de mis amigos, al que debo mucho, ya no está con nosotros. Sé que los buenos siempre se van demasiado pronto, pero ¿tan pronto? Dondequiera que estés, Peter Hetzel, un abrazo mental. ¡Todos te echamos de menos!

Como Peter, los siguientes amigos me han apoyado desde el principio: Karl «Kalle Raschke» (gracias por tus numerosas inspiraciones que me ofrecen tus experiencias «cotidianas»), Gerlinde Jänicke (¡gracias por tu nombre de pila!), Arno Müller, Thomas Koschwitz, Jochen Trus, Stephan Schmitter, Michael Treutler y Simon Jäger.

Gracias también a Michael Tsokos. Siempre es útil conocer a un médico forense que también se pone al teléfono pasada la medianoche cuando surge una pregunta relacionada con la formulación específica de las marcas de tortura en un informe médico.

El asesoramiento odontológico fue a cuenta de la doctora Ulrike Heintzenberg. (Sí, sí, pronto acudiré al dentista).

La mayoría cree que bromeo cuando digo que en realidad no escribo novelas de intriga psicológica, sino historias familiares, pero es cierto. Todo, tanto lo bueno

como lo malo, tiene su origen en la familia, y tengo la impagable fortuna de tener una comunidad maravillosa a mi alrededor: encabezada por mi padre Freimut, así como Clemens y Sabine, que en este libro han vuelto a estar a mi lado como asesores médicos.

Ah, sí, y por supuesto le doy las gracias a mi mujer, Sandra, cuyo nombre es sinónimo de «paciente» y «comprensiva», y a la que por la presente prevengo: ¡Nos vemos pronto, tesoro, ya voy por los agradecimientos! Por favor, prepara a nuestros hijos para mi regreso a la vida; que no se pongan a llorar los tres porque el hombre desconocido sale del sótano.

En caso de que usted se esté planteando ir de crucero o incluso si en estos momentos se encuentra en un barco, espero no haberle estropeado las ganas con este libro. Soy todo lo contrario de un autor misionero. Quiero entretener, no convertir, ni siquiera con los datos elaborados para el libro, pero correctos, sobre residuos y consumo energético de los cruceros gigantes.

Es probable que con esta novela lo haya fastidiado para siempre con las navieras establecidas. Que me inviten a una sesión de lectura en un crucero es, después de *El pasajero 23*, más o menos tan improbable como que se programe en el cine de un barco la gran noche de *Titanic*; pero nunca se sabe. Durante una travesía transatlántica con mi madre en noviembre de 2005, se anunció un día antes de llegar a Nueva York que el barco se encontraba justo en el punto en el que se hundió el *Titanic*. La gente salió en tromba a cubierta. No por pánico, sino —no es broma— ¡para fotografiar el agua!

La vida escribe las historias más grotescas... y ustedes las cartas de lectores más bellas.

Si lo desean, pónganse en contacto conmigo en www.sebastianfitzek.de, www.facebook.de/sebastianfitzek.de o enviando un *mail* a: fitzek@sebastianfitzek.de.

De vez en cuando, una respuesta puede tardar algo, a veces estoy sumergido. No obstante, la mayoría de las veces solo para escribir...

Muchas gracias y hasta pronto,

SEBASTIAN FITZEK

Berlín, día del estrés de los funcionarios
del registro civil
(7-7-2014).

P. S. Oh, sí, y para todos aquellos que se pregunten qué ha pasado en el fondo con el doctor del prólogo... Había algo más...



SEBASTIAN FITZEK (Berlín, 1971), es un escritor y periodista alemán, dedicado a la novela de intriga y suspense y autor de gran éxito internacional.

Estudió Derecho y recibió su doctorado en Derecho de Autor. Trabajó como editor y director de programas en varias estaciones de radio en Alemania.

Su primera novela, el thriller psicológico *Terapia (Die Therapie, 2006)*, alcanzó enseguida el número uno en ventas de libros y fue nominada al premio *Friedrich-Glauser* en la categoría de mejor novela debutante, siendo aclamada por la crítica y los lectores por igual.

Sus novelas posteriores, *El retorno (Das Kind, 2008)* y *El experimento (Der seelenbrecher, 2008)*, lo consagraron como el maestro alemán del thriller psicológico.

El autor alemán considera que la presión que ejerce actualmente la sociedad puede llevar a muchas mentes a «desconectarse» de la realidad, pero no cree que eso signifique necesariamente un aumento de las personas malvadas.

Sebastian Fitzek es también uno de los pocos autores alemanes cuyas obras, traducidas a más de veinte idiomas, se han publicado en Estados Unidos y en Inglaterra, países de la novela de suspense por excelencia.

Hasta hoy vive en su ciudad natal y trabaja como director del programa de la estación de radio de Berlín 104.6 RTL.